Capítulo Vigésimo Cuarto:

"LA INFILTRACIÓN JUDÍA EN EL CLERO"

El presente capítulo tiene por objeto estudiar la forma en que los falsos cristianos criptojudíos acostumbran realizar su infiltración en el clero de la Iglesia.

Para conquistar al mundo cristiano, el imperialismo judaico consideró indispensable dominar a su principal baluarte, la Iglesia de Cristo, empleando para ello diversas tácticas que variaron desde los ataques frontales hasta las infiltraciones. El arma favorita de la quinta columna consistió en introducir en las filas del clero a jóvenes cristianos descendientes de judíos que practicaban en secreto el judaísmo, para que una vez ordenados sacerdotes trataran de ir escalando las jerarquías de la Santa Iglesia –ya fuera en el clero secular o en las órdenes religiosas- con el fin de usar luego las posiciones adquiridas dentro de la clerecía en perjuicio de la Iglesia y en beneficio del judaísmo y de sus planes de conquista, así como de sus movimientos heréticos o revolucionarios. En tan delicadas tareas de infiltración, el judaísmo subterráneo emplea jovencitos dotados no sólo de gran religiosidad. Sino de una gran mística y fanatismo de la religión judía y deben estar resueltos a dar su vida por la causa del Dios de Israel y del pueblo escogido.

En el judaísmo abunda esta clase de místicos; y a ellos se deben principalmente los grandes triunfos que ha ido logrando el imperialismo teológico de los hebreos, porque el niño o joven que ingresa en los seminarios del clero cristiano, sabe que va a desempeñar la más santa labor de destrucción contra el enemigo capital del pueblo escogido: el cristianismo, y de manera especial la Iglesia católica. Sabe que con las actividades que realice, al destruir o debilitar las defensas de la Cristiandad, facilita el cumplimiento de la "*voluntad divina*", favoreciendo la consecución del dominio de Israel sobre la Tierra. El clérigo falso cristiano, criptojudío, está realizando –según su criterio- una empresa santa que además le asegura la salvación eterna. Cuanto mayores males pueda causar a la Iglesia como sacerdote, fraile, canónigo, prior de convento, provincial, obispo, arzobispo o cardenal, mayores méritos tiene –según los israelitas- a los ojos de Dios y de su pueblo escogido.

Se puede asegurar que esta legión de místicos y fanáticos criptojudíos fueron los que lograron, a la postre, quebrar la supremacía de la Santa Iglesia en la Edad media, facilitando después el triunfo de las herejías en el siglo XVI, y el de los movimientos revolucionarios judeo-masónicos o judeo-comunistas en los tiempos modernos. la quinta columna judía en el clero es, por lo tanto, uno de los pilares básicos del judaísmo internacional.

Los fines que persigue la infiltración de los criptojudíos en el clero son explicados claramente en un interesante documento que dio a la publicidad en Francia el abate Chabauty y que cita el señor Arzobispo de Port-Louis, Monseñor León Meurin, S.J. Se trata de una carta del jefe secreto de los judíos internacionales, radicado a fines del siglo XV en Constantinopla, dirigida a los hebreos de Francia dándoles instrucciones, en contestación a una carta anterior que Chamor, rabino de Arlés, le había dirigido solicitándolas. Este documento cayó en manos de las autoridades francesas y el abate Chabauty lo dio a la publicidad. la carta dice textualmente:

"Bien amados hermanos en Moisés, hemos recibido vuestra carta, en la que nos hacéis conocer las ansiedades e infortunios que os veis obligados a soportar, y nos hallamos penetrados de un dolor tan grande como el vuestro.

"El consejo de los más grandes rabinos y sátrapas de nuestra Ley, es el siguiente:

"Decís que el rey de Francia os obliga a haceros cristianos; pues bien, hacedlo, pero guardad la Ley de Moisés en vuestros corazones.

"Decís que se quiere arrebatar vuestros bienes: haced a vuestros hijos mercaderes, para que ellos despojen de los suyos a los cristianos por medio del tráfico.

"Decís que se atenta contra vuestras vidas: haced a vuestros hijos médicos y boticarios, a fin de que ellos priven de la suya a los cristianos, sin temor al castigo.

"Decís que se os hace objeto de otras vejaciones: haced a vuestros hijos abogados, notarios o miembros de otras profesiones que están corrientemente a cargo de los asuntos públicos y, por este medio, dominaréis a los cristianos, os apropiaréis de sus tierra, y os vengaréis de ellos.

"Seguid esta orden que os damos, y veréis por experiencia que, por abatidos que estéis, llegaréis a la cúspide del poderío.

"V.S.S.U.E.F., Príncipe de los Judíos de Constantinopla. 21 de Casleo de 1489" [227]

Las infiltraciones realizadas por los criptojudíos en el clero francés de esa época fueron muy perjudiciales, ya que facilitaron la expansión del movimiento de los hugonotes en el siglo XVI, secta que estaba impulsada por los judíos secretos, cubiertos con la máscara del cristianismo. A diferencia de la Iglesias luteranas que tomaron incluso derroteros antijudíos.

El objeto de la infiltración criptojudía en el clero cristiano es bien claro: la destrucción de la Iglesia por dentro. Lo que dice la carta antes mencionada, está confirmado hasta la saciedad en muchísimos procesos seguidos por la Santa Inquisición contra los clérigos judaizantes. Las actividades traidoras de los clérigos quintacolumnistas son las más diversas que puedan imaginarse, pero todas tienden al mismo fin: defender a los judíos con pasión, favorecer a los movimientos heréticos, y a los movimientos revolucionarios abiertamente anticristianos, debilitar las defensas de la Iglesia y atacar a los buenos cristianos, especialmente a los defensores eficaces de la Cristiandad, para desprestigiarlos y anularlos, preparando el triunfo de las organizaciones judaicas heréticas, masónicas o comunistas, con miras a lograr en un futuro la destrucción completa de la Iglesia.

Los procesos seguidos por la Santa Inquisición contra arzobispos, canónigos, priores de conventos, sacerdotes y frailes criptojudíos, son muy ilustrativos en lo referente a las tácticas empleadas por los clérigos quintacolumnistas.

El fenómeno de la infiltración criptojudía en el clero existe, como se ha visto, desde los principios del cristianismo y fue constantemente uno de los mayores peligros que tuvo que afrontar la Santa Iglesia –no en tal o cual país, sino en todo el mundo cristiano. Pero como estudiar este problema en toda su universalidad requeriría una obra de varios tomos, nos reduciremos aquí, basados en fuentes insospechables de antisemitismo, a estudiar uno de tantos ejemplos de esos trágicos procesos históricos de la infiltración judía en el clero, que han hecho posibles los triunfos actuales del imperialismo judaico. El ejemplo que sigue bastará para dar una idea de cómo la sinagoga realiza sus infiltraciones en el clero cristiano, ya que sus tácticas han sido similares en diversos tiempos y naciones.

El docto historiador israelita Abram León Sachar –uno de los directores de las Fundaciones Hilel de la B´nai B´rith, dirigente comunal hebreo, después presidente de la Brandeis University-, en su obra "*Historia de los judíos*", refiriéndose a las conversiones de judíos al cristianismo realizadas en España a partir del año 1391 y a los resultados posteriores de dichas conversiones, dice lo siguiente:

"Pero después de 1391, cuando la presión sobre los judíos se hizo más violenta, comunidades enteras abrazaron la fe cristiana. La mayoría de los neófitos se aprovechó ansiosamente de su nueva posición. Se agolparon en cientos y miles en los lugares de los cuales habían estado excluidos anteriormente por su fe. Ingresaron a profesiones vedadas y a los tranquilos claustros de las universidades. Conquistaron puestos importantes en el Estado y hasta penetraron al *sanctum sanctorum* de la Iglesia. Su poder aumentó con su riqueza, y muchos pudieron aspirar a ser admitidos en las familias más antiguas y más aristocráticas de España...Un italiano casi contemporáneo observó que los conversos judíos gobernaban prácticamente en España, mientras su adhesión secreta al judaísmo, estaba arruinando la fe cristiana.

Una cuña de odio separó inevitablemente las relaciones de los cristianos antiguos y los nuevos. Los neófitos fueron conocidos como marranos (probablemente `los réprobos´ o `los

[227] Mons. León Meurin, S.J., *Filosofía de la masonería*. Madrid: Editorial NOS, 1957. p. 223.

puercos´). Fueron despreciados por sus triunfos, por su orgullo, por su cínica adhesión a las prácticas católicas.

En tanto que las masas miraban con sombría amargura los triunfos de los nuevos cristianos, el clero denunciaba su deslealtad y su falta de sinceridad. Sospechaban la verdad de que la mayoría de los conversos eran aún judíos de corazón, que la conversión obligada no había extirpado la herencia de siglos. Decenas de miles de los nuevos cristianos se sometían exteriormente, iban mecánicamente a la iglesia, mascullaban oraciones, ejecutaban ritos y observaban las costumbres. Pero el espíritu no había sido convertido" [228].

Difícilmente se puede sintetizar en forma tan elocuente la conversión de los judíos al cristianismo, que pasa a ser una verdadera quinta columna hebrea en el seno de la sociedad cristiana, y cómo esa quinta columna logra adueñarse de los puestos del gobierno, de las posiciones estratégicas en las universidades y en todos los sectores de la vida social, incluyendo las familias de la nobleza e incluso en donde es más demoledora: en el "*sanctum sanctorum de la Iglesia*", como acertadamente describe, el citado universitario hebreo, la infiltración judía en el clero.

Después de afirmar dicho historiador israelita que los conversos cuando bautizaban a sus hijos les "borraban inmediatamente la marca del bautismo de sus cabezas", continúa diciendo:

"Se creía que guardaban secretamente las fiestas judías, que comían alimentos judíos, conservaban amistades judías y estudiaban la antigua ciencia judía. Los informes de numerosos espías tendieron a confirmar las sospechas. ¿Qué hijo piadoso de la Iglesia podía permanecer tranquilo mientras esos hipócritas –que se burlaban íntimamente de las prácticas cristianas- acumulaban riquezas y honores?" [229].

Todo esto se confirmó hasta la saciedad, ya que la Inquisición española fue la institución que mejor supo introducir en las filas mismas del judaísmo, espías que le sirvieron maravillosamente para conocer los más recónditos secretos del mismo, por más bien cubierto que estuviera con la máscara de un falso cristianismo. Entre otros, el que acabamos de mencionar es uno de los motivos principales que explican el profundo odio israelita a la Inquisición española, siendo esta la razón más importante por la que han organizado contra ella, desde hace varios siglos, una campaña mundial de calumnia y difamación, que ha creado espesos nubarrones de prejuicios y cubierto de lodo la verdad histórica.

El historiador israelita Cecil Roth, de tanto prestigio en los medios hebreos, en su "Historia de los Marranos" –publicación oficial judía de la Editorial Israel de Buenos Aires-, en relación a estos mismos acontecimientos, afirma que aunque algunos fueron conversos sinceros, la enorme mayoría

"...seguían siendo, en su fuero interno, tan judíos como lo fueron antes. Aparentemente, vivían como cristianos. Hacían bautizar a sus hijos en la iglesia, aunque se apresuraban a lavar las trazas de la ceremonia en cuanto regresaban al hogar. Iban en busca del cura para que los casara, pero no se contentaban con esa ceremonia, y en lo privado realizaban otra, que la completaba. A veces acudían al confesionario; pero sus confesiones eran tan irreales, que un sacerdote, dícese, pidió a uno de ellos una pieza de su vestimenta, como reliquia de un alma tan inmaculada.

Detrás de esta ficción puramente exterior, continuaban siendo lo que fueron siempre. Su falta de fe en los dogmas de la Iglesia era notoria...".

Pasa luego el historiador hebreo a asegurar que los falsos conversos seguían observando las ceremonias israelitas hasta en sus menores detalles, que guardaban el sábado cuando podían hacerlo y que contraían a veces matrimonio con los vástagos judíos públicos.

Sigue después el hebreo Roth dando estos interesantísimos datos:

---

[228] Abram León Sachar, *Historia de los judíos*, trad. de la 2ª ed. norteamericana revisada hasta 1940. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1945. cap. XVI (Los marranos y la Inquisición), pp. 276, 277.

[229] Abram León Sachar, obra citada, Cap. XVI, p. 277.

"Frecuentaban furtivamente las sinagogas, para cuya iluminación enviaban regularmente óbolos de aceite. Constituían también asociaciones religiosas, de aparentes finalidades católicas, bajo el patronato de algún santo cristiano, y las usaban como un biombo, que les permitía observar sus ritos ancestrales. Por su raza y su fe, continuaban siendo lo mismo que habían sido antes de su conversión. Eran judíos en todo, menos en el nombre; cristianos en nada, a no ser en la forma.

Al ser removidos los obstáculos religiosos que les cerraban previamente el paso, el progreso social y económico de los recién convertidos y de sus descendientes hízose fenomenalmente rápido. Por dudosa que fuese su sinceridad, no se podía ya excluirlos de ninguna parte, a causa de su credo. La carrera judicial, la administración, el ejército, las universidades y la misma Iglesia se vieron pronto abarrotados por los recién convertidos, de sinceridad más o menos dudosa, o por sus inmediatos descendientes. Los más ricos se casaron con la más alta nobleza del país, pues muy pocos condes o hidalgos empobrecidos pudieron resistir la atracción de su dinero" [230].

Es muy interesante lo que el israelita Cecil Roth dice en la nota número 3 del capítulo:

"Jerome Munzer, un viajero alemán que visitó a España en 1494-95, cuenta que hasta pocos años antes había existido en Valencia, en el sitio ocupado luego por el convento de Santa Catalina de Siena, una iglesia dedicada a San Cristóbal. Aquí los marranos (esto es, falsos cristianos, interiormente judíos), tenían sus sepulturas. Cuando uno de ellos moría, fingían conformarse a los ritos de la religión cristiana, y marchaban en procesión, con el ataúd cubierto con un paño de oro, y llevando al frente una imagen de San Cristóbal. Con todo, lavaban en secreto el cuerpo del muerto, y lo enterraban de acuerdo a sus propios ritos... El mismo caso, indica, ocurría en Barcelona, donde, si un marrano decía: "Vamos hoy a la iglesia de la Santa Cruz", referíase a la sinagoga secreta, llamada de ese modo. El relato clásico de las condiciones y subterfugios de los marranos de ese período puede leerse en Bernáldez, "*Historia de los Reyes Católicos*", Cap. XLIII" [231].

En las páginas siguientes de la mencionada "*Historia de los Marranos*", Roth expone varios casos de cómo lograron encumbrarse algunos de ellos. Por ejemplo, el judío Azarías Chinillo al convertirse al cristianismo, adoptó el nombre de Luis de Santángel, pasó a Zaragoza y estudió leyes, obtuvo un alto puesto en la corte y se le confirió un título de nobleza.

"Su sobrino, Pedro de Santángel, fue obispo de Mallorca. Su hijo, Martín, fue `zalmedina´, o magistrado, en la capital. Otros miembros de la familia ocuparon altos puestos en la Iglesia y en la administración del Estado".

Después sigue el famoso historiador hebreo mencionando otros encumbramientos eclesiásticos como el de "...Juan de Torquemada, cardenal de San Sixto, era de inmediata ascendencia judía [232], lo mismo que el piadoso Hernando de Talavera, arzobispo de Granada, y Alonso de Oropesa, general de la Orden de los Jerónimos... Don Juan Pacheco, marqués de Villena y Gran Maestre de la Orden de Santiago (virtualmente soberano de Castilla durante el reinado de Enrique el Impotente y aspirante tenaz a la mano de Isabel) y descendía, por ambos lados, del judío Ruy Capón. Su hermano, Pedro Girón, fue Gran Maestre de la Orden (católica militar) de Calatrava y el arzobispo de Toledo era su tío. Siete, por lo menos, de los principales prelados del reino tenían sangre judía. Lo mismo ocurría con el `*contador mayor*´.

La importancia numérica de los conversos, con sus descendientes que se multiplicaban rápidamente y sus vastas relaciones de familia, era muy grande. En el sur del país constituían, dícese, un tercio de la población de las principales ciudades. Si éste era el caso, debían haber por lo menos trescientos mil en toda la Península, entre los cuales se incluía a los de pura

---

[230] Cecil Roth, *Historia de los marranos*, Buenos Aires: Editorial Israel, 1946 (5706). Cap. I, pp. 26, 27.

[231] Cecil Roth, obra citada, edic. citada, Cap. I, nota 3 de la p. 27.

[232] No debe ser confundido con Fray Tomás de Torquemada, Gran Inquisidor, como muchos lo hacen, lamentablemente.

sangre judía y a sus parientes semigentiles. Los primeros no eran tan numerosos. Con todo, formaban dentro del organismo del Estado un vasto cuerpo imposible de asimilar y nada despreciable.

Los convertidos al cristianismo, y aun sus remotos descendientes, eran conocidos entre los judíos como `anusim´, `forzados´, o sea personas a quienes se obligara a adoptar la religión dominante".

Y continúa su interesante historia el escritor judío:

"Una nueva generación había surgido, nacida después de la conversión de sus padres y bautizada, naturalmente en la infancia. La situación canónica de los últimos no podía ser más clara. Eran cristianos en todo el sentido de la palabra y la observancia del catolicismo les competía tanto como a cualquier otro hijo o hija de la Iglesia.

Sabíase, con todo, que su cristianismo lo era sólo de nombre; prestaban un mínimo de pública aquiescencia a la nueva fe y, en privado, un máximo de aquiescencia a la vieja. La posición de la iglesia habíase hecho mucho más dificultosa que antes del año fatal de 1391. Previamente a esa fecha, había habido numerosos incrédulos, fácilmente reconocibles y vueltos inocuos gracias a una serie sistemática de reglamentaciones gubernamentales y eclesiásticas. Esos mismos incrédulos encontrábanse ahora, en cambio, en el seno de la Iglesia y se abrían camino en todos los sectores de la vida eclesiástica minando con si influencia la masa total de los fieles. El bautismo no había hecho más que convertir a una considerable porción de los judíos, de infieles fuera de la Iglesia, que lo habían sido antes, en heréticos dentro, que lo eran ahora" [233].

Las palabras del autorizado historiador judío hablan por sí solas y sobran los cometarios. Sin embrago, la interesante confesión de que "Esos mismos incrédulos encontrábanse ahora, en cambio, en el seno de la Iglesia y se abrían camino en todos los sectores de la vida eclesiástica minando con si influencia la masa total de los fieles" es de capital importancia, porque nos describe, en pocas palabras, la naturaleza y mortal peligrosidad de la quinta columna judía en la Cristiandad a través de los siglos, hasta la actualidad.

Además de sus ambiciones tendientes a controlar a la Iglesia por dentro, acaparando sus más altas jerarquías, los falsos cristianos contaminan con su influencia a la masa total de fieles, dando lugar a las herejías y a los movimientos revolucionarios de origen criptojudaico.

El gran literato y culto historiador del siglo pasado, José Amador de los Ríos, considerado por los hebreos, con justicia, como una de las más importantes fuentes de la historia en la Península Ibérica, quizá sólo igualado hasta ahora por el hebreo Cecil Roth, refiriéndose a estos hechos, dice de los conversos del judaísmo:

"...asaltaban, a beneficio de aquel improvisado título, todos los puestos del Estado, apoderándose de todas las dignidades y honras de la república. Y osaban y lograban más todavía: mezclando su sangre con la generosa sangre hispano-latina, penetraban de golpe en todas las esferas de la familia cristiana, no perdonadas las más altas jerarquías de la nobleza, y subiendo, con sus soberbias pretensiones, hasta sentarse en las mismas gradas del trono.

"Dábales aliento su ingénita osadía, apoyándose en la ponderada claridad de su estirpe, cuya raíz buscaban ahora, orgullosos o desvanecidos, en las familias más ilustres de las tribus de Judáh o de Levi, representantes y tradicionales depositarias del sacerdocio y del imperio...

"Concretándonos ahora a los judíos confesos (así se llamaban también a los judíos conversos) de Aragón y de Castilla, lícito es asentar, en efecto, que mientras se contentaban los conversos mudéjares con ser respetados en la modesta situación donde los había encontrado el bautismo, llenaban aquellos todas las esferas del mundo oficial, como llenaban todas las jerarquías sociales. En la alta curia del Pontífice, cual en sus privados cubículos; en los consejos de Estado, cual en las aulas regias y en las chancillerías; al frente de la administración de las rentas públicas como de la suprema justicia; en las cátedras y rectorados de las universidades, como en las sillas de los diocesanos y de los abades y en las

[233] Cecil Roth, obra citada, Cap. I y II, pp. 28, 30, 31, 32, 35, 36.

dignidades eclesiásticas; solicitando y obteniendo de la corona señoríos y condados, marquesados y baronías, destinados a eclipsar con el tiempo los esclarecidos timbres de la antigua nobleza; en todas partes y bajo todos los conceptos aparecen a la tranquila e investigadora mirada del historiador aquellos ardentísimos neófitos, brindándose bajo multiplicados aspectos, tanto a muy racional admiración como a largos y no estériles estudios. Hacíase su iniciativa sensible e incontrastable en todas las regiones de la actividad y de la inteligencia: hombres de estado, rentistas, arrendadores, guerreros, prelados, teólogos, legistas, escriturarios, médicos, comerciantes, industriales, artesanos, todo lo fueron al par, porque todo lo ambicionaron, los conversos del judaísmo". [234]

Y después de terminar esta exposición se hace el historiador la siguiente pregunta:

"¿Podría la raza española abdicar por completo ante la no saciada ambición, que había despertado entre los cristianos nuevos su afortunado advenimiento a la vida del catolicismo?".

Refiriéndose a los hijos del rabí Salomón Ha-Levi, que adoptó al convertirse el nombre de Pablo de Santa María, tomando las órdenes sacerdotales y escalando el Arzobispo de Burgos, después de mencionar las distinciones alcanzadas por Alvar García de Santa María, Amador de los Ríos dice textualmente:

"Igual distinción alcanzaba el primogénito de don Pablo, que lo era Gonzalo García, investido ya en 1412 con el arcedianato de Briviesca. Elegido en 1414 para representar a Aragón en el Concilio de Constanza (ecuménico), tenía la gloria de que los PP. allí congregados pusieran en él sus ojos, para que, ayudado de otros esclarecidos varones, propusiera y formulara la resolución de las arduas y elevadísimas cuestiones, que en aquella suprema asamblea debían ventilarse. Don Alfonso, nacido después que doña María, apenas entrado en los veinticindo años, lograba apellidarse doctor, y poco después deán de Santiago y de Segovia (Crónica de don Juan II, año 1420, Cap. XVIII.- Es de notar que en dicha `crónica´ se le apellida constantemente, hasta ser elegido obispo, `Deán de las Iglesias de Santiago é de Segovia´, lo cual prueba que acumulaba ambas dignidades). Pedro, todavía en la primera juventud, obtenía el honroso y comprometido cargo de Guardia de la persona del rey..." [235].

En el capítulo siguiente de la obra citada, el historiador José Amador de los Ríos, insistiendo en la captura por los conversos del judaísmo de las jerarquías de la Iglesia dice algo muy ilustrativo al respecto:

"Indicamos en el capítulo precedente cómo, en fuerza de la libertad que la conversión les conquistaba y por virtud de su ilustración, sus riquezas y su natural osadía, habían los conversos de Aragón y de castilla escalado, no ya sólo todos los cargos de la república, sino también todas las jerarquías sociales, no perdonadas, y antes bien tomadas cual por asalto, las más altas dignidades de la Iglesia" [236].

Este feliz término de tomar por asalto las más altas dignidades de la Iglesia, es interesante por su gran actualidad, ahora que los quintacolumnistas al servicio del judaísmo, han tomado verdaderamente por asalto las dignidades en algunas diócesis, moviendo como es natural sus influencias en Roma. Esto explica perfectamente el que en diversas ocasiones quienes verdaderamente merecerían por su virtud y su lealtad a la Iglesia las jerarquías eclesiásticas, sean hechos a un lado, discriminados, para dar preferencia a esos clérigos que defienden al judaísmo, favorecen los triunfos de las masonería o del comunismo y atacan con ferocidad a los verdaderos defensores de la Santa Iglesia. En tales casos, el engranaje de intriga y de influencias de la quinta columna, sorprendiendo con engaños la bondad y buena fe de la Santa Sede, se ha anotado nuevos triunfos no sólo asegurando la sucesión en las diócesis

---

[234] José Amador de los Ríos, obra citada, tomo III, Cap. I, pp. 12-16.

[235] Crónica de don Juan II, año 1420, Cap. XVIII, citada por José Amador de los Ríos, obra citada, tomo III, Cap. I, pp. 12, 16, 20.

[236] José Amador de los Ríos, obra citada, tomo III, Cap. II, p. 88.

controladas, sino hasta introduciéndose en las diócesis ajenas para controlar en ellas la sucesión, en perjuicio de quienes mayores derechos tendrían para ocuparlas. Por fortuna, este tipo de maniobras ha fracasado por completo en muchos casos. Nosotros esperamos que al conocerse la verdad y desenmascarar al enemigo como lo estamos haciendo, sean mayores en un futuro los fracasos de la quinta columna, ya que además la Santa Iglesia, como en ocasiones anteriores, se salvará nuevamente de las mortales asechanzas de la Sinagoga de Satanás. Cristo Nuestro Señor dijo claramente que la Verdad nos haría libres; por eso nos hemos atrevido a decir la verdad, aunque esto disguste en extremo a los clérigos y seglares que en secreto practican el judaísmo, traicionando a la Iglesia y a la Cristiandad.

El ilustre historiador que estamos transcribiendo, al referirse a la ciudad de Zaragoza, capital del reino de Aragón, comenta que:

"Los conversos, que se conceptuaron depositarios de la antigua cultura de sus mayores, pusieron la mira no solamente en los cargos menores de la república, sino también en las dignidades eclesiásticas..."

En otro lugar, presenta un dato interesante relativo al importante entronque de una judía con un príncipe de la sangre, como lo era don Alfonso de Aragón, que se enamoró de una judía pública, hija de Aviatar-Ha Cohen, la cual:

"...a las súplicas del príncipe, abrazaba, antes de hacerle dueño de su hermosura, la fe del Salvador; y tomando en el bautismo el nombre de María, hacíale padre de cuatro hijos. Fueron éstos don Juan de Aragón, primer conde de Ribagorza; don Alfonso de Aragón, obispo de Tortosa, y ya en tiempo de los Reyes Católicos, Arzobispo de Tarragona; don Fernando de Aragón, comendador de San Juan y Prior de Cataluña, y doña Leonor de Aragón, esposa del conde de Albaida en el reino de Valencia" [237].

Sigue citando, el ilustre historiador, a las familias conversas del judaísmo que se propusieron entroncar con la más rancia nobleza, proceso que no terminó hasta que la Inquisición española sustituyó a los antiguos Tribunales de la Fe. Hace notar también, el culto literato, que muchas de esas familias de estirpe hebraica hacían alarde de descender de David y de tener parentesco directo con María Santísima [238]. Se ve pues, que usaban este truco desde hace quinientos años.

Hablando de la familia de la Caballería, constata que fueron hermanos de don Bonafós:

"...don Simuel, que recibió, como don Bonafós, el nombre de Pedro; don Achab, que se llamó Mosén Felipe; don Simuel Aben-Jehudáh, Juan; don Isaac, Fernando; don Abrahán, Francisco; don Selemóh, Pedro Pablo; y Luis, cuyo nombre hebraico no llegó a consignarse, por haber recibido muy niño las aguas del bautismo. Bástenos saber, por lo que a estos siete ilustres conversos toca, que abrazada la carrera eclesiástica, gozó Pedro (Simuel) de grande autoridad en el clero, con el priorato de Egea; alcanzó Mosén Felipe la representación de caballeros e infanzones en las Cortes del reino, (especie de Parlamento)...Los hijos de Fernando (don Isahák) tomaban parte, con otros conversos, en los arrendamientos de las rentas públicas, bajo las alas de Luis, su tío; los de éste, que fueron tres, obtuvieron: Luis, el primogénito, la plaza de Camarero de la Seo; Juan una ración en la misma Iglesia, y Gonzalo, distinguido puesto entre los caballeros de la corte" [239].

Tanto en la familia Santa María como en la de la Caballería, hubo después varios procesados por la Inquisición, acusados de practicar el judaísmo en secreto. La familia entera de Vidal de la Caballería fue quemada por el Santo Oficio en Barcelona y hasta el historiador y notable jurista Tomás García de Santa María fue procesado. Quien quiera profundizar más en este interesante asunto puede consultar, además de la obra que citamos, el llamado "*Libro Verde de Aragón*" de Juan de Anchias, donde vienen interesantísimos detalles de la infiltración judaica en el clero, en el gobierno y en la nobleza; preciosos manuscrito que fue

[237] José Amador de los Ríos, obra citada, tomo III, Cap. II, pp. 91, 95, 96.
[238] José Amador de los Ríos, obra citada, tomo III, Cap. II, pp. 97, 98, nota 1.
[239] José Amador de los Ríos, obra citada, tomo III, Cap. II, pp. 1000, 101.

después editado y que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. También es interesante, a este respecto, el libro del siglo XVI, llamado "*Tizón de la nobleza española*", del Cardenal Mendoza y Bobadilla, que también se encuentra en dicha biblioteca.

Antes de terminar este capítulo, citaremos otras fuentes de autoridad incontrovertible, empezando por otra publicación de la Editorial Israel de Buenos Aires: la obra de Rufus Learsi, titulada "*Israel, a History of the Jewish People*" elaborada por su autor, con la "generosa ayuda de la Jewish History Foundation Inc.", la que refiriéndose a los acontecimientos citados, dice literalmente:

"En verdad era contra los cristianos nuevos contra quienes ardía con mayor intensidad y seguía creciendo constantemente la ira general. No era tan sólo que se sospechara que seguían clandestinamente leales a la fe a que habían renunciado, aunque a los ojos del clero ningún crimen podía ser más odioso que tal herejía; los cristianos nuevos suscitaban un resentimiento mucho más enconado aún por los éxitos que lograban. Un número demasiado elevado de ellos, ahora que la religión había dejado de obstaculizar su camino, se tornó rico y poderoso. Ocupaban altas posiciones en el gobierno, el ejército, las universidades...¡en la misma Iglesia!.

En todos ellos, incluso en los que llevaban los hábitos de la Iglesia, los sacerdotes y los frailes veían herejes, e inflamaban contra ellos las pasiones del pueblo hasta llevarlos a la violencia. En 1440, y nuevamente en 1467, la chusma se desató en Toledo y muchos cristianos nuevos fueron asesinados y sus casas incendiadas. Seis años más tarde volvieron a producirse sangrientos tumultos contra ellos en Córdoba, Jaén y Segovia" [240].

Es natural que el clero viera herejes en los descendientes de judíos que vestían los hábitos de la Iglesia, ya que había datos de sobra para justificar esta creencia, y que medio siglo después, cuando fue fundada la Inquisición española, pudo comprobarse plenamente. Por otra parte, Rufus Learsi culpa al clero de la ola de antisemitismo que se desató contra los cristianos de origen hebreo, pero para comprender esta situación, es preciso conocer en todos sus detalles los motivos que los marranos dieron para que se desataran en su contra esas reacciones.

El historiador israelita, Joseph Kastein, profundiza más en el estudio de tales motivos en su interesante "*Historia de los judíos*", al referirse a las grandes y falsas conversiones de hebreos al cristianismo:

"Al principio, ambos, el pueblo y la alta sociedad, percibieron a los conversos como un grupo homogéneo; la nobleza y el clero en particular vieron en ellos el fruto de la victoria y en un principio, fueron recibidos con una explosión de júbilo. Numerosos conversos, traspasaron las puertas abiertas a ellos y se introdujeron en la sociedad española y en el clero español..."

A continuación el mismo historiador hebreo recalca que los conversos del judaísmo, "empezaron a aparecer... en las más altas y exaltadas posiciones de la organización del clero... Los conversos se convirtieron en miembros de la sociedad española, con iguales derechos, pero ello no trajo por consecuencia que perdieran las cualidades que siempre habían tenido. Previamente habían ejercido sus dotes peculiares como comerciantes, industriales, financieros y políticos. Y ahora lo hacían de nuevo, pero con esta diferencia, que estaban ya dentro de la sociedad española y no fuera de ella. Habían sido forzados a entrar en ella, con el fin de eliminar a un peligrosos extranjero. Y ahora éste se encontraba establecido dentro de la casa. El problema había sido sólo trasladado del exterior, al interior mismo de la estructura social" [241].

Difícilmente se podrá encontrar estudio tan profundo y tan minucioso de lo que en su esencia constituye la infiltración de los judíos en la sociedad cristiana y en el clero por medio

---

[240] Rufus Learsi, *Historia del pueblo judío*, traducción castellana de Editorial Israel, Buenos Aires. Escrita con la ayuda de la *Jewish History Foundation Inc.* 1959-5719. Cap. XXXVII, pp. 324, 325.

[241] Josef Kastein, *History and Destiny of the Jews*. Nueva York, 1936, pp. 290, 291.

de su falsa conversión. Y termina el historiador israelita el párrafo con el más despectivo concepto acerca de la utilidad del bautismo para los judíos, cuando dice, irónicamente, que un apologista judío de esos tiempos afirmaba: "Hay tres modos de desperdiciar el agua: bautizando a un judío; dejando que el agua del río corra al mar, y mezclándola con el vino".

En siguientes párrafos, el historiador hebreo profundiza su estudio sobre los cristianos nuevos, diciendo que los conversos:

"Buscaron su ascenso donde los que los habían obligado a convertirse lo buscaron, o sea, en los altos círculos de la corte, en la nobleza y el clero. Su propósito no era tanto adquirir más fuerza económica, sino obtener influencia política y social...

"Ellos se habían convertido en miembros de la Iglesia pero no en adictos a la fe. Los nexos indisolubles de miles de años de desarrollo religioso, los obligaron a llevar el judaísmo secretamente en su corazón, todavía indestructible, llevándolo consigo en forma más profunda. Tomando precauciones para no ser descubiertos por los miembros de su nueva religión, ellos observaban todos los ritos y leyes, festivales y costumbres de su propia fe, temerosos y en secreto ellos lucharon por el derecho de hacerlo así y vivían una doble vida y cada hombre llevaba una doble carga".

Y añade el citado historiador israelita que cuando la Iglesia descubrió lo que estaba ocurriendo:

"Un nuevo grito de batalla se levantó: `¡La Iglesia está en peligro! ¡Los judíos han forzado su entrada dentro de la Iglesia y dentro de la sociedad, con el fin de minarlas por dentro!´ La inevitable aunque absurda consecuencia de esto fue que la guerra fue declarada contra el `enemigo interno'. Y para poderla realizar, el clero se armó con la maquinaria de la Inquisición; recurrió al pueblo, llevó sus intrigas a la corte e hicieron todo lo posible para influenciar a la alta sociedad. Y los conversos que habían sido con anterioridad el objetivo de la política religiosa nacional, se convirtieron en marranos, una palabra vulgar con el significado de `maldito´, `cerdo´. A partir de esos momentos ya no se hizo distinción entre los verdaderos y falsos conversos, todos eran considerados marranos y la guerra que hizo la Iglesia contra ellos...se inspiraba más en motivos sociales y económicos que en los religiosos..." [242].

Difícilmente hubiéramos podido describir con tanta exactitud, como lo hace el profundo historiador israelita, lo que es la esencia de la quinta columna judía introducida en el seno de la Santa Iglesia y de la sociedad cristiana, y los verdaderos motivos que dieron nacimiento a la Inquisición española, que fue considerada por el pueblo y sus dirigentes como "remedio venido del cielo para remediar tantos males"; pero cuya necesidad y utilidad fueron desvirtuadas después por medio de una campaña generalizada de calumnias que ha durado siglos.

La "*Enciclopedia Judaica Castellana*" dice que:

"Daniel Israel Bonafou, Miguel Cardozo (1630-1706), José Querido, Mardoqueo Mojíaj, y otros, defendían al marranismo como un método para socavar los cimientos del enemigo y como un medio que contribuía a hacer más elástica la lucha contra él".

Y en otro lugar, refiriéndose a los marranos, dice:

"*La reina Esther `que no confesó su raza ni su nacimiento´...les parecía su propio prototipo*" [243].

En cuanto al nombre de cristianos nuevos, que todavía en la actualidad conservan en secreto los falsos cristianos criptojudíos, sobre todo aquellos que son de origen español y portugués, es usado también entre los musulmanes. La referida Enciclopedia Judaica, en su vocablo "*Criptojudíos*", citando casos, afirma:

"Es de fecha relativamente reciente el criptojudaísmo que surgió cuando el `Shah' de Persia obligó en 1838 a la comunidad hebrea de Meshed a aceptar el islamismo. Varios

---

[242] Josef Kastein, obra citada, pp. 291, 292.

[243] *Enciclopedia Judaica Castellana*, México, 1948. Tomo VII, vocablo *Marranos*, pp. 292, 294.

centenares de judíos constituyeron entonces una congregación conocida por `*Djalid ul-Islam´* (musulmanes nuevos) que mientras aparentaba observar los ritos mahometanos, sin dejar de emprender las peregrinaciones de rigor a la Meca, continuó en secreto practicando las usanzas religiosas de sus mayores. Los `*Djalid ul-Islam´* celebraban reuniones espirituales en sinagogas subterráneas, circuncidaban a sus hijos, santificaban el sábado, respetaban leyes dietéticas y supieron sobrevivir a los peligros a los que así se exponían. Posteriormente, sin embargo, muchos de ellos abandonaron Meshed y fundaron ramificaciones de su secta en Herat (Afganistán), Merv y Samarkanda (Turkestán), Bombay, Jerusalén y hasta en Europa (Londres). Pese a su emigración créese que su número aumentó hasta unos 3.000 en Meshed y que cuentan con medio millar de fieles en Jerusalén. El viajero y orientalista Walter Fischel hizo una descripción de las costumbres y tradiciones de los `*Djalid ul-Islam´* en su obra `*Una comunidad de marranos en Persia´*(en hebreo, 1930)" [244].

Cuídense los ingleses, pues muchos de los musulmanes radicados en Londres son judíos secretos, como muchos otros mahometanos dispersos en el mundo islámico también lo son. Los falsos musulmanes, que en secreto son judíos, constituyen un grave peligro para el Islam y los países afroasiáticos: a ambos tratan de uncirlos al carro comunista.

[244] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo III, vocablo Criptojudaísmo, p. 206, col. 1 y 2.

Capítulo Vigésimo Quinto:

"UN CARDENAL CRIPTOJUDÍO USURPA EL PAPADO"

La meta de la quinta columna judía introducida en el clero católico ha sido siempre adueñarse del papado, colocando en la silla de san Pedro a un judío secreto que les permita utilizar a la Iglesia en beneficio de los planes imperialistas revolucionarios de la sinagoga y causar a nuestra santa religión todos los daños que permitan facilitar su destrucción.

El judaísmo estuvo a punto de lograrlo en el año de 1130, hace aproximadamente ochocientos treinta y dos años. Para el estudio de este escalofriante capítulo, nos hemos servido de fuentes de seriedad reconocida, así como de fuentes hebreas, insospechables por lo mismo de antisemitismo.

El célebre historiador del siglo pasado Fernando Gregorovius, de fama mundial como lo saben todos los eruditos, y además en extremo favorable a los judíos, se refiere a estos hechos históricos en su obra monumental titulada "*Historia de la Ciudad de Roma en la Edad Media*", cuya primera traducción italiana fue oficialmente costeada por el Ayuntamiento de Roma, que además honró al autor con el título de ciudadano romano.

De dicha obra tomamos los siguientes datos:

"Volumen II. Tomo 2. capítulo III.- Los Pierleoni. Su origen judío. La Sinagoga. Pedro León y su hijo Pedro cardenal. Cisma entre Inocencio II y Anacleto II. Inocencio en Francia. Carta de los Romanos a Lotario. Rogerio I. Rey de Sicilia".

Un cisma de origen y de índole puramente civil, debió dar a conocer al mundo que los reyes alemanes no tenían siempre la culpa de las divisiones eclesiásticas. La riqueza y el poder de los Pierleoni y más todavía, los grandes méritos que habían alcanzado cerca de la Iglesia, les daban una buena esperanza de elevar al Papado a uno de su familia. El hecho extraño de descender ésta de origen judío y de haber llegado a ser tan ilustre, nos permite la oportunidad de dar una ojeada a la sinagoga de Roma".

Continúa Gregorovius haciendo historia de la comunidad hebrea de Roma desde tiempos de Pompeyo, para luego mencionar que Benjamín de Tudela, el célebre viajero hebreo que anduvo por medio mundo visitando todas las organizaciones judías existentes en su época, afirmó, con respecto a los israelitas de Roma, que en tiempo del Papa Alejandro III los había de gran influencia en la corte pontificia, lo mismo que rabinos sapientísimos como lo eran Daniel, Geiele, Joab, Natán, Menahem y otros del Trastévere. Dice también Gregorovius que los judíos de la Ciudad Eterna habían sufrido persecución sólo una vez y aunque reducidos a esclavitud, su raza supo defenderse contra los que la hacían sufrir gracias a su astucia, al ingenio y a la potencia del oro acumulado en secreto; en sus casas miserables prestaban dinero con usura y en su libro de deudores escribían los nombres de los más ilustres cónsules de Roma y hasta de los Papas que estuviesen angustiados por falta de dinero. Y de aquella despreciada sinagoga judía salió una familia senatorial que debía su fortuna y su potencia a sus grandes usuras.

El abuelo del referido Pedro León, que tuvo una intervención considerable en la controversia de las investiduras, tuvo también, en su carácter de banquero, tratos comerciales con la corte pontificia, socorriendo muchas veces sus estrecheces financieras Por último, se hizo bautizar tomando el nombre de Benedictus Cristianus.

Muy pronto su hijo León, que tomó en el bautismo el nombre del Papa León IX, pudo abrirse una magnífico camino como convenía a un hombre riquísimo, provisto de ingenio, audaz y ambicioso. Se emparentó con magnates romanos que ambicionaban dar a sus hijos a las ricas hijas de Israel como esposas o que casaban sus propias hijas con los hijos bautizados

de los judíos [245]. Afirma Gregorovius que uno de sus hijos llamado Pedro León, que fue el primero que ostentó el apellido Pierleoni, llegó a ser en Roma de enorme influencia y consultado en toda ocasión.

Además de la fortaleza, situada junto al teatro de Marcelo, que sin duda había erigido su padre León, Pedro León dominaba también la próxima isla Tiberina. Urbano II le confió también la custodia del castillo de Sant´Angelo y murió en la casa de su acreedor y protector, usando las palabras del propio Gregorovius. Sus sucesores –sigue diciendo- se afanaban por obtener el patrocinio del poderoso Pierleoni. Pero el pueblo lo aborrecía porque era un usurero, la nobleza lo odiaba, y podemos ver que a pesar de ser amigo del Papa Pascual, no pudo obtener la prefectura para su hijo por ser "*noble nuevo*".

Mas la amistad de los pontífices, el esplendor de la parentela, las riquezas y el poder, borraron muy pronto la mancha de su origen judío y en muy poco tiempo los Pierleoni fueron enaltecidos como la más grande de las familias principescas de Roma. León y sus sucesores se ornaron con el título de "cónsules de los romanos" y lo tuvieron, según afirma Gregorovius, "con orgullo y con dignidad magistral, como si fuesen patricios muy antiguos". Añade el famoso historiador que los Pierleoni fueron güelfos, es decir, tomaron decididamente el partido de los Papas contra los emperadores alemanes, pues no debemos olvidar que ya para estos tiempos eran, al menos en apariencia, devotos cristianos.

Lo que en seguida narra Gregorovius es también muy ilustrativo: afirma que Pierleoni murió el 2 de junio del año de 1128 cubierto de honores que nunca tuvo un cónsul de la Roma antigua, y que aunque se destruyeron los sepulcros de los papas de aquel tiempo, está todavía en pie "*el mausoleo de este craso israelita*", como lo llama aquí Gregorovius, a pesar de ser oficialmente muy católico. Comenta que

"...dejó mucha descendencia y que tan maravillosa como una fábula fue la fortuna de estos vástagos del guetto, que uno de sus hijos llegó a ser Papa, otro fue hecho patricio de Roma y una hija se casó con Rogerio de Sicilia. Este potente señor había destinado a su hijo Pedro a un puesto en la Iglesia. ¿Acaso el vestuario pontificio era un deseo demasiado temerario para el hijo de Pierleoni? El joven Pedro fue enviado a París, para que completara su erudición y ahí, sin duda, fue de los oyentes de Abelardo; terminados sus estudios tomó en Cluny el hábito monástico que sin duda era la vestimenta más recomendable para los candidatos al pontificado...Condescendiendo a un deseo de su padre, Pascual lo llamó a Roma y lo hizo cardenal de San Cosme y San Damián...Junto con su hermano acompañó después a Gelasio a Francia y volvió con Calixto, llegando a ser Cardenal cura de Santa María en aquel mismo Trastévere del que era originaria su familia. Después fue como legado a Francia donde reunió concilios y a Inglaterra donde fue recibido por el rey Enrique con magnificencia de príncipe" [246].

Con la experiencia de una lucha de siglos contra la Sinagoga de Satanás, la Santa Iglesia fue construyendo sus defensas a través de las leyes canónicas antijudías, cuya aplicación fiel garantizaba a la misma la manera de defenderse eficazmente de su mayor enemigo. Desgraciadamente, ya vimos cómo hubo monarcas como Witiza, Luis el Piadoso o Pedro el Cruel que cayendo bajo la influencia de los israelitas convirtieron en letra muerta los sagrados cánones antihebreos, brindando protección al enemigo capital de la Cristiandad y permitiéndole encumbrarse en la gobernación del estado, con resultados trágicos tanto para la Santa Iglesia como para los pueblos que cayeron en las garras de los israelitas. Sin embargo, estas tragedias fueron por su naturaleza de carácter local, pues mientras un Witiza o un Luis el Piadoso entregaban a sus pueblos en garras del enemigo, el papado y otros estados cristianos seguían con ardor la lucha en defensa de la Iglesia y de la catolicidad. La nueva situación era, sin duda, el preludio de una tragedia ya no local, sino universal, que abarcaría a

---

[245] Ferdinand Gregorovius, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter* (Historia de la ciudad de Roma en la Edad Media). Traducción italiana de Renato Manzato. Turín. Vol. II, tomo II, Cap. III, pp. 72, 73.
[246] Ferdinand Gregorovius, obra citada, vol. II. Tomo II, cap. III, pp. 74, 75.

la Cristiandad entera, ya que el enemigo estaba infiltrándose en la más alta jefatura de la Santa Iglesia y la crisis tenía que afectar necesariamente a todo el mundo cristiano.

En esta ocasión, la enconada pugna entre el papado y el imperio con motivo de las investiduras y del problema de la supremacía, iba a presentar al judaísmo la magnífica oportunidad de infiltrarse en la Santa Sede, ofreciéndole valiosos servicios y haciendo méritos indudables. En el fragor de aquella lucha surgida entre Papas y emperadores, los hebreos, y también los judíos conversos, empezaron por tomar resueltamente el partido de los güelfos, es decir, el del Sumo Pontífice que en aquellas circunstancias difícilmente podía rehusar tan inesperado como al parecer valioso apoyo, mayor éste todavía por venir unido al financiamiento económico que en esos tiempos, con frecuencia, necesitaba urgentemente la Santa Sede.

Ante el apremio de las circunstancias olvidáronse de momento las leyes canónicas que habían sido fruto de la experiencia de siglos; y los hebreos, con su interesada adhesión al partido de los Papas, pudieron infiltrarse en un terreno que les había sido antes vedado. Las luchas fratricidas entre los cristianos han sido siempre el mejor aliado de la Sinagoga de Satanás para lograr que sus planes imperialistas hagan gigantescos avances.

Y así como ahora lo lograban apoyando al poder eclesiástico contra el civil, después, en el siglo XVI, o sea cuatrocientos cincuenta años más tarde, desgarrarían definitivamente a la Cristiandad apoyando entonces a los reyes contra el papado.

En el presente caso se hicieron imprescindibles como banqueros y a ellos tenía que recurrir el papado para solucionar sus problemas económicos.

El célebre rabino, poeta e historiador Louis Israel Newman, en su interesantísima obra titulada "*Influencia judía en los movimientos de reforma del cristianismo*", refiriéndose al cisma provocado en la Santa Iglesia por el Cardenal Pedro Pierleoni, da a éste (Pierleoni) una importancia decisiva en el desarrollo de la llamada herejía judaica en la edad Media, que con toda razón fue llamada por Papas, concilios e inquisidores "*la madre de todas las herejías*", ya que el Santo Oficio llegó a comprobar que eran los judíos clandestinos, es decir, los herejes judaizantes, los organizadores y propagadores de los demás movimientos heréticos. Asevera el mencionado rabino que:

"El principal factor para la preparación del estallido de la herejía judaizante durante el siglo doce, fue la elección de Anacleto II, un miembro de la casa judía de los Pierleoni, a la silla pontifical en el año de 1130" [247].

Esta confesión es de capital importancia por venir de un dirigente destacado del judaísmo y porque además se ajusta por completo a la realidad, pues un golpe de audacia de ese tipo, además de sembrar la desmoralización en la Cristiandad, debió de haber alentado en extremo a los israelitas que pudieron considerar que de allí en adelante todo era ya posible para ellos.

El referido rabino confirma lo anterior en otro pasaje de su interesante obra, donde afirma:

"Pruebas adicionales en relación con el profundo impacto hecho por la carrera de Anacleto sobre las mentes judías, pueden encontrarse en la copiosa literatura del mítico Papa judío, que en la leyenda hebrea es llamado Andreas o Elchanan. Es por completo digno de aplauso, que la elevación al poder de un miembro de una antigua familia judía, haya dado ímpetu a la actividad de las comunidades judías italianas locales y a una vigorosa reafirmación de sus propias tradiciones y opiniones" [248].

Aquí el ya citado rabino va demasiado lejos sacando a relucir uno de los grandes argumentos que emplean los hebreos en sus conventículos secretos para tratar de demostrar que su religión, y no la cristiana, es la verdadera. Dicen que el hecho de lograr infiltrarse en las jerarquías de la Iglesia, sin perdonar los obispados y el cardenalato, cometiendo toda clase de sacrilegios, y poder incluso escalar el trono de San Pedro, aunque sea por medio de

---

[247] Rabino Louis Israel Newman, *Jewish Influence on Christian Reform Movements*. Nueva York: Columbia University Press, 1925. Libro II. Cap. IV, p. 248. (Columbia University Oriental Series, no. XXIII).

[248] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, cap. IV, pp. 252, 253.

antipapas, que ellos llaman Papas, reafirma sus opiniones y sus tradiciones, es decir, demuestra que son ellos y no los cristianos quienes tienen razón al creer que su religión es la que cuenta con el apoyo divino.

Nosotros contestaríamos a este sofisma con un argumento elocuente: de no ser por la asistencia divina, cualquier institución humana habría podido ser controlada ya, desde hace muchos siglos, por la satánica quinta columna judía introducida en el clero, que hace ochocientos treinta y dos años creyó haber capturado por fin al Sumo Pontificado y pensó tener a la Santa iglesia en sus garras; pero entonces fracasó su intento demoníaco, como sigue fracasando ocho siglos después en que se contempla esa conquista como una simple ansiada ambición, todavía no lograda. Si la Santa Iglesia no tuviera la asistencia de Dios Nuestro Señor, habría ya sucumbido ante el empuje infernal del judaísmo, considerado por muchos, con razón, como el más poderoso instrumento del Anticristo.

Cristo Nuestro Señor llamó al judaísmo la Sinagoga de Satanás y denominó a los judíos hijos del Diablo, no sólo por su maldad, sino quizá por el poder extraordinario que recibirían del demonio. Por algo, también el santo Concilio XII Toledano afirmó que los clérigos que ayudaban a los judíos en perjuicio de la fe formaban parte del cuerpo del Anticristo, llamando a los hebreos ministros del Anticristo, denominación que les confirmaron ilustres Padres y santos de la Iglesia.

Este poder para hacer el mal, que se antoja a veces sobrenatural, les viene del dragón, como lo profetizó San Juan en su Apocalipsis; pero la bestia y el dragón serán vencidos después de su temporal supremacía. Así está dispuesto por Dios, pero recordemos que San Juan en el capítulo XIII del Apocalipsis lo profetizó:

"1. Y vi salir de la mar una bestia, que tenía siete cabezas, y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemia... 2. Y le dio el dragón su poder, y grande fuerza. 3. ...Y se maravilló toda la la tierra en pos de la bestia. 4. Y adoraron al dragón, que dio poder a la bestia: y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién hay semejante a la bestia? ¿Y quién puede lidiar con ella? 5. Y le fue dada boca con que hablaba altanerías y blasfemias...7. Y le fue dado que hiciese guerra a los santos, y que los venciese. Y le fue dado poder sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación" [249].

El poder que le había sido dado a la bestia por el dragón, coincide en forma asombrosa con el que ha sido dado a la Sinagoga de Satanás para hacer el mal; además, está profetizado su poder temporal para vencer a los buenos. Ese vomitar blasfemias de la bestia, sobre todo en los países comunistas, está bien profetizado. Parece pues, muy acertada la interpretación que han hecho en diversas épocas algunos Padres de la Iglesia, teólogos y jerarcas del catolicismo, al considerar que el judaísmo postbíblico es la bestia del Apocalipsis. Los hechos coinciden en forma tan asombrosa con la profecía que parece no haber lugar a duda.

Pero también está profetizado por Dios que la bestia y el dragón, después de sus triunfos temporales, serán definitivamente vencidos y arrojados al fuego. El Apocalipsis en su capítulo XX dice:

"9. Y Dios hizo descender fuego del cielo, y los tragó. Y el diablo, que los engañaba, fue metido en el estanque de fuego, y de azufre: en donde (estará) también la bestia. 10. Y el falso profeta será atormentado día y noche en los siglos de los siglos".

La profecía bíblica menciona también una segunda bestia, cuyas características coinciden en forma sorprendente con la quinta columna judía introducida en el clero, ya que tiene la apariencia del Cordero y, sin embargo, actúa como el dragón y su misión es ayudar a la primera bestia, como la misión de la quinta columna es facilitar los triunfos de la Sinagoga de Satanás. En el capítulo XIII dice:

"11. Y vi otra bestia que subía de la tierra, y que tenía dos cuernos semejantes a los del Cordero, mas hablaba como el dragón. 12. Y ejercía todo el poder de la primera bestia en su presencia: e hizo que la tierra, y sus moradores, adorasen a la primera bestia, cuya herida

[249] Biblia, Apocalipsis, Cap. XIII, Vers. 1, 2, 3, 4, 5, 7.

mortal fue curada. 14. Y engañó a los moradores de la tierra con los prodigios que se le permitieran hacer delante de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra, que hagan la figura de la bestia, que tiene la herida de espada, y vivió" [250].

A muchos parece en realidad sorprendente que el judaísmo, herido de muerte por la Inquisición y por la acción de los buenos, haya sobrevivido y curado sus heridas. Por otra parte, esa misión de la bestia con apariencia del Cordero, consistente en lograr que los hombres adoren a la primera bestia, coincide también en forma admirable con la labor que hacen los clérigos quintacolumnistas para que los fieles casi adoren a los judíos, pretendiendo que son de la sangre de Cristo Nuestro Señor, siendo que El los llamó hijos del Diablo y además son el enemigo capital de la Santa Iglesia.

Recordemos que quienes siguen a la bestia "*cuyos nombres no están el libro de la vida*" (Apocalipsis Cap. XVII, Ver. 8), "*y el que no fue hallado escrito en el libro de la vida fue lanzado en el estanque de fuego*" (Ap. Cap. XX, Ver. 15).

Después de este paréntesis, necesario para impedir que la tragedia que se está analizando debilite y abrume a los medrosos, seguiremos narrando sintéticamente el desarrollo del espantoso drama.

A las claras se veía que el cardenal Pierleoni y sus secuaces lo estaban preparando todo para su elevación al pontificado al morir el Papa reinante; y los cardenales y clérigos mejor orientados, más fieles a la santa iglesia, estaban justamente alarmados, ya que se encontraban convencidos de que el cardenal Pierleoni practicaba el judaísmo en secreto y de que con su elevación al trono de San Pedro, la Santa Iglesia caería en las garras de su enemigo secular, la sinagoga. Al efecto, contra dicho cardenal se lanzaban, entre otras, las siguientes acusaciones:

1ª. Que bajo la máscara de un cristianismo aparentemente fervoroso y sincero, Pierleoni practicaba el judaísmo en secreto, disimulándolo con el velo de elocuentes y piadosos sermones, ya que fue él uno de los mejores oradores sagrados de su época. Disimulaba su judaísmo con buenas obras y con una labor impresionante como administrador y organizador de las cosas de la Iglesia, demostrada en el puesto de Nuncio de Su Santidad, como organizador de concilios en Francia y como cardenal.

2ª. Que al margen de su riqueza particular estaba acumulando otra, mediante el despojo de iglesias, que había realizado con la colaboración de otros judíos, dinero que luego empleaba para intentar la corrupción del cuerpo cardenalicio y lograr el encumbramiento de los suyos a los obispados y al cardenalato por medio de intrigas e influencias, comprando incluso, a precio de oro, el voto de algunos cardenales para la siguiente elección papal.

Ante el peligro mortal, fue formándose en el Sacro Colegio Cardenalicio un grupo de oposición a Pierleoni de tendencias fuertemente antijudías, encabezado por el cardenal Gregorio de Sant´Angelo, por el Cardenal Aimerico y por Giovanni de Crema. Sin embargo, el cardenal Pierleoni llevaba en la enconada lucha, visible ventaja, por que contaba con el apoyo de la nobleza –muy infiltrada de judaísmo- y del pueblo, ganado por el oro y el poderío del cardenal criptojudío. Además, había tenido el cuidado de ir controlando las fuerzas armadas.

Sabiendo que los cardenales opositores lo acusaban de practicar el judaísmo, Pierleoni trataba de desmentir tales acusaciones con sus sermones piadosos e impecablemente ortodoxos, con una magnífica actuación en distintos campos, y hasta se dice que incluso construyó templos. Con todo esto, lograba desorientar a clérigos y seglares, haciéndoles creer que las acusaciones lanzadas contra él eran calumniosas y que en realidad el Cardenal Pierleoni era un sincero cristiano, atacado injustamente por los envidiosos y los antijudíos, propensos a ver israelitas hasta donde no los hay [251].

---

[250] Biblia, Apocalipsis, Cap. XIII, Vers. 11, 12, 14 y Cap. XX, Vers. 9, 10.

[251] Hermán Vogelstein y Pablo Rieger, *Geschichte der Juden in Rom* (Historia de los judíos en Roma). Berlín, 1896; *Jewish Encyclopedia* y *Enciclopedia Judaica Castellana*, vocablos *Anacletus* y *Pierleoni*; Elphege

El Papa Honorio II, ya enfermo, se veía sujeto a las encontradas y fuertes presiones de ambos grupos. Viendo los cardenales antijudíos que el bloque filosemita de Pierleoni adquiría cada vez más fuerza y que tenía asegurado el voto de la mayoría de los cardenales, dio un golpe de audacia debido a la energía y resolución del cardenal francés Aimerico, canciller de la iglesia Romana, quien súbitamente hizo trasladar al Papa moribundo al monasterio de San Gregorio, ubicado en un monte. En medio de los forcejeos de ambas facciones, convinieron con Honorio en que la elección del nuevo Papa la harían ocho cardenales, al parecer designados por el mismo pontífice reinante y entre los cuales figuraba Pierleoni. Dichos purpurados estaban a la cabecera del moribundo esperando el fatal desenlace para proceder a la elección del nuevo Papa.

El fallecimiento de Honorio ocurrió providencialmente en un momento en que Pierleoni se había ausentado en unión de Jonatás; y los otros seis cardenales, estando todavía en el monasterio de San Gregorio, procedieron a enterrar precipitadamente al difunto para llevar a cabo, con gran sigilo, la elección de un nuevo Papa. Que recayó en la persona del virtuoso Gregorio Papareshi, cardenal de Sant´Angelo, de tendencias antijudías y quien al asumir el pontificado tomó el nombre de Inocencio II.

Cuando Pierleoni, que ya se consideraba casi Papa electo, vio que Papareschi, uno de sus rivales, había sido ya electo pontífice, no se dio por vencido, sino que, según dice Gregorovius,

"...asistido por sus hermanos León, Giordano, Rogerio, Uguccione y de numerosos clientes, marchó hacia San Pedro, abrió sus puertas con violencia y se hizo consagrar Papa por Pietro di Porto, tomó por asalto el Laterano, y se sentó sobre los tronos papales que estaban en aquella Iglesia y fue a santa maría Mayor y secuestró el tesoro de la Iglesia. Toda Roma resonó con el estruendo de la guerra civil, ahí mismo donde millares de manos se extendían ávidamente para recoger el oro que Anacleto derrochaba" [252].

Indudablemente este Pierleoni fue, en cuanto a simonía se refiere, un digno discípulo de su antecesor judío Simón el Mago, y quizá hasta le aventajó, iluminado tal vez con la experiencia hebraica de siglos, logrando por diversos medios que más de las dos terceras partes de los cardenales lo eligieran Papa, adoptando el nombre de Anacleto II.

El craso judío se adueñó fácilmente de la situación y le llovieron adhesiones de todos lados, mientras Inocencio II tenía que huir con sus fieles cardenales, refugiándose en el palacio, amparado por la defensa de la fortaleza de los Frangipani. Las tropas de Pierleoni asaltaron el palacio sin éxito, pero como, según dice Gregorovius,

"...viera Inocencio que por sus murallas penetraba el oro de su enemigo, huyó en abril o en mayo al Trastévere donde se escondió en la torre de su familia, mientras Anacleto celebraba tranquilamente en san pedro la fiesta de la Pascua, excomulgaba a su contrincante, destituía a los cardenales que le eran contrarios, y designaba otros en su lugar. La defección declarada de los Frangipani dejó a Inocencio al descubierto y sin defensa, por lo que no le quedó otra alternativa que la fuga" [253].

Todo parecía humanamente perdido para la Santa Iglesia; el triunfo de la quinta columna judía introducida en el clero se antojaba ya definitivo; su sueño secular de conquista del papado parecía al fin realizado. La Cristiandad, al parecer, había sucumbido en la lucha contra la Sinagoga de Satanás.

Vacancard, *Vie de Saint Bernard*. París, 1895; *Codex Udalrici*, no. 240 a 261; F. Gregorovius y Rabino Louis Israel Newman, obras citadas.

[252] F. Gregorovius, obra citada, vol. II, tomo II, Cap. III, p. 76.

[253] F. Gregorovius, obra citada, vol. II, tomo II, Cap. III, p. 76, 77.

Capítulo Vigésimo Sexto:

"SAN BERNARDO Y SAN NORBERTO LIBERAN A LA IGLESIA DE LAS GARRAS DEL JUDAÍSMO"

En esta crisis de la Iglesia, la Divina providencia, según lo tiene prometido, acudió a salvarla. Para ello se valió –como acostumbraba siempre- del surgimiento de hombres capaces y resueltos a sacrificarlo todo para lograr la salvación de la catolicidad; caudillos que en un momento dado por inspiración de Dios, saben estimar en toda su magnitud el desastre ocurrido o la catástrofe que se avecina y que se lanzan en cuerpo y alma con desinterés, con mística superior y empuje arrollador, a la lucha contra la sinagoga y sus secuaces.

Así surgió San Ireneo, cuando el gnosticismo judaico amenazó desintegrar a la cristiandad; de igual manera apareció san Atanasio, el gran caudillo antijudío, cuando la herejía del hebreo Arrio estuvo a punto de desquiciar a la Iglesia y así surgieron después, en situaciones parecidas, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio de Milán, San Cirilo de Alejandría, San Isidoro de Sevilla, San Félix, San Agobardo, el arzobispo Amolón y muchos otros, todos luchando implacables, iluminados por la gracia divina, tanto en contra de los judíos enemigos seculares de la Santa iglesia, como de su quinta columna, de sus herejías y de sus movimientos subversivos.

Ahora que la Iglesia sufría quizá la más grave crisis desde su nacimiento, ¿quién surgiría? ¿quién o quiénes serían los caudillos antijudíos, instrumentos de Cristo en esta ocasión para salvar a su Santa Iglesia?

Como de costumbre, la asistencia de Dios se manifestó a través de la aparición de dos grandes luchadores: San Bernardo, Doctor de la Iglesia y Abad de Clairvaux y San Norberto, fundador de la Orden Norbertina y Arzobispo de Magdeburgo, emparentado con la familia imperial de Alemania.

Cuando San bernardo tuvo noticia de los infaustos acontecimientos ocurridos en Roma, tomó una resolución que muchos se resisten a tomar, o sea, la de dejar la vida apacible y tranquila del convento para lanzarse a una lucha dura, llena de incomodidades, sufrimientos y peligros, que además a todos se antojaba perdida, ya que el supuesto Papa –el criptojudío Pierleoni- dominaba por completo la situación con su oro y con el apoyo que seguía recibiendo. Mientras, Inocencio II, abandonado y fugitivo, excomulgado por Anacleto, parecía tenerlo todo perdido, debilitando todavía más sus pretensiones una elección que, según el decir de teólogos e historiadores eclesiásticos de peso, no era muy canónica. Sin embargo, San bernardo tomó en sus manos la causa ya casi liquidada, sólo porque tenía la convicción de que era la buena, de que la santa iglesia no podía en tal forma caer en las garras de su peor enemigo: el judaísmo.

Prescindiendo del problema de que la mayoría de 23 cardenales habían votado por Anacleto en contra de seis que votaron por Inocencio y haciendo caso omiso de la forma en que había sido electo éste, San bernardo consideró la cuestión desde el punto de vista que debía considerarse. En carta dirigida al emperador Lotario de Alemania, decía entre otras cosas: *"...Que era `una afrenta para Cristo que un vástago judío ocupara el trono de San Pedro´"*. Con ello ponía el santo Doctor de la Iglesia el dedo en llaga y diagnosticaba la situación en toda su gravedad, pues en realidad, era imposible que un judío, enemigo de la santa iglesia, fuera Papa. También, en dicha carta al emperador decía que: *"...la reputación de Anacleto era baja incluso entre sus amigos, mientras que Inocencio II estaba al abrigo de toda sospecha*".

El Abad Ernald, biógrafo contemporáneo de San Bernardo, informa que Pierleoni, como legado y como cardenal había amasado inmensas riquezas y "...que después había robado a

las iglesias despojándolas de sus valores....Y que cuando incluso los malos cristianos que lo seguían se habían negado a destruir cálices y crucifijos de oro para fundirlos, Anacleto utilizó judíos con este propósito y ellos celosamente destrozaron los vasos sagrados y los grabados, y con el dinero obtenido de la venta de estos objetos, Anacleto según se tenían informes, estaba en posibilidad de perseguir a los partidarios de Inocencio II, su rival".

El Obispo Humberto de Lucca, el Dux veneciano Andreas Dándolo, Anselmo Abad de Gembloux y otros cronistas e historiadores presentan estas y otras gravísimas acusaciones contra el antipapa judaico [254].

El punto clave en esta lucha radicaba principalmente en la persona del emperador de Alemania y también en el rey de Francia, representando ambos las fuerzas políticas entonces más potentes en la catolicidad. San bernardo, con la ayuda de su gran amigo San Norberto, dirigió todo su empeño a convencer a ambos monarcas que se encontraban indecisos, para que prestaran todo su apoyo a Inocencio, con ese objeto les envió cartas y realizó ante ellos toda clase de gestiones.

Luis VI de Francia no se resolvió al fin y pidió que se reuniera un concilio, congregado de acuerdo con su deseo en Etampes [255], al que acudió San Bernardo, quien con su elocuencia y ardor logró que los Padres del sínodo se declararan a favor de Inocencio, aduciendo entre otras razones, además de las ya apuntadas, la de haber sido electo primero y la de que, aunque Anacleto había tenido después el voto de una mayoría abrumadora de cardenales, la elección primera seguiría siendo válida mientras no fuera jurídicamente anulada. Se argüía además que Inocencio había recibido su consagración pontifical de manos del funcionario competente para realizarla, es decir, del cardenal Obispo de Ostia.

De mucho sirvió la audacia y energía del heroico cardenal Aimerico, que en forma precipitada y secreta mandó enterrar al Papa, inmediatamente después de fallecido, procediendo en forma rápida, aunque de una manera un tanto irregular, a la elección de Inocencio. La Santa Iglesia, la Cristiandad, y en general la Humanidad entera deben estar agradecidas y honrar la memoria de este audaz y activo cardenal, que al iniciar con su golpe de mano la lucha por la salvación de la santa iglesia, contribuyó a la salvación de todo el mundo, pues si los judíos hubieran logrado el dominio de la Cristiandad hace ocho siglos, la catástrofe que ahora amenaza en forma aterradora el orbe entero, hubiera ocurrido quizá varios siglos antes; en una época en la cual el Islam también se encontraba seriamente amenazado por la red de organizaciones secretas revolucionarias criptojudías, que como los Batinis y los Asesinos, amenazaban con desintegrarlo y dominarlo.

Inocencio II, que había llegado a Francia recientemente, fugitivo de Italia, con el apoyo del santo Concilio de Etampes vio resurgir su causa, al parecer ya perdida. El reconocimiento y respaldo conciliar fue seguido por el muy valioso, en el orden temporal, del rey de Francia, que a partir de ese momento se constituyó en uno de los principales sostenes de Inocencio en contra de su rival, declarado entonces antipapa por el citado sínodo. Siguiendo el monarca francés la pauta observada por San Bernardo, no discutió ya cuál de los papas electos era el legítimo, sino cuál de ellos era más digno, según lo dejó consignado el célebre Sugerio, Abad de Saint Denis. Fracasó pues, ante la arrolladora actividad de san bernardo, la habilísima diplomacia de Anacleto, que hacía alardes de piadoso cristianismo, empleando todos los medios a su alcance para ganarse el apoyo del rey de Francia. Fingía aparatosa piedad y disfrazaba sus proyectos reformistas con la idea de pugnar por devolver a la iglesia la pureza de sus primeros tiempos, bandera siempre muy popular, por ser loable y noble. Había

---

[254] Humberto de Lucca, *Crónica* en *Codex Udalrici*, no. 246. p. 246; Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, p. 251; Elphege Vacancard, *Vie de Saint Bernard*, artículo contra Anacleto.

[255] No ha sido posible localizar las actas y cánones del Concilio de Etampes, del cual sólo hemos podido encontrar relaciones incompletas; por lo que nos tememos que se hayan perdido, por razones que son fáciles de comprender.

empezado por adoptar el nombre del segundo sucesor de San Pedro, es decir, del Papa Anacleto I.

Nos encontramos pues, al parecer, delante de una de las primeras manifestaciones de esa bestia apocalíptica, cubierta con las apariencias del Cordero, es decir, de Cristo Nuestro Señor, pero que actúa como dragón. Por algo fue común, en esa época, entre santos, obispos, clérigos y seglares, considerar a Anacleto II como Anticristo, o en el más benévolo de los casos, como precursor del Anticristo.

La actitud que asumiera Lotario, emperador de Alemania, iba a ser decisiva en esta fecha. Con gran acierto indicó que este asunto era de la competencia de la misma Iglesia y al efecto fue convocado otro concilio en Wurzburgo, en el que intervino San Norberto en forma decisiva, inclinando al episcopado alemán a brindar todo su respaldo a Inocencio. Sin embargo, una batalla casi decisiva iba a realizarse en el santo Concilio de Reims, celebrado a fines del año 1131, que fue una derrota completa para Pedro Pierleoni, ya que en tal sínodo los obispos de Inglaterra, Castilla y Aragón reconocieron a Inocencio como Papa legítimo, uniéndose en tal sentido a los episcopados francés y alemán que ya lo habían reconocido. En dicho sínodo fue también excomulgado Pierleoni. Justo es reconocer que en esta lucha fueron también un elemento vital las Ordenes religiosas, que conscientes, en esos tiempos, del peligro que representaba el judaísmo para la iglesia, veían en Anacleto el mayor mal que había enfrentado hasta ese momento la Cristiandad; y con dinamismo y pasión volcaron la actividad de sus conventos, empeñados en salvar a la Santa Iglesia de la amenaza mortal.

Desgraciadamente en nuestros tiempos en que la Santa iglesia está tan amenazada por el comunismo y la quinta columna judaica introducida en el clero, nos e ven indicios de que la gigantesca fuerza de la Ordenes religiosas –que podría quizá salvar la situación- se apreste a la lucha. Su día entero lo tienen ocupado en piadosos menesteres, muy dignos de elogio, pero que en las actuales circunstancias les impiden dedicar su actividad a la tarea fundamental de salvar a la iglesia. Creemos que si estas Ordenes despertaran de su letargo, se darían cuenta de que ahora, como en los tiempos de Pierleoni, es indispensable dejar en gran parte, por el momento, los piadosos menesteres que les absorben todo su tiempo, para dedicar buena parte de él a la lucha para salvar a la Cristiandad, con lo que se daría un paso decisivo hacia la salvación.

¡Que Dios Nuestro Señor ilumine a los Padres generales de dichas Ordenes y les haga ver la necesidad de tomar una suprema y decisiva resolución al respecto! Las oraciones y actividades de la Regla son muy importantes; pero más importante todavía es salvar a la Santa Iglesia del peligro judeo-comunista que amenaza con aniquilarla. San Bernardo y muchas legiones de frailes tuvieron que dejar la tranquilidad de los conventos y la observancia rigurosa de las Reglas (naturalmente con los permisos adecuados), para lanzarse a las calles a salvar a la Cristiandad. ¡Y lo lograron!

Después del Concilio de Reims ya no quedaba a Pierleoni sino el apoyo de Italia (en su mayoría) y, principalmente, el del Duque Rogerio II de Sicilia, su cuñado, que prácticamente dominaba la situación de la península. De algo había servido el matrimonio de la judía conversa Pierleoni, hermana del antipapa, con el citado duque. El estratégico matrimonio estaba ya rindiendo sus frutos.

Para lograr el triunfo definitivo contra el judío que usurpaba en Roma el trono de San Pedro, era preciso una invasión militar, una especie de cruzada; y fueron San Bernardo y San Norberto los que convencieron a Lotario, emperador de Alemania, para que la realizara. Este, con un modesto ejército, se reunió con Inocencio en el norte de Italia y avanzó desde ahí hasta tomar Roma sin resistencia, ya que muchos nobles italianos traicionaron a Anacleto a última hora. Lotario instaló a Inocencio II en Letrán, mientras que Pedro Pierleoni se refugiaba en Sant´Angelo, controlando San Pedro, razón por la cual el emperador fue coronado por Inocencio en Letrán. Pero como Rogerio de Sicilia avanzase entonces al frente

de un poderoso ejército, Lotario tuvo que retirarse, por lo cual no pudo sostenerse en Roma Su Santidad el Papa, que tuvo que volver a huir, dejando de nuevo allí al antipapa judío dueño de la situación. Retirado Inocencio a Pisa, reunió en esta ciudad un magno concilio, al que asistieron obispos de casi toda la Cristiandad y gran cantidad de priores de conventos, que desempeñaron un papel muy importante en esta lucha. Entre ellos se encontraba San bernardo, acaudillando siempre la pelea.

Al año siguiente, Lotario volvió a invadir Italia para instalar en Roma al Papa legítimo y arrojar de allí al judío usurpador. La conducta del emperador de Alemania es muy digna de tomarse en cuenta, ya que en esos momentos críticos para la Iglesia y para el mundo cristiano, supo hacer a un lado sus intereses personales y los resentimientos del imperio a causa de la dura lucha de las investiduras, para entregarse en cuerpo y alma a la tarea de salvar a la Cristiandad.

¡Ojalá que en la actual crisis mundial abunden los jerarcas que imiten una tan noble conducta y que sepan posponer sus intereses particulares a las necesidades generales, olvidando rencores –muchas veces justificados- en aras de la unión de todos los pueblos en la lucha de liberación universal que debe sostenerse en contra del imperialismo judaico y de sus dictaduras masónicas o comunistas!

Con muy justa razón S.S. el Papa Inocencio II, en el fragor de la terrible lucha, escribía al emperador Lotario diciéndole: "La Iglesia, con divina inspiración, te ha escogido y elegido a ti en calidad de legislador como a un segundo Justiniano, y como a un segundo Constantino para combatir la herética impiedad de los judíos" [256].

La campaña victoriosa llevó a Lotario hasta derrotar a Rogerio y replegarlo hasta Sicilia, pero no pudo tomar Roma, en donde siguió instalado el antipapa judío, para escándalo de toda la Cristiandad. Al retirarse de Italia, Lotario y sus ejército, Rogerio de Sicilia la reconquistó casi por completo, con lo que la causa de Pierleoni parecía resurgir en forma peligrosa.

La alarma en la Cristiandad fue cada vez mayor, ya que surgía de nuevo amenazadora la potencia del antipapa, a quien Arnulfo, obispo de Liseaux, Manfredo, obispo de Mantua y otros distinguidos prelados, llamaban a secas "judío". El arzobispo Walter de Rávena denunciaba el cisma de Anacleto como "*herejía de la perfidia judía*" y el rabino Louis Israel Newman afirma que el partido de Inocencio decía que Anacleto era el "*Anticristo*", opiniones que fueron confirmadas al emperador Lotario por los cardenales que apoyaron al Papa ortodoxo. El propio Inocencio II, convirtió en grito de batalla la afirmación de que la usurpación de Anacleto era "*una insensata perfidia judía*". El estudioso rabino citado termina su narración de esta lucha con el siguiente comentario:

"El `*Pontífice judío´* mantuvo con éxito su posición, hasta su muerte el 25 de enero de 1138...".

Este dirigente israelita, más honrado como historiador que otros, no tiene pues, reticencias ni temores y afirma con toda claridad que Pierleoni fue un hebreo, llamándolo además expresamente "*Pontífice judío*", mientras llega su osadía al grado de llamar antipapa a Inocencio II [257].

Muerto en Roma el judío usurpador con todos los honores papales, el Cuerpo Cardenalicio –que según se decía estaba inundado por purpurados que practicaban en secreto el judaísmo- procedió a designar un nuevo Papa, o mejor dicho antipapa, nombramiento que recayó en la persona del cardenal Gregorio, designado con la aprobación y el apoyo de Rogerio de Sicilia.

---

[256] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, p. 252.

[257] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, pp. 250 a 252; *Codex Udalrici*, no. 240 a 261; Louis Dúchense, *Liber Pontificalis*, París, 1955 (3 vol.), tomo II; J.M. Watterich, *Vitae Romanorum Pontificum ab exeunte saeculo IX usque ad finem saeculi XIII*, (2 vol.), Leipzig, 1862; H. Vogelstein y P. Rieger, obra citada, tomo I, p. 221.

El nuevo Papa –antipapa- tomó el nombre de Víctor IV, mientras la incansable predicación de San Bernardo, junto con la presión de los ejércitos alemanes, había logrado ir conquistando para el Papa legítimo la adhesión de los principales baluartes de Pierleoni, como Milán y otras ciudades italianas, terminando al fin con la misma Roma, conquistada por la santidad y elocuencia de San Bernardo. El antipapa judío tuvo que refugiarse en esta ciudad en los últimos días, otras vez en San Pedro, ocupando también el poderoso castillo de Sant´Angelo. Sin embargo, el partido de los Pierleoni decrecía y se hundía paulatinamente, hasta que el nuevo antipapa Víctor IV se encontró ante una situación prácticamente insostenible. La elocuencia de San Bernardo acabó por convencerlo a capitular.

En este episodio vemos de nuevo surgir la táctica que en el judaísmo sigue desempeñando un papel decisivo a través de sus luchas políticas: cuando una facción judaica o dominada por el judaísmo se ve perdida, trata de impedir que la derrota inminente se convierta en destrucción y en catástrofe, fingiendo a tiempo rendirse a su enemigo, implorando misericordia o negociando el permiso para conservar las mayores posiciones posibles, a cambio de prometer sumisión y fidelidad. Al salvarse esa fuerza judaica de la destrucción, conserva a menudo algunas posiciones valiosas en le nuevo régimen del vencedor, que lejos de agradecer, utiliza las sombras para conspirar, para ir reorganizando en secreto sus fuerzas, para irlas acrecentando con el tiempo más y más, y para dar, en el momento oportuno, el golpe traidor que aniquilará al enemigo confiado y generoso, que en vez de destruir al ingrato adversario cuando pudo hacerlo, le dio la posibilidad de resurgir y dar de nuevo el zarpazo. Esta ha sido la historia de las luchas entre cristianos y judíos durante más de mil años y ha sido también una de las cusas principales de los resurgimientos de la sinagoga, tras de sus espectaculares derrotas.

Tanto Giordano como los demás hermanos de Pedro Pierleoni fingieron arrepentimiento, pidieron perdón, abjuraron de toda herejía y se reconciliaron con la legítima autoridad pontificia; con sus actitudes hipócritas conmovieron al Papa Inocencio II y a San bernardo, quienes generosamente les perdonaron. En vez de destruir su fuerza. Su Santidad les conservó sus grados y su posición en la corte pontificia; y después, hasta los honró con homenajes y cargos, con el ánimo de lograr la unificación firme y duradera de la Santa Iglesia, tratando de conquistar con bondad extrema a esos criptojudíos que quizá conmovidos por tanta generosidad, tendrían al fin un sincero arrepentimiento.

En el terreno eclesiástico obró Inocencio con mayor energía, y habiendo reunido en 1139 un concilio ecuménico, que fue el II de Letrán, al mismo tiempo que se condenaban las doctrinas de Arnaldo de Brescia y de Pedro de Bruys, fueron anulados los actos de Anacleto y degradados todos los sacerdotes, obispos y cardenales; en una palabra, todos los clérigos ordenados por Pierleoni, y declaradas ilícitas todas sus ordenaciones [258], ya que se les tenía por cismáticos, y la opinión general consideraba que abundaban entre ellos los herejes judaizantes, o sea, los que practicaban ocultamente el judaísmo, con lo cual el Santo Padre limpió el clero de judíos secretos, saneando las jerarquías y destruyendo de un solo golpe todas las infiltraciones hebraicas dentro del mismo, realizadas, como es fácil comprender, al amparo del "*Pontífice judío*", como lo llama el ilustre rabino Newman.

Pero la magnanimidad que en lo político había tenido el Papa con el vencido Giordano Pierleoni y sus hermanos, iba a ser trágica para la Santa Sede.

Es necesario hacer notar que en esta política de perdón debe haber influido San bernardo, a quien su excesiva bondad hizo concebir la idea de que quizá cambiando de política hacia los hebreos podría la Santa Iglesia ablandar su endurecido corazón de los mismos. San Bernardo, al mismo tiempo que combatía las actividades cismáticas y heréticas de los judíos,

---

[258] Concilio II de Letrán, Canon XXX, compilación de *Acta Conciliorum et epistolae decretales, ac Constitutiones Summorum Pontificum, Studio* de Joannis Harduini, S.J., Paría, 1714, Tomo VI, parte II, pp. 1207 y ss.

usaba con ellos de extrema indulgencia, oponiéndose a que se les persiguiera y a que se les causara perjuicio alguno. Quiso, en otras palabras, amansar lobos a base de bondad, pensando quitarles así su ferocidad.

Como siempre, los israelitas abusaron de la bondad de San Bernardo y demostraron con hechos muy elocuentes que es imposible convertir a los lobos en dóciles ovejas. Los acontecimientos de los siglos posteriores así lo demostraron y obligaron a la santa Iglesia a obrar de forma enérgica y a veces implacable en su lucha contra los hebreos. Las hogueras de la Inquisición fueron, en gran parte, el resultado del lamentable y triste fracaso de la generosa política de perdón, tolerancia y bondad preconizada por San Bernardo.

Capítulo Vigésimo Séptimo:

"UNA REVOLUCIÓN JUDEO-REPUBLICANA EN EL SIGLO XII"

Varios papas anteriores habían permitido generosamente el acceso de los judíos a la corte pontificia, brindándoles amistad y utilizándolos como banqueros, lo cual había conducido a la Santa Iglesia al cisma de Pierleoni, que estuvo a punto de hundirla. La generosidad del Papa Inocencio II con la familia de judíos conversos de Giordano Pierleoni, iba a margar los últimos días del bondadoso pontífice y a causar estragos al papado, amenazándolo ahora en el terreno político.

Cinco años después de la muerte del antipapa judío, su hermano Giordano –aprovechando las posiciones valiosas y los recursos que le había permitido conservar la bondad de sus adversarios- organizó una revolución en la sombra y luego la hizo estallar, revolución que de haber progresado, hubiera sido de incalculables alcances. Los conspiradores, mostrando gran genio político, supieron elaborar un programa de lucha atractivo hasta el máximo para el pueblo romano, único quizá suficientemente atractivo para arrastrar a nobleza y pueblo en un movimiento contra el Sumo Pontífice de la Cristiandad, en tiempos en que la religiosidad era intensa. Con este plan o plataforma de lucha –como lo llamarían en nuestros días- los Pierleoni demostraron ser capaces de sentar escuela y fijar normas, para el futuro, a la quinta columna judía introducida en la Cristiandad, no sólo en el terreno religioso, sino también en el político.

El movimiento acaudillado por Giordano Pierleoni fomentaba en los moradores de la Ciudad Eterna los recuerdos gloriosos de la antigua República, cuando Roma era gobernada por sus patricios y su pueblo y no por autócratas llegando así a convertirse en la primera nación del mundo antiguo. Se hizo intensa labor personal, recordando las glorias del antiguo Senado Romano y señalando el contraste de ese esplendor glorioso de tiempos de la República, con el estado de postración en que se encontraba en el siglo XII. Era urgente que los romanos hicieran un esfuerzo por salir de la decadencia y volver a los tiempos en que Roma era la primera ciudad del mundo, la más poderosa en los órdenes político, militar y económico; época en que los romanos dictaban su voluntad y su ley a todo el orbe. Desgraciadamente, el poder temporal del Papa era un estorbo. Todos, como cristianos respetaban al Santo Padre, pero éste no debía estorbar el resurgimiento y engrandecimiento de Roma, debiendo para ello reducirse a sus funciones religiosas y dejar que la ciudad hiciese un esfuerzo por recuperar los esplendores del pasado y volver a las formas de gobierno que le permitieron gozar de ese pretérito glorioso.

La nobleza romana –muy minada como hemos visto por los entronques judaicos-, así como los habitantes de la ciudad, se emborracharon con tales prédicas y se fueron adhiriendo al movimiento acaudillado por Giordano Pierleoni, hasta que éste adquirió en el año de 1143 tal fuerza que pudo dar una especie de golpe de estado, suprimiendo la prefectura urbana, convertida en odiosa por la propaganda de los conspiradores. Estos conspiradores desconocieron además el poder temporal del Papa sobre la ciudad, constituyeron el Senado, instalándolo en el antiguo Capitolio y proclamaron la República Romana bajo la dirección del ilustre patricio Giordano Pierleoni. Así pagaba este cristiano criptojudío el perdón recibido del Papa Inocencio II y de San Bernardo, así como el permiso para conservar riquezas y posiciones, que ahora empleaba para hacer triunfar tan novedosa revolución. Pero así es la ley de la vida: toda generosidad y tolerancia que se tenga con el lobo equivale a darle facilidad para que devore a las ovejas.

El heroico y benemérito Papa Inocencio II murió amargado, sin haber podido triunfar contra esa dolorosa revuelta. Y su sucesor, Celestino II, sólo duró cinco meses de pontífice, refugiado en la fortaleza de los Frangipani mientras la nobleza y el pueblo de Roma increpaban al Papa, vitoreaban a la República, la Senado y al nuevo amo de la situación:

Giordano Pierleoni. El siguiente Papa, Lucio II, intentó salir del cautiverio con la ayuda de algunos nobles fieles a la Iglesia para tratar de apoderarse del Capitolio; pero fue herido mortalmente de una pedrada por las turbas de Pierleoni, muriendo a los once meses de haber sido consagrado Papa. De esta forma Giordano Pierleoni y planilla consolidaron su poder sobre la nueva República.

En tan difíciles circunstancias fue electo y consagrado Papa un humilde monje que estando retirado del mundo en un convento ubicado a la salida de Roma, fue elevado al pontificado con el nombre de Eugenio III, el año de 1145. En cuanto fue electo, las fuerzas revolucionarias lo instaron a que diera su aprobación a la constitución republicana y a que reconociera al Senado, ambas cosas a las que se negó el Papa, por lo que tuvo que huir de Roma para ser consagrado en un monasterio fuera de la ciudad, estableciéndose después en Viterbo, donde dio muestras de gran energía, excomulgando al caudillo revolucionario Giordano Pierleoni y a los miembros de su Senado Romano, mientras el populacho –con la protección de éstos- asaltaba los palacios y las fortalezas de los cardenales y de los nobles partidarios del Sumo Pontífice y cometía crueles asesinatos en las personas de los cristianos fieles a la Santa Sede.

Ese generoso perdón que el glorioso Papa Inocencio II había brindado a los Pierleoni permitió a éstos acumular una fuerza política que no sólo amenazaba ya gravemente a la Santa Iglesia, sino que se traducía en grave peligro para la vida y bienes de los cardenales y se manifestaba en asesinatos proditorios de fieles hijos de la Iglesia. Es indudable que la generosidad con los perversos puede convertirse en gravísimo peligro para los buenos, sobre todo cuando se ejerce a favor de los hebreos.

Sin embargo, el Papa contaba con la fidelidad de los campesinos, y con el apoyo de éstos y de algunos nobles del campo logró asediar la ciudad e impedir la entrada de víveres, hasta obligar a los revoltosos a entrar en tratos con el pontífice, reconociendo éstos la autoridad del Papa a cambio del reconocimiento papal a la constitución republicana y al Senado, cuyas facultades quedarían limitadas a las municipalidades. Mediante esta transacción, pudo el Papa Eugenio III entrar en Roma e instalar su corte en la Ciudad Eterna en el año de 1145.

Esta tregua fue sólo la precursora de una nueva tormenta, ya que como de costumbre el judaísmo las aprovecha para reorganizar sus fuerzas en la sombra, adquirir mayor poder y dar luego una nueva embestida. Al estallar otra vez la insurrección, en la que tomó parte también un nuevo caudillo de las masas populares, llamado Arnaldo de Brescia, el Santo Padre tuvo que huir de Roma otra vez, sin que una nueva intervención de San Bernardo en su favor ante el pueblo de Roma recibiera atención de una multitud enloquecida por los revolucionarios. Arnaldo de Brescia, apoyando el movimiento organizado por Giordano Pierleoni, lo desviaba del terreno meramente político –en que se había iniciado- al religioso, acusando a los cardenales de avaros, soberbios, enriquecidos a costa de los sudores del pueblo y al Papa de ser un ente sanguinario, verdugo de las iglesias, cuyo arte consistía en llenar de dinero sus bolsillos y vaciar los ajenos, diciendo también que la Santa Iglesia, lejos de ser tal, era una cueva de ladrones. Afirmaba además, que ni la Iglesia ni los clérigos deberían poseer riquezas, las cuales pertenecían, en legítima propiedad, a los seglares y fundamentalmente al príncipe, con lo que hábilmente incitaba la codicia de las monarcas y de los nobles para inclinarlos a expropiar los bienes del clero.

En su huida, Su Santidad tuvo que ir a refugiarse a Francia que en esa época era, junto con el Imperio Germánico, el más generoso sostén de la Santa Iglesia y el baluarte principal de ésta en la lucha contra el judaísmo. Allí, el combativo fraile convertido en Papa, obtuvo el apoyo del rey Luis VII de Francia y organizó un ejército, al frente del cual penetró en Italia, llegando hasta las puertas de Roma donde recibió el ofrecimiento inesperado de Rogerio de Sicilia consistente en toda clase de apoyo para restablecer su autoridad.

En realidad, el magnate normando había cambiado mucho en estos años. Casado con una hermana de los Pierleoni, lo vimos volcando toda su fuerza a favor del antipapa judío, al

mismo tiempo que habría a los israelitas y a los musulmanes, cuya influencia fue muy grande en ella. Pero los hebreos abusaron, como siempre, de la protección que se les brindó y del encumbramiento que al amparo de ella lograron, hasta que al fin de cuentas, Rogerio de Sicilia abrió los ojos al peligro judío. Entonces varió su política hacia los israelitas tratando de destruir al judaísmo, pero recurriendo al ya gastado y fracasado recurso de obligarlos a convertirse al cristianismo, para lo que promulgó una leyes. En cualquier forma, cuando ofreció su apoyo al Santo Padre, Rogerio de Sicilia había ya dado un viraje completo con respecto a su anterior política y el Papa aceptó desde luego su respaldo, entrando en Roma apoyado por las tropas del normando el 28 de noviembre de 1149. Desgraciadamente, los revolucionarios manejaban ya a su antojo al pueblo de Roma, presentándose ahora como redentores de él; y sólo siete meses después tuvo, Su Santidad, que huir de nuevo precipitadamente de la ciudad, refugiándose en Anagni, donde murió el mismo año en que falleció el gran San Bernardo.

Después del efímero reinado del Papa Atanasio IV, fue electo Papa el cardenal inglés Nicolás Breakspeare, Obispo de Albano, conocido como Adrián IV. Cuando este ilustre y enérgico Papa subió al trono de San Pedro, la situación de la Iglesia en Roma era catastrófica. La fuerza revolucionaria que organizara y dirigiera el judaico Giordano Pierleoni era dueña de la ciudad y autora de los más proditorios asesinatos, que alcanzaban incluso a los peregrinos llegados a la capital del mundo católico a impulsos de su fe.

Arnaldo de Brescia instigaba con sus prédicas los progresos de la revolución, que empezaba a extenderse amenazadoramente a otros lugares de Italia. La osadía de los revoltosos llegó al extremo de herir de gravedad a Guido, Cardenal de Santa Prudenciana, lo que colmó la medida haciendo que el Papa se resolviera a poner remedio radicalmente. Empezó por lanzar un "entredicho" –por primera vez en la historia- contra la ciudad de Roma, por el cual se suspendieron las ceremonias de culto; y el pueblo, que aunque engañado por los jefes de la revuelta seguía siendo inmensamente religioso, abandonó en su mayor parte a los agitadores.

Al mismo tiempo, con gran maestría, Su Santidad aprovechó el apoyo que le brindaba el nuevo emperador de Alemania, Federico Barbarroja, poniéndole como condición para coronarlo que sofocara la revuelta y le entregara a Arnaldo de Brescia, cosa que cumplió en cuanto entraron sus tropas en Roma. Como de costumbre, se movió el engranaje de la judería para gestionar que el Papa perdonara la vida de Arnaldo de Brescia, pero ante este combativo Papa, consciente del peligro, nada valieron todas las intrigas y diplomacias, que de haber tenido éxito hubieran permitido a la conspiración reanudar en el futuro su revolución, como ya lo habían hecho en anteriores ocasiones.

De acuerdo con el Papa, el Emperador –después de arrestar a Arnaldo- lo entregó al prefecto de Roma, quien lo mandó ahorcar, quemando su cadáver y lanzando sus cenizas al Tíber. Ante tan inesperada como enérgica actitud del Papa, los revoltoso de Roma se espantaron y por fin se restableció y consolidó la anhelada paz en la ciudad y en sus alrededores [259]. La Santa Iglesia se había resistido a emplear la violencia en contra de sus enemigos; pero éstos habían abusado de su bondad y habían sembrado la anarquía, causando grandes estragos y cometiendo infinidad de crímenes. El enérgico Papa inglés comprendió que para salvaguardar la vida y los derechos de los buenos era necesario aplastar a los malos, aunque el empleo de la violencia repugnara al Vicario de Cristo. Una nueva política se iniciaba en la Iglesia de Roma, consistente en aniquilar a los lobos para poder salvar a las ovejas. La responsabilidad de este cambio de política no recae sobre el papado, como han

[259] Louis Dúchense, *Liber Pontificalis*, tomo II; J.M. Watterich, *Vitae Romanorum Pontificum ab exeunte saeculo IX usque ad finem saeculi XIII*, tomo II; Rabino Louis Israel Newman, obra citada; Ferdinand Gregorovius, obra citada, vol. II, tomo II; B. Llorca, S.J., García Villoslada, S.J. y F.J. Montalbán, S.J., *Historia de la Iglesia católica*, tomo II; Otto de Frisinga, Crónica, tomo VII.

dicho los escritores judíos y sus secuaces, sino sobre la Sinagoga de Satanás, que con sus conspiraciones, sus movimientos herético-revolucionarios, sus crímenes y con la anarquía provocada, obligó a la Santa Iglesia a buscar medios de defensa más efectivos.

Es preciso aclarar que Arnaldo de Brescia siendo muy joven, se fue a Francia donde fue discípulo del heresiarca Abelardo, del que recibió sus ponzoñosas enseñanzas. Respecto a Abelardo podemos decir que fue adepto de la herejía del israelita Arrio y condenado por ello. Además, son muy interesantes las doctrinas que con respecto a los hebreos tenía Abelardo. El rabino Jacob S. Raisin dice que Abelardo, el profesor más popular en esos días, sostenía entre otras cosas que "*los judíos no debían ser culpados por la crucifixión de Cristo*". Abelardo atacaba la autoridad de los Padres de la Iglesia [260]. Y era, en lo general, favorable a los hebreos.

Por otra parte, es indudable que si el Papa Inocencio II no hubiera limpiado al clero de la Santa Iglesia de quintacolumnistas –con la degradación de todos los clérigos, incluyendo obispos y cardenales adictos al antipapa judío Pierleoni o consagrados por él-, la Iglesia quizá hubiera sucumbido ante el empuje del movimiento revolucionario que hemos analizado en esta capítulo, o ante el ataque insidioso de las sociedades secretas heréticas, que cual amenazadora red habían tendido por toda la Cristiandad los falsos cristianos, practicantes en secreto del judaísmo. Si en los momentos de esta lucha los quintacolumnistas hubieran conservado sus posiciones en el Cuerpo Cardenalicio y en los obispados, hubieran combinado su acción a la fuerza revolucionaria de las sectas heréticas para lograr la desintegración de la Iglesia en sus más altas jerarquías. La depuración hecha por Inocencio salvó a la Cristiandad de una inminente catástrofe en las siguientes décadas.

Con respecto al judaísmo subterráneo de la familia italiana aristocrática de los Pierleoni, un documento oficial de la sinagoga, la "*Enciclopedia Judaica Castellana*", en su vocablo *Pierleoni* dice textualmente:

"Pierleoni, familia romana prominente desde el s. XI hasta el s. XIII. Baruj Leoni, financiero del Papa, aceptó el bautismo y el nombre de Benedicto Cristiano. Su hijo León fue jefe del partido papista que favorecía a Gregorio VII. El hijo de León, Pedro Leonis (Pierleoni), fue también jefe del partido papal y defendió a Pascual II contra el emperador alemán Enrique V. Su hijo, Pierleoni II, fue nombrado cardenal en 1116 y elegido Papa en 1130, adoptando el nombre de Anacleto II. Lucrecia Pierleoni mandó registrar al pie de su busto sus relaciones de parentesco con las casas reales de Austria y de España. Pese a los bautismos y matrimonios mixtos, los Pierleoni mantuvieron durante siglos sus lazos con la comunidad judía" [261].

En unos cuantos renglones, una obra de autoridad indiscutible y sobre todo insospechable de antisemitismo, nos revela que los falsos cristianos criptojudíos de la familia Pierleoni establecieron hace más de ochocientos años un conjunto de normas de estrategia, que vemos repetirse a menudo y que han sido decisivas en los triunfos hebreos tanto de esos tiempos como de los siglos posteriores: 1º. Introducirse y adquirir influencia con los jerarcas eclesiásticos y políticos, por medio de la ayuda bancaria; 2º. Infiltrase en los partidos católicos y en los conservadores para adueñarse de su jefatura y después llevar a la ruina la causa cuya dirección lograron obtener; 3º. Engañar con un tan falso como aparente cristianismo incluso a Papas no sólo inteligentes, sino geniales como Gregorio VII que por añadidura, como hemos expuesto en otro lugar, era enemigo radical y enérgico del judaísmo; 4º. Hacer méritos tan valiosos como defender al pontífice Pascual II del Emperador, de quien luego obtuvieron leyes favorables a ellos y el capelo cardenalicio para uno de los Pierleoni, quien habría de desgarrar después a la Santa iglesia con el espantoso cisma que estudiamos en capítulos anteriores, habiendo estado a punto de adueñarse por completo de dicha Iglesia; 5º. Y finalmente, inventar fábulas de un pretendido parentesco con las casas reales de España

[260] Rabino Jacob S. Raisin, obra citada, cap. XVII, p. 457.
[261] *Enciclopedia Judaica Castellana*, edición citada, tomo VIII, vocablo Pierleoni, p. 452, col. 2.

y Austria, fábulas que han venido utilizando constantemente para engañar a incautos gobernantes con el fin de lograr de ellos protección y valiosísimas ventajas políticas, que siempre han redundado en perjuicio de las naciones cristianas o de la causa de la defensa de la humanidad en contra del imperialismo judaico. También nos revelan que en Italia, como en el resto del mundo, una familia de origen hebreo –a pesar de los repetidos bautismos, de los matrimonios mixtos y de su aparente cristianismo- sigue durante siglos ligada a las organizaciones hebreas.

Capítulo Vigésimo Octavo:

"LA QUINTAESENCIA DE LAS REVOLUCIONES JUDAICAS. ATAQUES SECULARES A LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA"

El rabino Benjamín de Tudela en su famoso "*Itinerario*", manifiesta que es magnífica la situación de los hebreos en el mundo islámico en el siglo XII, con el reinado del Príncipe de la Cautividad; éste les otorgaba su título a los rabinos y cantores de la tierra de Sinar o caldea, de Persia, Khorsabad, Sheba o Arabia Feliz (Yemen), Mesopotamia, Alania, Sicaria, hasta las montañas de Asana en Georgia, tan lejos como hasta el río Gihon, hasta el país del Tibet y hasta la India. Todas esas sinagogas recibían, según el decir del ilustre viajero, su permiso para tener rabinos y cantores quienes iban a Bagdad para ser instalados solemnemente en su oficio y recibir su autoridad de manos del Príncipe de la Cautividad, llamados por todos Hijo de David.

Por el contrario, en el mundo cristiano del mismo siglo XII, decía el rabino Kimhi, otro destacado dirigente del judaísmo:

"Estos son los días del exilio en los cuales estamos ahora y no tenemos ni Rey ni Príncipe en Israel, pero tenemos el dominio de los gentiles y de sus Príncipes y reyes" [262].

En realidad, por los datos que tenemos, el Príncipe del Destierro tenía jurisdicción solamente sobre las comunidades hebreas de Oriente; las de Occidente, aunque en alianza estrecha con las anteriores, estaban gobernadas por sus consejos comunales y sínodos generales de dirigentes, uno de los cuales ya vimos que tuvo lugar en Toledo. Pero lo que es interesante es la confesión del citado rabino, al señalar que en el siglo XII dominaban los judíos a los gentiles (entre los que nos incluyen a los cristianos), a sus reyes y a sus príncipes. Esto era una triste realidad, no sólo en Oriente sino también en Occidente. El imperialismo judaico –como lo confiesa el distinguido rabino- había ya hecho progresos inmensos en su labor de dominar a las naciones gentiles. Es verdad que en la Cristiandad, en varios reinos y señoríos, en cumplimiento de los cánones de la Santa Iglesia, estaba prohibido el acceso a los puestos de gobierno a los israelitas, pero, por una parte, algunos monarcas desobedecían los sagrados cánones y, por la otra, los que se sujetaban a sus mandatos no podían impedir que judíos clandestinos, cubiertos con la máscara de la religión cristiana desde generaciones atrás, pudieran infiltrarse mediante una labor bien organizada dentro de los puestos de gobierno de Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y demás países de la Cristiandad; de igual forma se introducían también en el sacerdocio seglar y en las Ordenes religiosas, escalando las jerarquías de la Iglesia. El judaísmo en esas fechas tenía ya, por lo tanto, un gigantesco poder invisible que se filtraba por todas partes, sin que los Papas, los emperadores y los reyes pudieran evitarlo.

Este poder oculto tropezaba, sin embargo, con serios obstáculos para obtener un dominio rápido del mundo cristiano. En primer lugar, la monarquía y la nobleza hereditarias en que el título se heredaba al primogénito, dificultaba la tarea de que los judíos secretos pudieran escalar rápidamente la jefatura suprema del Estado; podían ganarse la confianza del rey, llegar a ministros, pero les era casi imposible llegar a ser reyes. En segundo lugar, su posición en el gobierno real era algo inseguro y estaban expuestos a ser destituidos cualquier día por el monarca que los nombraba, viniéndose abajo un dominio alcanzado después de muchos años de preparación y de esfuerzo. Por otra parte, los príncipes de sangre real sólo podían casarse con princesas de sangre real, por lo que las jefaturas de los estados estaban salvaguardadas con una muralla de la sangre que hacía imposible o casi imposible el acceso de los plebeyos al trono. En tales condiciones, por más que se pudieran infiltrar los israelitas en los puestos

---

[262] James Finn, *Sephardism or the History of the Jews in Spain and Portugal*. Londres: J.G.F. y Rivington, St. Paul´s Church Yard, 1841, pp. 216-219.

dirigentes de la sociedad cristiana, la muralla de la sangre real impedía su acceso al trono. Cosa parecida ocurrió durante algunos siglos con la nobleza. Sin embargo, como ya hemos visto, los hebreos en algunos casos excepcionales lograron perforar esa muralla de la sangre aristocrática, lo cual fue un desastre para la sociedad cristiana, ya que con sus matrimonios mixtos, celebrados con personas de la nobleza, pudieron los israelitas escalar valiosas posiciones, desde las cuales apoyaron sus cismas o sus revoluciones.

La aristocracia de la sangre era una casta cerrada y difícil de perforar por los plebeyos, sobre todo en algunos países, por lo que para infiltrarla y controlarla, por ejemplo en Inglaterra, necesitaron los israelitas una labor de varios siglos. En cambio, en otros lugares como Italia, España y Francia, lograron en lagunas épocas grandes progresos con su penetración en la aristocracia; no obstante, la Inquisición les echó abajo sus conquistas, que se vieron reducidas grandemente. Sin embargo, en los siglos XVIII y XIX esas conquistas fueron lo suficientemente poderosas para facilitar el triunfo de las revoluciones masónico-liberales que derrocaron a las monarquías.

En cualquier forma, la nobleza representaba una barrera de la sangre que en muchos países estorbó la infiltración de los hebreos en las latas esferas de las sociedad. La monarquía hereditaria presentaba el obstáculo principal para que los judíos, disfrazados de buenos cristianos, pudieran escalar la jefatura del Estado.

Cada vez que han podido, los hebreos han intentado infiltrarse en la realeza, pero en casi todos los casos han fracasado, con excepción de Etiopía, e donde lograron colocar una dinastías judaica, y en Inglaterra en donde dicen que ya judaizaron a la realeza.

Es, pues, comprensible que los israelitas del siglo XII no quisieran esperarse a que fructificara una larga y desesperante labor de siglos, consistente en la infiltración progresiva en las dinastías reales y aristocráticas; por eso, sin dejar nunca de intentarlo, idearon, no obstante, un camino más rápido para lograr el objeto deseado: la destrucción revolucionaria de las monarquías hereditarias y de la aristocracia de la sangre, y la sustitución de esos regímenes por repúblicas, en las que los judíos pudieran escalar, sin dificultad y rápidamente, la jefatura de los estados. Por ello fue de tanta importancia la revolución organizada en Roma por el judaico Giordano Pierleoni, que alcanzó con rapidez la jefatura máxima de la pequeña república. Aunque esta revuelta no fue dirigida contra un rey, al dar este golpe de mano y colocarse en unos cuantos días en la cúspide del poder, el hermano del antipapa judío había puesto la muestra al judaísmo universal enseñándole cómo perforar y destruir, en breve plazo, esa barrera de la sangre constituida por la monarquía hereditaria. En algunas herejías de la Edad Media, además de la Reforma de la Iglesia, ya proyectaban el derrocamiento de los monarcas y el exterminio de la nobleza; y en los tiempos modernos lo han venido obteniendo, enarbolando la bandera de la democracia y de la abolición de las castas privilegiadas.

Sin embargo, ese querer alcanzar tantas metas de un golpe, sólo logró unir más, en el medioevo, a los reyes, a la nobleza y al clero, que mientras permanecieron unidos hicieron fracasar los intentos revolucionarios del judaísmo. Ante esos fracasos, acabaron por comprender que no era posible lograr de una sola vez tantos y tan ambiciosos objetivos. Los hebreos han tenido la gran cualidad de aprovechar siempre las lecciones del pasado; por ello, en su nueva revolución que empezó en el siglo XVI ya no atacaron al mismo tiempo a los reyes, a la nobleza y al clero, sino que por el contrario trataron primero de reformar y dominar a la Iglesia con la ayuda de los monarcas y de los aristócratas, para después, mediante nuevos movimientos revolucionarios, derrocar a éstos.

Otro obstáculo que estorbaba el rápido dominio de los pueblos cristianos por los criptojudíos lo constituía la Santa iglesia con su clero, sus jerarquías y sobre todo sus Órdenes religiosas.. Es comprensible que para los falsos cristianos, judaizantes en secreto, fuera un verdadero sacrificio infiltrarse en el clero, máxime si se trataba de las Órdenes religiosas, sin tener una verdadera vocación y sólo con el objeto de controlar las jerarquías de

la Iglesia y preparar su ruina. Si lo hicieron y lo siguen haciendo es porque tienen una mística y un fanatismo paranoicos; pero es indudable que una solución más rápida y que implicara menos sacrificios, tenía que ser vista por ellos como preferible. Ante la imposibilidad de destruir a la Iglesia, dado su arraigo en el pueblo, optaron por intentar su reforma revolucionaria por medio de los movimientos heréticos, mientras que organizaron los judíos secretos desde la Edad media hasta nuestros días, entre otros objetivos, tendieron siempre hacia los siguientes:

1º. Supresión, en primer término, de las órdenes monásticas, cuyo voto de pobreza, vida comunal, dura Regla y dificultad para satisfacer en ellas el apetito sexual, obstaculizaban mucho su infiltración. Como nos lo demuestran documentos incontrovertibles –entre ellos los procesos inquisitoriales- de los criptojudíos que en diversas épocas llegaron a realizar peligrosas penetraciones en la Ordenes monásticas que más les importaba infiltrar, como lo fueron en un tiempo los Dominicos y los Franciscanos y, posteriormente, los Jesuitas, además de algunas otras, demostrando los judaizantes ser capaces, como los cristianos, de los mayores sacrificios por su causa. Pero es indudable que para el judaísmo subterráneo lo más cómodo era destruir estas difíciles barreras, logrando en una forma u otra la disolución de las Órdenes religiosas.

2º. Supresión del celibato de los clérigos. Aunque los procesos de la Inquisición nos demuestran que los clérigos criptojudíos se han dado siempre sus mañas, con ayuda de sus correligionarios, para tener su mujer clandestina o para introducir dentro del clero cristiano a jóvenes criptojudíos de tendencias homosexuales que no tuvieran ese problema, para el judaísmo subterráneo, cubierto con la máscara del cristianismo, era mucho más cómodo realizar una reforma revolucionaria de la Iglesia que suprimiera el celibato de los clérigos. Por ello, siempre que pudieron hacerlo, en un movimiento herético, abolieron dicho celibato.

3º. Supresión de la jerarquía de la Iglesia. La actual jerarquía es difícil de escalar; y si bien es cierto que los judíos quintacolumnistas han llegado hasta la cúspide, también lo es que esa labor ha sido siempre dificilísima y tardada. La Santa Iglesia ha ido acumulando con el tiempo defensas naturales en sus propias instituciones; por eso, en los movimientos heréticos medievales y del Renacimiento que controlaron los judíos secretos, suprimieron la jerarquía eclesiástica sustituyéndolas por Consejos de presbíteros y por una especie de democracia religiosa. Es claro que en la Unión Soviética, en donde poseen ya un dominio absoluto, no tienen gran interés en suprimir la jerarquía, ya que habiendo asesinado a los obispos independientes, los han sustituido por judíos colocados en las diócesis, según lo han denunciado escritores diversos. En tales condiciones, la jerarquía les sirve incluso para tener más afianzado el control sobre dichas iglesias.

Pero en la Edad Media, y después en tiempos de los criptojudíos Calvino y Zwinglio, la situación era distinta. En aquel entonces, para dominar rápidamente las Iglesias cristianas, el mejor camino era el de la supresión revolucionaria de las jerarquía eclesiástica, porque así cualquier criptojudío se elevaba de golpe a la jefatura de la Iglesia, sin tener que pasar por el larguísimo e incierto proceso de ir escalando los grados de presbítero, canónigo, obispo, arzobispo, cardenal y Papa, como ha sido costumbre de la Iglesia desde hace algunos siglos.

Por eso, en las monarquías protestantes también lucharon encarnizadamente contra las Iglesias episcopales, tratando de establecer las de carácter presbiteriano y si fracasaron en sus intentos fue debido al apoyo prestado por los reyes a las primeras.

El hecho de que los monarcas desempeñaran un papel decisivo en el nombramiento de los obispos, si no la impedían del todo, cuando menos obstaculizaban la infiltración criptojudaica en esas Iglesias protestantes, como ocurría también en las Iglesias ortodoxas de Europa Oriental. El control de los reyes sobre ellas las salvó, durante varios siglos, de caer bajo el dominio judaico. Al ser suprimidos los monarcas, esas Iglesias episcopales han ido cayendo en manos del criptojudaísmo y las que han resistido, fueron dominadas al quedar bajo el control del Consejo Mundial de las Iglesias, organizado por el poder oculto judaico para

controlar lo más posible aquellas Iglesias que no habían podido dominar por la simple infiltración. Es urgente que los protestantes abran los ojos y se libren de este yugo.

Los judíos ya llevaban siglos infiltrándose en puestos de mando secundarios dentro de la Iglesia y el Estado; pero a partir del siglo XI se sintieron con fuerza y decisión para tratar de escalar las máximas jefaturas resolviendo entonces que si no se podía por medio de la infiltración lenta y difícil, lo harían por revolución rápida y contundente. Para lograrlo había que destruir las barreras que se oponían a ello mediante la reforma revolucionaria de las instituciones religiosas, políticas y sociales.

Este plan no podía ser ejecutado con éxito por los israelitas –identificados como tales- que practicaban públicamente su judaísmo, ya que la Santa Iglesia y las monarquías cristianas, a través de los siglos, habían creado una legislación eclesiástica y civil que les impedía el acceso a los puestos dirigentes de la sociedad; y aunque esta legislación era violada por algunos monarcas, seguía en vigor por casi todos los demás estados cristianos. Además, en aquellos casos en que por haber sido olvidada dicha legislación se dio paso a los judíos hasta las cumbres del poder como en el ejemplo que analizamos de Castilla, las salvadoras cruzadas organizadas por otros monarcas, bajo los auspicios de la Santa Sede, salvaban la situación.

Los judíos clandestinos ciertamente estaban en posibilidad de lograr tales objetivos. Igualados por el bautismo con los demás habitantes de la región, su judaísmo subterráneo, transmitido de padres a hijos de una generación a otra, se había ido haciendo más oculto, hasta que ya en el siglo XI era imposible percibirlo en los estados cristianos, en donde existía un judaísmo secretísimo de muchas familias que aparecían como cristianas de generaciones atrás, algunas de las cuales aunque en escaso número, habían logrado incluso conservar los títulos de nobleza adquiridos en la forma que ya se ha analizado. La inmensa mayoría de estos judíos secretos pertenecían a una nueva clase social que iba surgiendo: la burguesía, en la cual eran, sin duda, el elemento más poderoso y sobre todo el mejor organizado y más rico. Por ello, no puede considerarse como coincidencia el hecho de que a medida que la burguesía iba creciendo en poder, el judaísmo fuera también aumentando sus posibilidades de dominar a los pueblos.

Para entender la fuerza decisiva que los judíos tenían en la burguesía medieval es preciso tomar en cuenta que en unos casos monopolizaban el comercio y en otros casos desempeñaban un papel capital en el control del mismo, de la banca y de los préstamos a los pueblos.

Al mismo tiempo, en le terreno de la artesanía los hijos de Israel representaban un elevado porcentaje.

4º. Supresión de las imágenes. Un asunto que molestaba mucho a los judaizantes cubiertos con el disfraz del cristianismo era el culto obligado que tenían que rendir a las imágenes de Cristo, maría Santísima y de los santos. Eso de tener que ir con frecuencia a iglesias llenas de imágenes, era de lo más repugnante para los criptojudíos, tanto por sus convicciones religiosas que consideran idolátrica esta clase de culto, como por el odio que tienen a María Santísima y a los santos, sobre todo a aquellos que se distinguieron como caudillos antijudíos. Lo más odioso para estos falsos cristianos era verse obligados a tener sus propios hogares llenos de imágenes para no inspirar sospechas a sus vecinos y amigos cristianos. Por ello, una forma de cristianismo que suprimiera el culto a las imágenes era para los hebreos subterráneos mucho más cómoda y siempre que pudieron abolieron en sus movimientos heréticos el culto a las imágenes. Sin embargo, hay casos de iglesias cristianas ya controladas por los judíos, en que no pueden realizar todavía tal cosa para no herir los sentimientos del pueblo; pero creemos, con fundamento, que lo harán en cuanto puedan hacerlo sin perder el control de las masas.

5º. Otro de los objetivos de la acción criptojudía en la sociedad cristiana era suprimir lo que ahora se llama antisemitismo, porque comprendían que mientras los cristianos estuvieran conscientes del peligro que los hebreos significaban para ellos, para la Santa iglesia y para las naciones cristianas, estarían en posibilidad de defenderse mejor de la acción conquistadora del imperialismo judaico y se provocarían a menudo, como se provocaron, constantes reacciones defensivas que seguirían haciendo fracasar, como hasta esos momentos las empresas de dominio realizadas una y otra vez por la sinagoga. En cambio, si la Santa Iglesia y los fieles perdían la noción de ese peligro, tendrían menores posibilidades de defenderse de su acción dominadora. Por eso, desde los movimientos heréticos criptojudíos del primer milenio y, sobre todo, en los de la Edad Media, se nota una tendencia a lograr la transformación de la mentalidad de los cristianos y de los dirigentes de la Iglesia y del Estado, intentando cambiar su antijudaísmo por un filojudaísmo, plan que dio origen a esos constantes movimientos projudíos organizados por la quinta columna hebrea introducida en la sociedad cristiana y en el clero de la Iglesia.

Vemos, pues, surgir en muchas herejías medievales esas tendencias filojudías, defendidas con ardor por muchos de los más distinguidos heresiarcas de estirpe israelita, fenómeno que se repitió en diversas sectas protestantes de origen unitario o calvinista en los siglos XVI y XVII, sectas que fueron denunciadas por la Inquisición –tanto la española como la portuguesa- como empresas controladas secretamente por los judíos ocultos bajo el disfraz del cristianismo.

¿Pero cómo lograr todo lo anterior si la doctrina de los Padres de la Iglesia, de los Papas, de los concilios ecuménicos y provinciales y de los principales santos de la Iglesia condenaba en diversas formas a los judíos y tenía que ser acatada por los fieles cristianos? Los conspiradores israelitas solucionaron este problema cortando por los ano e incluyendo en el programa de sus movimientos heréticos el desconocimiento de la Tradición de la Iglesia, como fuente de la Revelación, y sosteniendo que la única fuente de la Verdad Revelada era la Sagrada Biblia. Esta guerra a muerte contra la Tradición la renovaron cada vez que pudieron los clérigos criptojudíos –es decir, los dignos sucesores de Judas Iscariote-, desde el siglo XI hasta nuestros días, con una perseverancia digna de mejor causa; hasta que lograron sus primeros éxitos en la Reforma Protestante. Lo que siempre ha pretendido el judaísmo y sus agentes infiltrados en el clero con esa encarnizada lucha contra la Tradición de la Iglesia, ha sido echar abajo la doctrina antijudía de los Padres de la Iglesia, de los Papas y de los santos concilios, para poder hacer prevalecer en la Cristiandad tesis filojudías que faciliten a la Sinagoga de Satanás el dominio, tanto de la Iglesia como de los pueblos cristianos. En todo esto coinciden asombrosamente todas las sectas heréticas de origen judaico que han surgido desde el siglo XI hasta el actual.

Por otra parte, como en la liturgia y en los ritos de la Santa Iglesia fueron incluidas frecuentemente alusiones a la perfidia judaica, al crimen del deicidio, etc., con el propósito de que los clérigos tuvieran un constante y frecuente recordatorio de la peligrosidad del enemigo capital y estuvieran listos para defender a sus ovejas de las asechanzas del más feroz de los lobos, lo primero que ha hecho una herejía de este tipo ha sido suprimir de la liturgia y del ritual todas esas alusiones contra los hebreos, cosa que es ciertamente muy significativa.

6º. Otro de los objetivos propuestos con el cambio de ideología de los cristianos (de un antisemitismo existente por siglos, al filosemitismo), fue el obtener la derogación de todas las leyes civiles y canónicas que dificultaban la acción de los judíos para lograr su dominio sobre los pueblos, especialmente de los hebreos que vivían y viven identificados como tales, es decir, de los judíos públicos. En este sentido, quienes podían obtener lo que ellos han llamado liberación de los judíos (públicos) tenían que ser los judíos clandestinos, que al lograr por medio de infiltración o de revolución controlar los gobiernos cristianos, podían derogar las leyes que impedían a sus hermanos hebreos, practicantes en público de su secta, participar en el dominio de las naciones cristianas o gentiles. En la Edad Media los judíos subterráneos

obtuvieron algunos éxitos aislados y fugaces; y sólo a partir del siglo XVIII, con ayuda de la francmasonería, pudieron emancipar a sus hermanos, los judíos públicos.

7º. Otra de las aspiraciones máximas de los hebreos ha sido la de adueñarse de las riquezas de los demás pueblos. Ya estudiaremos en otro lugar la forma en que los hebreos dan a esta pretensión fundamentos teológicos, afirmando que es producto de la voluntad de Dios. Durante la Edad Media lograron alcanzar en parte esta meta por medio de la usura y acumularon gigantescas riquezas a través de los más despiadados despojos. Hasta en algunas herejías medievales de origen hebreo se predica ya el comunismo, la abolición de la propiedad privada y la expropiación general de los bienes de la Iglesia, la nobleza, la realeza y la burguesía.

El hecho de que se expropiaran los bienes también a la naciente burguesía en nada afectaba a los hebreos, ya que los únicos perjudicados eran los burgueses cristianos o gentiles, pues controlando los israelitas el nuevo régimen comunista, en manos de ellos estarían las riquezas de reyes, clero, nobles y burgueses. Sin embargo, la experiencia mostró a los hebreos que el querer alcanzar tantos objetivos de golpe sólo unía a todos los afectados, provocando reacciones violentas de defensa contra ellos, que combinadas acababan por aplastar el intento revolucionario. Comprendieron que no era posible vencer a todos sus enemigos al mismo tiempo; y en los siglos posteriores prefirieron ir realizando por partes su gran revolución, dividiendo incluso el campo contrario y aprovechando una parte de él para lanzarla contra la otra, hasta conseguir poco a poco, pero con paso más seguro, todos sus propósitos.

Todos estos fines siniestros de las revoluciones judaicas han sido cuidadosamente ocultados a las masas, a las que se ha engañado siempre con programas muy atractivos, capaces de arrastrarlas haciéndoles creer que la herejía o revolución es un movimiento surgido del mismo pueblo para beneficiarlo, para establecer la democracia y la libertad, para suprimir los abusos y las inmoralidades de los clérigos o de los gobernantes civiles, purificar a la iglesia o al Estado, acabar con la tiranía y la explotación y hasta convertir en un paraíso esta tierra. Los caudillos criptojudíos han sido siempre maestros del engaño; arrastran tras de sí al pueblo con un bello programa, mientras que en secreto planean realizar algo muy distinto. Esta hábil estratagema ha sido siempre otra de las claves del éxito de los heresiarcas y de los caudillos revolucionarios hebreos. El hecho universal de que los israelitas cubiertos bajo la máscara del cristianismo o de otra religión, estén diluidos en el pueblo usando sus mismos nombres y sus mismos apellidos sin que nadie sospeche que son judíos, es decir extranjeros que están en plan de conquista, ha hecho aparecer sus herejías o sus movimientos revolucionarios como salidos del mismo pueblo.

Es cierto que en la Edad Media todavía se recordaba el origen hebreo próximo o lejano de muchos falsos cristianos, lo cual permitió a clérigos, monarcas y aristócratas localizar el origen judío de esas revueltas y de esas sectas, pero a medida que los siglos pasaron se fue olvidando el origen de tales familias –que por otra parte hicieron todo lo posible para que se borrara el recuerdo de su ascendencia judía-, hasta que un buen día ya nadie sospechaba que bajo la apariencia de un piadoso cristiano se ocultaba un judío subterráneo que conspiraba constantemente contra la Iglesia y el Estado y que no desaprovechaba oportunidad para organizar revueltas y conspiraciones, las cuales, en tales circunstancias, aparecen como surgidas del propio pueblo y como meras luchas intestinas entre miembros de una misma nación, siendo que en realidad son verdaderas guerras sostenidas por un pueblo invadido en la peor forma contra invasores extranjeros muy bien disfrazados, dispuestos a conquistarlo, utilizando para ello a una gran parte del mismo pueblo atrapado en las redes de los quintacolumnistas mediante hermosos planes revolucionarios, programas bellísimos con los cuales hacen creer a las futuras víctimas que al apoyarlos están trabajando por su propio mejoramiento y que están luchando por la superación de sus instituciones políticas, sociales o

religiosas. Este ha sido el gran engaño de todos los movimientos subversivos criptojudíos desde el siglo XI hasta nuestros días; y ésta ha sido también otra de las causas de los triunfos de los falsificadores y timadores israelitas, disfrazados con la apariencia de sinceros redentores del pueblo, salvadores de la nación o reformadores de las Iglesias. Iniciar una revolución con los fines más nobles, para luego conducirla hacia los objetivos más perversos, ha sido siempre la táctica tradicional del judaísmo a través de los siglos. Naturalmente que algún día los incautos atrapados por los caudillos embusteros y por los tan atractivos como falsos programas, finalmente se dan cuenta del criminal engaño; pero en ocasiones esto ocurre cuando las cosas ya no tienen remedio y cuando los engañados están prácticamente aniquilados o esclavizados, sufriendo las graves consecuencias de su ingenuidad.

Si analizamos los casos de los heresiarcas medievales, comparándolos con los de los caudillos revolucionarios criptojudíos o judíos públicos de los tiempos modernos, nos encontramos con frecuencia frente a individuos que han sabido hipócritamente rodearse de tal aspecto de bondad y sinceridad, de tal aureola de santidad, que cualquiera que no conozca a fondo las fábulas judaicas acabará por creer que está realmente ante un verdadero apóstol, cuando en realidad se trata de esos falsos profetas y falsos apóstoles, contra los cuales tanto nos previnieron Cristo Nuestro Señor y San Pablo, conocedores, mejor que nadie, de lo que era capaz la hipocresía judaica. A esto, añádase que la pandilla criptojudía que los apoya sane echarles incienso hasta consolidar su buena fama y prestigio, convirtiéndolos en verdaderos fetiches que se ganan el respaldo incondicional del pueblo y que luego utilizan su influencia en beneficio de los planes judaicos de dominio y de sus empresas subversivas.

En los procesos de la Inquisición española suele verse cómo los cristianos nuevos, judaizantes, solían darse prestigio unos a otros para elevarse y ejercer dominio sobre los cristianos viejos (españoles de sangre visigoda y latina) y cómo lograban incluso que se tuviera como muy buenos católicos, y hasta como santos, a individuos que siendo judíos clandestinos, maldecían en secreto a la Santa Iglesia.

En pocas palabras acabamos de resumir lo que podríamos llamar la quintaesencia de los movimientos revolucionarios hebreos del siglo XI en adelante. Quien anhele profundizar en este tema y conocerlo a fondo debe hacer un estudio en los archivos, tanto de la Inquisición Pontificia como de la Inquisición española y portuguesa que en otro lugar enumeramos, ya que tales instituciones lograron penetrar en los secretos más recónditos del judaísmo subterráneo y de los movimientos herético-revolucionarios que éste organizó en la sombra, dado que esas Inquisiciones contaban con medios para hacer hablar hasta a los judíos más herméticos y obligarlos a revelar sus más grandes secretos. Además, utilizaban otra serie de sistemas muy útiles para lograr eficazmente tales propósitos.

Entre esos sistemas se incluía la aplicación del tormento: si la Inquisición descubría a un judío secreto, era conducido por los frailes inquisidores a la cámara del tormento y obligado a revelar los nombres y apellidos de todos los falsos cristianos que eran judíos en secreto. Los suplicios aplicados eran tan eficaces que la gran mayoría de los varones –y desde luego todas las mujeres- negaban todo en un principio, pero al ordenar los monjes inquisidores que se aumentara el tormento empezaban a revelar algunos nombres de otros cristianos criptojudíos y a un aumento mayor de la tortura acababan denunciando todo lo que sabían sobre los secretos del judaísmo subterráneo, sobre sus jefes ocultos y las personas que a él pertenecían. Una vez que los inquisidores obtenían estas denuncias mandaban encarcelar a todos los denunciados y aplicándoles el tormento, obtenían de ellos más datos sobre jefes, miembros y ramificaciones de la organización ultrasecreta del judaísmo clandestino. Denunciados más nombres y ramificaciones se hacían nuevos encarcelamientos, hasta copar totalmente toda la organización oculta del judaísmo y sus infiltraciones en el gobierno, en el ejército, en el clero, etc.

A los muy escasos conversos sinceros, la Inquisición les pedía que fingieran seguir siendo leales al judaísmo, para que quedándose como miembros de las organizaciones secretas de

éste, estuvieran proporcionando a la Inquisición datos valiosos sobre las ramificaciones más secretas del judaísmo subterráneo; pero los inquisidores se cuidaban muy bien de los falsos confidentes que pudieran dar datos falsos, acusando de ser judías a personas que no lo fueran.

En diversas ocasiones la Inquisición estuvo a punto de destruir por completo a la quinta columna judía en tal o cual Estado cristiano; pero los israelitas lograron hacer fracasar estos éxitos a punto de lograrse fomentando la compasión de los Papas y de los reyes, para que cuando estuvieran descubiertos y presos los judíos clandestinos de una región, decretaran un perdón general que echara abajo el trabajo difícil y laborioso logrado por los clérigos inquisidores. En otras ocasiones organizaban campañas de calumnias contra éstos, hasta obtener que se desbaratara la obra de algún celoso y eficaz inquisidor. Pero lo decisivo fue que lograron que se estableciera lo siguiente: que la primera vez que se descubriera a un cristiano practicando el judaísmo en secreto, podía éste obtener el perdón de su vida con solo arrepentirse y pedir perdón; siendo condenado a la hoguera solamente a la hoguera si después de reconciliarse con la Iglesia era descubierto practicando de nuevo el judaísmo, llamado como hemos dicho herejía judaica. Lo que ocurrió fue que la inmensa mayoría, después de salvar la vida en forma tan fácil, tomaba excesivas precauciones y evitaba ser de nuevo descubierta.

La bondad de los papas y de los reyes que maniataba a la Inquisición, daba tiempo al judaísmo secreto para infiltrarse en la propia Inquisición y paralizar por dentro su eficacia, fracasando con ello un sistema defensivo que pudo cortar el mal de raíz y evitar la catástrofe que está llevando al mundo a la esclavización.

Capítulo Vigésimo Noveno:

"EL CRIPTOJUDAÍSMO Y LAS HEREJÍAS MEDIEVALES. LOS ALBIGENSES"

Resulta muy significativo comprobar que en las regiones del mundo cristiano en donde el porcentaje de la población judía era más elevado y donde los israelitas eran más influyentes, era precisamente donde nacían las más importantes herejías medievales y donde indiscutiblemente los movimientos heréticos tomaron mayor fuerza.

En su mayoría se iniciaron como movimientos de protesta contra las supuestas inmoralidades del clero, contra la simonía y contra la acumulación de riquezas por los eclesiásticos, propugnando un retorno a la pobreza y austeridad de los primeros cristianos. Atacaban la pretendida opresión y tiranía de Papas, reyes y nobles, tendían a la abolición de la jerarquía eclesiástica; al manifestarse anti-sacerdotales, sus dirigentes religiosos se acercaban bastante al carácter de los rabinos del judaísmo, que no son propiamente sacerdotes sino directores religiosos y políticos, cuya vida es análoga a la de los demás hombres, con la única diferencia de sus funciones rabínicas. En varios movimientos heréticos tuvo especial importancia el aspecto social revolucionario, ya que también se presentaban como empresas tendientes a las redención de los pobres, algunas veces con aspiraciones a crear un régimen comunista.

Sin embargo, en todos los movimientos heréticos se nota que siendo incitados con banderas muy atractivas para el pueblo, son gradualmente desviados hacia metas muy distintas de aquéllas que habían logrado cautivar la adhesión del neófito. En una palabra, tenían como base ese engaño capital que siempre ha caracterizado a las revoluciones de origen hebreo.

El Arzobispo Obispo de Port-Louis, Monseñor León Meurin, S.J., citando a Hurter en su obra "*Innocent*" (p.50), dice:

" `En Francia, en 1184, un carpintero llamado Durad pretextó una aparición de la Virgen, y, con tal motivo, reunió a buen número de sus compatriotas, agrupándolos con el nombre de hermanos del Bonete Blanco; aplicó los principios de la herejía patarina y dedicó todos sus esfuerzos al derrocamiento del poder superior. Pretendía crear el pretendido estado de igualdad existente entre los hombres primitivos, según el cual no debería haber ninguna diferencia externa entre ellos. Toda autoridad, tanto espiritual como temporal, era declarada perniciosa. Sus adeptos elaboraron un pacto de fraternidad entre ellos, con el fin de asegurar, a golpe de cuchillo, la dominación de su secta´ . Lo nuevo en esta secta de coalición de todos los elementos contrarios al orden era el celo fanático que caracterizaba a sus adeptos y promotores; lo antiguo, el apoyo que los judíos le prestaban" [263].

¡Esto es el colmo! Utilizar una supuesta aparición de la Virgen María, para obtener influencia sobre las gentes; y luego emplear esa influencia en organizar una secta para destruir a golpe de cuchillo el orden de cosas existente y establecer un régimen basado en principios parecidos a los del comunismo moderno.

El cronista del siglo XIII, obispo Lucas de Tuy, decía que:

"Los príncipes del Estado y los jueces de las ciudades aprenden las doctrinas heréticas por medio de los judíos a quienes tienen por familiares y amigos" [264].

Con mucha razón los Concilios Ecuménicos III y IV de Letrán y el Papa Inocencio III establecieron un régimen de separación de los judíos y los cristianos, con el fin de evitar que los primeros envenenaran a los segundos con sus doctrinas subversivas.

---

[263] Mons. León Meurin, S.J., obra citada, libro I, Cap. XI, p. 169.
[264] Lucas Tudensis, De altera vita adversus Albigensis errores, Cap. III, 3.

El rabino Louis Israel Newman en su valiosa obra titulada "*Jewish Influence on Christian Reform Movements*", edición citada, página 135, dice: "La presencia de judíos en el sur de Francia suministró un potente estímulo al surgimiento del pensamiento liberal".

Y en la página 136 afirma:

"Concomitante con el crecimiento del pensamiento liberal en el sur de Francia, se fue gradualmente desarrollando una actitud más liberal hacia los judíos.

El estado de cosas favorable al judaísmo en Provenza no sólo dio impulso al crecimiento de la herejía en general, sino que abrió las puertas a una importante contribución por parte de los judíos y del judaísmo, al desarrollo de varios movimientos heterodoxos; por añadidura, alentó una distinta tendencia judaizante y un grupo judaizante separado en cada localidad donde la herejía floreció" [265].

Y en la página 137 afirma:

"No sólo los cristianos eruditos sino también los investigadores judíos, entre ellos Levy, han observado que la disminución de la animosidad contra los judíos era acompañada por la oposición a los `*misterios´* de la Iglesia que ofendían su razón y a los abusos que eran notorios en los círculos eclesiásticos".

A continuación el estudioso rabino Newman refuerza sus datos afirmando que también el escritor israelita Loeb en su obra "*La Controverse Religieuse*", señala el hecho de la relación existente "...entre la actividad judía y la agitación religiosa en el Languedoc" [266].

San Bernardo, a su vez, comentando su reciente visita al Languedoc, se lamenta que allí:

"Las iglesias son vistas como sinagogas y el Santuario del Señor ya no es santo" [267].

La obra monumental del judaísmo sefardita, la "*Enciclopedia Judaica Castellana*", refiriéndose a las regiones más afectadas por las herejías, dice textualmente:

"Durante los siglos XI, XII y XIII, las regiones más afectadas por la herejía, el mediodía de Francia y el norte de Italia, gozaban de prosperidad material y espiritual sin paralelo en el mundo cristiano y sólo comparable con el florecimiento cultural en la España mora. Era allí donde la Iglesia romana, presa de creciente corrupción, y el clero cada vez más mundano, suscitaban indudable hostilidad que compartían todas las capas de la población. Por otra parte, esos países albergaban comunidades judías numerosas, ricas y respetadas por los gobernantes y por el pueblo...y a una atmósfera de mutua tolerancia que Europa no volvió a conocer hasta los días de la Ilustración. Los judíos, admitidos a los puestos públicos, empleados en la administración de tierra y municipios, prominentes en las academias y escuelas, convivían amistosamente con los gentiles, quienes frecuentemente compartían su mesa e incluso la celebración de su sábado. Los rabinos, médicos, sabios, banqueros y comerciantes y agricultores judíos, mantenían relaciones estrechas con sus colegas cristianos y sufrían unos y otros influjos culturales recíprocos. Nada más natural pues, que los judíos, en libre posesión de la Biblia original, imprimieran poderoso impulso a los movimientos antipapistas, unidos, no obstante todas sus divergencias de doctrina, en la lucha contra la falsificación y desfiguración del cristianismo primitivo por la Iglesia" [268].

Es curioso percibir cómo entienden los judíos la tolerancia mutua entre hebreos y cristianos, que según dicen, imperaba en esas zonas de gran influencia israelita, sólo en forma comparable a la de los tiempos de la Ilustración. Es preciso notar que así como la fraternidad judeo-cristiana y la tolerancia mutua degeneraron en aquellos tiempos en un poderoso impulso a los movimientos antipapistas, en sangrientas revoluciones y en asesinatos de cristianos, la época de la Ilustración, anterior a la Revolución Francesa fue, asimismo, el preludio de las grandes matanzas de católicos, clérigos y seglares, realizadas por los masones

---

[265] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, pp. 135, 136.
[266] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, p. 137.
[267] San Bernardo, Epístola 241.
[268] Enciclopedia Judaica Castellana, edic. cit., tomo III, vocablo Cristianismo, p. 222, col. 2.

jacobinos controlados por el judaísmo, como ya lo demostraremos. Y es que los hebreos emplean la pretendida tolerancia o convivencia pacífica, como han dado en llamarle ahora, como un simple medio que le dé libertad de acción para poder dominar a los cristianos y aniquilar sus instituciones políticas y religiosas. la espantosa revolución que pudo organizarse, no sólo contra la Iglesia, sino contra todo el orden social existente, y que creció al amparo de esta pretendida tolerancia en los siglos XII y XIII, demostró claramente lo que para los hebreos significaban estos atractivos y hermosos postulados.

El escritor Dr. Ezequiel Teyssier, basándose entre otras fuentes en el "*Manual Masónico*" de Condorcet, nos describe la inmensa trascendencia de la gran revolución de los albigenses, diciendo:

"Formaron una agrupación enorme que contaba con burgueses, soldados y hasta personajes de altísima importancia como el Rey de Aragón, el Conde de Tolosa, el Conde de Foix, el Vizconde de Bezieres y Carcasona...Alcanzó en lo político gran fuerza al aparecer en público. Sus teorías eran: en lo teológico, el dualismo moral; y en lo social, la anarquía. Esto acontecía en el siglo XIII".

"La Santa Sede y los tronos pronto se enteraron de este asunto...

"Al verse descubiertos y creyéndose suficientemente poderosos dieron el grito de rebelión, formando una revolución que deja pequeña a la del 92 y tenía como cuartel general a Albi, de donde proviene el nombre de Albigenses. Su arma era el terror y la comunidad de bienes, la independencia del hombre de toda autoridad suprema, odio a las instituciones sociales y principalmente a la Iglesia.

"Comunicaban sus secretos solamente a los individuos asegurados por largas y grandes pruebas, e imponían la obligación de guardarlos hasta de sus familiares.

"Sus jefes eran desconocidos de la multitud, lo mismo que los signos de reconocimiento en la manera de hablar y de entenderse. (Condorcet- `*Manuel Maçonnique´*).

"Los albigenses, protegidos por magnates poderosísimos, incendiaban, asolaban, perpetraban por todas pastes crímenes sin número ni semejanza.

"Organizados en ejércitos de 100.000 hombres entraban a saco a las ciudades destrozándolas, especialmente los templos y los monasterios. Ningún crimen dejó de serles familiar ni deleitoso. Los pueblos eran presa de terror..." [269].

Así terminó la convivencia pacífica entre judíos y cristianos del sur de Francia. Para apagar esta gigantesca revolución que amenazaba hundir a toda la Cristiandad, fue necesaria la implantación de la Inquisición Pontificia y la organización de una gran cruzada por el Papa Inocencio III reuniendo un ejército de los más poderosos hasta entonces conocidos, con medio millón de soldados, que después de sangrienta y larga guerra, logró aplastar la revolución; ésta, en sus sectores más radicales, aspiraba ya a la implantación de la comunidad de bienes, es decir, al comunismo.

Otro aspecto importante de los movimientos revolucionarios controlados por el criptojudaísmo es que han sabido y saben explotar en forma habilísima todos los defectos del régimen imperante y las inmoralidades de los jerarcas religiosos y políticos. Y de esta manera aparecen ellos como reformadores de tales defectos y correctores de dichas inmoralidades, ganándose así el apoyo del pueblo, que a la postre se ha visto defraudado, porque una vez derrocado el orden de cosas vigente, los redentores criptojudíos incurren, por lo general, en peores defectos y mayores inmoralidades que las que pretendían corregir.

La Enciclopedia española "*Espasa Calpe*" reconoce que entre las causas que favorecieron el desarrollo de la herejía de los albigenses, aparece la de la conducta inconveniente de muchos clérigos, señalando lo siguiente:

"Uno de los primeros actos de estos herejes fue una ruda oposición al clero, en el que hallaron tierra abonada para explotar contra él el odio del pueblo, pues ciertos prebendados dejaban qué desear en la ciencia y en la virtud...el pueblo tomó el partido de los herejes" [270].

---

[269] Ezequiel Teyssier, *México, Europa y los judíos*. México: E. Claridad, 1938, pp. 186, 187.

El historiador anticatólico Henry Charles Lea, confirma lo anterior diciendo:

"Otro (clérigo) nos informa que los principales argumentos de los herejes estaban hechos sobre la base del orgullo, la avaricia y las vidas poco limpias de clérigos y prelados" [271].

A pesar de lo exagerado que llegan a ser estos ataques, todos sabemos que con frecuencia encuentran fundamento en la vida de algunos clérigos.

En éste como en todos los casos, lo errores, la mala conducta o las inmoralidades de los jerarcas civiles o eclesiásticos de un régimen imperante, son explotados hábilmente por los conspiradores criptojudíos para lanzar al pueblo contra esos jerarcas y contra el régimen. Por eso, un medio indispensable para evitar el triunfo de las revueltas judaicas es moralizar nuestras propias filas y evitar que el enemigo pueda echar mano de lacras reales que le sirvan de bandera para justificar sus movimientos de rebelión y engañar a las masas.

Así lo comprendieron entre otros San bernardo, San Francisco de Así, Santo Domingo de Guzmán y los Papas Inocencio II e Inocencio III, que en aquellos tiempos tanto lucharon, precisamente, contra la corrupción del clero, contribuyendo con su obra, sinceramente saneadora, a la derrota de las herejías de su época, al quitarles con esto un de las principales banderas para atraer adeptos y propagarse.

Una publicación oficial destinada al consumo interno del judaísmo, cuyo autor es el destacado historiador israelita Narcisse Leven, titulada "*Cincuenta años de historia. La Alianza Israelita Universal*", de la que se hicieron sólo 25 ejemplares en papel Japón y 50 en papel Holanda, numerados del uno al setenta y cinco, y destinados a destacados dirigentes judío, dice textualmente:

"A principios del siglo XIII la Iglesia tiene que enfrentarse a una herejía, la de los albigenses, que había estallado en el sur de Francia. Los albigenses no son los únicos cristianos que atacan a la Iglesia y a sus dogmas; hay incrédulos también en otros lugares. El mal viene de los judíos, los albigenses son instruidos por ellos y hay quienes profesan que la doctrina de los judíos es preferible a las de los cristianos; los judíos son los creadores de la herejía. La Iglesia no lo duda; los judíos la inquietan. Ellos son aniquilados en el terreno material, pero no han perdido nada de su fuerza intelectual...El Papa dirige su ataque contra los albigenses. El Mediodía de Francia es este pequeño pueblo (de Israel) una resistencia que debe vencer. El no quiere al principio de su reinado ni la muerte de los judíos ni su conversión por la fuerza. El espera triunfar de ellos a fuerza de humillaciones y sufrimientos. El Papa dirige su ataque contra los albigenses. El Mediodía de Francia es colocado a sangre y fuego. Los judíos se ven mezclados con los albigenses y mueren con ellos...El había prohibido a los cruzados al comienzo de su pontificado en 1197, robarlos y convertirlos por la fuerza. En 1209 ellos son confundidos con los albigenses y masacrados con ellos...El Concilio de Aviñón impuso, después bajo juramento a todos los barones y a todas las ciudades libres, la obligación de alejar a los judíos de todos los empleos y de todo servicio entre los cristianos, y de imponerles las observancias de la religión cristiana" [272].

Esto último se refiere concretamente a los falsos cristianos que judaizaban en secreto, ya que en esos tiempos, mientras que la Santa Iglesia prohibía imponer por la fuerza a los hebreos la religión cristiana, a los cristianos de ascendencia israelita que practicaban el judaísmo en secreto, sí se les obligaba a abandonar esas prácticas y a que observaran sinceramente la religión cristiana, que era la que oficialmente profesaban. Era, pues, un intento de extirpar la quinta columna. Por otra parte, no es de admirar que en las matanzas de albigenses hubieran muerto muchos hebreos, ya que eran los judíos los instigadores y

---

[270] Enciclopedia Espasa-Calpe, tomo IV, vocablo *Albigenses*, p. 157.

[271] Henry Charles Lea. *A History of the Inquisition of the Middle Ages*. Nueva York: Russell and Russell, 1958. Vol. I, Cap. II, p. 61.

[272] Narcisse Leven, Cinquante ans d´histoire. L´Alliance Israélite Universelle (1860-1910). París, 1911, Tomo I, pp. 7, 8.

creadores de esta herejía y andaban por ello mezclados entre tales herejes. Además, esta importante obra del judaísmo reconoce que los judíos eran también los instigadores de otras herejías e incredulidades.

El historiador Vicente Risco indica que:

"En Provenza y Languedoc, bajo el gobierno condal, los judíos gozaron de la mayor prosperidad e influencia. Desempeñaban empleos y cargos públicos, incluso bailías y ejercieron verdadera sugestión sobre los cristianos en materia filosófica y religiosa, a lo cual se atribuye por algunos autores judíos, el nacimiento de la herejía de los cátaros y albigenses..." [273].

El doctor rabino y literato Lewis Browne afirma que:

"Si se conociese bien la verdad, probablemente se sabría que los instruidos judíos de Provenza eran en parte responsables de la existencia de esta secta de librepensadores, los albigenses. Las doctrinas que los judíos habían esparcido por las naciones durante siglos no podían menos que minar el poder de la Iglesia" [274].

Pero como es sabido, si la herejía de los albigenses llegó a constituir un serio peligro para la Cristiandad, fue porque gran parte de la nobleza des sur de Francia no sólo le prestaba su apoyo, sino que hasta dirigía el gigantesco movimiento revolucionario que derramó torrentes de sangre, asesinando a fieles cristianos y a piadosos clérigos.

El célebre historiador galo del siglo pasado, Jules Michelet –uno de los jefes de los Archivos Históricos Franceses- en su obra monumental titulada "*Historia de Francia*", constata que:

"Fue entre los nobles del Languedoc, donde los albigenses encontraron su principal apoyo. Esta `*Judea de Francia´*, como ha sido llamada, fue poblada por una mezcla de razas ibéricas, gálicas, romanas y semíticas. Los nobles de allí, muy diferentes a la caballería piadosa del Norte, habían perdido el respeto a las tradiciones..." afirmando expresamente Michelet que: "Había pocos de quienes al remontarse a sus ancestros, nos e encontrara alguna abuela sarracena o judía en su genealogía" [275].

Lo de la abuela sarracena no tiene importancia, porque los musulmanes de Francia, por lo general, se convirtieron sinceramente al cristianismo; pero lo de la abuela judía sí es muy grave, ya que es una obligación para todos los hebreos –y deben cumplirla con fanatismo- el iniciar a sus hijos en la sinagoga, aunque sea en secreto, cuando no puede hacerse en público. De hecho, en los tiempos de esa espantosa revolución se lanzaron acusaciones insistentes contra el conde Raymundo VI de Tolosa, el conde De Comminges y otros, en el sentido de que tras la apariencia de cristianos practicaban el judaísmo en secreto; y ambos condes eran los principales apoyos de la herejía.

La diligente historiadora inglesa Nesta H. Webster, además de confirmar lo dicho por Michelet, añade que A. E. Waite dice que en esos tiempos:

"El sur de Francia era el centro del cual irradiaba hacia el exterior el ocultismo básico de la judería y sus sueños teosóficos" [276].

Y continúa diciendo Webster:

"El conde de Comminges practicaba la poligamia y de acuerdo con las crónicas eclesiásticas Raymundo VI, conde de Tolosa, uno de los más ardientes de los creyentes albigenses, tenía su harem. El movimiento albigense ha sido falsamente representado como una mera protesta contra la tiranía de la Iglesia Romana; en realidad se levantaba contra las doctrinas fundamentales de la Cristiandad y más aún, contra todo principio de religión y moral. Pues mientras algunos de la secta declaraban abiertamente que la ley judía era

---

[273] Vicente Risco, *Historia de los judíos*. Barcelona: Editorial Surco, 1960. Libro V, Cap. II, p. 306.
[274] Rabino Lewis Browne. *Stronger than Fiction*. Nueva York. 1925, p. 222.
[275] Jules Michelet, *Histoire de France*, edición francesa de 1879. Tomo III, pp. 18-19.
[276] Nesta H. Webster, *Secret Societies and Subversive Movements* (Las sociedades secretas y los movimientos subversivos). Londres. Boswell Printing and Publishing Co. Ltd. 1924. Cap. IV, pág. 75.

preferible a la de los cristianos (Graetz, `History of the Jews'. III, pág. 517), para otros el Dios del Antiguo Testamento era tan abominable como el `falso Cristo´ que sufrió en el Gólgota; el viejo odio de los gnósticos y de los maniqueos por el Demiurgo, revivió en estos rebeldes contra el orden social. Precursores de los libertinos del siglo XVII y de los Iluminados del XVIII, lo nobles albigenses, con el pretexto de combatir al sacerdocio, se esforzaron por echar abajo todas las normas que la Iglesia había establecido" [277].

El ilustre rabino Louis Israel Newman, después de mencionar ciertas doctrinas antibíblicas de los cátaros –precursores de los albigenses- basadas en el dualismo maniqueo, sin embargo, en su obra "*Influencia judía en los movimientos de reforma cristiana*", edición citada, páginas 173 y 174, afirma que:

"El dogma central del catarismo, a saber, el dualismo de la divinidad, encuentra un paralelo en ciertos aspectos de la tradición judía... Ha habido inclusive en el judaísmo, a pesar de su estricta predisposición monoteísta, un dualismo nativo, basado en material de la Haggadah y aún en porciones apocalípticas del Antiguo Testamento...

"Durante los siglos en que el catarismo floreció, nosotros encontramos un recrudecimiento de la discusión judía sobre el dualismo, en la Cábala contemporánea". Y en la página 176 dice: "Posiciones paralelas pueden encontrarse, punto por punto, entre las opiniones de los cátaros y la Cábala..." [278].

No debe olvidarse que la herejía de los albigenses, además de ser una derivación de la catarense, conservó como ésta el dualismo teológico.

La influencia de los judíos cabalistas sobre cátaros y albigenses y sobre su dualismo teológico, es aceptada por distinguidos escritores judíos. Por otra parte aparece evidente que, en el movimiento de los albigenses, el judaísmo no tuvo escrúpulos al imponer una teología aparentemente antijudía –sobre todo en sus infanterías- en que se blasfemaba horriblemente contra Jehová; como ahora no tiene escrúpulos en propagar el ateísmo en los países comunistas.

Pero, tal cosa era explicable dado que en la Europa de esos tiempos las grandes masas cristianas de la población eran intensamente antijudías, éstas no podías controlarse con un movimiento filosemita, sino que para atraparlas era necesario rodear a la secta de un ambiente –principalmente en sus bajas esferas- que hiciera creer a los incautos que los judíos nada tenían que ver en el movimiento; y el medio más adecuado para lograrlo era blasfemas contra Jehová, renovando las teorías gnósticas que lo identificaban con el malvado Demiurgo y tomando doctrinas del maniqueísmo. Además, como los dirigentes de la secta eran judíos secretos, cubiertos con la máscara del cristianismo, a primera vista no se podía percibir –como ocurrió siglos después con la francmasonería o los carbonarios- que muchos de ellos eran judíos, puesto que aparecían bien disfrazados, esgrimiendo su origen cristiano, sus nombres y apellidos cristianos, de acuerdo con los nombres cristianos de la región.

La Santa Iglesia no sólo descubrió que la secta era dirigida por criptojudíos, sino que esa ideología aparentemente antihebrea en las bajas esferas, iba siendo transformada, poco a poco, hasta llegar a los círculos superiores de la secta, en donde se llegaba a afirmar que la ley judía, es decir, la religión judía era mejor que la cristiana.

En la francmasonería del siglo XVIII –en la que aparentemente se prohibía a los hebreos el ingreso a sus filas- la ideología de los iniciados también se iba transformando sucesivamente en los distintos grados ascendentes mediante lecturas de libros, conferencias, liturgia, ceremonial y adoctrinamiento especial en los distintos grados a medida que el masón iba ascendiendo, poco a poco iba transformando su ideología, cambiando el antisemitismo que privaba en la sociedad de esos tiempos, en filojudaísmo. Por este medio, los judíos secretos, cubiertos con el disfraz del cristianismo, lograron formar en la masonería legiones de aliados

---

[277] Nesta H. Webster, obra citada, edic. cit, Cap. IV, p. 75.
[278] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, pp. 173-176.

dispuestos a organizar las revoluciones liberales y a promulgar las leyes que emancipaban a los judíos públicos y los igualaban en derechos políticos y sociales al resto de la población, echando abajo los cánones de la Iglesia y las leyes civiles, que desde hacía siglos eran el principal baluarte de la sociedad cristiana. Cuando los judíos clandestinos, por medio de la masonería y del liberalismo, lograron extirpar en la sociedad de los siglos XVIII y XIX el sentimiento antijudío que imperaba, terminaron con la farsa y suprimieron de las constituciones masónicas los artículos que prohibían la entrada de judíos a la masonería, la cual, muy pronto se vio inundada en sus puestos dirigentes por israelitas, profesantes abiertos de su religión, ante la sorpresa de algunos hombres libres como Benjamín Franklin, que se alarmaron con esa invasión.

Para terminar con el tema de la herejía de los albigenses, vamos a insertar un interesante dato sobre sus principios proporcionado por el rabino Jacob S. Raisin en su obra titulada "*Reacciones gentiles a los ideales judíos*", en donde se lee lo siguiente:

"La revolución contra la jerarquía fue especialmente fuerte entre los albigenses. Aparecieron primero en Aquitania en 1010 y en 1017 oímos de ellos como una sociedad secreta en Orleáns, de la que eran miembros diez canónigos de una iglesia y un confesor de la reina. Un poco después, los encontramos en Lieja y Arras, en Soissons y Flandes, en muchas provincias de España, en Inglaterra, Alemania e Italia, sin exceptuar Roma, donde se les unieron no pocos de la nobleza; y el pueblo, afectuosamente, les llamaba hombres buenos (Bonshommes)".

Sigue diciendo después el citado rabino que a pesar de las represiones ordenadas por la Iglesia "...los herejes persistían en su desatino y continuaban predicando sus doctrinas y lograban éxitos ganándose algunos obispos y nobles" [279].

Los datos que nos proporciona el fervoroso rabino son muy interesantes, pues nos dan oportunidad de hacer hincapié en una de las tácticas utilizadas por el judaísmo para la fundación de sus movimientos subversivos dentro de la Cristiandad. Estos movimientos inicialmente los constituyen un grupo de judíos secretos, cubiertos con la máscara del cristianismo, con lo cual aparentemente no se perciben judíos en el núcleo, aunque lo sean todos. Además, suelen adornar la sociedad secreta naciente o el movimiento público que surge, con clérigos católicos, si se trata de un país católico o protestantes u ortodoxos, según el caso. Lo pueden hacer fácilmente, ya que la quinta columna hebrea introducida en el clero les proporciona los sacerdotes, canónigos o clérigos de mayor jerarquía que necesiten. Esta medida tiene por objeto lograr que los fieles cristianos, al ingresar a la asociación, crean que es muy buena, ya que si forma parte de ella un piadoso canónigo o un ilustre cardenal, es claro que se trata de algo bueno. Los clérigos quintacolumnistas son, por tanto, utilizados en estos casos como señuelo para atrapar incautos. Así, la herejía albigense empezó con canónigos y hasta con un confesor de Su Majestad la reina, y después siguió adornando con obispos sus secretos conventículos para darles apariencia de bondad y atrapar más fácilmente al pueblo ingenuo.

El mismo sistema siguieron los judíos siglos después en la francmasonería, a la que en sus primeros grados dieron apariencia de institución cristiana y de sociedad filantrópica, y cuyas logias fueron adornadas con sacerdotes, canónigos y hasta clérigos de mayor jerarquía, lo que permitió al judaísmo desorientar a la Iglesia y a los cristianos durante mucho tiempo e iniciar en la secta a millares de engañados, siendo los principales responsables de tal engaño los clérigos criptojudíos, masones militantes, que sirvieron de anzuelo para atrapar incautos.

Cuando la Santa Sede y las monarquías se dieron cuenta del fraude y el Papa excomulgó a los masones, ya la fraternidad había adquirido tal fuerza universal que no fue posible ni a la Iglesia ni a los reyes contener su arrollador empuje, pues el embuste inicial había dado resultados decisivos. Actualmente todavía en Inglaterra y en Estados Unidos los judíos subterráneos siguen presentando a la masonería como institución cristiana y asociación

[279] Rabino Jacob S. Raisin, obra citada, Cap. XVII, pp. 454, 455.

filantrópica en sus primeros grados, haciendo incluso alarde de que es extraña a la política, para que los caballeros anglosajones, una vez prestados los juramentos, sigan siendo atrapados en la ratonera y en forma inconsciente sirvan de dóciles instrumentos al judaísmo; manteniendo con ello la Sinagoga de Satanás su dominio sobre esas dos grandes potencias.

En cuanto al comunismo, la judería observa parecidos sistemas. Hay clérigos criptohebreos, introducidos en la Iglesia Católica, en las protestantes y ortodoxas de Oriente, y afiliados a los partidos comunistas, tratando de desorientar a los cristianos al quererles hacer creer que el comunismo no es tan malo y que se puede pactar con él. La misión de estos Judas es adormecer al mundo libre para que afloje sus defensas, y debilitar la resistencia anticomunista de los pueblos de los que tales clérigos se dicen pastores, para con ello facilitar el triunfo definitivo del comunismo judaico. Las tácticas del judaísmo a este respecto son en esencia las mismas, tanto en la época de los albigenses como en nuestros días. Y es claro, mientras más altas jerarquías pueda escalar dentro del clero la quinta columna criptohebraica, mayores serán los estragos que en todos sentidos haga la Cristiandad.

También las llamadas confraternidades judeo-cristianas que han surgido en la actualidad las encontramos adornadas con clérigos quintacolumnistas de tan hipócrita como aparente piedad, que con su presencia en tales organizaciones engañan y atraen a muchos jerarcas de la Iglesia bien intencionados. Estos, ignorando los secretos fines de tales confraternidades, que son los de convertir a sus miembros cristianos en satélites del judaísmo, dan su adhesión a ellas, con lo cual aumenta, como es natural, la desorientación de los fieles, que son más fácilmente atrapados por dichas asociaciones, para empujarlos luego a servir como instrumentos de la Sinagoga de Satanás en las actividades que realiza para aplastar a los patriotas que luchan contra ella en defensa de la Iglesia y de los pueblos amenazados por el imperialismo judaico.

Capítulo Trigésimo:

"EL JUDÍO, EL MÁS PELIGROSO ENEMIGO DE LA IGLESIA. LOS VALDENSES"

En el siglo XII, al mismo tiempo que el judaísmo intentaba controlar el papado por medio del judaico Cardenal Pierleoni y se organizaba la primera revolución republicana que se adueñaba de Roma, la secta de los albigenses preparaba, en secreto, la más gigantesca revolución conocida hasta entonces con el fin de desintegrar al cristianismo, y se organizaban al mismo tiempo, también en secreto, otras sectas tendientes todas ellas a dominar a Europa, a aniquilar el orden de cosas imperante y a destruir a la Santa Iglesia.

El judaísmo no se limitó a organizar una sola secta, un solo movimiento revolucionario, sino que creó en la sombra varios, diferentes entre sí, con diversidad de ideologías y principios, útiles para controlar gentes de todos los gustos; de tal manera que si a algunos no les satisfacía el programa, los dogmas o las creencias de una secta, podrían gustarles los de otra; y si fracasaba alguna, otra llegaría al triunfo deseado. De cualquier forma, todas en conjunto se ayudaban en secreto unas a otras, aunque tuvieran programas al parecer contradictorios e incompatibles. Así empezó el judaísmo a practicar otra de sus tácticas tradicionales, que tan buen resultado le ha dado y que con la experiencia de siglos ha perfeccionado cada vez más, consistente en no confiar todas sus posibilidades de victoria a una sola organización, sino a muchas, de variadas y hasta contradictorias ideologías, capaces éstas de captar la simpatía de gentes de los más diversos gustos o maneras de pensar. Lo mismo que hace en nuestros días al organizar desde partidos demócrata-cristianos y de extrema derecha, sin importar el nombre que se les dé, hasta partidos centristas, socialistas, anarquistas y comunistas; y desde organizaciones masónicas, teosóficas y espiritistas, hasta asociaciones de Rotarios o de boy-scouts, además de muchas otras que sería largo enumerar y que autorizados escritores han demostrado que están controladas por el judaísmo internacional. En esa forma la sinagoga puede dominar a gentes de las más diversas tendencias e ideologías y controlar a los pueblos cristianos y gentiles, facilitando el triunfo de sus planes de dominio mundial.

Antes de entrar al estudio de otras sectas heréticas que junto con la de los albigenses formaron parte de esa gran revolución criptojudía del siglo XII, que estuvo a punto de conquistar a Europa y aniquilar a la Iglesia, citaremos a dos autoridades hebreas indiscutibles que nos hablan del papel que desempeñaron los israelitas en las herejías de esa época.

La "*Enciclopedia Judaica Castellana*", hablando de la opinión que tenía la Iglesia sobre el origen de la herejías medievales, nos confirma lo afirmado por clérigos y escritores católicos de diversas épocas, que aseguraban que los "judíos eran los padres de todas las herejías"; al efecto, textualmente dice:

"De la misma manera que la Inquisición acusó a los judíos de haber instigado las herejías medievales, así todos los movimientos heterodoxos de la Reforma eran, a los ojos de la Iglesia, fruto de una conspiración judía, y sus iniciadores y jefes, `judaizantes´" [280].

Siendo evidente que ni la Santa Iglesia ni la Inquisición mentían, ya que tenían, además, pruebas suficientes para fundamentar estas afirmaciones.

A este respecto el rabino Lewis Browne, en su interesante "Historia de los judíos", en un capítulo que tiene por título "*El desgarramiento de la iglesia*" y por subtítulo "*Cómo los judíos ayudaron al surgimiento de la Reforma Protestante*", asevera que:

---

[280] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo III, vocablo Cristianismo, p. 226, col. 1.

"Era más que una espina (la sinagoga). Esparcida como estaba por todas las tierras de la Cristiandad, la sinagoga operaba en todas partes, más bien como una red de pequeñísimas espadas que herían el sentido de autosuficiencia de la iglesia.

Esto explica por qué la Iglesia no concedió descanso al judío. El era su más peligroso enemigo, ya que dondequiera que él emigraba, él fomentaba las herejías" [281].

Este culto rabino, además de confesar con absoluta franqueza la más grande de las verdades, al señalar que los judíos son los más peligrosos enemigos de la Iglesia, nos da la clave de lo que para muchos ha sido un gran misterio, es decir, lo referente a la rápida difusión en distintos países de las herejías medievales, de la masonería después y, finalmente, del comunismo marxista. En realidad, estando las organizaciones judías esparcidas desde hace muchos siglos por todo el mundo, como una "*red de pequeñísimas espadas*" –con hombres influyentes en todos los países, con bien arraigado poder financiero en todas partes- les es sumamente fácil propagar y dar carácter internacional, con velocidad asombrosa, a cualquier movimiento subversivo público o secreto o a cualquier otro tipo de asociación. Sólo una institución como la sinagoga, de raíces milenarias en distintas partes del mundo, ha estado en posibilidad de dar rápidamente proporciones internacionales a tantos movimientos perversos con que ha intentado y sigue pretendiendo dominar a los pueblos y destruir sus libertades por medio de su arma favorita: el engaño.

Para referirnos a otro de los grandes movimientos heréticos que en el siglo XII amenazaron con derrumbar todo el orden social, político y religiosos existente, vamos a preferir una vez más la cita de fuentes israelitas de gran autoridad.

El rabino Jacob S. Raisin hablando de los valdenses dice:

"Otro grupo heterodoxo formado dentro de la Iglesia, tuvo origen en Valdo, un rico comerciante de Lyon. El era un diligente estudiante de la Biblia y comisionó a dos sacerdotes a que la tradujeran al francés. Deseoso de poner en práctica el consejo de Jesús al joven rico, él distribuyó su riqueza entre los pobres y también entre aquellos de quien él la había adquirido, e hizo votos de pobreza (1176). Su ejemplo fue seguido por muchos hombres de la ciudad y los `Pobres de Lyon' como fueron conocidos los valdenses, encontraron muchos imitadores no sólo en el norte de Francia, sino en España y en Italia" [282].

Como se podrá observar, la bandera de esta secta no podía ser más atractiva, sobre todo para las clases pobres de la población, que como siempre constituían la mayor parte. La apariencia de santidad y pureza de que se vistió su caudillo no podía ser más cautivadora. Todo ello contribuyó a que la potencia revolucionaria del movimiento fuera gigantesca. Es comprensible que tan grandes masas de fieles fueran pescadas con una fachada tan limpia, tan pura y benéfica para las clases humildes. Pero después iba apareciendo el veneno. El mismo citado rabino dice que:

"Para estos devotos discípulos de los Ebionitas, la Iglesia Romana era la `Mujer Escarlata' del Apocalipsis y su culto idolátrico (a las imágenes) como los cultos que ella había desplazado" [283].

Sin embargo, hasta aquí todo hacía creer que se trataba de un movimiento de inmaculada pureza, acaudillado por hombres que repartían sus riquezas y que seguían al pie de la letra las normas de perfección dictadas por Cristo Nuestro Señor, luchando contra las inmoralidades del clero, con las que pretendían comparar a la Santa Iglesia con la mujer escarlata del Apocalipsis. Es lógico que grandes masas, engañadas por tales apariencias, hayan sido arrastradas a la herejía.

Por otra parte, sus doctrinas se apartaban menos de la ortodoxia que las de los cátaros y albigenses, que eran gnósticos y maniqueos; y por ello eran más fáciles de aceptar por la

---

[281] Rabino Lewis Browne, *The Story of the Jews*. Londres: Jonathan Cape Ltd., 1926. Cap. XXIX, p. 207.
[282] Rabino Jacob S. Raisin, obra citada, Cap. XVII, p. 455.
[283] Rabino Jacob S. Raisin, obra citada, Cap. XVII, p. 455.

mayoría de los fieles. ¿Quién se iba a imaginar que tras tanta belleza se encubriera un nuevo y siniestro intento de judaizar a la sociedad cristiana y dominarla?

Para usar una vez más una fuente indiscutible que narre el posterior cauce que tomó este movimiento de apariencia meramente filantrópica, utilizaremos de nuevo esa obra oficial del judaísmo que es la "*Enciclopedia Judaica Castellana*", la cual, refiriéndose a los valdenses dice:

"Los valdenses, secta que surgió hacia 1170 en Lyon, bajo la jefatura de Pedro Valdo, representan aquel aspecto del movimiento *`bíblico´*, en cuyo suelo había de brotar el protestantismo de Hus, Münzer, Zwinglio y otros reformadores de los siglos posteriores. Esa herejía alcanzó expansión considerable, desde Lyon y Provenza hasta Lorena y Valonia por el norte y hasta Hungría y Moravia por el este. Seguramente no es mera coincidencia que la cuna fuera la ciudad de Lyon, como la de los *`passagii´* estuviera en Milán, grandes centros, uno y otro, de la vida e influencias judías...La Biblia valdense, conservada en algunos ejemplares (Manuscritos de Cambridge, siglo XIV, y de Grenoble), contenía no menos de 32 libros hebreos. Se leía en los `conventículos´ secretos, bajo la dirección de predicadores o `barbas´, nombre que se cree que es origen hebreo. Los valdenses se consideraban como el `verdadero Israel´ o según expresión de su jefe Muston, *`Israel de los Alpes´*. Comba y Muston hablan del éxodo y dispersión de los creyentes. Pedro Valdo es *`el Moisés de ese pequeño pueblo que salió del país de la servidumbre´*, y *`el Padre, el Abraham de Israel de los Alpes antes de convertirse en su Moisés´*. Los *`barbas´* valdenses enviaban misioneros a Italia *`para predicar el arrepentimiento y alimentar a las ovejas dispersas de Israel perseguido en los valles de los Alpes´*. Los *`barbas´* mismos, bien versados en las ciencias, las lenguas y las Escrituras se comparaban a los *`Ancianos´* de Israel, cuyas *`parroquias consistían en las dispersas tribus de Israel de los Alpes, de las que ellos eran los levitas y jueces´* " [284].

La táctica de los hebreos de acusar a sus enemigos precisamente de lo que ellos hacen, llegó a su colmo en los ataques lanzados por la hebraica herejía de los valdenses en contra de la Tradición de la Santa Iglesia, fundamentalmente antijudía. Decían, según lo afirma el rabino Louis Israel Newman, que:

"La tradición de la Iglesia era la tradición de los fariseos que es la frecuente acusación de los herejes. Los valdenses de Lombardía afirmaban que la salida de la Iglesia Romana era lícita, porque ya no era la Iglesia de Jesucristo, sino que estaba gobernada solamente por escribas y fariseos" [285].

Después, en la página 237 de la citada obra, el mencionado rabino al tratar de la "*asociación personal de judíos y valdenses*", recalca que existe la coincidencia de que ciudades en que los judíos eran numerosos e influyentes, como Lyon y Metz, fueron focos importantes de la herejía valdense; para afirmar después:

"No solamente durante los siglos XII y XIII los valdenses y los judíos se agruparon juntos". Y en la página 238 de la citada obra dice: "Junto a la evidencia de que hubo relación personal entre los judíos de Provenza y los valdenses en el siglo XIII, existe también la evidencia de que durante el siglo XV los husitas y los judíos estuvieron en frecuente contacto y los husitas y los valdenses estaban ligados directa e indirectamente.

Durante el siglo XVI, antes y después del comienzo de la Reforma, las relaciones personales entre los judíos y los últimos valdenses se multiplicaron...Y tan tarde como en el siglo XIX, nosotros encontramos a los valdenses y a los judíos agrupados no en relaciones intelectuales sino en gubernamentales. Así en Italia en 13 de septiembre de 1849, fue creada una Comisión Ministerial con el propósito de reorganizar la administración de valdenses y judíos" [286].

---

[284] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo III, vocablo Cristianismo, pp. 223, 224.
[285] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, p. 229.
[286] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, pp. 237, 238.

Finalmente citaremos otro dato interesantísimo que nos proporciona el historiador israelita Gerson Wolf, quien afirma que en el siglo XV los judíos fueron incluidos en una acusación que les imputaba el cargo de estar ocluidos en una conspiración en compañía de los husitas y de los valdenses en contra de las fuerzas entonces gobernantes [287]. Este judío fue perseguido por el gobierno austriaco por haber escrito un libro de tendencias subversivas titulado "*La democracia y el socialismo*".

Datos valiosos sobre dicha conjura hebrea obran en el informe contenido en el "*Libro de Actas de la Facultad de Teología de la Universidad de Viena*", y concretamente en acta del 10 de enero de 1419, por lo que quienes tengan interés en profundizar en el estudio sobre esta conspiración judía, husita y valdense del siglo XV para derrocar el orden de cosas entonces existente, pueden recurrir al documento original acabado de citar [288].

[287] Gerson Wolf, *Studien sur Jubelfeier der Wiener Universitat* (Estudio sobre el jubileo de la Universidad de Viena), edición de Viena, 1865, pp. 22, 23.
[288] Libro de actas de la Facultad de Teología de la Universidad de Viena, MSS. Acta del 10 de enero de 1419.

Capítulo Trigésimo Primero:

"EL GRAN PAPA GREGORIO VII (HILDEBRANDO) DESTRUYE UNA TEOCRACIA JUDAICA EN EL NORTE DE ITALIA"

Otro de los movimientos subversivos creados por la quinta columna judía introducida en la Cristiandad durante el siglo XII, fue el de los "*passagii*", sabatarios o circuncisos. Esta secta progresó más, como es natural, en el norte de Italia y sur de Francia, o sea en las regiones de Europa más infiltradas en esos tiempos por la sinagoga. En cuanto a la judaización del cristianismo, puede considerarse que dicha secta constituyó el ala izquierda el complejísimo movimiento revolucionario criptojudío del siglo XII.

Para darnos una idea de lo que era este movimiento subversivo, transcribimos literalmente interesantes pasajes de la "*Enciclopedia Judaica Castellana*" ya citada:

"La secta de los `passagii´, `sabatarios´ o `circuncisos´, brotó en suelo lombardo, tradicionalmente propicio a heterodoxias de carácter filojudaico. Mucho antes de que surgiera, entre 844 y 1058, aproximadamente, reinó sobre Milán y las comarcas adyacentes una teocracia, fundada por Angilberto de Pusterla y José de Ivres y que se amoldaba fielmente al Pentateuco. Su santuario den Caroccio encerraba un Arca de la Alianza. El pueblo estaba gobernado por capitanes (jueces) y levitas (sacerdotes) y toda la vida política y espiritual lleva la impronta del Antiguo Testamento, en la misma forma que más tarde, las de las comunidades anabaptistas y puritanas en Europa y el Nuevo Mundo. Esa teocracia fue derrocada por Gregorio VII inmediatamente después de su ascensión al Pontificado. Los judíos de Lombardía ocupaban una posición de primer plano. Ha adquirido forma histórica la familia de Pierleoni que había de dar a la Iglesia el Papa Anacleto II (1130-1138) y a la casa real de Sicilia, una reina en la persona de la esposa de Rogelio II. La influencia judía en Lombardía era tal que en muchas ciudades, los cristianos honraban el sábado en vez del domingo, y que incluso los cátaros de la región, a diferencia de los provenzales, aceptaban partes del Antiguo Testamento. El arrianismo había dejado huellas profundas en el norte de Italia y la tolerancia que dispensó a los judíos benefició grandemente la condición de éstos, al mismo tiempo que preparó el ambiente para numerosas sectas antipapistas, entre las que descollaban las judaizantes. Es indudable que la más importante de entre éstas, la de los pasaginos, sufrió fuerte influjo del floreciente judaísmo lombardo" [289].

Este párrafo debe leerse varias veces para poder apreciar toda su trascendencia en distintos órdenes. Por nuestra parte, nos limitaremos a ver aquí una comprobación más de que la tolerancia hacia los judíos, según confiesa la enciclopedia hebrea, preparó el ambiente a las numerosas sectas antipapistas, como dieron en llamarlas los israelitas.

Esa tolerancia a un enemigo mortal significa, pues, darle libertad de acción para que destruya a la Iglesia y domine a los pueblos cristianos.

Por otra parte, uno de los más grandes Papas que ha tenido la Iglesia, Gregorio VII, el famoso Hildebrando, nos puso el ejemplo de lo que debe hacerse en contra del dominio judaico, ya que al subir al Pontificado lo primero que hizo fue combatir y aplastar la teocracia judaizante establecida en tierras cristianas del norte de Italia. ¡Ojalá que todos imitemos la actitud de este gran Papa en la lucha que tenemos que sostener contra las fuerzas comunistas ateas, acaudilladas por el mismo enemigo que Gregorio VII aniquiló!

Refiriéndose a las creencias de los "*passagii*", sigue diciendo la mencionada enciclopedia judaica:

"Su doctrina prescribía la observancia literal de la Ley mosaica: de la circuncisión, las leyes dietéticas, las fiestas, etc.; pero rechazaba los sacrificios, de acuerdo con el rabinismo de entonces... Aceptaban a Jesús y el Nuevo Testamento, que procuraban armonizar con el

---

[289] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo III, vocablo Cristianismo, p. 224, col. 2

Antiguo, adquiriendo éste con el tiempo una importancia predominante, a medida, según se supone, que progresaba la erudición hebraica" [290].

Aquí, la enciclopedia judía nos da un dato que nos confirma una vez más el desarrollo de esa táctica, consistente en iniciar los movimientos para atrapar cristianos y gentiles con unos postulados, para luego, poco a poco, ir torciendo el rumbo de las organizaciones a medida que se va preparando a los atrapados a ir aceptando esa evolución. Es muy comprensible que por más influencia judía que hubiera entonces en el norte de Italia, era difícil de buenas a primeras lograr que los cristianos, que sabían que los apóstoles habían derogado la Ley judía, dándole al Nuevo Testamento la primacía, aceptaran entrar en una secta que les decía todo lo contrario, negando con ello la doctrina de San Pablo y los apóstoles. Era necesario ir por etapas; y a medida que la "erudición hebraica" de los neófitos progresaba, debido a las enseñanzas que le daban en la secta, se les iba preparando a aceptar la inversión total de términos, dándole vigencia a la abolida ley mosaica y asegurando la preferencia del Antiguo Testamento sobre el Nuevo. Con esto se daba un paso enorme hacia la judaización ideológica de los cristianos y a su fácil dominio por el imperialismo hebreo.

Pero dejaremos que siga hablando la sinagoga por medio de su obra monumental citada:

"Era opinión general entre los pasaginos que `la ley de los judíos es mejor que la ley de los cristianos´. Desde luego, repudiaban el dogma de la Trinidad. Así, su jefe Bonacurso declaró: `Dicen (los passagii) que Cristo, el Hijo de Dios, no es igual al Padre y que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, las tres personas de la Trinidad, no son un solo Dios, ni una sola substancia´, y Muratoni: `Pues dicen que Cristo es una primera y pura criatura´, o sea, que Cristo fue creado por Dios´". [291].

El rabino Louis Israel Newman, en su obra "*Influencia judía en los movimientos de reforma del cristianismo*", refiriéndose a los *pasagii* dice lo siguiente:

"La secta de los *passagii* representa en su forma más obvia y tangible el aspecto judaizante de los movimientos heterodoxos en la Cristiandad durante los siglos XII y XIII. En el preciso momento en que la Iglesia Católica parecía firmemente consolidada, surgieron vigorosos movimientos de desacuerdo para disputarle su autoridad. Un montón de sectas aparecieron en el siglo XII, habiéndose sostenido a pesar de todos los esfuerzos hechos para destrozarlas" [292].

Quienes no han profundizado en estas cuestiones llegan a confundir a esta secta de cristianos judaizantes y circuncisos, observadores del sábado y de la ley mosaica en todo su rigor, con los falsos cristianos criptojudíos de sangre, llamados en la terminología inquisitorial herejes judaizantes.

Sin embargo, la Inquisición Pontificia, con sus medios eficaces de investigación, llegó a tener una idea bien clara de la diferencia, y aunque sabía que los *passagii*, sabatarios o circuncisos estaban controlados por los hebreos de sangre y practicaban una religión más afín al judaísmo que al cristianismo, los distinguía plenamente de los israelitas propiamente dichos. Los Archivos de la Inquisición de Carcasona, en el sur de Francia, entre otros, nos proporcionan la prueba de que el Santo Oficio estaba muy bien informado al respecto:

"Entre las preguntas dirigidas (por los inquisidores) a los presos judíos o a los falsos conversos del judaísmo, llamados relapsos, figuraba la siguiente: `¿En qué forma diferente circuncidan los judíos a los cristianos, de cómo circuncidan a los hebreos? (Quomodo circumcidunt Christianos aliter queanm suos? Interrogatoria ad Judaeos)" [293].

---

[290] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo III, vocablo Cristianismo, p. 225, col. 1.
[291] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo III, vocablo Cristianismo, p. 225, col. 2.
[292] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, libro II, p. 255.
[293] *Archivos de la Inquisición de Carcasona*, citados por Domingo José Vaissette en su *Histoire Genérale de Languedoc*, viii, Preuves del vol. Iii, c. 987-88.

Más ilustración sobre este punto nos da un tratado sobre los herejes escrito en el siglo XIII, que hace también la debida distinción cuando afirma:

"Noten ustedes que los judíos circuncidan a sus propios niños de forma diferente del método que utilizan con nuestros adultos cristianos cuando los hacen judaizar, considerando que ellos cortan a éstos solamente medio círculo en la cabeza de su piel y no el círculo total, como lo hacen en sus propios muchachos" [294].

Como lo estudiaremos más extensamente, la religión judía es radicalmente racista. Es sólo para el pueblo escogido y a los prosélitos de la puerta, es decir, los gentiles convertidos al judaísmo, los conservan siempre fuera de las verdaderas organizaciones hebreas, utilizándolos simplemente como satélites e instrumentos viles de los verdaderos judíos de sangre, en organismos inferiores, que aunque dotados de toda la apariencia de las comunidades y sinagogas israelitas, son simples ratoneras para atrapar incautos y tenerlos bien dominados, ya que estas organizaciones están controladas por judíos clandestinos de sangre, y los ingenuos prosélitos o judíos espirituales son eliminados radicalmente en los círculos secretos donde se dirigen los importantes asuntos del imperialismo hebraico. El objeto de tener controladas en su mayoría estas pantomimas de organizaciones israelitas por medio de criptojudíos de sangre, con apariencia de prosélitos o israelitas espirituales, es de que los prosélitos tengan la sensación de que se gobiernan por sí mismos, ignorando que están influenciados por el círculo oculto de hebreos sanguíneos que forman parte de estas comunidades y que controlan en diversas formas, utilizando a los prosélitos como simples instrumentos del imperialismo judío, tal como emplean a los masones o a los comunistas, pero haciendo creer a tales incautos que forman parte de la élite que dirige los asuntos de la sinagoga, para que con ello luchen con mayor devoción al servicio de su causa.

[294] Anony. tract. de haers. pauper. de Lugd., en Edmundo Martene, v.c. 1794.

Capítulo Trigésimo Segundo:

"QUINTA COLUMNA JUDÍA EN LA IGLESIA ORTODOXA RUSA"

Antes de entrar en Rusia, el judaísmo penetró en Ucrania, donde adquirió gran fuerza. Las represiones realizadas contra la acción subversiva de los hebreos trajeron por consecuencia que éstos se convirtieran fingidamente al cristianismo en grandes cantidades, primero de la Iglesia Ortodoxa griega y después de la rusa; siendo, como en la catolicidad, los principales propagadores de los movimientos herético revolucionarios en tales Iglesias.

Sobre uno de los movimientos subversivos que estremeció a la Iglesia y a la cristiandad rusa, la citada obra oficial del judaísmo venimos estudiando, la Enciclopedia Judaica castellana nos informa que la secta fue una propagación de los passagii. Dicha enciclopedia dice textualmente lo siguiente:

"La esencia judía, latente en los `passaggi´, quedó de manifiesto en el desarrollo que su doctrina había de alcanzar entre los `*shidovstvuyushtchiye´* (judaizantes) de Rusia en el s. XV. Esa secta, que tuvo su primer apóstol en el judío Shkariya de Kiev y que conquistó incluso a los príncipes y al alto clero moscovitas, creía que Cristo aún no había aparecido y que si apareciera, no lo haría como Hijo de Dios, en sustancia, sino a través de sus actos benéficos, `como Moisés y los Profetas´" [295].

Como podrá verse, esta secta se propagó por el mundo católico y después fue introducida por un judío dentro de la Iglesia Ortodoxa rusa; otras, en cambio, como los cátaros, nacieron al parecer en tierras del Imperio Bizantino y se propagaron a la catolicidad. La gravedad de la crisis puede apreciarse con la confirmación hecha por el judaísmo a través de su enciclopedia citada, de que la herejía judaizante fundada por un hebreo, conquistó en gran parte el alto clero moscovita en pleno siglo XV, es decir, hace más o menos quinientos años.

También en el vocablo Rusia del tomo IX de la "*Enciclopedia Judaica Castellana*", se hace mención de este poderoso movimiento herético, diciendo que la versión eclesiástica: "...lo atribuye a influjo directo de predicadores judíos..." y que otras fuentes "...tienden a relacionarlo con las sectas `sabatarias´, muy esparcidas en el sur y el este de Europa en la era de la reforma..." de las cuales afirma dicha enciclopedia judaica, que tenían "...nexos indiscutibles con el judaísmo".

Cita luego esta obra fundamental de la sinagoga lo que dice Simón Dubnow al respecto:

"Durante el mismo período surgió en Moscú, como resultado de una propaganda secreta del judaísmo, un movimiento religioso, conocido con el nombre de `*herejía judaizante´*. De acuerdo con los cronistas rusos, el iniciador de esa herejía fue el docto judío Sjaria (Zejarya), que junto con algunos correligionarios, había emigrado de Kiev a la vieja ciudad rusa de Novgorod. Aprovechando la inquietud religiosa que por entonces imperaba en Novgorod, una nueva secta, la de los `*strigolniki´* (llamada así por su fundador, Carp Strigolnik) había hecho aparición en la ciudad, donde proclamó la derogación de los ritos cristianos y aún negó la divinidad de Cristo. Zejarya se acercó a varios representantes del clero ortodoxo, y logró convertirlos al judaísmo. Los adalides de la apostasía de Novgorod, los sacerdotes Denis y Aleksei, se trasladaron en 1490 a Moscú y convirtieron allí a gran número de greco-ortodoxos, algunos de los que se sometieron incluso al rito de la circuncisión. Pronto, la `herejía judaizante´ se atrincheró entre la nobleza de Moscú y en los círculos cortesanos. Entre sus adictos figuró Helena, nuera del gran duque.

Henadio, arzobispo de Novgorod, denunció la peligrosa propagación de la `*herejía judaizante´* hizo valientes esfuerzos por extirparla en su diócesis. En Moscú, la lucha contra la nueva doctrina resultó en extremo difícil. Mas también allí se logró, finalmente, contenerla

---

[295] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo III, vocablo Cristianismo, p. 255, col. I

merced a la vigorosa acción de Henadio y de otros fanáticos de la ortodoxia. Por decisión del concilio eclesiástico de 1504, respaldada por las órdenes de Iván II, los principales apóstatas fueron quemados vivos y sus partidarios encarcelados o recluidos en conventos. Como resultado de esas medidas, la `*herejía judaizante*´ dejó de existir...".

La enciclopedia judía referida termina con este muy interesante comentario:

"Las tendencias judaizantes, sin embargo, no desaparecieron nunca entre el pueblo ruso y ocasionalmente se manifestaron, siglos más tarde, en forma que alarmaría al gobierno imperial" [296].

La quinta columna judía en la Iglesia Ortodoxa rusa se fue fortaleciendo después con las sucesivas conversiones simuladas de los hebreos al cristianismo ruso. En el siglo XVII hubo grandes conversiones aparentes de hebreos, que fingiendo ser buenos cristianos, en el fondo de su corazón y en secreto seguían siendo hebreos y odiaban a la Rusia tradicional.

A estos judíos subterráneos se les conoció con el nombre de los "shobatnik". Se han hecho varios estudios sobre ellos, entre los que se puede citar el del destacado dirigente del judaísmo, distinguido Chacham Joseph Israel Benjamín, que hizo una compilación de hechos históricos con relación a los *shobatnik* y la publicó en Tlemcen, Argelia, bajo el título de "*Four Years War of the Poles against the Russians and Tartars 1648-1652*".

El Zar Nicolás I quiso solucionar el problema judío recurriendo al trágico error de presionar a los hebreos para que se convirtieran al cristianismo, con el desastroso resultado de que las conversiones en su inmensa mayoría fueron fingidas, siguiendo los israelitas la práctica pública de un cristianismo insincero, mientras que en secreto seguían siendo tan judíos como antes y hacían ordenar de popes a sus hijos, infiltrándolos en las jerarquías del clero ortodoxo, al igual que lo hacían sus hermanos criptojudíos en los cleros católico y protestante.

Es justo reconocer, sin embargo, que tanto los zares como la Iglesia Ortodoxa y el pueblo ruso se resistieron todo lo que pudieron a la entrada de los hebreos en Rusia, los cuales inicialmente se introdujeron en forma clandestina desde Ucrania, cubiertos con la máscara del cristianismo. Y aunque después lo hicieron en grandes masas, sobre todo a partir del momento en que Rusia conquistó gran parte de Polonia, la Iglesia Ortodoxa, el Estado y el pueblo siguieron luchando heroicamente contra las comunidades hebreas que llegaron a ser las más numerosas del mundo, hasta que con la ayuda del judaísmo internacional lograron los israelitas triunfar, primero en la revolución de marzo de 1917 y después en la revolución bolchevique de octubre, cuyo triunfo se debió también en forma decisiva al apoyo de la quinta columna judía introducida en la Iglesia Ortodoxa rusa. De otra manera habría sido imposible que un partido comunista tan raquítico, que tenía en un país de más de cien millones de habitantes sólo unos cuantos miles de socios, hubiera podido triunfar tan rápida y fácilmente. Venció porque los quintacolumnistas criptojudíos, adueñados de posiciones clave en el clero ortodoxo y en los partidos y organizaciones derechistas, centristas y de izquierda moderada, sabotearon las defensas de la Rusia tradicional y con malévolas intrigas desprestigiaron y anularon a quienes hubieran podido salvarla. En el momento decisivo, el judío Kerensky y sus cómplices entregaron el poder en manos de la pandilla de criminales hebreos que tiranizan al pueblo ruso, desde entonces hasta ahora.

En cuanto la pandilla israelita de Lenin impuso en Rusia su dictadura sangrienta, mandó asesinar a arzobispos, obispos, popes y clérigos de toda jerarquía, sinceros en su fe; y los fueron sustituyendo por judíos vestidos de sotana, como lo han denunciado al mundo libre intelectuales salidos de los países dominados por la bestia. Estos judíos comunistas con hábito sacerdotal, acaparan el patriarcado y los obispados de la antigua y heroica Iglesia Ortodoxa rusa, que aunque por desgracia para nosotros los católicos haya secundado el lamentable cisma de Constantinopla, luchó encarnizadamente por salvar a esa nación de caer bajo las garras de la Sinagoga de Satanás.

---

[296] *Enciclopedia Judaica Castellana*, tomo IX, vocablo *Rusia*, pp. 250, 251.

En la actualidad, como lo han denunciado a la humanidad libre los obispos exiliados de la auténtica Iglesia Ortodoxa, tanto el Patriarca de Moscú como los demás clérigos, son simplemente agentes comunistas vestidos con ropaje clerical que utilizan la sagrada investidura para hacer propaganda bolchevique con el fin de facilitar en diversas formas el triunfo del comunismo, debilitando las defensas del mundo libre y queriendo engañar a éste con el mito de que el comunismo no persigue a la Iglesia y de que se puede llegar a una convivencia pacífica con el marxismo ateo. Convivencia que como ya sabemos, no tiene más objeto que empujar a la Santa Iglesia Católica a concretar pactos con el Anticristo para desmoralizar y anular la acción de los rusos exiliados y de los patriotas de Polonia, Hungría, Rumanía, Yugoslavia y demás países tiranizados, empeñados en luchar sorda pero tenazmente por liberar a sus naciones del yugo criminal y sangriento de los judíos marxistas. Estos pactos con el demonio acabarían por desmoralizar también a los cristianos de los Estados Unidos, que están haciendo tantos sacrificios, agobiados por los impuestos, para financiar la defensa del mundo libre.

El pueblo norteamericano, ya muy quebrantado por las traiciones de muchos de sus gobernantes, se acabaría de descorazonar si se da cuenta de que la Santa Iglesia lanza a sus ovejas a las fauces del lobo y pacta con el Diablo.

Esto es lo que están planeando los judíos y comunistas para el actual Concilio Ecuménico Vaticano II; y según hemos sabido van a emplear con tal fin a los comunistas vestidos de sotana que usurpan las jerarquías de la Iglesia Ortodoxa rusa, así como a ese Consejo Mundial de Iglesias que controla gran parte de los protestantes y que ha sido repetidamente acusado en la prensa de los Estados Unidos, por patriotas también protestantes de ese país, achacándoles traición al protestantismo, a los Estados Unidos y al mundo libre, ya que la política de ese Consejo Mundial de Iglesias ha sido de notoria complicidad con el Kremlin y de traición al mundo libre.

Con la asistencia de Dios Nuestro Señor a su Santa Iglesia, estamos seguros, hará fracasar una vez más las asechanzas del dragón infernal y de su sinagoga, haciendo que surjan en el santo Concilio nuevos santos como San Atanasio, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo o San Bernardo, que en este momento de crisis hagan fracasar los planes siniestros del comunismo judaico y de su quinta columna en el clero, aunque ellos ya canten victoria creyendo asegurado en control del Concilio, en el que afirman que harían aprobar reformas para arruinar definitivamente a la Iglesia y hacer triunfar al comunismo internacional.

Entre las maniobras que tienen urdidas para preparar la derogación de la bula de excomunión del comunismo y el establecimiento de la convivencia pacífica con el Anticristo, la judería del Kremlin, en combinación con los clérigos quintacolumnistas, tienen planeado que en forma súbita las autoridades soviéticas dejen en libertad a obispos y clérigos que tenían encarcelados durante muchos años, los que serán paseados en triunfo por las calles de Roma; asimismo, piensan enviar felicitaciones a S.S. el Papa y al santo Concilio, por parte de las autoridades comunistas, y otros gestos de amistad que, por lo aparatoso quebrantes la voluntad de los padres del concilio de seguir luchando contra el comunismo, para que den su aprobación a la política de convivencia pacífica que quieren imponer a la Iglesia el judaísmo y sus satélites en el alto clero. Los comunistas son muy buenos comerciantes; desean a cambio de unos cuantos gestos de buena voluntad, que se destruyan las defensas de la Iglesia contra el marxismo y se establezca una convivencia pacífica que no tiene más objeto que retirar a la Santa Iglesia de la lucha contra el comunismo ateo, para que éste pueda dominar más fácilmente al mundo. A cambio de concesiones relativamente de poca monta, quieren obtener ventajas sustanciales que les permitan asegurar para sí la victoria sobre el mundo libre. Si de veras tienen voluntad de hacer las paces con la Santa Iglesia, ¿por qué no suprimen del comunismo su materialismo ateo? ¿Por qué no quitan a las católicas Polonia y Checoslovaquia el yugo de esclavitud que les impusieron, retirando de sus territorios las

tropas soviéticas y permitiendo la celebración de elecciones libres? ¿Por qué no suprimen la difusión de propaganda anticristiana y antirreligiosa, destinada a despojar de sus creencias a los fieles cristianos? Lo que quieren es que la Iglesia quede atada prácticamente de pies y manos, dejando que la bestia roja se vaya tragando al mundo entero a cambio de unos cuantos gestos de buena voluntad, que no guardan en lo absoluto proporción con las concesiones que a cambio de ellos se quieren obtener.

Un culto universitario rumano que huyó de la tiranía comunista para refugiarse en Occidente, nos da un valioso informe sobre la situación actual de la Iglesia Ortodoxa rusa, informe que transcribimos a continuación:

"Entre los miles de prelados asesinados por los judíos en Rusia, se encuentran:

1.- El Metropolita Veniamin, de Petrogrado.
2.- El Obispo Pantelimon, de Polosky.
3.- El Obispo Nokodim, de Bielgorodsky.
4.- El Arzobispo Grigory, de Ecaterinenburg.
5.- El Arzobispo Leontie, de Arkanghelsk.
6.- El Arzobispo Tihon, de Voronej.
7.- El Metropolita Wladimir, de Kiew.
8.- Ek Obispo Mitrofanis, de la provincia de Arkanghelsk.
9.- El Arzobispo Vasily, de Chernikovsky.
10. El Obispo Makarie Orlovsky, del Obispado ruso del Norte.
11.- El Arzobispo Andronik, de Perm.
12.- El Obispo Ambrozie, de Wiatka.
13.- El Obispo Ermoghene, de Tobolsk.
14. El Obispo Grigorie, de Novgorod.
15.- El Vicario Isidor, de Novgorod.
16.- El Obispo Pimin, de Turkestán.
17.- El Obispo Efrem, de Wladivostok.
18.- El Obispo Laurentius, de Nijinovgorod.

Al igual que las iglesias, han sido cerrados todos los conventos, los seminarios y las imprentas de la Iglesia. Toda la organización eclesiástica ha sido destrozada y prohibido cualquier culto cristiano. La religión (no judía, naturalmente) estaba considerada por los judíos, como había dicho Lenin, como el `opio del pueblo´.

Después que habían destrozado y asesinado millones y millones de cristianos, los sátrapas judíos de Rusia comunista se encontraron con la necesidad política de reivindicación aparente de la libertad religiosa, capaz de engañar a los pueblo cristianos todavía libres, para aminorar la hostilidad de los cristianos hacia el régimen comunista.

Los asesinos del Kremlin encontraron al efecto uno de los suyos capaz de interpretar el papel de `Patriarca de Moscú´ y dar la impresión de que la Iglesia ortodoxa rusa había renacido. Este comunista, al cual se le ha puesto barba y sotana, transformándole en `Patriarca´ , NO ES CRISTIANO. El `Patriarca´ Alexei de Moscú se llama en realidad Rubin. ES UN JUDÍO DE ODESSA (Ucrania) y su familia era (antes de la revolución) propietaria de una casa de tolerancia en el puerto de Odessa. La actual Iglesia ortodoxa rusa no es otra cosa que un instrumento disfrazado del régimen comunista, y sus representantes en el extranjero, como los obispos rusos ortodoxos de Norteamérica, París y Jerusalén, son miembros del servicio secreto soviético, igual de peligrosos que los espías soviéticos que vienen a Occidente como diplomáticos" [297].

La exposición de hechos que hemos transcrito de la obra "*La Gran Conspiración Judía*", escrita por el universitario rumano Traian Romanescu, nos hace ver claramente cómo los judíos asesinaron primero, en masa, a los obispos verdaderamente cristianos, para luego entregar *manu-militari* la dirección de la Iglesia Ortodoxa rusa a la quinta columna judía

[297] Traian Romanescu, *La gran conspiración judía*. México, D.F.: Editorial Jus, 1961. pp. 222, 223.

introducida en ella. No es pues extraño que los quintacolumnistas infiltrados en el clero católico puedan entenderse fácilmente con sus hermanos criptojudíos del clero ortodoxo. Los hechos escandalosos que vamos a presenciar en los meses venideros "*sólo podrán sorprender a quienes ignoran lo que ocurre tras de bastidores*", usando las felices palabras de Benjamín Disraeli.

Capítulo Trigésimo Tercero:

"LOS JUDÍOS, PROPAGADORES DEL CULTO A SATANÁS"

Un alto dirigente del judaísmo del siglo pasado, Adolfo Jacob Franck, en su interesante obra sobre la Cábala, refiriéndose a la demonolatría (culto de los demonios) de los hebreos, dice:

"Si en el judaísmo se hallan rastros de la más sombría superstición, hay que buscar, sobre todo, la causa del terror que inspira por su demonolatría" [298].

Esta confesión de que ha existido demonolatría en el judaísmo es de gran valor por venir de un alto dirigente de la sinagoga, que fue ni más ni menos que vicepresidente del Consistorio Israelita de París, máxima autoridad hebrea de Francia, colaborador de los "*Archivos Israelitas*" y también conservador adjunto de la Biblioteca Imperial en tiempos de Napoleón III.

Los judíos propagaron el culto a Lucifer, primero en algunas sectas gnósticas, después, por medio de las sectas secretas luciferianas y satanistas y principalmente por medio de la magia diabólica, conocida vulgarmente como magia negra, cuyas doctrinas derivan de la Cábala hebrea y cuyos propagadores principales en todos los tiempos han sido los israelitas, constituyendo el aspecto más perverso de dicha magia su adoración al demonio.

Hay que aclarar que algunos sectores cabalistas han rendido sinceramente culto a Satanás en sus conventículos secretos; pero es indudable que la mayoría de los hebreos que han difundido el satanismo, sin dar crédito a tan horrenda superstición, sólo la han usado como un medio eficaz de subvertir la sociedad cristiana y preparar su destrucción, convirtiendo lo malo en bueno y viceversa.

Nadie como los israelitas ha practicado en forma más escandalosa el apotegma de que "el fin justifica los medios". ¿Qué mejor forma de desmoralizar a la sociedad cristiana en la Edad Media que hacerle adorar a Satanás y aborrecer a Dios? La maldad del judaísmo, como se ve, tiene pues límites incalculables. Por algo Cristo Nuestro Señor llamó a los hebreos "hijos del Diablo" y a las sinagogas, "Sinagogas de Satanás".

El satanismo fue otro de los tentáculos del pulpo de esa gran revolución judía del siglo XXII, que en algunos aspectos fue tan terrible o quizá más que la de los tiempos modernos.

La escritora inglesa Nesta H. Webster, afirma que:

"Hacia fines del siglo XII, el luciferianismo se extendió hacia el Este a través de Estiria, Tirol y Bohemia, incluso hasta Brandenburgo; al principio del siglo XIII había invadido ya el occidente de Alemania". Dice también dicha escritora que después se extendió hacia Italia y Francia [299]

Es necesario hacer notar que en la época de las Cruzadas y después de ellas, millares de judíos de Alemania y del centro de Europa se convirtieron fingidamente al cristianismo, tomando apellidos de las familias de esos países, con lo que se infiltraron y diluyeron en la sociedad cristiana, engrosando la quinta columna hebrea introducida en ella.

Esta invasión de falsos conversos fue seguida, como siempre, de la propagación de herejías y movimientos subversivos, entre los que desempeñó papel muy importante el satanismo.

Bohemia, donde las falsas conversiones habían inundado a la Iglesia, llegó a ser, como el sur de Francia y el norte de Italia, un verdadero epifoco de las herejías, ocurriendo después lo mismo con lo que actualmente es Suiza, que llegó a ser la cuna del protestantismo judaico de Calvino y de Zwinglio, tendencia distinta a la del protestantismo nacionalista, en muchos casos antisemita, que tuvo por caudillo a Matín Lutero.

---

[298] Adolfo Jacob Franck. La Kabala en la Philosophie Religieuse des Hebreux, p. 273.
[299] Nesta H. Webster, obra citada, Cap. IV, p. 76.

Eliphan Levi describe las ceremonias de la infernal evocación, señalando que para los asistentes:

"*`Es requisito necesario profanar las ceremonias de la religión a la que uno pertenece y pisotear sus símbolos más sagrados´*. Esta práctica llega a su climax con la profanación del Santísimo Sacramento. La hostia consagrada era echada como alimento a los ratones, a los puercos y a los sapos y profanada en forma que es imposible expresar" [300].

A través de los siglos se provocaron verdaderos escándalos al saberse de casos de judíos o conversos, incluso clérigos criptojudíos, que robaban las sagradas hostias para realizar horrendos sacrificios con ellas en sus conventículos secretos.

Por medio de la magia lograron los judíos, en su odio capital contra Cristo, inducir también a los cristianos, envenenados por las doctrinas satanistas, a que hicieran lo mismo.

Nesta H. Webster, citando a Deschamps, afirma que:

"`...esa ciencia de las artes del demonio, de la cual los judíos fueron los iniciadores´ y en la cual no pueden ser ignorados los cabalistas judíos en forma alguna en cualquier análisis comprensivo de la situación" [301].

Una autoridad insospechable de antisemitismo, el famoso Eliphas Levi, constata que:

"...los judíos, los más fieles depositarios de los secretos de la Cábala, fueron casi siempre los grandes maestros de la magia en la Edad Media" [302].

Otra autoridad insospechable de complicidad con la Iglesia Católica, que acusó a los judíos de diseminar la magia negra, es Voltaire, que en su "*Henriade*" al describir una horrenda ceremonia en que se mezclaban nombres infernales con los del Eterno, dice:

"El sacerdote de este templo es uno de esos hebreos que proscritos en la superficie de la tierra y ciudadanos del mundo...".

Para aclarar en una nota puesta al pie de estos versos que "Fue común que los judíos fueran utilizados para las operaciones mágicas. Esta antigua supertición viene de los secretos de la Cábala, de la cual los judíos se llamaban a sí mismos los únicos depositarios" [303].

Nesta H. Webster después de sereno y documentado estudio concluye que: "La demonología en Europa fue, de hecho, esencialmente una ciencia judía..." [304].

Monseñor Meurin, Arzobispo Obispo de Port-Louis, citando a Leo Taxil y al Manual Cabalístico del Hermano Constant, grado 30 de la masonería, dice:

"Este informe confirma la idea, común a casi todos los autores que se han ocupado de la magia diabólica, de que todas las ramas y prácticas de la hechicería tienen su origen en la Kábala judía" [305].

Es evidente también que los judíos fundadores y dirigentes ocultos de la masonería introdujeron en algunas organizaciones francmasónicas el culto a Lucifer, como lo demuestra el profundo investigador en la materia Leo Taxil, quien refiriéndose al grado 20 de ciertos ritos, dice:

"El `Príncipe del Tabernáculo' ya está preparado para tal revelación masónica, pues en el grado 20, de `Gran Patriarca' , ha adorado la estrella que brilla en una nube de oro, que se le ha dado a conocer como la Estrella de la mañana, por otro nombre, Lucifer, escuchando entonces la exhortación del presidente: `Sé como la Estrella de la mañana, que anuncia la venida del día; ve a llevar al mundo de luz, en el nombre sagrado de Lucifer, desarraiga el obscurantismo'" [306]

---

[300] Arthur E. Walte, *The Mysteries of Magic*, p. 215.
[301] Nesta H. Webster, obra citada, edic. citada, Cap. IV, p. 78.
[302] Eliphas Levi, Dogme et Rituel de la Haute Magie, 1861, II, P. 220.
[303] Volateire, *Henriade*.
[304] Nesta H. Webster, obra citada, Cap. IV, p. 80.
[305] Mons. Leon Meurin, S.J., obra citada, p. 230.
[306] Leo Taxil, *Les Fréres Trois Points*, II, p. 237.

Sobre el objetivo que persiguen los hebreos con todo esto, que representa una subversión total de valores, el ilustre sabio jesuita Arzobispo Obispo de Port-Louis hace la siguiente descripción:

"Nuestros lectores saben que, para desviar de la verdad a los espíritus de sus adeptos, los judíos cabalísticos han cuidado de cambiar el valor de las palabras. Así:

"Dios es Satán y Satán es Dios;

"El Bien es el Mal, y el Mal, el Bien;

"La Virtud es el Vicio, y el Vicio la Virtud;

"La Verdad es la Mentira, y la Mentira la Verdad;

"La Luz es la Tiniebla, y las Tinieblas la Luz;

"La Revelación es el Oscurantismo y el Oscurantismo la Revelación;

"La Religión es la Superstición, la Superstición es la Religión, etcétera..." [307].

[307] Mons. Leon Meurin, S.J., obra citada, p. 232.

Capítulo Trigésimo Cuarto:

"LA IGLESIA Y LOS ESTADOS CRISTIANOS ORGANIZAN SU DEFENSA CONTRA LA GRAN REVOLUCIÓN JUDAICA MEDIEVAL"

Ante la acción subversiva llevada a cabo por esa red de sociedades secretas dirigidas por el judaísmo, cuyas actividades pusieron en peligro a la Santa Iglesia, a los estados cristianos y a todo el orden de cosas entonces existente, los amenazados se aprestaron a organizar una defensa efectiva, en la que participaron varios Papas sucesivamente; y en forma destacada, el gran Inocencio II, Santo Domingo de Guzmán, San Francisco de Asís, los Concilios Ecuménicos III y IV de Letrán y otros sínodos provinciales.

Lo más asombroso fue que en la organización de esta eficaz defensa haya intervenido también un librepensador, un incrédulo, enemigo enconado de S.S. el papa Inocencio III, al comprender que Europa estaba a punto de sucumbir en las sangrientas garras de los judíos y de sus herejías. Nos referimos al Emperador Federico II de Alemania, que haciendo a un lado sus pugnas con el papado, tuvo la serenidad y la gran visión política de aquilatar en toda su magnitud el peligro de muerte que se cernía sobre las naciones europeas. A Federico le importaba más, quizá, salvar a su pueblo que a la Iglesia, pero por fortuna la conciencia de esta mortal amenaza impidió que estorbara la obra defensiva, y es más, contribuyó a ella en forma enérgica y eficaz. Ojalá que sigan su ejemplo los patriotas alemanes que luchan actualmente contra la bestia, y que aunque algunos puedan ser incrédulos, no vayan a seguir la senda equivocada y nociva de los nazis de adoptar una posición anticristiana. Los edictos del emperador Federico sirvieron en gran parte de base al régimen inquisitorial, ya que fueron después aprobados por los Papas, demostrándonos la intervención decisiva de este incrédulo, enemigo del papado, que el peligro no sólo amenazaba a la Iglesia, sino a Europa misma, y que el régimen inquisitorial fue indispensable para salvar a ésta de hacer bajo el dominio del imperialismo judaico.

La situación por la que actualmente atravesamos es tan grave como la del siglo XII, pero se convierte más peligrosa aún si se tiene en cuenta que en nuestros días ni las jerarquías de la Iglesia ni los gobernantes civiles quieren darse cuenta del peligro y aprestarse a la defensa, como si tuvieran puesta una venda en los ojos; o quizá como si una crisis, idéntica a la que ocasionó el cardenal criptojudío Pierleoni, se estuviera gestando en la alta jerarquía, al parecer, muy minada por quintacolumnistas, dispuestos por todos los medios a sujetar la venda frente a los ojos de quienes podrían salvar a la Iglesia y a la Cristiandad.

Antes de pasar al estudio de las medidas defensivas adoptadas contra el judaísmo y sus herejías en las bulas de diversos Papas y en los Concilios Ecuménicos III y IV de Letrán, haremos una síntesis de dichas medidas.

Como los judíos militantes públicamente impulsaban por todos los medios las herejías revolucionarias que desgarraban a Europa y no desaprovechaban la menor oportunidad para conquistar y sojuzgar a los pueblos cristianos, se imponían, desde luego, medidas tendientes a evitar que estos extranjeros dañinos y traidores siguieran haciendo tanto mal.

Lo más importante era prevenir su contacto estrecho con los cristianos, porque éste les servía para engañarlos y envenenar sus conciencias con doctrinas disolventes. Para lograr este fin, se hicieron ejecutar rigurosamente lo cánones de los santos Concilios de la Iglesia, que a través de los siglos habían ordenado esta separación. Estos cánones, aunque vigentes, estaban relegados al olvido en vastas regiones, bastando solamente con hacerlos cumplir por las autoridades civiles y religiosas. Posteriormente se fueron aprobando, por los concilios ecuménicos, nuevos cánones que daban vigencia universal obligatoria a la disposición referente a la señal que debían llevar puesta en sus vestidos los judíos, para que los cristianos los identificaran como tales y se cuidaran de sus fábulas, engaños y fraudes. Trayendo la

señal, si un hebreo intentaba predicar una herejía o la subversión del orden social nadie le hacía caso pues sabía que se trataba de un judío timador, contra cuya falsedad se prevenía constantemente a los fieles en los púlpitos de las iglesias y a los clérigos en el ritual y en la liturgia, en donde había constantes alusiones a la perfidia judaica, entendiéndose como tal todo el conjunto de actividades subversivas, heréticas, de infiltración interna en el clero de la Iglesia y en general, todas las maldades que caracterizaban la acción del hebreo en la sociedad cristiana. Después, para completar este cuadro defensivo, vino la implantación del guetto obligatorio, forzándose a los hebreos a morar en un barrio especial de cada población, impidiéndoles vivir entre los cristianos y pervertirlos con sus ponzoñosas doctrinas e intrigas.

Con el mismo fin, se les excluyó de los gremios de artesanos, de las nacientes universidades y de las instituciones esenciales de la sociedad cristiana, librándolas así de su dominio y evitando que las utilizaran para hacer triunfar sus repetidas conspiraciones contra la Santa Iglesia y contra los infelices pueblos que les habían abierto sus fronteras y brindado cordial acogida.

En una palabra, la Iglesia y sus pastores se aprestaron a cumplir con el deber de cuidar a sus ovejas de las asechanzas del lobo, tal como Cristo Nuestro Señor lo ordenó.

En nuestros días, los quintacolumnistas infiltrados en la alta jerarquía del clero, pretextando supuestas mejoras, pretenden que en el actual Concilio Vaticano II se aprueben ciertas reformas equivalentes a entregar las ovejas en las garras del lobo, ya que planean en la sombra facilitar al comunismo su victoria o impedir que los pueblos se defiendan del imperialismo de los judíos y de sus perversas conspiraciones, tratando que sean aprobadas por el Concilio tesis generales y vagas sobre la unidad de los pueblos o de las Iglesias, las cuales puedan ser aprovechadas después por el comunismo, el judaísmo, sus cómplices y sus agentes en el clero católico.

Mientras la Santa Iglesia y los estados cristianos tomaban las medidas antes dichas para impedir o cuando menos disminuir la eficacia de la actividad subversiva de los judíos públicos, volvían especialmente su atención al problema de los judíos secretos (herejes judaizantes) y de sus movimientos subversivos (herejías diversas).

Como los judíos clandestinos aparecían en público como sinceros cristianos, vivían en lo exterior como piadosos católicos y hasta se infiltraban en el clero; en muchos de ellos se había perdido con los siglos toda noción y origen de su origen hebreo, con lo que se hizo muy difícil localizarlos.

Infiltrados en todas las esferas de la vida religiosa, política y social, eran muchísimo más peligrosos que los hebreos que públicamente profesaban su religión. Por otra parte, las sectas heréticas que organizaban, funcionaban en forma parecida al judaísmo clandestino, pues los herejes vivían en lo exterior como católicos; sus organizaciones y sus reuniones eran secretísimas. Como sus ocultos directores, los judíos subterráneos se metían por todas partes, minando la sociedad cristiana sin que la Iglesia o el Estado pudieran evitarlo. Sólo cuando la conspiración estaba madura y con fuerza suficiente para dar un golpe decisivo, la secta hacía estallar una de esas sangrientas revoluciones que estremecieron y ensangrentaron a la sociedad medieval y que de no haber sido aniquiladas por completo, hubieran adelantado varios siglos la catástrofe que ahora se cierne sobre el mundo.

Se necesitaba, pues, extirpar este tumor si los pueblos querían vivir en paz, si la Iglesia quería salvarse y salvar a la sociedad cristiana y si las naciones no querían caer en la garras del judaísmo.

Todos comprendieron que contra esa red de organizaciones secretas no era posible combatir de otra manera, sino utilizando una organización también de carácter secreto, capaz de destruir todos los tentáculos del pulpo y sobre todo la cabeza, que es el judaísmo clandestino. Así surgió la idea de la constitución del Santo Oficio de la Inquisición.

Al principio los Papas dieron a los obispos las funciones inquisitoriales, pero ocupados los prelados en los asuntos de sus diócesis, que les absorbían casi todo el tiempo, muy poco les

quedaba para atender esas funciones. La experiencia demostró pues que la Inquisición Episcopal era por tal motivo ineficaz, faltándole además la debida coordinación.

El judaísmo clandestino se encontraba extendido por todo el mundo cristiano, lo mismo que sus herejías revolucionarias. El enemigo constituía una organización de carácter interestatal –o internacional, como se le llama ahora- por lo que era imposible combatirla a base de organizaciones de carácter local. Los tribunales civiles, por las mismas razones apuntadas, eran inadecuados para lograr los objetivos señalados, ya que los de un Estado carecían de coordinación respecto a los de otro, cosa que les hacía imposible la organización de una acción represiva universal, indispensable para un enemigo que tenía tal carácter.
En medio de la división de la Cristiandad, desmembrada en varios estados, algunos de los cuales estaban divididos por sordas rivalidades, el Papa era el único lazo de unión, la única institución de carácter interestatal que podía enfrentarse a un enemigo de esas proporciones. La Inquisición Pontificia fue, por tanto, indispensable para el objeto.

Al principio algunos obispos se opusieron a la medida, instigados por los clérigos quintacolumnistas; por fortuna, en esos tiempos el poder de la quinta columna era mucho menor que en tiempos de Pierleoni y ésta no pudo evitar la creación de la Santa Inquisición Pontificia, en la que los inquisidores funcionaban con el carácter de delegados del Papa y que acabó siendo puesta bajo la dirección de un Gran Inquisidor. De esta manera quedó constituido el organismo capaz de destruir al enemigo; y lo hubiera aniquilado, de no haber sido porque el judaísmo, en diversas ocasiones, logró capitalizar en su provecho la bondad natural de los Papas, abusando de su buena fe para obtener perdones generales en beneficio de criptojudíos y herejes, los cuales destrozarían más tarde de un solo golpe la obra realizada por los inquisidores durante muchos años de laborioso trabajo. Esta bondad de los Papas fue aprovechada hábilmente por los judíos clandestinos para salvarse de repetidas catástrofes y para poderse reorganizar con miras a una nueva embestida. Así, después de tres siglos durante los cuales la Santa Inquisición Pontificia defendió a Europa y a la Cristiandad del dominio judaico, pudo la sinagoga clandestina, perdonada una y otra vez, dar el zarpazo que desgarró a la Cristiandad en los inicios del siglo XVI y que facilitó al imperialismo judaico realizar, a partir de esa fecha, cada vez más progresos, que le permitieron por fin colocar a la Santa Iglesia y a todos los pueblos del mundo frente a la amenaza del comunismo ateo, asesino y tiránico.

Lo que durante esos tres siglos hizo tan efectiva la defensa del sistema inquisitorial fue el haber afrontado el problema en todos sus aspectos. La experiencia había demostrado a la Iglesia que muchos sectarios se mantenían impecablemente ortodoxos, de tal manera que era imposible acusarlos de herejía, pero en forma extraña, al mismo tiempo que ostentaban indiscutible ortodoxia, prestaban a los herejes y a los movimientos herético-revolucionarios un apoyo tan valioso, que en muchas ocasiones causaban más daño a la Iglesia y a los pueblos cristianos que los mismos herejes manifiestos. En una palabra, estos individuos actuaban en las filas de la ortodoxia en complicidad con la herejía y en beneficio de ésta. Usando nuestros términos del siglo XX podemos decir que eran como una quinta columna de la secta herética en las filas del catolicismo. Es más, ostentaban su ortodoxia para alcanzar en la sociedad católica, o en las jerarquías de la Iglesia mejores posiciones, desde las que realizaban una más eficaz labor de espionaje en beneficio de la herejía o desde las cuales causaban más estragos a la Iglesia, prestando más valiosos servicios a la secta de que formaban parte.

Estos individuos que sin ser herejes manifiestos ayudaban en alguna forma a la herejía y a sus adeptos, fueron llamados por la legislación canónica y por la Inquisición "*fautores de herejes*" o "*fautores de la herejía*", pudiendo ser castigado su delito con la degradación inmediata, si se trataba de clérigos, y todos con la pena de prisión, confiscación de bienes y hasta de muerte, según los daños que causaran a la sociedad cristiana y a la Iglesia con su

apoyo directo o indirecto a la herejía. Aquí nos e trata meramente de un asunto religioso, pues no era el caso demostrar si el individuo era ortodoxo o heterodoxo, sino que era un asunto meramente político, porque lo que había que examinar era si en alguna forma el clérigo o seglar había ayudado a la herejía o a los herejes.

Al dar este paso la Santa Iglesia y los príncipes pusieron el dedo en la llaga y empezaron a quebrantar los movimientos revolucionarios del judaísmo hasta derrotarlos por completo, ya que desde esos tiempos el secreto de los triunfos judaicos iba radicado en la acción de su quinta columna, es decir, de los fautores de la herejía, que manteniéndose impecablemente ortodoxos, escalaban las altas jerarquías del clero para ayudar desde allí al judaísmo y a sus herejías, al mismo tiempo que con intrigas y condenaciones anulaban a los verdaderos defensores de la Iglesia.

A fines del siglo XII la Santa Iglesia y los Estados cristianos dirigieron todo el rigor de su acción represiva contra estos quintacolumnistas, pudiendo una vez más triunfar sobre sus mortales enemigos, aunque fuera sólo por tres siglos más. En cambio en nuestros días, estos autores de la herejía: cardenales, obispos y clérigos de toda jerarquía, mientras hacen alarde de ortodoxia, ayudan en diversas formas a los progresos de los movimientos y de las revoluciones masónicas y comunistas, traicionando a la Iglesia y a sus respectivas patrias sin que ninguna degradación les sobrevenga por tan criminal labor; al mismo tiempo atacan con furor inexplicable a los gobernantes cristianos que defienden a sus países del comunismo, de la masonería y del judaísmo o condenan y desprestigian a los anticomunistas que tratan de luchar realmente contra una dictadura roja.

Esta ha sido la razón capital de los triunfos masónicos y comunistas en el mundo católico, pues al quedar impunes estos sucesores de Judas Iscariote, aumentan cada vez más su fuerza, amenazando ya con apoderarse de la Iglesia entera. En los tiempos de la Inquisición Pontificia hubieran sido sin duda encarcelados, degradados de las órdenes sacerdotales y en algunos casos hasta relajados al brazo seglar para su ejecución. Solamente así la Cristiandad, depurada de los quintacolumnistas, pudo hacer frente con éxito a todas las embestidas del enemigo.

Pero la Santa Iglesia y los Estados cristianos no pararon aquí en su obra de defensa, ya que habiendo algunos que sin ser herejes ni fautores de herejes los encubrían, establecieron penas severas contra esos simples encubridores, fueran clérigos o seglares.

Con esto se fortalecieron grandemente las defensas de la Iglesia y de la sociedad cristiana, ya que en cuanto empezó la degradación de clérigos fautores y encubridores de herejes y su enérgico castigo, fueron disminuyendo los casos de cardenales, arzobispos, obispos o clérigos de otras jerarquías que ayudaban a los movimientos herético-revolucionarios, porque sabían que al hacerlo perdían el puesto y sufrían duros castigos. En nuestros días un arzobispo puede ayudar impunemente a la masonería y al comunismo y traicionar a la Iglesia porque sabe que con sus actos facilite el triunfo de una sangrienta revolución masónica o comunista, siendo por ello responsable después del asesinato de clérigos y de la persecución de la Iglesia, seguirá ocupando cómodamente su silla episcopal como si nada hubiera pasado. Todo esto debemos meditarlo los que tanto interés tenemos en salvar a la Santa Iglesia.

Capítulo Trigésimo Quinto:

"UN ARZOBISPO Y SIETE OBISPOS, PROCESADOS POR ADORAR A LUCIFER"

Para darnos una idea de la indignación popular que existía en Europa contra los movimientos heréticos, por las razones antes apuntadas, insertaremos lo que el historiador anticatólico y enemigo de la Inquisición, Henry Charles Lea, reconoce al respecto. Refiérese a un canónigo de Langres que acusado de herejía había sido enviado por el Papa para que fuera examinado por el Arzobispo de Sens y el Obispo de Nevers, y que se disculpa en Roma, dos años después, en los siguientes términos:

"...había tenido miedo de presentarse ante sus jueces en el tiempo designado, porque el sentimiento popular contra la herejía era tan fuerte que, no sólo quemaban a todos los herejes, sino a todos los sospechosos de herejía, por lo que suplicaba le dieran la protección papal y permiso para compurgar su culpa debidamente en Roma. Inocencio de nuevo le envió órdenes para que los prelados le dieran un salvoconducto y protección hasta que su caso fuera decidido" [308].

Este y otros hechos del mismo tipo hacen ver que las exhortaciones de los papas y de los príncipes al pueblo para que combatiera la herejía y denunciara a los herejes, hacían muy difícil la labor perniciosa de los clérigos inodados en estos movimientos subversivos, ya que no obstante su investidura eclesiástica, se exponían a ser quemados por las masas del pueblo.

Es natural que ante esta situación los clérigos quintacolumnistas que antes traicionaban a la Iglesia impunemente y facilitaban los progresos de las revoluciones judaicas, ahora tuvieran que refrenarse, disminuyendo considerablemente las posibilidades que la quinta columna tiene siempre de causar estragos a la Iglesia y a los Estados cristianos.

Para la Santa Iglesia era, y sigue siendo, más peligroso un clérigo que ayude hipócritamente a las herejías o movimientos revolucionarios anticristianos que un seglar, ya que el clérigo, por la gran autoridad que le da su investidura, está en posibilidad de causar mayores daños a la causa católica. Por ello, en la legislación canónica y civil que se aprobó contra las herejías se impuso a todos los fieles la obligación de denunciar inmediatamente no sólo a los herejes, sino a los fautores de herejía, incluyendo a los clérigos, cualquiera que fuese su jerarquía.

El citado escritor H.C. Lea, considerado como el más importante historiador adverso a la Inquisición, nos cita un caso muy ilustrativo al respecto:

"En 1318 Juan de Drasic, Obispo de Praga, fue llamado a Aviñón por el Papa Juan XXII, para responder de la acusación contra él hecha por Federico de Schönberg, canónigo de Wyschehrad, que denunciaba al prelado como un fautor de la herejía. La queja establecía que los herejes eran tan numerosos que tenían un arzobispo y siete obispos, y que cada uno de ellos tenía trescientos discípulos. Lo que se dice acerca de sus creencias, parece indicar que había tanto valdenses como luciferianos..." [309].

Como se ve, un fervoroso canónigo cumpliendo con su deber, acusó a tiempo a ese Obispo de Praga no por hereje, sino por ser fautor de herejía, es decir, porque haciéndose aparecer como ortodoxo ayudaba a los movimientos subversivos, lo cual provocó que el Papa XXII, que tanto luchó contra los judíos y los herejes de todo tipo, mandara detener al obispo traidor, enviándolo a Aviñón para que respondiera de la acusación.

Es también interesante constatar que en esa región, según la acusación presentada por el piadoso canónigo, había un arzobispo y siete obispos luciferianos, o sea, adoradores de

---

[308] Henry Charles Lea, obra citada, tomo I, p. 307.

[309] Henry Charles Lea, *Histoire de l´Inquisition au Moyen Age*, trad. Francesa de Salomón Reinach. París, 1901. Tomo III, p. 515.

Lucifer. Esto nos hace ver que los problemas que entonces amenazaban a la sociedad cristiana eran tan graves como los actuales, con la sola diferencia de que entonces tanto la Santa Iglesia como los Estados cristianos se defendían eficazmente del enemigo, mientras que actualmente esos obispos y cardenales comunistas o que favorecen al comunismo y a la masonería, lo hacen libremente con grave perjuicio para la Iglesia y para los pueblos que en ella tienen depositada su fe y su confianza. Es preciso reconocer que S.S. el Papa Juan XXII es digno de toda veneración y elogio, ya que en éste como en otros casos obró siempre con rapidez y energía contra los clérigos que traicionaban a la Santa Iglesia, sin distinción de jerarquía.

Comprendió que el mal que podía hacer un obispo luciferiano o cómplice de los luciferianos, tenía que ser mayor que el que pudiera hacer un simple seglar; como en la actualidad es mayor el daño que causa un prelado cómplice del comunismo que el que pueda causar un civil.

Aclara luego Lea que los valdenses y los luciferianos, a pesar de su ideología tan distinta, se habían dado la mano; y que estos últimos esperaban que reinara Lucifer algún día [310].

Este extraño contubernio entre dos sectas de ideologías tan opuestas, se asemeja mucho a los entendimientos que se notan ahora entre algunos partidos llamados católicos y los socialistas marxistas, a quienes desde luego hacen el juego en forma por demás sospechosa. La causa es la misma. El judaísmo ha sido maestro en formar asociaciones de distintas ideologías para poder controlar individuos de las ideas más opuestas y de los gustos más distintos, pero cuando es necesario unir fuerzas en contra de los buenos y lograr el triunfo de sus revoluciones, se ven en la necesidad de constituir esas extrañas alianzas que resultan a veces la piedra de escándalo para los que desconocen los secretos del judaísmo. El hecho es que las asociaciones de partidos de tan diversas tendencias quedan controladas por un mismo poder oculto que es el del judaísmo subterráneo.

Ese Obispo de Praga, Juan de Drasic, fautor de herejes, parece ser digno antecesor del Arzobispo Berán de Praga, Primado de Checoslovaquia, que al dar el comunista Gottwald su golpe de estado para implantar la dictadura bolchevique en Checoslovaquia recibió al caudillo rojo en la catedral con un Te Deum, ante el desconcierto general del clero y de los católicos de ese país. Con esto, y prohibiendo a los cristianos combatir al régimen comunista, el Arzobispo Primado colaboró eficazmente a consolidar el triunfo de la dictadura socialista del comunismo; y aunque luego gran parte del episcopado checo, indignado por la traición, se rebeló contra el Arzobispo Primado, el desconcierto que todo esto provocó en las conciencias de los católicos facilitó el triunfo del comunismo. Desde entonces Checoslovaquia está tiranizada por los rojos, que asesinaron gran cantidad de clérigos y cristianos.

¿Cómo va a ser justo que por la acción de los clérigos traidores sean asesinados y encarcelados los clérigos fieles y perseguida la Santa Iglesia? Pero Berán pagó su traición: después de haberlo aprovechado los comunistas, lo encarcelaron. ¿Qué pueden esperar los quintacolumnistas del clero de un régimen socialista en el que hasta caudillos de la revolución soviética como Trotsky, Zinovief, Kamenef y miles más fueron después asesinados por sus propios hermanos de raza judía, Yagoda, Beria y Stalin? Es penoso tener que recordar lo que hizo un Arzobispo Primado en nuestros tiempos, pero más penoso es que por el triunfo comunista que él facilitó, hayan sido asesinados tantos clérigos fieles y sufra la Iglesia tan penosa opresión en Checoslovaquia. Por ello es preciso señalar el mal; así, quienes pueden hacerlo, deben tomar medidas para evitar que estas dolorosas traiciones sigan repitiéndose.

Volviendo al virtuoso Papa Juan XXII, es evidente que su celo en defender a los fieles de las asechanzas del demonio, se demuestra una vez más con lo ocurrido al respecto de Juan Muscata, Obispo de Cracovia, a quien el benemérito pontífice dio una severa reprimenda, no porque fuera hereje o cómplice de los sectarios, sino simplemente por su "...blandura y

[310] Henry Charles Lea, obra citada, trad. Francesa, tomo II, p. 515.

negligencia, las cuales habían hecho que la herejía se volviese audaz y agresiva dentro de su diócesis" [311].

Ya se podrá comprender que con papas como Juan XXII, la Cristiandad y la humanidad jamás se hubieran visto amenazadas tan cruelmente por el desastre que ahora confrontan; también se hubiera evitado tanta pérdida de almas para la Santa Iglesia y tanto derramamiento de sangre para los pueblos cristianos.

Parecerá extraño que haya habido obispos y arzobispos luciferianos o cómplices de luciferianismo, como también nos parece raro que en la actualidad haya cardenales u obispos que sean criptocomunistas o que diciéndose ortodoxos ayuden al comunismo ateo. En realidad, un hombre que por piadosa vocación entró muy joven al sacerdocio, que fue escalando la jerarquía hasta llegar a arzobispo o cardenal y que ha pasado una vida entera al servicio de Cristo, ¿qué posibilidad podría tener hoy de caer en tales aberraciones? ¿Qué interés podría tener en ayudar en aquellos tiempos a la causa del luciferianismo y ahora a la del comunismo ateo y asesino de sacerdotes? Este fue un problema que siempre se plantearon los cristianos de todos los tiempos. El enemigo podrá decir que las aberraciones luciferianas o comunistas, por ser éstas la verdad y la Iglesia un error, han inducido a muchos clérigos de la mayor jerarquía a brindar su apoyo a las primeras, pero además de ser esto notoriamente absurdo, ya explicamos cómo los hechos han puesto en claro que una vez introducidos en el clero los fanáticos judíos, cubiertos por la máscara del cristianismo, realizan en el seno de dicho clero las más perversas actividades de sabotaje en beneficio de los intereses judíos o de sus acciones subversivas. Por otra parte, esta es la actividad normal de todas las quintacolumnas que en el mundo han existido, siendo la más importante de ellas la criptojudía, dada su milenaria antigüedad y su universalidad. Cuando la Inquisición pudo investigar con eficacia casos de este género, se encontró con que esos clérigos de alta jerarquía que propagaban o ayudaban a las más horrendas herejías eran judíos secretos; usando términos modernos, clérigos quintacolumnistas del judaísmo. En realidad esta es la explicación más lógica de muchos casos tan sorprendentes como escandalosos.

Si en la actualidad existiera un tribunal con medios de investigación tan eficaces como los de la Inquisición, estamos seguros que se averiguaría que son judíos en secreto muchos de esos cardenales, arzobispos, priores de conventos, canónigos, sacerdotes y frailes que con tanto empeño y ardor, aunque con excesiva hipocresía, favorecen los progresos y triunfos de la masonería y del comunismo o defienden a los judíos con un fanatismo y eficacia que jamás ponen en la defensa de la Santa Iglesia. Es muy difícil concebir que hombres que han dedicado toda una vida a la sagrada profesión del sacerdocio puedan favorecer de buena fe movimientos tan desprestigiados, tan notoriamente criminales y tan contrarios a la fe cristiana y a toda forma de moral. Lo más natural es que sean unos de esos judíos conspiradores que propician dichos movimientos y que han sido infiltrados desde la infancia en el clero como miembros de la quinta columna.

Si un judío (Pierleoni) fue capaz de llegar a cardenal y de usurpar el trono de San Pedro, nada de extraño tiene que los que escalen las altas jerarquías del clero actual utilicen su investidura para ayudar al triunfo de las revoluciones judaicas y para destruir las defensas de la Iglesia, como lo hicieron sus predecesores de la Edad Media, según fue comprobado por la Inquisición y por las autoridades civiles y eclesiásticas de aquellos tiempos.

En realidad fue más bien la acción de los clérigos traidores y no la de los herejes de las infanterías, la que obligó a la Santa Sede a organizar la Inquisición Pontificia en forma eficaz, pues el Papa comprendió que el mayor peligro para la Iglesia y los pueblos cristianos provenía de los clérigos herejes, sobre todo de aquellos que manteniéndose ortodoxos aparentemente, ayudaban a los movimientos subversivos.

---

[311] Henry Charles Lea, obra citada, trad. Francesa, tomo II, p. 516.

El famoso historiador de la Inquisición Henry Charles Lea, cuya obra está basada en crónicas, archivos y documentos de la época, afirmó:

"Se ha dicho algunas veces que la Inquisición fue fundada el 20 de abril de 1233, el día en que Gregorio (IX) publicó dos bulas, haciendo la persecución de la herejía, la función especial de los Dominicos...De hecho el objeto inmediato parece ser el castigo de sacerdotes y otros eclesiásticos, en relación de los cuales había una queja porque favorecían a los herejes, instruyéndolos sobre cómo hacer para evadir el examen, ocultando sus creencias y fingiendo ortodoxia...La otra bula está dirigida `a los Priores y Frailes de la Orden de los Predicadores, Inquisidores´ y después de aludir a los hijos de perdición que defienden la herejía, prosigue: `*Por tanto vos, o cualquiera de vosotros, dondequiera que os acontezca predicáis, tenéis poder, a menos que ellos desistan al ser amonestados de tal defensa (de los herejes), de privar a los clérigos de sus beneficios, para siempre, y proceder contra ellos, y contra los demás, sin apelación, pidiendo ayuda, si fuere necesario, al brazo seglar, y si fuere preciso, venciendo las oposiciones con las censuras de la Iglesia, sin apelación´*" [312].

[312] Ripio I.45,47.- C 858, Sexto v. 2; Gregorovius P.P. XI, Bulas *Ille humani generis*, *Licet ad capiendos*; Augusto Potthast, No. 9143, 9152, 9235; *Archivos de la Inquisición de Carcasona* (Dota, XXXI, 21, 25) citados por Henry Charles Lea en su *Historia de la Inquisición en la Edad Media*, versión inglesa, tomo I, Cap. VII, pp. 328, 329.

Capítulo Trigésimo Sexto:

"EL CONCILIO III DE LETRÁN EXCOMULGA Y DESTITUYE A OBISPOS Y CLÉRIGOS QUE AYUDEN O NO SE OPONGAN FUERTEMENTE A LOS HEREJES"

El Papa había puesto el dedo en la llaga. Se necesitaba un organismo especial que combatiera las actividades traidoras de los clérigos, que manteniéndose en apariencia ortodoxos, sin embargo ayudaban en diversas formas a los movimientos subversivos del judaísmo, que en esos tiempos tomaban la forma de herejías. Para ello echó mano de un cuerpo idealista de luchadores que fueron dedicados exclusivamente a combatir contra las revoluciones, escogiendo primero a los frailes dominicos, a los que se añadieron después los franciscanos.

Los prelados absorbidos en los trabajos de sus diócesis, no tenían el tiempo necesario para esta clase de actividades e igual cosa se podía decir de los demás miembros del clero seglar. En cambio, las Ordenes de santo Domingo y San Francisco, organizadas a base de hombres idealistas, con voto de pobreza y un gran celo en la defensa de la Iglesia y de la Cristiandad, digno de imitación en el clero, entonces por lo general apático y acomodaticio como el de nuestros tiempos, eran las indicadas para llevar a cabo la gigantesca lucha que iniciaba la santa iglesia contra los judíos y sus herejías.

Esos monjes, que habían renunciado al mundo y a las riquezas, eran además, incontrolables por el soborno, que ha sido el arma decisiva de los hebreos para frustrar la defensa que en su contra han organizado a través de los siglos los demás pueblos. Los judíos llegaron a comprar a precio de oro disposiciones favorables a ellos, de reyes, de nobles y altos miembros del clero secular, pero el Papa comprendió que fracasarían en sus intentos de hacerlo tratando con frailes que además del voto de pobreza vivían en sus comunidades con ausencia de lujo y sujetos a muy severas disciplinas de austeridad y sacrificio. No pudo ser pues más inteligente y adecuada la resolución de la Santa Sede. Por añadidura, San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán habían fundado sus beneméritas Ordenes precisamente para salvar a la Santa Iglesia de la catástrofe que la amenazaba, por lo que las habían dotado de una organización adecuada, tendente a cumplir esas finalidades.

Es verdad que ya la Inquisición Episcopal había funcionado antes e incluso fue un comienzo de la Inquisición Pontificia, pero Henry Charles Lea tiene razón en sostener que la definitiva Inquisición Pontifical nació con esas dos beneméritas bulas, que encargaban a los frailes mendicantes la tarea de hacerse cargo de la misma.

Otro problema que urgía solucionar era el que se relacionaba con los monjes que tenían ocupado todo el día en oraciones y actividades impuestas por su Regla, las cuales les absorbían todo el tiempo en esos piadosos menesteres sin que pudieran disponer del suficiente para realizar una acción eficaz de lucha contra las fuerzas del Anticristo. Los Papas comprendieron este grave problema y permitieron a los frailes inquisidores que se especializaran en esta clase de actividad, dedicando todo el tiempo necesario para hacer la guerra a muerte que emprendieron contra los judíos y sus satélites de otras herejías, aunque con ello quedara enormemente reducido el que dedicaban a la oración y demás menesteres impuestos por la Regla. Esta acertada medida puso al servicio directo de la defensa de la Iglesia a legiones de frailes, cuya actividad fue decisiva en el triunfo de la misma sobre las fuerzas de Satanás.

Además, a los frailes inquisidores les daba el Papa plenos poderes para que pudieran vencer las resistencias, que siempre fueron enormes, ya que la quinta columna judía introducida en el clero no se iba a dejar anular sin una resistencia enconada. Les daba también la posibilidad de recibir ayuda del brazo seglar, es decir, de las autoridades civiles,

para que lo que no pudieran lograr por el convencimiento, lo obtuvieran con el uso de la fuerza. San Francisco de Asís y Santo Domingo, con la fundación de sus Órdenes mendicantes, realizada, como es sabido, venciendo la oposición de ciertos obispos, contribuyeron eficazmente a completar esa red formidable de defensa que salvó a la Santa Iglesia y a los pueblos de Europa de caer en las garras del judaísmo en los tres siglos en que los Papas apoyaron, por lo general, este estado de cosas.

Sin embargo, es justo hacer notar que mientras algunos obispos de sospechosa conducta se opusieron tenazmente tanto a la fundación de las Órdenes de San Francisco y de Santo Domingo, como después al establecimiento de la Santa Inquisición, la inmensa mayoría de los prelados, impregnados de virtud y santo celo por la defensa del orden cristiano, apoyaron y aplaudieron el nacimiento de dichas instituciones. Es natural que la quinta columna judía introducida en el clero haya tratado de impedir a la Santa Iglesia la creación de tales defensas destinadas a destruir la quinta columna y a impedir que siguiera causando tantos perjuicios. Sin embargo, todas las mentiras, tretas y calumnias de los quintacolumnistas, todas sus gestiones e intrigas organizadas ante los Papas y concilios, tanto para impedir la constitución de tales defensas como para desprestigiar y anular a los defensores leales de Europa y de la Cristiandad, fracasaron rotundamente ante la actitud firme y bien orientada de Papas del calibre de Inocencio III, de Gregorio IX o de Juan XXII; por lo cual fue posible que esta lucha feroz terminara una vez más con la victoria de la Santa Iglesia y la derrota de la Sinagoga de Satanás.

Para que podamos darnos cuenta de la inmensa trascendencia de este triunfo, baste comparar el oscuro siglo XII y los primeros años del XIII, que transcurrieron en medio de la anarquía, de sangrientas luchas intestinas, de la tremenda cruzada contra los albigenses, de complots siniestros y crímenes constantes de los criptojudíos y de sus instrumentos los herejes, con el siglo XIII, que después de las resonante victoria del catolicismo pasó a la historia con el justo nombre de "*Siglo de Oro de la Iglesia*". Esto fue posible debido a las medidas de defensa eficaz que adoptaron los pueblos europeos acaudillados por la Santa Sede en la lucha contra la Sinagoga de Satanás. De no haberse adoptado tales medidas, el siglo XIII hubiera adquirido los caracteres siniestros que tiene el sombrío siglo XX, en el que las garras del judaísmo y de sus actuales herejías, la masonería y el comunismo principalmente, están a punto de estrangular a la humanidad.

Era también muy peligrosa para la Santa Iglesia y para Europa la acción de los seglares que, fingiéndose católicos de impecable ortodoxia y en algunos casos hasta enemigos de la herejía, estaban sin embargo en secreto contubernio con ella, ayudando a los sectarios y a sus empresas revolucionarias dentro de las filas mismas de la ortodoxia, con lo que causaban serios perjuicios a ésta.

Eran sin duda tales fautores de herejes los precursores de esos dirigentes seglares al parecer muy católicos, que hoy en día fingen gran lealtad y adhesión a la Santa Iglesia y utilizan partidos políticos demócrata-cristianos o de tipo católico y derechista, a los que bautizan con muy diversos nombres, para hacer el juego a la masonería y al comunismo, facilitando el triunfo de las empresas que éstos patrocinaban. Los hay que incluso invaden y se apoderan de la benemérita Acción Católica para realizar tan perversas actividades. En aquel entonces este tipo de traidores que cometían el delito de "*ayudar a los herejes*", aunque ellos aparentemente se fingieran católicos, fueron también combatidos por la Santa Iglesia con toda energía como "*fautores de la herejía*", al igual que los clérigos que incurrían en el mismo proceder.

El célebre y gran Concilio Ecuménico III de Letrán, iniciado en el año de 1179 en la basílica que lleva ese nombre, además de aprobar en su Canon XXVI una serie de medidas tendientes a evitar la estrecha convivencia entre cristianos y judíos, afirmando categóricamente que conviene apartar a los cristianos de los judíos, a quienes se admite que

vivan entre los pueblos cristianos "*sólo por humanidad*", procedió a condenar no sólo a los herejes, sino a quienes siendo ortodoxos, al menos en apariencia, los ayudaran o encubrieran.

En su Canon XXVII, refiriéndose a los herejes, dice:

"...que ya no ejercen su maldad ocultamente como otros, sino que manifiestan su error públicamente y atraen a su acuerdo a los simples y a los débiles. A ellos y a los defensores de ellos y a los encubridores, decretamos que están bajo excomunión, y prohibimos que no los tenga nadie en sus casas o en su tierra, o pretenda ejercer negocio con ellos, bajo pena de excomunión. Mas quienes hubieren caído en este pecado, ni bajo el pretexto de nuestros privilegios, ni por los indultos, ni por cualquier otra causa, pueda ser hecha ofrenda por ellos, ni puedan recibir sepultura entre cristianos" [313].

Se ve pues, que no sólo los herejes eran sancionados con la pena de excomunión, sino todos los que los ayudaran o los encubrieran, incluyendo seglares y clérigos, ya que este canon establece las sanciones contra teles delincuentes, sin hacer distingos sobre su estado y condición.

Los dirigentes que luchan en sus países por impedir que la masonería o el comunismo los sojuzgue, se ven constantemente atacados traidoramente por la espalda, cuando los supuestos dirigentes católicos, clérigos o seglares, diciendo servir a la Iglesia, en realidad están ayudando hipócrita pero eficazmente al triunfo de las revoluciones masónicas o comunistas o actúan a favor de las dictaduras que en muchos lugares dichas sectas heréticas han logrado establecer sobre los pueblos cristianos. Si los dirigentes anticomunistas, antimasones o antijudíos no atacan al enemigo de dentro con la misma energía y eficacia que al enemigo de fuera, acabarán por sucumbir víctimas de los zarpazos traidores de los quintacolumnistas.

Por eso, además de desenmascarar públicamente por medio de las prensa o de folletos a esos falsos cristianos que ayudan al enemigo, los dirigentes anticomunistas, antimasones o antijudíos deben crear un organismo especial que acumule las pruebas que demuestran esa complicidad con la masonería o con el comunismo ateo, según el caso, para que ante los tribunales eclesiásticos inicien contra ellos un proceso canónico acusándolos de herejes o si su ortodoxia fingida no lo permite, cuando menos de fautores de herejía, es decir, de cómplices del comunismo o de la masonería. Dando a estos procesos la publicidad adecuada en al prensa y enviando a Roma una comisión que se encargue de demostrar la verdad, se podrá paralizar la acción destructora que en las filas católicas realizan estos quintacolumnistas y se evitará con ello que los buenos sean destruidos a dos fuegos: el de la izquierda judaica y el de la derecha criptojudaica, cómplice en secreto de dicha izquierda. Todos los partidos políticos defensores de sus respectivas naciones deben poner especial empeño en esto si no quieren sucumbir aplastados por la tradicional técnica de la tenaza que utiliza el criptojudaísmo desde hace mucho tiempo, permitiéndole la dominación de un pueblo tras otro y la destrucción de los patriotas y de los auténticos defensores de la Cristiandad. Deben tener peritos en Derecho Canónico, pues existen innumerables cánones de distintos concilios y bulas de Papas, en los que pueden basar acusaciones de este tipo contra los sucesores de Judas. Y si no quieren recurrir al proceso eclesiástico, cuando menos hay que desenmascararlos públicamente en forma continua por todos los medios, hasta lograr que el pueblo se cuide de ellos.

Al final de dicho Canon XXVII aparece una sanción adicional terrible contra los clérigos, ya no sólo contra aquellos que ayuden a los herejes, sino que simplemente no "se opongan a los tales fuertemente", consistiendo dicho castigo en al destitución fulminante de sus puestos, inclusive de las sedes episcopales, en caso de que se trate de obispos. El sagrado canon, refiriéndose a los herejes en él mencionados, ordena:

---

[313] Concilio Ecuménico III de Letrán, Canon XXVII en *Compilación de Acta Conciliorum, et Epistolae Decretales, ac Constitutiones Summorum Pontificum*, Studio de Joannis Harduini, S.J., vol. VI, parte II.

"Pero los obispos o presbíteros que no se opongan a los tales fuertemente, sean castigados con privación de su oficio, hasta que obtengan misericordia de la Sede Apostólica" [314]

Esta es la resolución tomada por uno de los concilios ecuménicos más famosos y autorizados de la Santa Iglesia, el Concilio III de Letrán. Por lo tanto, si en él se castiga con la destitución de sus puestos a los obispos y clérigos que nos e opongan fuertemente a los herejes, ¿qué no merecerán esos cardenales, obispos y clérigos que además de no oponerse a las herejías masónicas o comunistas las ayudan en diversas formas, siendo los principales responsables de los triunfos de la masonería y del comunismo judaicos en las últimas décadas y constituyéndose en la principal arma secreta y fulminante que tienen esas sectas para lograr sus victorias? Para salvarse, la Cristiandad en nuestros tiempos necesita poner en práctica estas defensas que la libraron en otras épocas, pues de no hacerlo así vamos a una segunda catástrofe.

También es preciso recalcar el papel que las Órdenes Monásticas podrían volver a desempeñar ahora en la salvación de la Santa Iglesia y de la humanidad. Esas legiones de hombres que lo han sacrificado todo por servir a Dios, pueden ahora como en la Edad Media, ser una vez más factor decisivo en la victoria de las fuerzas del bien. Pero la dificultad es nuevamente la misma: las Reglas rigurosas y la oración absorben la mayor parte del tiempo, o mejor dicho, la casi totalidad del tiempo, no dejándoles la posibilidad de intervenir en la lucha contra la Sinagoga de Satanás y sus nuevas herejías: la masónica y la comunista. Nosotros apreciamos en todo lo que valen las Reglas y oraciones de las Órdenes Religiosas, pero no sólo la Santa Iglesia, sino el mundo entero están hundiéndose y creemos que ahora como en el tiempo de los concilios de Letrán, llegó el momento de tomar una resolución heroica. Es urgente que ahora como entonces se modifiquen las Reglas de las Órdenes en forma de permitir a los frailes dedicar parte de su tiempo y si fuere posible la mayor parte del mismo, a la lucha activa contra el comunismo, la masonería y la Sinagoga de Satanás, como lo hicieron los monjes inquisidores franciscanos y dominicos en la Edad Media, y como lo realizaron después los jesuitas.

Es inconcebible que mientras el mundo se hunde, mientras la Santa Iglesia se ve amenazada de muerte y las propias Órdenes monásticas afrontan el peligro de exterminio, esas numerosas legiones de hombres superiores, que están dispuestos a darlo todo por Dios, estén paralizadas, sin tomar parte activa en una lucha cuyo resultado será vital para ellas mismas. Su intervención directa en esta nueva cruzada podrá ser decisiva, sobre todo si se toma en cuenta que cada Orden religiosa es en sí misma una organización de carácter internacional y que los enemigos de Cristo, de su Iglesia y de la humanidad están organizados internacionalmente, y sólo con asociaciones del mismo tipo se les puede combatir eficazmente. Que Dios Nuestro Creador inspire a los Padres Generales y demás jerarcas de esas Órdenes, para que tengan el valor y tomen la resolución suprema de colocarse a la altura de las circunstancias, adaptando sus Reglas a las actuales e imperiosas necesidades. Claro es que tendrán que tropezar con la insidiosa y enérgica oposición de la quinta columna judía introducida en el clero, sobre todo de los criptojudíos infiltrados en el seno de dichas Órdenes, cuyas actividades características se palpan en mucho mayor grado en las que más teme la sinagoga, como la Compañía de Jesús, y en ínfimo grado en otras; pero ahora como en los siglos XII y XIII los buenos deben hacer un esfuerzo supremo para vencer todos los obstáculos, siendo indudable que los religiosos que con valor y resolución se lancen a tan noble tarea, aunque se verán combatidos como lo fueron el propio Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís, contarán con la ayuda de Dios para triunfar.

---

[314] Concilio Ecuménico III de Letrán, Canon XXVII en Compilación de Acta Conciliorum, et Epistolae Decretales, ac Constitutiones Summorum Pontificum, Studio de Joannis Harduini, S.J., vol. VI, parte II.

Capítulo Trigésimo Séptimo:

"EL GRAN PAPA INOCENCIO III Y EL FAMOSO CONCILIO IV DE LETRÁN, IMPONEN COMO BUENO Y OBLIGATORIO LO QUE LOS JUDÍOS LLAMAN RACISMO Y ANTISEMITISMO"

S. S. el Papa Inocencio III, reconocido con justicia como uno de los más grandes pontífices de la santa Iglesia, desempeñó indudablemente primerísimo papel en la lucha por salvarla de la demoníaca revolución criptojudía incrementada en el siglo XII, al mismo tiempo que hacía posible el florecimiento de la Cristiandad en el siglo XIII, que con toda razón fue llamado el Siglo de Oro de la iglesia. Pero para lograr todo esto era necesario, ante todo, combatir eficazmente y dominar al enemigo capital del cristianismo y de toda la humanidad, es decir, la Sinagoga de Satanás, y en este terreno el ilustre Papa se distinguió como en todas sus santas empresas. No es pues de extrañar que el rencor hebraico lance contra el benemérito pontífice las más venenosas invectivas.

El gran dirigente judío Moses Hess, precursor del sionismo, colaborador de Carlos Marx, de quien después se distanció y que tuvo al que éste una influencia decisiva en el mundo israelita del siglo pasado y en el desarrollo de las ideas socialistas, en su obra titulada "*Roma y Jerusalén*", dice textualmente lo siguiente sobre el Papa Inocencio III:

"*Desde que Inocencio III concibió el diabólico plan de destruir a los judíos, que ene se tiempo trajeron la luz de la cultura española a la Cristiandad, obligándolos a coserse una insignia de oprobio en sus ropas, proceso que condujo hasta el reciente plagio de un niño judío bajo el régimen del Cardenal Antonelli, la Roma papal se convirtió en una invencible fuente de veneno contra los judíos*" [315].

Es, sin embargo, importante hacer notar que a su S.S. el Papa Inocencio III le pasó lo que a muchos hombres piadosos que en un principio desconocen en toda su magnitud la maldad judaica. Bombardeados por la hábil intriga de los hebreos que les hablan de injusticias, de atrocidades, y de que los israelitas no son malos como los pintan, acaban por creer que es indebido atacarlos; de lo que en realidad se trata es que todo ello obedece a una natural defensa de los pueblos por ellos agredidos. Así, al principio de su pontificado, Inocencio subió al trono de San Pedro movido de compasión hacia los judíos, dictando en 1199 una serie de medidas tendientes a asegurar a los hebreos protección en el desarrollo de su culto, y en la integridad de su vida, su cuerpo y sus propiedades. Influía, sin duda, también en esta política la idea que acariciaron primero San Bernardo y después el famoso ministro castellano Álvaro de Luna, de que era necesario evitar el hacerles a los judíos la vida imposible, y así obligarlos a convertirse fingidamente al cristianismo, con lo cual el judaísmo adquiría una forma más temible y peligrosa. Era preferible que fueran hebreos declarados y no falsos cristianos que desgarraran por dentro la Iglesia. Esta idea inspiró la política de algunos Papas que brindaban tolerancia y cierta protección a los judíos públicos, mientras por otra parte combatían a sangre y fuego a los cristianos judaizantes, criptojudíos que minaban a la Cristiandad y amenazaban con destruirla. Pero como en el caso de Pío IX y de otros ilustres pontífices, los golpes traidores de los hebreos y la comprobación de que éstos eran el motor de las herejías obligaron a Inocencio III a cambiar su inicial política de benevolencia.

Qué de cosas no habrá enseñado la dolorosa experiencia a este gran Papa para hacerle cambiar en pocos años su inicial política de protección a los hebreos por ese "*diabólico plan para destruir a los judíos*", que el destacado y autorizado israelita Moses Hess atribuye a Su Santidad, quien por otra parte demostró en el Concilio IV de Letrán que estaba dispuesto a combatirlos con la energía necesaria para salvar a la Iglesia.

---

[315] Moses Hess, *Rome and Jerusalem*, traducido y publicado por el rabino Maurice J. Bloom. New York: Philosophical Library, 1958. Prefacio del autor, p. 7.

Con el fin de lograr los objetivos de estructurar debidamente las defensas de la Santa Iglesia frente a sus mortales enemigos, mediante una reforma adecuada y para solucionar el asunto de la libertad de Tierra Santa y otras cuestiones capitales, Inocencio III convocó a un nuevo concilio ecuménico, que es quizá el más famoso de los reunidos por la Iglesia, el Concilio IV de Letrán, que hasta la fecha sigue siendo luz que ilumina las conciencias de los católicos. Además de los prelados, abades y priores que asistieron a él, concurrieron el emperador de Constantinopla, los reyes de Francia, Inglaterra, Aragón, Hungría, Sicilia, Jerusalén, Chipre, otros príncipes destacados y emperadores de otros Estados, inaugurándose el Sínodo universal el 11 de noviembre de 1215.

¡Qué distintas esas innovaciones y reformas que fueron aprobadas en el Concilio IV de Letrán de las que en el próximo Concilio Vaticano II pretenden imponer los que están sirviendo a los intereses del judaísmo y del comunismo! Mientras aquéllas tendían a fortalecer a la Iglesia en su lucha contra la sinagoga y sus herejías, las que ahora fraguan el judaísmo y el comunismo, por medio de sus agentes en el alto clero, tienen por objeto destruir las tradiciones básicas de la Santa Iglesia, impedir a los católicos toda defensa contra el imperialismo judaico y abrirle las puertas al comunismo, todo naturalmente disfrazado como siempre con postulados en apariencia tan hermosos como engañosos, que sólo son utilizados como medio para encubrir finalidades ocultas que tienden a los objetivos antes indicados. Pretextando luchar por la unidad de los pueblos o la unidad cristiana –postulados sublimes con los que todos estamos de acuerdo- los quintacolumnistas desean colocar a la Santa Iglesia sobre bases falsas que faciliten en un futuro el triunfo de sus ancestrales enemigos. Lo que interesa a éstos no es precisamente modernizar a la Iglesia y adaptarla a los tiempos modernos, desechando tradiciones caducas que ya no tienen razón de ser, sino precisamente modernizar a la Iglesia y adaptarla a los tiempos modernos, desechando tradiciones caducas que ya no tienen razón de ser, sino precisamente destruir aquellas tradiciones que constituyen la mayor fortaleza para la Santa Iglesia, y que mejor la defienden contra las acechanzas de sus enemigos. Nosotros no nos oponemos a las reformas que faciliten a la Iglesia el cumplimiento de su misión y la refuercen contra sus peores enemigos, que son el comunismo ateo y el judaísmo; lo que consideramos un peligro mortal, son esas pretendidas reformas que tienden precisamente a lograr lo contrario, es decir, a facilitar la derrota de la Iglesia frente a dichos adversarios, que también lo son de la humanidad libre.

El Concilio IV de Letrán dio vigencia universal a la disposición aprobada por sínodos provinciales, de que los judíos fuesen señalados en forma tal que se les pudiera distinguir de los cristianos. Así el Canon LXVIII ordena:

"Para que no puedan tener escape o excusa del abuso de tan dañina mezcla, por el velo de un error semejante: Decretamos que los tales de ambos sexos, en toda provincia de cristianos y en todo tiempo, se distingan públicamente de los otros pueblos por la calidad del vestido habiéndoles sido esto mismo mandado también por Moisés" [316].

Este Concilio de Letrán es el que más protestas y furor contra la Santa Iglesia ha provocado siempre entre los hebreos, sin tomar en cuenta que esa Ley de Moisés, que ellos dicen con tanto celo observar, les ordenó señalarse en el vestido, como lo afirma el santo Sínodo. Pero es que los judíos cumplen la Ley de Moisés en lo que les conviene.

Y la desobedecen también en lo que se les antoja. Si por la aprobación de ese canon tanto se disgustan con la Santa Iglesia, deberían –si fueran lógicos- disgustarse también con Moisés que se los ordenó; pero ese mandato de inspiración divina tuvo que tener sus razones bien fundadas. En efecto, quien pertenece a una organización virtuosa y buena puede ufanarse de llevar un uniforme que ante todo el mundo lo honre como miembro de dicha institución; en cambio, si pertenece a una asociación perversa, el uniforme será indudablemente signo de oprobio ante todas las gentes. Se ve que el mandato de Dios por boca de Moisés estuvo

[316] Concilio Ecuménico IV de Letrán, Canon XLVIII en Compilación citada de Joannis Harduini, S.J., París, 1714, tomo VII, folio 70.

basado en su infinita previsión y sabiduría, ya que si la nación hebrea cumplía con sus mandamientos y obraba con virtud, la señal en el vestido sería un motivo de honra y orgullo; en cambio, si obraba con maldad y perfidia, dicha señal lo sería de vergüenza y deshonra, y serviría para que los demás pueblos se cuidaran de las asechanzas de ese pueblo- secta perverso, que ser el escogido por Dios acabó por sus maldades convertido en la Sinagoga de Satanás.

A su vez el Canon LXIX, confirmando leyes canónicas anteriores, ordenó que los hebreos fueran eliminados de los puestos de gobierno, ya que ello les permitía ejercer funesto dominio sobre las naciones cristianas. Al efecto dicho sagrado canon manda:

LXIX. "Para que no intervengan los judíos en los oficios públicos.- Siendo asaz absurdo que el blasfemo de Cristo ejerza la fuerza del poder sobre los cristianos, sobre esto ya decretó próvidamente el Concilio Toledano. Nosotros a causa de la audacia de los transgresores lo renovamos en este capítulo. Prohibiendo que los judíos intervengan en los oficios públicos, ya que con ese motivo son dañados muchos cristianos. Mas si alguien los admitiere a tal oficio, mandamos que por Concilio Provincial (que prescribimos sea celebrado cada año) sea reprimido con el rigor que conviene, una vez que haya sido dado el aviso. Y del mismo modo le sea negada la sociedad de los cristianos en los comercios y en otras cosas...Y dimita con pudor el oficio que irreverentemente asumió..." [317].

Se ve, pues, que este canon dicta disposiciones severas para reafirmar la separación entre judíos y cristianos, que tan fatal ha sido siempre para estos últimos, por la mala fe e intenciones perversas con que obran los primeros.

El Canon LXVII trata de reprimir la tendencia judaica que ya hemos estudiado de despojar a los cristianos de sus bienes, y que en la Edad Media, por lo general, satisfacían por medio de cruel usura.

Al efecto dicho canon ordena:

LXVII. "De las usuras de los judíos.- Cuanto más es lesionada la religión cristiana por la exacción de las usuras, tanto más gravemente crece sobre éstas la perfidia de los judíos, de tal modo que en breve tiempo arruinan los bienes de los cristianos. Y para que no sean gravados excesivamente por los judíos: Decretamos en decreto sinodal, que si bajo cualquier pretexto los judíos arrancaren de los cristianos fuertes e inmoderadas usuras, les sean quitadas por los cristianos afectados mientras satisfacieren completamente el inmoderado gravamen. También los cristianos si fuese necesario propuesta la apelación por la censura eclesiástica, sean compelidos a abstenerse de comercio con aquéllos".

"Y añadimos a los príncipes, que a causa de esto no sean dañados los cristianos, sino más bien traten de contener a los judíos de tanto gravamen" [318].

Como se ve, este incontrovertible documento de las Actas de Letrán que acusa a la perfidia de los judíos de arruinar en breve las riquezas de los cristianos, nos confirma una vez más la tendencia hebraica, basada en sus libros sagrados del Talmud y de la Cábala, de arrebatar a cristianos y gentiles sus bienes. Las sinagogas han sido hace casi dos mil años, más que templos para rendir culto a Dios los cuarteles generales de la cuadrilla de ladrones más peligrosa y potente de todas las edades, siendo indudable que los demás pueblos tienen un derecho natural de legítima defensa, como lo tienen para cuidar sus riquezas de cualquier otra banda de ladrones. Y nadie puede privar a las naciones de este derecho, ni siquiera los clérigos quintacolumnistas que más que servir a Dios, están sirviendo a los intereses del judaísmo.

---

[317] Concilio Ecuménico IV de Letrán, Canon XLIX en Compilación citada de Joannis Harduini, S.J., París, 1714, tomo VII, folio 70.

[318] Concilio Ecuménico IV de Letrán, Canon LXVII en Compilación citada de Joannis Harduini, S.J., París, 1714, tomo VII, folio 70.

Qué distinto este santo Concilio de Letrán a algunos supuestos concilios, que al contradecir la doctrina y normas tradicionales de la Iglesia han sido en realidad verdaderos conciliábulos como aquellos que convocados por el Papa Silvestre cayeron en garras de herejes arrianos, o aquel reunido por Witiza que ya estudiamos en capítulos anteriores. En el Concilio Lateranense se palpó claramente la inspiración divina, ya que se respetaron las tradiciones vitales y se hicieron algunas innovaciones; pero todas tendientes a defender a las ovejas de las asechanzas del lobo y a combatir a éste, personificado principalmente por el judaísmo y sus movimientos heréticos.

El Canon LXX está dirigido contra los cristianos que en secreto son judíos, diciendo que los tales aunque voluntariamente tomaron las aguas del bautismo, no abandonan el antiguo nombre (es decir su anterior personalidad) para vestir el nuevo, "...reteniendo las reliquias del rito anterior, juntan en tal mezcla el decoro de la religión cristiana. Maldito el hombre que entra en la tierra por dos caminos y que no debe vestir ropas tejidas con lino y lana (al margen, Deut. 22). Decretamos que los tales sean reprimidos por los prelados de las Iglesias, por la observancia en cualquier manera del antiguo rito: Para que, a los que el arbitrio de la libre voluntad trajo a la religión cristiana, los conserve en su observancia la necesidad de una saludable coacción" [319].

Es interesante notar cómo coincide este sagrado canon con la cita que hicimos de un autorizado escritor israelita, en el sentido de que los marranos o judíos secretos tenían dos personalidades, la cristiana ostentosa y pública, y la judía clandestina. Es, pues, evidente que este diagnóstico es muy acertado, ya que lo aceptan autoridades respetables de las dos partes en pugna. Por otra parte, se ve claramente que en estas fechas la coacción contra estos delincuentes estaba a cargo de los obispos, es decir de la llamada Inquisición Episcopal, lo que confirma la opinión de Henri Charles Lea, de que la Inquisición Pontificia nació unos años después. Además, se ve claro que es inexacta la afirmación que hacen muchos historiadores judíos, de que las conversiones simuladas de hebreos al cristianismo fueron obligadas por la fuerza, ya que aquí se habla claramente de conversiones voluntarias y se insiste en este punto, lo que demuestra que ya para estas fechas las falsas conversiones de los israelitas no eran forzadas, sino determinadas por el hecho de que así convenía a los intereses de los judíos, lo que se explica fácilmente por las grandes posibilidades que les habían abierto esas fingidas conversiones para introducirse en la sociedad cristiana y en el clero, socavar sus cimientos y facilitar su destrucción.

Por mucho menos de lo que aprobaron el célebre Papa Inocencio III y el autorizadísimo Concilio Ecuménico IV de Letrán, definiendo la doctrina de la Iglesia y normas a seguir, son acusados de racismo y antisemitismo muchos patriotas que defienden a sus naciones o a la Iglesia del imperialismo judaico y de sus revoluciones masónicas o comunistas. Es indudable que si ese famoso Papa y el no menos célebre Concilio Lateranense hubieran existido en nuestros días, habrían sido acusados de ser nazis y condenados por racismo y antisemitismo por esos cardenales y prelados que al igual que aquellos que ayudaban a los adoradores de Lucifer y a otras judaicas herejías, más están al servicio de los enemigos de Cristo que de su Iglesia. Por ello son tan peligrosas las ponencias planeadas en los oscuros conventículos de la sinagoga y del comunismo que proponen la condenación del antisemitismo por el Concilio Vaticano en preparación; ya que si se obedece la consigna hebrea, podría parecer que la Santa Iglesia se contradice a sí misma, y que lo que antes dijo que era bueno ahora dice que es malo, con gravísimo peligro de que se quebrante la fe que en ella tienen los fieles. Pero esto no les importa a los agentes del judaísmo en el alto clero, ya que lo que desean precisamente es quebrantar la fe religiosa de los católicos y lograr que las iglesias se vayan quedando desiertas. Estamos seguros que los padres del Concilio obrarán en todo esto con suma cautela, estudiando detenidamente las Bulas Papales, Concilios Ecuménicos, Doctrina de los

[319] Concilio Ecuménico IV de Letrán, Canon LXX en Compilación citada de Joannis Harduini, S.J., París, 1714, tomo VII, folio 70.

Padres y de los Santos, que han considerado como buena y necesaria la lucha contra los judíos, para no incurrir en contradicciones que causen perjuicios fatales a la Santa Iglesia. Tendrán que vencer indudablemente la enconada resistencia de la quinta columna judía en el clero, que ha extendido sus poderosos tentáculos al Episcopado y al Cuerpo cardenalicio, pero tenemos fe que en ésta como en otras ocasiones semejantes, los buenos, con la ayuda de Dios podrán triunfar sobre los malos.

Capítulo Trigésimo Octavo:

"FRAILES, MONJAS Y PRELADOS CRIPTOJUDÍOS"

El historiador inglés del siglo pasado, James Finn, en su citada obra "*Sephardim or the History of the Jews in Spain and Portugal*", refiriéndose a los judíos que vivían en ambos países cubiertos con la máscara del catolicismo, asegura:

"Ellos asumieron apellidos heráldicos, adquirieron las cruces de la caballería, ascendieron a los obispados, y más aún, llegaron a ser jueces en la inquisición, permaneciendo todavía judíos. Orobio declaró que en Ámsterdam él conoció a judíos que hacían penitencia vicarial en las sinagogas, por sus hermanos simuladores que eran franciscanos, dominicos y jesuitas en España" [320].

Esta obra, que fue editada por la imprenta del Yard en la catedral Anglicana de San Pablo, nos confirma lo que autores hebreos ya han destacado, en el sentido de que los judíos clandestinos, se infiltraron en la Orden de Santo Domingo, para luego introducirse a su vez en el Santo Oficio de la Inquisición, con el fin de espiar por dentro a la organización secreta destinada a destruirlos y a paralizar o cuando menos restar eficacia a sus actividades; siendo esta obra de las tácticas tradicionales de la sinagoga, consistente en infiltrarse en las policías secretas destinadas a combatirla, para evitar las posibilidades de una lucha eficaz contra el judaísmo. Así lo hicieron con la Okrana zarista y se ha dicho que también lo realizaron con la GESTAPO, a pesar de todas las precauciones tomadas para evitarlo, ya que ambas policías al igual que la Santa Inquisición conocían el problema de la infiltración judía, y trataban de cuidarse de ella.

La infiltración criptojudía dentro de los puestos de jueces inquisitoriales de que habla la obra inglesa mencionada, ponía en manos de los hebreos la posibilidad de hacer ineficaz la lucha del Santo Oficio contra el criptojudaísmo.

El autorizado escritor judío Cecil Roth en su célebre "Historia de los Marranos", nos narra la curiosa historia de un judío secreto que tomó las órdenes sagradas ingresando al clero, y también del culto que la sinagoga rendía a Fray Diego de la Asunción, criptojudío portugués, culto que era más intenso en la ciudad de Coimbra. Al efecto Roth dice:

"Había allí un considerable grupo de cristianos nuevos ligados a la famosa Universidad, de los cuales todos, o casi todos, eran adeptos devotos de la fe ancestral. A la cabeza de ellos estaba Antonio Homem, uno de los hombres más dotados de la sociedad culta de su época...bisnieto de Moisés Boino (Bueno), mercader y médico judío de Oporto... Fue criado por su madre, Isabel Núñez de Almeida, que pertenecía a una familia cristiana vieja. Educáronlo losjesuitas y estudió en la Universidad de su ciudad natal, donde se graduó en Derecho Canónico, en 1584. En 1592, obtuvo un cargo en la Facultad. Durante la gran peste de 1599, prestó valiosos servicios, que le valieron un beneficio eclesiástico, para gozar del cual ingresó en las Sagradas Órdenes... En 1614 designólo la Universidad profesor de Derecho Canónico. Como tal, llegó a gozar de una reputación inigualada. Algunos de sus tratados se conservan manuscritos. Con motivo de la propuesta canonización de la reina Isabel de Portugal, se le invitó, en 1612, a emitir su perecer al respecto. Conquistó al mismo tiempo, considerable prestigio como predicador y confesor..."

"No obstante, en el período que alcanzó el cenit de su fama como teólogo, Antonio Homem volvióse el espíritu dirigente del grupo marrano, que florecía en Coimbra y que comprendía a algunas de las más distinguidas figuras de la Universidad. Figuraban entre ellos: Andrés d´Avelar, lector de Matemáticas, autor de un par de obras científicas, fraile como Homem..." [321].

---

[320] James Finn, Sephardism or the History of the Jews in Spain and Portugal, 1841.
[321] Cecil Roth, *Historia de los Marranos*, Cap. VI, pp. 117, 118.

Después de seguir el citado historiador hebreo mencionando los destacados catedráticos de la universidad que formaban parte del bloque de falsos católicos, judíos secretos, sigue narrando cómo otro miembro del círculo marrano:

"...Francisco de Gouvea había nacido en Lisboa, en 1580. Después de realizar brillantes estudios, fue nombrado lector de Derecho Canónico de la Universidad de Coimbra, así como archidiácono de Vila Nova de Cerveira, amén de otros cargos menores que retenía. Había ya escrito un libro importante, y estaba por publicar varios otros. El Inquisidor General lo tenía en mucha estima, y lo recomendó especialmente al Papa" [322].

En un régimen inquisitorial antisemita, como era en esos tiempos el católico portugués, los hechos narrados por el israelita Cecil Roth nos muestran de qué forma el jefe de los hebreos secretos de Coimbra encubría sus actividades criptojudías introduciéndose en el clero de la Santa Iglesia, es decir, en una posición influyente de la organización enemiga, logrando por este medio ser incluso profesor de Derecho Canónico y obtener una gran reputación de predicador y confesor. ¡Imagínense a un sacrílego criptojudío usando en su calidad de fraile el confesionario como medio de espionaje! Aunque esto es horrendo, innumerables documentos, tanto de fuente judía como eclesiástica, nos revelan la abundancia de casos similares, constituyendo una de las causas que obligaron a muchas Órdenes Religiosas a aprobar los llamados estatutos de limpieza de sangre, en los cuales se prohibía el acceso a dichas Órdenes a católicos descendientes de judíos, ya que se tenían múltiples pruebas de que casi todos eran judíos en secreto.

Como es natural, la Orden de los frailes predicadores fue la que más rigurosamente aplicaba los estatutos de limpieza de sangre, pues siendo especialista en al lucha contra el judaísmo, veía con mayor claridad que las demás su necesidad.

Sin embargo, ya vimos que a pesar de eso, según confesión de autorizados escritores hebreos, los marranos llegaron a infiltrarse en dicha Orden y llegaron a ser jueces de la Inquisición.

Esto se debió, sin duda, a que no obstante el Imperio Español así como en el Portugués se obligó a todo el mundo a hacer un árbol genealógico de varias generaciones atrás, hubo gran cantidad de criptojudíos cuya identidad no se descubrió, por la sencilla razón de que muchas conversiones fingidas, como hemos visto, se habían realizado por los menos mil años antes de la elaboración de esos árboles genealógicos, haciendo prácticamente imposible remontarse hasta tan tempranas edades.

Por lo tanto, si en Portugal, España y sus respectivos imperios quedaron judíos sin identificar, a pesar de que los árboles genealógicos se remontaron a seis o más generaciones, es fácil suponer lo que habrá pasado en la Alemania nazi, en donde se limitaron a hacer la investigación en sólo tres generaciones. Es claro que infinidad de judíos secretos deben haberse quedado infiltrados en régimen nazi en calidad de arios.

Los hechos demostraron que en los vastos dominios ultramarinos del Imperio Español y Portugués, fueron descubiertos por la Inquisición judíos clandestinos tanto en el alto clero como en los puestos de gobierno y demás sectores de la vida social, judíos que aparecían como cristianos viejos, es decir como católicos limpios de sangre hebrea, con derecho de acceso en todas partes y también con derecho de ocupar puestos dirigentes de toda índole.

Volviendo a la relación del historiador israelita Cecil Roth sobre la organización de los judíos secretos de Coimbra, Portugal, asienta textualmente:

"Algunas otras personas relacionadas con la Universidad eran también miembros del pequeño grupo, que incluía a media docena de canónigos, varios médicos prominentes y numerosos sacerdotes.

"Celebraban servicios (sinagogales) regulares en una casa del Largo das Olarias, en Coimbra, a los que concurrían dos docenas de personas, entre ellos algunos estudiantes de la

[322] Cecil Roth, *Historia de los Marranos*, Cap. VI, pp. 117, 118.

Universidad. Conducíalos un tal Diego Lopes da Rosa. Antonio Homem parece haber actuado como Rabino...

"El secreto fue, finalmente, traicionado. El 24 de noviembre de 1619, la Inquisición arrestó a Homem y lo envió a Lisboa, para que lo juzgaran. Después de cuatro años y medio de prisión, sentenciáronlo en el Auto de Fe celebrado en Lisboa el 5 de mayo de 1624, sin haber de ningún modo querido confesar su culpa, y su cuerpo fue entregado a las llamas. Al mismo tiempo, otros ocho miembros del círculo (uno de los cuales muriera en la prisión) fueron relajados al brazo secular. Figuraban en el grupo dos sacerdotes..." [323].

A continuación el citado historiador israelita da unos datos interesantes; y refiriéndose a otro marrano del grupo, Antonio d´Avelar dice:

"Sus dos hijos y cuatro hijas, tres de los cuales eran monjas, quedaron sometidos a proceso por judaizantes...

El escándalo tuvo vasta repercusión. El 30 de abril de 1620, los tribunales portugueses se dirigieron a Felipe III, informándole que en recientes Autos (de Fe) celebrados por ellos habían figurado, además de tres frailes y algunos jesuitas, tres canónigos de Coimbra; otros seis, todos ellos nombrados por el Papa, se encontraban bajo arresto. El rey fue, pues, invitado a no permitir que ningún cristiano nuevo (es decir, católico de sangre judía) gozase, en adelante, de beneficios o ingresase en las Sagradas Ordenes" [324].

La narración que nos brinda este famoso historiador judíos nos hace ver como un fraile católico en apariencia fervoroso, catedrático de Derecho Canónico, de gran fama como predicador y confesor, además de ser el jefe de los judíos secretos de Coimbra era al parecer el rabino de la sinagoga secreta instalada en una casa particular. También nos muestra cómo al grupo clandestino pertenecían frailes, monjas, jesuitas y hasta canónigos del respetable cabildo eclesiástico.

La Inquisición a través de seis siglos estuvo con sus eficaces medios de investigación localizando y descubriendo este tipo de organizaciones judías clandestinas y sus infiltraciones en el clero de la Santa Iglesia, destruyéndolas y poniéndolas fuera de combate; pero al ser anulada primeramente la Inquisición Pontificia en el siglo XVI y después la Inquisición española y portuguesa a fines del siglo XVIII y principios del XIX, las naciones cristianas sevieron privadas de las instituciones que las defendían contra las siniestras infiltraciones y actividades de la quinta columna judaica, con lo que se explica el hecho de que, a partir de ese momento, las revoluciones criptohebraicas hayan logrado en poco tiempo progresos gigantescos al contar ahora para su triunfo con la complicidad de un verdadero enjambre de clérigos, que primero facilitaron los triunfos masónicos, y ahora facilitan los del comunismo ateo.

La Cristiandad y el mundo entero necesitan de nuevas instituciones, que aunque adaptadas a los tiempos modernos sean tanto o más eficaces que la Inquisición para defender a la humanidad de las acciones de la conquista del imperialismo judaico.

El fanatismo de las mujeres israelitas lo mismo se manifiesta en esas lideresas rojas anticlericales, que en estas monjas criptojudías que ingresaron a los monasterios cristianos con la fanática misión de ayudar al triunfo de sus hermanos judíos.

La citada publicación de la Editorial Israel de Buenos Aires, confiesa claramente el hecho de la existencia de esa infiltración de criptojudías en los conventos de religiosas; al efecto dice:

"Podría hacerse una larga lista de monjas, monjes y frailes –algunos de los cuales se distinguieron grandemente en la Iglesia- que sufrieron a manos de la Inquisición, o concluyeron su vida como judíos".

Y en la nota 1 de esa misma página se puede leer: "Cabe mencionar a la familia de Manuel Pereira Coutinho, cuyas cinco hijas eran monjas en el convento de *`La Esperanza´*, de

[323] Cecil Roth, obra citada, Cap. VI, pp. 118-120.
[324] Cecil Roth, obra citada, Cap. VI, pp. 119, 120.

Lisboa, mientras que sus hijos vivían como judíos en Hamburgo, bajo el nombre de Abendana.

Entre otras notables figuras eclesiásticas españolas del siglo XVII, de extracción judía, debe mencionarse al famoso dramaturgo y novelista Juan Pérez de Montalbán, íntimo amigo de Lope de Vega que era sacerdote y notario del Santo Oficio" [325].

Entre los clérigos quintacolumnistas que fueron quemados por la Inquisición, hubo algunos que son tenidos como mártires por el judaísmo internacional; entre ellos puede citarse al famoso Fray Diego de Asunción, del cual dice el historiador Cecil Roth lo siguiente:

"Uno de los más ilustres mártires de la Inquisición portuguesa fue Fray Diego de Asunción, joven fraile franciscano, nacido en Viana, en 1579. Tenían en sus venas sólo una pequeña porción de sangre judía...Fuéle imposible mantener sus puntos de vista en reserva. Como su situación se volviese peligrosa, intentó huir a Inglaterra o a Francia, pero fue prendido en el camino. Llevado a presencia del tribunal de la Inquisición, confesó voluntariamente los cargos hechos contra él, y profesó, al principio, arrepentimiento; pero cambió después de actitud, y orgullosamente confesóse un adepto de la Ley de Moisés... El 3 de agosto de 1603, a los veinticinco años de edad, lo quemaron vivo en Lisboa...

"Un número de marranos de Portugal formaron una asociación religiosa en su memoria (llamada, a fin de alejar toda sospecha: la Hermandad de San Diego), que mantenía una lámpara perpetuamente prendida delante del Arca de la Ley de una sinagoga, en un lugar de mayor libertad religiosa. De ese modo, la sangre de una víctima fertilizó y vigorizó la fe de los criptojudíos" [326].

En los tiempos inquisitoriales, la organización del Santo Oficio –experta en problemas del judaísmo clandestino- descubría con frecuencia a los quintacolumnistas que ahora hacen y deshacen en la Santa Iglesia sin que nadie lo impida, ya que las defensas de la Cristiandad han sido destruidas o han quedado paralizadas y el enemigo interno causa toda clase de estragos, llevándonos rápidamente hacia la esclavitud comunista. Por otra parte, se veque basta una pequeña porción de sangre judía para que un fraile cristiano pueda ser en secreto israelita fanático, capaz de morir por esa tenebrosa causa.

Volviendo a las monjas católicas criptojudías, el citado historiador israelita sigue diciendo:

"Las 231 personas condenadas a aparecer en autos públicos, en Portugal, en el transcurso de ocho años –desde 1619 hasta 1627-, incluían a 15 doctores de la Universidad, dos de los cuales eran catedráticos; otros once graduados; 20 abogados, e igual número de notarios y médicos; y, por sobre todo, cuarenta y cuatro monjas y quince clérigos beneficiados, entre ellos siete canónigos" [327].

En otras ocasiones, la carrera sacerdotal sirve a los judíos secretos para excusarlos de la necesidad de confesarse con clérigos sinceros. Este recurso les es indispensable, sobre todo para la confesión de los niños que por su edad son incapaces de guardar secretos y que por ello en el curso de sus primeros años son cristianos sinceros, al ignorar por completo que sus padres son judíos clandestinos. Cuando a los trece a los o después los jovencitos son preparados para su iniciación secreta en el judaísmo, puede ocurrir que en alguno de ellos hayan arraigado de tal forma las creencias cristianas que recurra en consulta, como es natural, a su confesor. Sería pues, peligrosísimo que el confesor de los adolescentes fuera un clérigo de verdad que al conocer el gran secreto de los judíos clandestinos podría escandalizarse y vigilar estrechamente al penitente, refutándole los errores judíos y reafirmándolo en su fe católica; pero en cambio, si el confesor de éste es también marrano, podrá ser el factor decisivo para que el niño titubeante tome la resolución definitiva. En los tiempos de la Inquisición esto era problema de vida o muerte para las familias de los cristianos nuevos, ya

[325] Cecil Roth, obra citada, Cap. IV, pp. 73, 73.
[326] Cecil Roth, obra citada, Cap. VI, pp. 116, 117.
[327] Cecil Roth, obra citada, Cap. IV, p. 74.

que todo niño estaba obligado, bajo amenaza de excomunión, a denunciar al Santo Oficio todo intento de sus padres de iniciarlo en el judaísmo y una indiscreción del muchacho con el confesor podía traer como consecuencia que éste convenciera al muchacho de la necesidad de que dicho joven denunciara el hecho a la Inquisición, con peligro grave para toda la familia.

A este respecto, el citado escritor hebreo Cecil Roth, en la edición norteamericana de su mencionada obra publicada por la "*Jewish Publication Society of America*", asegura que un judío inglés "que murió en estados Unidos en 1890", dijo con respecto a los judíos clandestinos portugueses del siglo pasado:

"Muchas casas, incluyendo a los sirvientes, eran judíos, y en algunos distritos las familias judías eran muy numerosas, y frecuentemente un joven se hacía sacerdote, de modo que pudiera figurar como el confesor de las familias en el distrito..." [328].

En otro lugar hablaremos extensamente de cómo escritores hebreos de gran autoridad nos narran el procedimiento para iniciar secretamente en el judaísmo a los jovencitos de familias criptojudías, que habiendo sido bautizados y habiendo vivido como cristianos durante su infancia, llegado el momento oportuno son iniciados en imponente y macabra ceremonia en la tenebrosa secta del judaísmo.

Sobre la vigilancia estrechísima que ejercía la Inquisición sobre los cristianos de raza judía y en general sobre toda la población, con el fin de descubrir dónde pudiera haber judaísmo clandestino, el distinguido historiador hebreo Frederik David Mocatta, que en el siglo pasado fue presidente de la"*Jewish Historical Society of England*", en su obra: "*Los judíos de España y Portugal y la Inquisición*", escrita en 1877, testifica que:

"Los infelices marranos, por fuera los más devotos entre toda la población católica, continuaron siguiendo en el más profundo secreto las observancias de su antigua fe, a pesar del inmenso peligro que ello implicaba. Los delatores eran grandemente beneficiados por sus delaciones, y las sospechas eran tan fácilmente adquiridas, que nadie salía salvo de las detracciones de los sirvientes de su casa, de secretos enemigos o de hermanos descuidados. Las mayores precauciones difícilmente aseguraban a los cristianos nuevos de las sospechas de mostrar signos de una tendencia hacia el judaísmo. Sus ropas, vestidos y especialmente su comida, eran cuidadosamente vigilados".

Continúa el citado historiador hebreo asegurando que se vigilaba la forma en que observaban el rito católico, su conducta en los sábados y festividades judías, que sus miradas y gestos eran diligentemente observados y que frecuentemente alguna acción involuntaria era denunciada, con lo que el llamado de los familiares del Santo Oficio era oído a la puerta, al presentarse listos para llevar a su víctima a los calabozos por meses, años y quizá para siempre...

"...así pasaron generaciones tras generaciones de judíos secretos, confundiéndose con todas las clases de la sociedad y ocupando todas las funciones del Estado y especialmente de la Iglesia" [329].

Y esta rigurosa vigilancia se llevaba a cabo a pesar de que los clérigos criptojudíos, para no inspirar sospechas, se manifestaban por lo general como antihebreos, ya que cualquier defensa que hicieran de los judíos bastaba para que la Inquisición los considerase sospechosos de practicar en secreto el judaísmo y les iniciase el proceso respectivo para esclarecer la verdad. En nuestros tiempos los clérigos criptojudíos defienden a los judíos impunemente, ya que no existe una Inquisición o alguna institución moderna adecuada que investigue y aclare sus prácticas ocultas del judaísmo.

En otro lugar de su obra, el prestigiado presidente de la Sociedad Judía de estudios Históricos de Inglaterra, afirma:

"Es cierto que los conversos ostensiblemente se ajustaban al credo de la fe católica tomando nuevos nombres, llenando sus casas con crucifijos, e imágenes de santos y otros

---

[328] Cecil Roth, *History of the Marranos*. Filadelfia: The Jewish Publication Sciety of America, 1932, p. 359.
[329] Frederick David Mocatta, *The Jews in Spain and Portugal and the Inquisition*. Londres, 1877. p. 96.

símbolos del cristianismo, y concurriendo con regularidad a la Iglesia...", para concluir que a pesar de todo esto, muchos eran descubiertos por la Inquisición [330].

En estas condiciones es fácil suponer lo difícil que era a los criptojudíos desarrollar con eficacia sus movimientos revolucionarios, por lo que les fue preciso, en primer término, acabar con la Inquisición o reducirla a la impotencia, antes de que el primer golpe subversivo tuviera resultados positivos y durables.

Una de las obras antijudías más importantes del siglo XVII, fue el célebre "*Centinela contra judíos, puesta en la torre de la Iglesia de Dios*", escrito por el virtuoso monje franciscano Fray Francisco de Torrejoncillo, que fue Superior (Prior) de varios conventos de la orden de San Francisco, entre ellos los de San Bartolomé de valencia de Alcántara, Nuestra Señora de Rocamador y Nuestra Señora de Montecelli del Hoyo, habiendo sido también secretario de tres distintos Padres Provinciales. Narra, refiriéndose a los clérigos criptojudíos, en su obra citada textualmente:

"En el convento de San Jerónimo dice Velásquez, que engañando uno de ellos a los frailes le eligieron Superior y Prelado, y disimuladamente, practicaba sus ritos y ceremonias, hasta que descubierto y preso por la Inquisición fue quemado públicamente y desde entonces hicieron grandes leyes y estatutos, así en aquel monasterio como en toda la Orden, de queninguno de esta raza sea admitido en su hábito...En el reino de Murcia un Superior llamado Prefecto en una Orden Religiosa, predicaba de día con gran fervor la Ley de Cristo y de noche con otro judío que había hecho portero de su Colegio, salían a enseñar la Ley de Moisés a los judíos a una casa, y muchos de ellos con su Doctor fueron quemados y otros murieron en las cárceles" [331].

Aquí tenemos al "*doctor de la Ley*", es decir rabino secreto, que para mejor esconder su personalidad, librarse de sospechas y lograr mayor libertad de movimientos, se ordenó de fraile, llegando a Superior de la Orden, con lo que podía desarrollar clandestinamente sus actividades como rabino. Pero la Inquisición sabía bien que el mayor peligro estaba en el alto clero y a todos los vigilaba, acabando por descubrir que el piadoso Superior de la Orden Religiosa era un dirigente judío clandestino, localizando también a sus feligreses, que fueron quemados o murieron en las cárceles.

Y continúa diciendo el Padre Torrejoncillo:

"Uno deseaba ser Prelado e hipócritamente decía a otros que no lo quería, y viendo los otros que al parecer lo rehusaba, le dieron el oficio. Después confesó su judaísmo" [332].

El dato que nos da el ilustre Padre Guardián de la Orden Franciscana nos obliga a comentar un hecho comprobado por otros escritos y documentos de los tiempos inquisitoriales, referente a las Reglas aprobadas por las Órdenes Monásticas, en el sentido de negar las jerarquías a los que las ambicionaran, normas que fueron establecidas en gran parte para evitar la infiltración de los criptojudíos a las mismas, pero que fueron hábilmente burladas por éstos y lo siguen siendo en nuestros días.

En efecto, realmente los varones santos, los mejores, no aspiran a tales jerarquías, mientras que los frailes judíos secretos, fingiendo no hacerlo, hábilmente trabajan en equipo por obtenerlas, hasta apoderarse de los puestos dirigentes de aquellas Ordenes religiosas que más les interesa controlar. Lo mismo ocurre con los obispados, pues los mejores sacerdotes, los más virtuosos, los más piadosos, no maniobran para obtener las sillas episcopales, negándose incluso con frecuencia a aceptarlas cuando se las proponen, a diferencia de los judíos secretos que ayudándose unos a otros y con influencias de los suyos en Roma, logran escalar fácilmente las altas jerarquías de la Iglesia.

---

[330] Frederick David Mocatta, obra citada, edic, citada, p. 29.

[331] Fray Francisco de Torrejoncillo, *Centinela contra judíos puesta en la torre de la Iglesia de Dios*. Madrid, 1673, pp. 195, 195.

[332] Fray Francisco de Torrejoncillo, obra citada, pp. 196, 197.

Cuando existía la Inquisición, ella se encargaba de reprimir en lo posible las infiltraciones, procesando a famosos arzobispos y obispos convictos de practicar en secreto el judaísmo; pero cuando esta defensa de la Cristiandad fue aniquilada, ya nada contuvo la infiltración organizada de la quinta columna en las altas jerarquías de la Iglesia. Es por eso que vemos tantos cardenales, arzobispos, obispos, canónigos, provinciales de Órdenes, priores de conventos, etc., que en forma inexplicable ayudan a los enemigos de la Iglesia, ya se trate de los judíos, de la masonería o del comunismo. Si deseamos que esta situación no termine en una catástrofe, es urgente que las autoridades competentes organicen a tiempo una nueva defensa contra las infiltraciones y contra todas las demás actividades traidoras de la quinta columna.

El culto jerarca de la Orden de San Francisco en su citada obra sigue asegurando:

"Un Tesorero de la Santa Iglesia (Catedral) de Córdoba, dio a entender que estaba extasiado en una procesión muy solemne que se hacía y muy poco después de esto fue quemado, y su figura e insignias se ven hoy en aquella Santa Iglesia y de entonces acá, hay grandísimo cuidado de que no tenga en ella oficio, alguno que sea cristiano nuevo...Otro en Córdoba siendo Vicario del Señor Obispo, revolvió a toda aquella Santa Iglesia en grandes pleitos y disensiones entre los cristianos viejos y habiendo algunas causas que pasaban ante él como Juez, siempre daba sentencia a favor de los cristianos nuevos; pero esto es mandato de su Ley, el favorecerse unos a otros contra los cristianos, sea como fuere, que todo contra éstos lo tienen por muy justo, aunque sea matarnos..."

Asegura el Padre Torrejoncillo también lo siguiente de estos fariseos:

"Desean los judíos en las comidas o cenas el mejor lugar y en las iglesias quieren los mejores asientos...En el mismo Valladolid hubo otro cristiano nuevo en un colegio que sembró grandes disensiones entre quince colegiales nobles que allí estaban, de donde han pensado algunos que tuvo principio la costumbre antigua que hubo y hay en el Colegio de Santa Cruz, de hacer memoria de ellos (los criptojudíos) el Viernes Santo en la ceremonia que queda dicha en el capítulo quinto de este libro" [333].

El peligro gravísimo que afrontaban los cristianos nuevos que por precipitarse demasiado iniciaban secretamente a sus hijos en el judaísmo siendo muy niños, nos lo hace ver el siguiente relato del Padre Torrejoncillo:

"Confesando un religioso a un niño por la obligación de la cuaresma, le preguntó cómo se llamaba y el niño le dijo: Padre, ¿me pregunta el nombre de casa o el de afuera? El de casa te pregunto y el muchacho dijo que `el de casa, Padre, es Abraham, y el de afuera Francisquito´ " [334].

Es pues muy explicable que las familias de falsos cristianos adheridas en secreto al judaísmo, retrasen la iniciación en la sinagoga secreta de sus hijos bautizados y educados como cristianos, hasta una edad en que no puedan cometer indiscreciones y traten siempre de ponerles un confesor y director espiritual criptojudío, sujetándolos previamente a su recepción en el judaísmo a una serie de pruebas que demuestren que están capacitados para guardar los secretos más recónditos. En todo esto, la experiencia de siglos ha ido perfeccionando los sistemas que emplean los criptojudíos en todo el mundo y como no existe una Inquisición o cualquier otra organización defensora del pueblo que vigile a esta secta diabólica, los peligros en nuestros días para los marranos son mínimos.

La ignorancia del pueblo sobre estas cuestiones hace que incluso las naturales imprudencias que nunca faltan, le pasen inadvertidas. Por ejemplo a nosotros nos ocurrió en España un asunto curioso: un individuo de la Acción católica, muy enemigo del régimen del General Franco y partidario de Gil Robles, nos decía en cierta ocasión: "*Yo soy ferviente católico, apostólico, marrano*". Como nosotros le indicáramos que no entendíamos eso de marrano, se alarmó mucho y dijo: "*Me equivoqué, fue un `lapsus linguae´, quise decir*

---

[333] Fray Francisco de Torrejoncillo, obra citada, pp. 192-198.
[334] Fray Francisco de Torrejoncillo, obra citada, p. 111.

romano. Ya ve usted que a veces dice uno una cosa por otra". Y es natural; los judíos son hombres como todos, no dioses, y cometen constantes imprudencias; pero como el pueblo ya nada sabe de todo esto y no existe por otra parte una organización destinada a descubrir y destruir la perversa secta, esas indiscreciones pasan inadvertidas. En los tiempos de la Inquisición, ese miembro de la Acción Católica hubiera sido denunciado al Santo Oficio por su interlocutor y hubiera sido arrestado inmediatamente por el indicio fundado de tratarse de un marrano, es decir, de un judío secreto.

Es España e Hispanoamérica los criptojudíos del siglo XX por broma se dicen entre sí: "Católicos, Apostólicos, Marranos" en lugar de "Católicos, Apostólicos, Romanos", que es la costumbre; y es lógico que alguna vez la fuerza de la costumbre los haga cometer indiscreciones de este tipo, carentes de importancia en la actualidad por las razones que señalamos.

La obra monumental del judaísmo moderno, la citada "*Enciclopedia Judaica Castellana*", refiriéndose a una cita de Limborch, quien en su "*Amica Collatio*" declara:

"Los monasterios y conventos están llenos de judíos; muchos de los canónigos, inquisidores y obispos descienden también de judíos. Gran número de ellos son, en lo hondo de su corazón, judíos convencidos, aunque para no renunciar a los bienes de este mundo pretenden creer en el cristianismo" [335].

Como se ve, esta cita de una obra oficial del judaísmo coincide enteramente con lo aseverado por otras fuentes no menos serias.

Aunque posteriormente trataremos, con base en documentos y fuentes incontrovertibles, la tragedia de la infiltración judaica en las Iglesias Protestantes, adelantaremos aquí un dato que casualmente tenemos a la vista y que demuestra que el problema de la quinta columna judía en el clero es fenómeno universal que atañe a todas las confesiones religiosas. Al efecto, la obra monumental judía que estamos citando, en el vocablo "*Holanda*", dice textualmente:

"...muchos neocristianos se inclinaron desde 1550 hacia el calvinismo y otras observancias reformadas. Se sabe, por ejemplo, que un tal Marco Pérez, de origen judío, era presidente del consistorio calvinista de Amberes..." [336].

Esto demuestra que no se trataba de una mera inclinación sino de un claro afán de dominio, ya que dicho consistorio era, ni más ni menos, el supremo Consejo Eclesiástico del Calvinismo en Amberes, siendo precisamente un marrano su presidente, es decir, la máxima autoridad del mismo.

Estas infiltraciones judías en el cristianismo han tenido a veces consecuencias peligrosas para los gobernantes cristianos. La misma Enciclopedia Judaica que estamos citando nos brinda otro dato interesante. En su vocablo *Gaden Stephan*, alias Daniel o Danila Yevlevich, dice:

"...médico de la corte del zar en el s. XVII...cambió de religión varias veces e ingresó finalmente en la congregación ortodoxa griega...fue asesinado horriblemente debido a su amistad con los boyardos que fraguaron el derrocamiento del zar" [337].

Otro dato que nos proporciona esa obra oficial del judaísmo es el siguiente:

"Aleksei Protopop, sacerdote ruso y uno de los jefes de la `*secta judaizante*´ de Jkiev, Novgorod, Pskov y Moscú (1425-1488). Probablemente fue discípulo del caraíta Zejarya...Iván III, gran duque de Moscovia, lo nombró jefe de la catedral de la Asunción en Moscú, donde logró convertir a numerosos personajes de la corte y de la Iglesia" [338].

Tratando dicha enciclopedia del judío Bar Hebraeus, cuyo nombre cristiano fue Gregorio Abul Faradch, señala:

---

[335] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo IX, vocablo *Sefardíes*, p. 515, col. 2.
[336] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo V, vocablo Holanda, p. 484.
[337] *Enciclopedia Judaica Castellana*, tomo V, vocablo *Gaden*, etc., pp. 25, 26.
[338] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo I, p. 157, col. 1.

"...historiador, filósofo y jerarca de la Iglesia siríaca, de ascendencia judía...Ver Bar Hebraeus" [339].

Y a su vez en dicho vocablo *Bar Hebraeus* se encuentra lo siguiente:

"Bar Hebraeus (Gregorio Abul Faradch o Abul al-Faradch), jefe de la Iglesia jacobita de Siria, historiador, filósofo, teólogo y médico, n. en Melitene en 1226; m. En Maraga, persia, en 1286. Hijo de Aarón, médico judío converso, llegó a ser obispo de Guba (1246), Alepo (1253) y jefe de la Iglesia jacobita de Persia en 1264. Escribió gran número de obras en árabe y siríaco sobre historia, filosofía, medicina, gramática, comentarios bíblicos y un libro de historias y crónicas que contiene anécdotas y dichos ingenuos, parte de ellas referentes a los sabios hebreos. La tradujo al inglés E.A.W. Budge en 1899". [340].

En otro lugar, dicha obra monumental del judaísmo asegura que:

"Abraham, `Rabí´, prior de los monjes descalzos, prosélito, quemado en 1270" [341].

"Alexander Michael Solomón, judío converso, primer obispo anglicano en Jerusalén...Educado religiosamente, Alexander estudió ciencias rabínicas y en 1820, después de llegar a Inglaterra, desempeñó funciones de cantor en la sinagoga de Plymouth. En 1825, fue bautizado...Fue nombrado superintendente del clero inglés y de sus congregaciones en Siria, Mesopotamia, Egipto y Abisinia" [342].

No queremos cansar al lector con la infinitud de datos que tenemos sobre esta materia, pero con lo ya dicho podrá juzgar sobre la extensión universal de la quinta columna judía en el clero y también sobre el peligro que significa, no sólo para la Iglesia católica sino para toda la Cristiandad.

Antes de terminar este capítulo, queremos mencionar un hecho lamentable. En algunos países en que los patriotas protestantes u ortodoxos están luchando heroicamente contra la infiltración comunista en sus Iglesias, al darse cuenta de que ciertos jerarcas de la Iglesia católica ayudan al triunfo del comunismo, cometen el error fatal de querer culpar al catolicismo globalmente de lo que hacen los quintacolumnistas infiltrados en su clero. Semejante actitud es tan injusta como la que a la inversa asumiéramos los católicos culpando a los protestantes y ortodoxos anticomunistas en su gran mayoría, de las traiciones que cometen a diario contra sus respectivas patrias y contra el mundo libre los quintacolumnistas infiltrados en el clero y en la dirección de las Iglesias ortodoxas y protestantes.

Es por eso preciso, que todos los auténticos cristianos que por lo mismo tenemos que ser anticomunistas, nos demos cuenta de que tanto la Iglesia católica, como las Protestantes y Ortodoxas, son por igual víctimas de la acción destructora de un mismo enemigo: la Sinagoga de Satanás, que por medio de sus infiltraciones en el clero de las distintas Iglesias favorece los triunfos de la revolución comunista y atea, dirigida ocultamente por esa misma sinagoga. El hecho de estar amenazados por un mismo peligro y por un mismo enemigo debería hacernos comprender la necesidad imperiosa que tenemos de unir nuestras fuerzas en contra del enemigo común. Mientras permanezcamos divididos por odios religiosos, raciales o nacionales, los judíos llamados por san pablo "enemigos de todos los hombres", nos irán derrotando a unos tras otros, hasta que logren esclavizarnos a todos, al igual que han hecho con los infelices pueblos que cayeron bajo el yugo comunista.

Por elemental espíritu de conservación, debemos, pues, unir nuestras huestes en un esfuerzo de carácter mundial, único capaz de enfrentarse con posibilidades de éxito a un enemigo que actualmente tiene no sólo un poder mundial, sino la supremacía en todo el planeta, debido únicamente a la desunión que priva entre todos nosotros, los verdaderos cristianos y los gentiles. El día que nos unamos seremos inmensamente más fuertes que ellos

---

[339] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo V, vocablo Grecia, p. 162.
[340] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo II, vocablo Bar Hebraeus, pp. 76, 77.
[341] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo I, vocablo Abraham Rabí, p. 43.
[342] Enciclopedia Judaica Castellana, tomo I, vocablo Alexander Michael Solomon, p. 211.

y podremos vencerles fácilmente, librándonos de la amenaza comunista y atea, asegurando la salvación del cristianismo, la independencia y el bienestar de nuestros pueblos.

De nuestra unión o desunión puede depender el triunfo o la derrota. Nuestra alianza en el terreno político es relativamente fácil, ya que si no estamos ciegos y queremos salvarnos, tenemos que considerarla como una necesidad urgente.

En cuanto a la unión de todos los cristianos en el orden teológico, aunque es el ideal apostólico que a todos nos anima, para unos se antoja muy difícil y para otros factible; pero en todo caso es evidente que si los cristianos, católicos, protestantes y ortodoxos, logramos aliarnos en el orden político contra el imperialismo judaico, contra su revolución comunista y contra su quinta columna introducida en nuestras Iglesias, esta lucha contra el ateísmo materialista del comunismo será el mejor preparativo para un acercamiento mayor en el orden teológico, mediante una amistosa discusión que a todos permita ver dónde está la verdad.

¡Qué distinto este modo de anhelar la unidad cristiana del que están planeando los agentes del judaísmo y del comunismo en el clero católico, para poner a la consideración del próximo Concilio Vaticano II!

Con el pretexto de lograr la unión de los cristianos tratan de destruir las tradiciones básicas de la Iglesia, fundamento de su principal defensa contra la revolución judaico-comunista que pretende destruirla, para que una vez barridas, pueda el marxismo dominar más fácilmente al mundo católico.

Iguales fines persiguen los movimientos análogos llamados de unidad cristiana que dirigen los quintacolumnistas criptojudíos, que siendo también critocomunistas controlan muchas Iglesias protestantes. Se trata en estos casos de utilizar simplemente el ideal sublime de la unidad cristiana con el fin siniestro de favorecer en una o en otras formas el triunfo de la revolución judaico-comunista. En otros casos, lo que tratan es de controlar las Iglesias que todavía no dominan, mediante esos Consejos Nacionales o Mundiales de Iglesias, para favorecer de diversas maneras el triunfo del comunismo y atacar, desprestigiándolos, a los patriotas que defienden a sus pueblos de las agresiones de la bestia.

Tendencias hacia la unión de los cristianos contra el comunismo surgen también entre protestantes y ortodoxos. El gran patriota presbiteriano Reverendo Dr. Carl McIntire, concibió la manera de combatir con eficacia la maniobra que acabamos de describir, fundando en los Estados Unidos un Consejo Americano de Iglesias Cristinas y un Consejo Internacional de Iglesias Cristianas (protestantes anticomunistas), para poder combatir con eficacia al llamado Consejo Nacional de Iglesias (de Estados Unidos) y al Consejo Mundial de Iglesias, ambos al servicio del Kremlin.

Por fortuna son muchos los pastores y jerarcas protestantes que con celo cristiano están luchando desesperadamente por liberar a sus Iglesias de las garras de la quinta columna comunista infiltrada en ellas.

Lo mismo ocurre en el campo de las Iglesias Ortodoxas. Para darnos cuenta de la gigantesca lucha que se libra en dicho terreno, vamos a transcribir lo que el ilustre obispo ortodoxo Alejo Pelypenko dice en su obra titulada "*Infiltración comunista en las Iglesias cristianas de América*" (edición Buenos Aires, 1961, página 232):

"Y cuando el patriarca de Moscú colabora con toda clase de sectarios, los cuales en realidad combaten a los sacerdotes de Cristo, financia a los espiritistas que ni siquiera son cristianos pues no reconocen que Cristo es Dios, ni creen en su Resurrección, entonces, ¿por qué nosotros los ortodoxos no podríamos colaborar con nuestros hermanos católicos y unirnos con ellos en un frente común para la lucha contra las fuerzas del infierno? Tenemos que recordar que, si bajo los persistentes ataques del Kremlin y del patriarca de Moscú se derrumbase la unidad y se debilitase la fuerza de la Iglesia católica, ninguna de las Iglesias Ortodoxas quedaría libre, sino que se convertirían en esclavas de Moscú".

En seguida, refiriéndose a la "ICAB" (Iglesia Católica Apostólica Brasileña), controlada por la Iglesia Ortodoxa del Kremlin, dice:

"Estoy considerando todo esto al publicar el presente libro. Tengo datos fehacientes sobre el trabajo pernicioso de la `ICAB´ que no son solamente para la Iglesia católica, sino también para todo el pueblo brasileño; y tengo no sólo el derecho de escribir y hablar abiertamente, sino que es un deber sagrado para mí. Quisiera que mi ejemplo sea seguido por muchos otros para que se unan en un frente anticomunista ¡porque la fuerza está solamente en la unidad!" [343].

ATENTADO CONTRA LA INDEPENDENCIA Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS

La Sociedad de Naciones y la Organización de las Naciones Unidas, pese a las ideas nobles que han dicho sostener, han sido controladas en puntos básicos por judíos y masones colocados en posiciones clave de carácter burocrático y también en muchas representaciones nacionales de estados, de las más distintas tendencias ideológicas en la primera, y de tendencia comunista, anticomunista o neutralista en la segunda. En los tres bandos, los judíos y masones tienen posiciones importantes, ya que se infiltran secretamente cuando pueden en todas partes, empleando todos estos puestos clave para favorecer el triunfo del imperialismo judaico y de su revolución comunista o para hostilizar a los gobiernos patriotas de importancia, que el judaísmo no domina. En esa forma, la Liga de Naciones y la Organización de las Naciones Unidas, que mucho bien pudieron hacer para salvaguardar la paz del mundo y favorecer el progreso de la humanidad, han fracasado, ya que con frecuencia han sido utilizadas por el judaísmo, la masonería o el comunismo, con fines muy distintos de los que han justificado su existencia.

El ideal del imperialismo hebreo ha sido siempre crear un super-Estado mundial que le permita ejercer dominio sobre los estados que todavía no ha logrado conquistar; y una de las medidas que el judaísmo considera indispensable para preparar tan ambicioso proyecto ha sido la de crear una policía mundial controlada por la Organización de las Naciones Unidas que teniendo jurisdicción para actuar dentro de todos los estados, sirva –según dicen- para preservar y mantener la paz mundial y la armonía entre los pueblos, fines estos aparentes que sólo servirán para encubrir los verdaderos que son:

1º - Tener otra nueva quinta columna del judaísmo introducida en las naciones cristianas y gentiles, gozando del apoyo pleno de la Organización de las Naciones Unidas, ya que será un órgano oficial de ésta.

2º - Utilizar dicha policía universal como medio de espionaje en contra de los Estados que el imperialismo judaico todavía no domina, ya que tal policía será controlada por agentes judíos, masones o comunistas, como ocurre con casi todos los cuerpos burocráticos de la Organización de las Naciones Unidas, aunque dichos agentes militen aparentemente en las más diversas tendencias políticas, desde la derecha hasta la extrema izquierda, siguiendo la táctica secular de la sinagoga.

3º - Utilizar dicha policía mundial como foco de infección en los estados para favorecer las conspiraciones y golpes revolucionarios que la quinta columna judía y criptojudía organice en tales naciones.

4º - Emplear esa policía universal para combatir y aplastar los movimientos patriotas que en cualquier Estado luchen contra el comunismo o para liberar a sus pueblos de las garras y dominación del imperialismo hebreo.

Como se ve, esta policía mundial en manos de una Organización de las Naciones Unidas, satélite de la sinagoga, sería una de las más importantes medidas tomadas por los hebreos para destruir los restos de la independencia de las naciones y de la libertad de los pueblos.

Este asunto pensábamos dejarlo, como muchos otros, para el segundo tomo de esta obra, pero una desagradable noticia que nos dieron antes de terminar este capítulo, nos obligó a incluirlo en la última parte del mismo.

---

[343] Alejo Pelypenko, obispo Ortodoxo, *Infiltración comunista en las Iglesias Cristianas de América*. 2ª edición. Buenos Aires, 1961. pp. 232, 233.

Tanto a la Sociedad de naciones, como después a la Organización de las Naciones Unidas, quiso el judaísmo convertirlas ene se super-estado con poderes suficientes para suprimir la independencia de los pueblos, pero las resistencias provocadas por el celo de muchas naciones para salvaguardar su soberanía, obligó al imperialismo hebreo a reconocer esa soberanía, con el fin de poder englobar en dichas asociaciones de estados a la gran mayoría o a la totalidad de ellos, muchos de los cuales se hubieran negado a formar parte de tales asociaciones, si se hubiera atentado contra su independencia. Por ello, el judaísmo se vio obligado a establecer dos organizaciones superestatales con poderes muy limitados. Todo eso fue aceptado transitoriamente, mientras en forma paulatina podían irles dando mayores poderes hasta suprimir por completo la soberanía de los estados. Y uno de los pasos preparatorios para realizar tal finalidad es la proyectada policía mundial, con derecho a funcionar y ejercer jurisdicción en el seno de los distintos Estados del mundo. Lo que nos parecería inusitado e increíble, si no fuera porque la fuente que nos lo informa ha demostrado que sus anteriores informaciones han sido confirmadas todas por los hechos, es que ahora tratan de utilizar ni más ni menos que a Su Santidad Juan XXIII, el Papa ahora reinante para proponer al mundo la formación de esa policía mundial. Proyectan utilizar esas fuertes influencias que afirman tener en el Vaticano, para lograr que semejante proposición se incluya en algún documento que lo defina como doctrina de la Santa Iglesia. Asimismo planean lograr que la Santa Sede se convierta en una especie de satélite de la Sinagoga de Satanás, que incluso le sirva de vocero cada vez que se crea conveniente utilizarla, para que en nombre de la Santa Iglesia haga proposiciones o definiciones de doctrina que favorezcan directa o indirectamente los planes políticos del judaísmo internacional, incluyendo en ellos, como es natural, aquellos relacionados con la condenación de los patriotas que luchan contra el imperialismo hebreo, o con medidas que en una u otra forma faciliten el triunfo del socialismo marxista y de la política del Kremlin. Estos proyectos judíos, además de satánicos, nos parecen monstruosos, y demuestran una vez más, que así como los escribas y fariseos constantemente estaban tentando a Cristo Nuestro Señor, procurando hacerlo caer en la trampa para luego tener argumentos para aniquilarlo, los sucesores de dichos escribas y fariseos, heredando los sistemas de sus antecesores, tratan de ponerles trampas constantemente a los máximos jerarcas eclesiásticos, para que si caen en ellas, les brinden los argumentos que necesitan para desprestigiar a la Santa Iglesia y preparar su desintegración.

En el actual pontificado, la Sinagoga de Satanás se está comportando como en los tiempos de algunos antipapas criptojudíos o satélites del judaísmo, pues cree tenerlo ya casi todo en sus manos.

Pero con lo que no cuentan es con la asistencia que Cristo Nuestro Señor ha dado siempre a su Santa Iglesia, la cual ha hecho fracasar siempre las conjuras infernales de la sinagoga. Por ejemplo, en los tiempos de S.S. Pío IX, las fuerzas judaico-masónicas ya cantaban también victoria. Llegaron a jactarse de que dicho Papa era masón. Pero Dios Nuestro Señor iluminó a tiempo al Vicario de Cristo, que acabó por abrir los ojos, descubriendo las infames intrigas del judaísmo. Entre las medidas que hicieron ver claramente su cambio de política destaca la de haber encerrado a los judíos una vez más en el guetto.

En otras ocasiones el pontificado ha sido capturado por cardenales criptojudíos o satélites de la sinagoga, que han desbarrado en todos los órdenes, pero en tales casos la asistencia de Dios a su Santa Iglesia se ha manifestado iluminando y dando fuerza a otros jerarcas de la misma que supieron organizar santos concilios y convencer a los Padres de la necesidad de desconocer su carácter de Papas a los sucesores de Judas Iscariote, declarándolos antipapas y, como en el caso de Pierleoni, nulos todos sus actos, declaraciones doctrinarias y ordenaciones de clérigos; aunque éstos hayan estado durante muchos años o toda su vida en Roma, sentados en el trono de San Pedro y hayan sido electos por una mayoría de dos terceras partes de los cardenales.

Es también revelador el caso de otro conocido Papa, el primer Juan XXIII, que convocó primero al santo Concilio de Roma el primero de abril de 1412 y después al Concilio Ecuménico de Constanza en 1413. Acusado por el santo Sínodo Universal en su séptima sesión del 2 de mayo de ser hereje, simoníaco, escandaloso e incorregible y en la sesión del 2 de mayo del mismo mes, que fue la doceava, se añadían a los cargos anteriores los de ser notorio simoníaco, dilapidador de los bienes y derechos de muchas iglesias, escandaloso por sus detestables y deshonestas costumbres, pertinaz y reo de otros muchos crímenes; terminando el santo Concilio por destituir a dicho Juan XXIII de su cargo de Papa y privándolo de todo gobierno. Todo lo cual se logró, como en el caso del antipapa Pierleoni, por la ayuda militar que prestaron al santo Concilio algunos poderosos jefes de estados cristianos, que comprendieron que era un deber salvar a la Santa Iglesia y a sus naciones de la amenaza que sobre ellas pendía.

La historia de la Santa Iglesia nos muestra que la asistencia divina a ésta se ha manifestado de muy distintas maneras, pero librándola al fin siempre de las más perversas asechanzas de sus enemigos. Por algo Cristo Nuestro Señor nos prometió que “*las fuerzas del Infierno no prevalecerán contra ella*”.

Capítulo Trigésimo Noveno:

"INFILTRACIÓN JUDEO-MASÓNICA EN LA SOCIEDAD DE LOS JESUITAS"

La "*Enciclopedia Judaica Castellana*" citando a Limborch dice literalmente:

"En Amsterdam y en otras partes encuéntranse agustinos, franciscanos, jesuitas y dominicos que son judíos" [344].

Como hemos podido apreciar, los judíos clandestinos invaden por lo general todas las jerarquías del clero seglar y todas las órdenes monásticas. Sin embrago, con respecto a estas últimas es preciso hacer notar la preferencia que siempre han mostrado para infiltrarse y controlar aquéllas que los hebreos consideran como las más peligrosas, ya que controlándolas pueden nulificarlas. Así, en el siglo XII en que la Orden del Temple constituía para ellos un grandísimo peligro, se dieron a invadirla hasta conquistar silenciosamente sus altos mandos, desviándola en sus finalidades y utilizándola en contra de la Iglesia y de las monarquías cristianas, lo cual fue un verdadero desastre que motivó la rápida acción del papado y de la monarquía cristiana disolviendo la Orden y ejecutando a su Gran Maestre para salvar a la Cristiandad de una catástrofe.

En la Edad Media los judíos dieron preferencia a la infiltración en las Órdenes en que se formaban los cuadros de mando de la Inquisición Pontificia para poder anular la capacidad de lucha de ésta, pero como los franciscanos y dominicos eran especialistas en el conocimiento del problema judío y maestros en la lucha contra el judaísmo, aunque invalidados como hemos visto, pudieron defenderse mejor.

En los tiempos modernos la Orden que ha luchado más en contra de las empresas judías revolucionarias: masonería, espiritismo, teosofía, comunismo., ha sido la benemérita Compañía de Jesús. Esto se debe a que muchos de sus integrantes, lejos de tener absorbido todo el tiempo en Reglas rigurosas y oraciones, tienen libre el tiempo necesario para dedicarse a luchas político-sociales.

Es natural que desde su nacimiento hayan intentado los judíos infiltrarse en forma masiva y apoderarse de la santísima obra de San Ignacio.

En sus principios, como es sabido, la Orden de los jesuitas desempeñó papel decisivo en la Contrarreforma. Debido a ella, se reconquistaron Polonia y otros estados para el catolicismo; y aunque bien pronto los cristianos nuevos que la inundaron se apoderaron de puestos clave en la misma, los auténticos jesuitas lucharon con heroísmo contra la bestia judaica y lograron que se aprobara un estatuto que, como los de otras Órdenes, prohibía el acceso a la Compañía a los católicos descendientes de judíos.

Actualmente todavía existe una disposición prohibiendo al entrada a la Orden a los que desciendan de judíos hasta la tercera generación, pero se ha convertido en letra muerta, ya que si se investiga el árbol genealógico de los falsos católicos criptojudíos de nuestros días, gran parte de ellos podrán demostrar que descienden de cristianos por diez o más generaciones, debido a las falsas conversiones de sus antepasados con anterioridad.

Hasta estos momentos hemos visto en fuentes judías o católicas de reconocida seriedad, que la existencia de jesuitas traidores que en secreto practicaban el judaísmo ha sido un fenómeno frecuente en diversas épocas. Vamos a ampliar a continuación, aunque sea en resumen, el estudio de este lamentable asunto.

Entre las actividades que los jesuitas criptojudíos han practicado, figura destacadamente la de intentar, con intrigas, que la benemérita Compañía fundada para defender a la Iglesia, haga precisamente lo contrario, es decir, que en vez de combatir a los enemigos de la Iglesia luche contra los mejores defensores de ésta para quebrantarlos y abrir el camino de los adversarios.

---

[344] *Enciclopedia Judaica Castellana*, tomo IX, vocablo *Sefardíes*, p. 512, col. 2.

Como es natural, lo primero que hicieron estos criptojudíos disfrazados de jesuitas fue tratar de lanzar a la Compañía contra lo que en su tiempo era el baluarte principal de la Cristiandad, o sea, la Inquisición. Este hecho lo vamos a comprobar con citas tomadas de fuentes judías que gozan de la mayor autoridad en la sinagoga moderna.

La "*Enciclopedia Judaica Castellana*" en su vocablo "*Bahía*", hablando de los falsos cristianos criptojudíos de Brasil dice:

"Es altamente probable la presencia de criptojudíos en bahía desde el mismo día de su fundación, ya que los portugueses necesitados de colonos en sus posesiones en el Hemisferio Occidental se servían de los sospechosos `cristianos nuevos´. Otros muchos `marranos´ emigraron al Brasil para escapar a la Inquisición...Su papel fue también importante en el tráfico de esclavos africanos, nacido de la necesidad de importar trabajadores más resistentes que los indígenas para la dura labor de las plantaciones. A más de plantadores, fabricantes y mercaderes, había algunos médicos `judíos´.

Durante los primeros decenios de la colonización portuguesa, los `marranos´ de bahía gozaron de relativa libertad, pese a la actuación de agentes del Santo Oficio de Lisboa. Las autoridades, atentas a los intereses económicos y fiscales de la Metrópoli, observaron actitud tolerante con la connivencia de los jesuitas, opuestos por entonces a la Inquisición. Los `marranos´ celebraban servicios religiosos (en secreto) y mantenían rabinos" [345].

Aquí tenemos un caso en que la heroica organización de san Ignacio, fundada para defender a la Iglesia de sus enemigos, estaba siendo desviada e inducida a hacer precisamente lo contrario, oponiéndose a la Inquisición, que era la principal defensa de la Iglesia y tolerando a los enemigos de ésta. También se ve aquí, una vez más, la participación de los judíos en el odioso tráfico de esclavos negros, que fue una de sus actividades más productivas en los siglos anteriores.

Se necesita verdadero cinismo para que los actuales falsos cristianos criptojudíos de Brasil, cuyos antepasados capturaron en África como bestias o compraron como animales a los desventurados negros, muy dignos de mejor suerte, ahora acaudillen los movimientos socialistas y comunistas en el Brasil, presentándose como redentores de las masas negras o mulatas de la población, que sus antepasados trajeron encadenadas y destinadas a la esclavitud. Es necesario que negros y mulatos brasileños abran los ojos y sepan que los mismos que redujeron a sus antepasados a la odiosa servidumbre, son los que ahora quieren llevarlos a la peor de las esclavitudes, a la comunista, engañándolos con el señuelo de redimirlos y forjarles un paraíso. Eso mismo ocurrió a sus antepasados que engañados por los mercaderes criptojudíos de esclavos, creyéndoles las mendaces promesas y esperando ser conducidos a una vida mejor, despertaban un buen día con las cadenas de la esclavitud, cuando ya era demasiado tarde para librarse.

Vamos a tomar otro de los muchos casos de este tipo en el mismo Brasil, ya que a tal país hemos dedicado poco espacio en esta obra. Esta terrible lucha que referiremos ocurrió cien años después de la que acabamos de analizar. Los datos los tomamos de otra fuente autorizada, como es el historiador hebreo más famoso de los tiempos actuales, Cecil Roth, que en su "*Historia de los marranos*", después de narrar la represión contra los judíos secretos realizada en Brasil por el Santo Oficio, continúa diciendo textualmente:

"En ese tiempo, un rayo de esperanza atravesó las nubes. Un interregno producido en el cargo del Gran Inquisidor desde 1653 hasta 1672, por más que no influyó sobre las actividades del tribunal, disminuyó en mucho su autoridad. Mientras tanto, había tomado armas en defensa de los cristianos nuevos nada menos que Antonio Vieira, el distinguido jesuita, que se había merecido el sobrenombre de Apóstol del Brasil. Urgió a Juan IV a suprimir las confiscaciones y a remover las diferencias que aún subsistían entre los cristianos nuevos y viejos. Su libertad de opinión malquistóle con el Santo Oficio. Después de sufrir una prisión de tres años (1665-1667), sus escritos fueron condenados, y él mismo

[345] *Enciclopedia Judaica Castellana*, tomo II, vocablo *Bahía*, pp. 41, 42 , 43.

penitenciado formalmente. Su experiencia de los horrores del Santo Oficio acreció su simpatía por los oprimidos. Fuese a Roma, donde, en la ciudadela del cristianismo, atacó a la Inquisición portuguesa como a un tribunal impío, inspirado más por la codicia que por la piedad, que condenaba al inocente con tanta frecuencia como al culpable, y era enemigo de los mejores intereses cristianos.

La Sociedad (Compañía) de Jesús, resentida por el trato de que había sido objeto uno de sus miembros más distinguidos, apoyó su causa. Alentados por el giro que tomaban los acontecimientos, los neocristianos apelaron a la corona para que hiciese algunas reformas definitivas, incluso el libre perdón de las personas sometidas a proceso, y la modificación del procedimiento inquisitorial por la adopción de las formas más humanas usuales en Roma. En recompensa por tan moderadas concesiones, ofrecíanse a pagar anualmente 20.000 `cruzados´, a colocar 4000 soldados en la India, y a enviar cada año un refuerzo de 12000, y otros 300 adicionales en caso de guerra. La Inquisición protestó enérgicamente; pero la apelación estaba apoyada por muchos de los más grandes magnates del reino, incluso por la facultad de la Universidad de Coimbra (que como vimos estaba infestada por criptojudíos) y por el arzobispo de Lisboa en persona. Aprobósela, en consecuencia, y fue enviada a Roma para la decisión final. Allí, Francisco de Azevedo, representante de los cristianos nuevos, preparó junto con Vieira una tajante denuncia, de la que se transparentaba que la Inquisición portuguesa no era sino un instrumento de opresión, que se enriquecía con el `chantage´ y estaba en acecho de toda persona que tuviese sangre neocristiana. Los últimos, sosteníase, eran todos fervientes católicos, condenados por `negativos´, es decir, porque negaban el judaísmo, o reconciliados como resultado de una falsa confesión. Después de una larga lucha, los cristianos nuevos ganaron la partida. El 3 de octubre de 1674, el papa Clemente X suspendió las actividades de los tribunales portugueses y ordenó el traslado de los casos importantes a Roma. Como los inquisidores se rehusaron a cooperar en la investigación realizada después, so pretexto de que revelaría los secretos del procedimiento, fue pronunciado un interdicto contra ellos; y por último, el 27 de mayo de 1679 fueron suspendidos en sus cargos.

El alivio fue sólo momentáneo. El 22 de agosto de 1681 removióse la suspensión, después de haber sido dispuestas algunas reformas de poca importancia. La reanudación de las actividades en Portugal se celebró con procesiones triunfales e iluminaciones de gala. En enero del año siguiente celebróse en Coimbra el primer Auto de Fe después del interdicto. Fue superado pocos meses más tarde en Lisboa, donde el 10 de mayo cuatro personas murieron quemadas, tres de ellas vivas, por impenitentes. Entre los últimos incluíase a un abogado de Aviz, Miguel Henriques (Isaac) de Fungoça; Antonio de Aguiar, alias Aarón Cohen Faya, de Lamunilla, cerca de Madrid; y Gaspar (Abraham) López Pereira, llorados todos por los literatos de Ámsterdam por mártires".

Sigue narrando el famoso historiador israelita los autos de fe en que fueron quemados diversos judíos secretos, culminando esta terrible lucha en la siguiente forma, descrita por el investigador hebreo:

"La reanudación fue señalada por una orden de septiembre de 1683, que desterraba del reino a todas las personas reconciliadas por judaizantes, dentro del imposible término de dos meses. Debían dejar, además, a sus hijos menores de siete años, hasta que probasen que vivían como verdaderos cristianos en sus nuevos hogares. El rápido crecimiento de las comunidades de la diáspora observada por aquel tiempo debióse en parte a esa medida, suspendida sólo al estallar la guerra con Francia en 1704" [346].

Después, afirman tanto éste como otros ilustres historiadores hebreos que a pesar de esto el judaísmo clandestino pudo sobrevivir en Portugal y Brasil, lo que significa que pudieron burlar la represión inquisitorial.

---

[346] Cecil Roth, *Historia de los marranos*, Buenos Aires, Cap. XIV, pp. 257, 258, 259.

El caso que acabamos de analizar es un significativo ejemplo de cómo la Sinagoga de Satanás ha utilizado a la Compañía de Jesús para destruir las defensas de la Santa Iglesia, contrariando los propósitos de San Ignacio de Loyola y demás beneméritos fundadores de la Orden. Nos ilustra también al señalarnos el hecho grave de un mal jesuita o un grupo de malos jesuitas que pueden enfrascarse en una lucha injusta contra los auténticos defensores de la Iglesia y arrastrar después a toda la Orden, utilizando el noble espíritu de solidaridad que tiene la benemérita Compañía para con sus integrantes. Nos permitimos, con todo el respeto y aprecio que nos merece la Orden de los Jesuitas, dar la voz de alarma contra tal tipo de maniobras frecuentes en estos tiempos aciagos.

Pero es más, el interés especial que ha puesto la Sinagoga de Satanás es infiltrar y controlar la Compañía de Jesús queda demostrado en una obra oficial de la francmasonería que acabamos de recibir, enviada por ese grupo de piadosos clérigos latinoamericanos que llevados del noble afán de salvar a la Santa Iglesia nos ha estado enviando copiosa bibliografía de América, tan inapreciable y útil para la rápida elaboración de este libro al ahorrarnos viajes costosos y búsquedas bibliográficas que hubieran retardado la publicación de esta obra. Nos referimos al "*Diccionario Enciclopédico Abreviado de la Masonería*", elaborado por el masón de grado 33 Lorenzo Frau Abrines, que en su vocablo *Pascalis* o *Pascualis* dice textualmente:

"Pascalis o Pascualis (Martínez). Teósofo judío y célebre iluminado, jefe de la secta de los Martinitas...formó una escuela de cabalistas, dándose a conocer por primera vez en 1754 como creador de un Rito filosófico clerical y jesuítico al que dio el nombre de Rito de los Elegidos Coens...De sus escritos se deduce que la doctrina de Martínez Pascalis se basa en la tradición cabalística de los judíos" [347].

Refiriéndose dicho diccionario masónico a este mismo rito, en su vocablo *Elegidos Coens*, señala literalmente:

"Elegidos Coens. Nombre de un Rito filosófico, clerical y ultra jesuítico fundado en 1754 por un judío portugués llamado Martínez Pascalis. Coens en hebreo significa `Sacerdotes´". [348].

De los intentos repetidos de la judeo-masonería por infiltrar y controlar la Compañía de Jesús, nos da una evidencia otro rito masónico creado con tan siniestro fin. Al efecto, el referido diccionario enciclopédico oficial de la masonería en su vocablo *Estricta Observancia*, enseña:

"Estricta Observancia. Nombre de un Rito que se ha dividido en muchísimos más y que constituye la más completa expresión del sistema Templario en Masonería. Este Rito fue la tercera innovación masónica de los jesuitas, los cuales alentaron entre sus adeptos la esperanza de entrar en posesión de las riquezas de los Antiguos Templarios. La historia cronológica de sus Grandes Maestros corresponde a la historia de los Generales de la Compañía de Jesús. El Rito de la Estricta Observancia fue establecido de manera definitiva en Alemania entre los años 1760 y 1763 por el hermano Carlos Gathel, barón de Hund, quien agregó a la Orden un grado a los seis que al principio se habían establecido. El Rito quedó organizado en los siete grados siguientes: Aprendiz, Compañero, maestro, Maestro Escocés, Novicio, Templarios en las tres clases: Eques, Socius y Armiger, y `Eques professus´" [349].

El hecho de que desde su fundación hayan nombrado, según parece en este rito destinado a controlar jesuitas, un nuevo Gran Maestre cada vez que era elegido un nuevo Padre General de la Orden, indica la persistencia con que el judaísmo y su satélite la masonería han querido infiltrar y dominar la santa obra de San Ignacio.

---

[347] Lorenzo Frau Abrines, M. M.., Grado 33 del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, *Diccionario enciclopédico abreviado de la masonería*, 2ª. Ed. México, D.F.: Compañía General de Ediciones, 22 de nov. De 1960. Vocablo *Pascalis o Pascualis*, p. 349, col. 1 y 2.

[348] Lorenzo Frau Abrines, obra citada, vocablo *Elegidos Coens*, p. 156, col. 1.

[349] Lorenzo Frau Abrines, obra citada, vocablo *Estricta Observancia*, pp. 182, 183, col. 1 y 2.

Por otra parte, ese deseo muy especial de ligar ese rito masónico con la Orden Templaria es muy significativo. No debemos olvidar que la Orden del Temple, fundada para defender a la Santa Iglesia de sus enemigos, fue infiltrada por la Sinagoga de Satanás, hasta que lograron los criptojudíos escalar sus puestos dirigentes, desviándola entonces de sus primitivas finalidades y convirtiéndola en grave peligro para la Iglesia y para los pueblos cristianos. Es preciso también tomar en cuenta que en los procesos seguidos contra los templarios quedé evidente el esfuerzo hecho para encubrirse con habilidad, ya que aun controlada la cristiana Orden por el enemigo, en sus círculos oficiales y visibles seguía siendo aparentemente adicta a la Santa Iglesia, no obstante que en círculos secretísimos se enrolaba a los cristianos templarios más fáciles de controlar, para irlos despojando poco a poco de sus creencias religiosas hasta convertirlos en satélites secretos del judaísmo.

Las infiltraciones de la sinagoga y de la masonería dentro de la Compañía de Jesús visiblemente persiguen idénticas finalidades, pues al parecer lo que este rito masónico-templario de jesuitas pretende, es convertir a la Compañía de Jesús en una nueva Orden del Temple, que conservando su estructura visible y oficial su carácter de Orden religiosa católica, acabe por ser dominada secretamente por los enemigos de la Iglesia y utilizada luego para destruir a los defensores de ésta, facilitando el triunfo del judaísmo y de sus satélites, la masonería y el comunismo.

El valioso documento masónico que estamos analizando nos informa que incluso otros ritos cismáticos de la masonería, llamados por lo mismo bastardos, pero controlados también por judíos cabalistas, han sido organizados para infiltrar y dominar la benemérita obra de San Ignacio de Loyola. Al efecto, en su vocablo: *Clérigos de la Estricta Observancia*, podemos leer textualmente lo siguiente:

"Clérigos de la Estricta Observancia. Nombre de un Rito jesuítico y bastardo, compuesto de cabalistas, alquimistas, nigromantes y miembros de la Compañía de Jesús" [350].

Al parecer este es un rito masónico producto de un cisma operado en el Rito de la Estricta Observancia, que según lo indica el mencionado diccionario masónico fue desgarrado por cismas.

En realidad, siendo de origen hebreo ambos ritos, es preciso hacer notar que en el judaísmo ocurren con frecuencia divisiones internas reflejadas en cismas que cada facción hebrea provoca en la organización masónica dominada inicialmente por la célula secreta judía, que es desgarrada por su propia disensión. El hecho de que en este rito masónico destinado a controlar jesuitas haya nigromantes, nada tiene de extraño, ya que hemos demostrado que han sido los hebreos los principales propagadores del culto a Lucifer y de la magia negra. Por otra parte, en los procesos de muchos templarios se llegó a descubrir que en ciertos círculos secretísimos de la Orden se rendía culto al demonio, aunque la estructura pública y visible de la Orden del Temple aparecía tan cristiana y tan ortodoxa como en sus buenos tiempos.

Los espeluznantes hechos que estamos describiendo tomados de obras oficiales del judaísmo y de la masonería, nos hacen ver claramente la diabólica insistencia de la Sinagoga de Satanás en infiltrar y dominar la Compañía de Jesús, que en los tiempos modernos ha sido para ellos la Orden católica más combativa y peligrosa, para utilizarla luego en contra de la Santa Iglesia como lo hicieron hace más o menos siete siglos con la Orden Templaria.

Pero lo que más interesaría saber al mundo católico sería hasta qué punto ha logrado el judaísmo sus propósitos de convertir a la Compañía de Jesús en un satélite; sin embargo, la carencia actual de un Tribunal de la Santa Inquisición o de una institución similar que con medios eficaces pudiera averiguarlo, nos impide realizar una investigación adecuada al respecto. No obstante, ciertos hechos nos demuestran que existe un proceso perceptible de judaización en algunos sectores de la Orden de San Ignacio: hay jesuitas que se dedican en

[350] Lorenzo Frau Abrines, obra citada, vocablo *Clérigos de la Estricta Observancia*, p. 113, col. 2.

forma inexplicable a defender a los judíos y a la Sinagoga de Satanás en perjuicio de la Cristiandad; hay jesuitas que en lugar de combatir a los enemigos de la Iglesia los favorecen por todos los medios posibles, mientras por otra parte atacan en forma cruel y anticristiana a los defensores de la Iglesia, sobre todo a quienes luchan con eficacia y tenacidad en contra del judaísmo, de la masonería y del comunismo; hay jesuitas que favorecen el triunfo de las revoluciones masónicas y comunistas, realizando labor subversiva y tenaz contra los pocos gobiernos católicos que existen en el mundo, y lo que es todavía más extraño de todo, es que cuando los buenos y luchadores jesuitas, que por fortuna todavía abundan, defienden a la Iglesia de sus enemigos, sobre todo del judaísmo, de la masonería o del comunismo, se ven hostilizados en forma inexplicable en el seno de sus misma Orden por otros jesuitas que organizan intrigas contra ellos hasta que logran anularlos, o consiguen que los Superiores les impidan seguir luchando contra los enemigos de la Iglesia; en otros casos, ilustres jesuitas de gran inteligencia y que por su gran capacidad podrían hacer mucho bien a la Compañía y a la Cristiandad, se ven postergados y prácticamente anulados, perdiendo la Orden y la Santa Iglesia la oportunidad de aprovechar el rendimiento eficaz de hombres tan valiosos. Todo esto da la impresión de que el enemigo tiene ya muy metida la cola en al benemérita obra de San Ignacio.

Esperamos que la Orden de los Jesuitas todavía pueda salvarse de las asechanzas de sus enemigos, ya que la mayoría de sus componentes son hombres virtuosos y sinceros católicos que ingresaron a ella por servir a Dios; y que si los quintacolumnistas criptojudíos y sus cómplices masones han logrado algunas veces realizar progresos en sus intentos de conquistar esa fortaleza, ha sido porque lo han ejecutado en el más profundo secreto y empleado siempre los más hábiles engaños. Hemos creído sinceramente que dando la voz de alerta y desenmascarando al enemigo brindaremos nuestra humilde ayuda a los virtuosos jesuitas que aún pueden salvar a la Compañía de una posible catástrofe.

Como podrá percatarse el lector, en estos dos últimos capítulos utilizamos datos sacados de fuentes oficiales del judaísmo y de la masonería, que no pueden ser tachadas de antisemitismo o de fanático clericalismo, pero quienes quieran profundizar en el estudio de estas materias y sobre todo de los medios que han utilizado en distintas épocas los frailes y monjas criptojudíos para poder ejercitar sus prácticas en la vida rigurosa de los conventos, pueden satisfacer plenamente su anhelo investigando en los archivos de la Santa Inquisición a que nos hemos referido en otro lugar de la presente obra.

Tanto en el archivo de la Torre do Tombo en Portugal como en el de Simancas en España, en los antes mencionados de Italia, de Francia y de otras naciones del mundo, se encuentran los expedientes manuscritos originales de innumerables procesos seguidos por el Santo Oficio contra jesuitas, dominicos, franciscanos y frailes y monjas de las distintas órdenes religiosas, figurando entre ellos hasta priores de convento y dignatarios de las órdenes, convictos y confesos de practicar en secreto el judaísmo en la vida apacible de los más rigurosos conventos. Todo esto nos parecería increíble de no concurrir al lado de la confesión de parte judía y masónica la existencia de millares de procesos inquisitoriales que confirman con lujo de datos esta horrenda realidad, procesos en los que se puede percibir la labor subversiva que realizaban y las horribles blasfemias que proferían en secreto contra Cristo Nuestro Señor y la Santísima Virgen estos frailes y monjas que en apariencia llevaban con santa resignación la Regla de sus órdenes religiosas.

Antes de terminar este capítulo creemos urgente llamar la atención de los organizadores de asociaciones y partidos políticos patrióticos sobre el peligro existente de que el judaísmo y la masonería se infiltren en tales organizaciones y lleguen a controlarlas o cuando menos a llevarlas al fracaso. Muchos ingenuos creen que la infiltración de tales enemigos carece de importancia; otros, no menos inocentes, se imaginan que es muy fácil evitar tal invasión. Los que con lamentable candidez piensan una u otra cosa, es bueno que tomen en cuenta que el clero católico y las órdenes religiosas, por diversos motivos, son instituciones mucho más

sólidas y difíciles de infiltrar que los simples partidos y asociaciones políticas de nuestros tiempos; y que si el judaísmo ha logrado introducirse en los primeros, incluso en tiempos en que la Inquisición ponía todo su empeño en impedirlo, con mayor razón podrá la sinagoga infiltrar asociaciones políticas o sociales en que no existe ni voto de castidad, voto de pobreza, voto de obediencia, vida de claustro rigurosa, disciplina absoluta, ni todo aquello que en las órdenes religiosas ha frenado, aunque no impedido, la infiltración mortal de los enemigos de la humanidad.

Deben pues, los jefes de los movimientos políticos poner todos los medios a su alcance para impedir a los judíos el ingreso a sus filas y también a los descendientes de judíos y a los masones o comunistas, ya que si no lo logran, el enemigo introducido en las entrañas de dichos movimientos podrá llevarlos al fracaso. Podemos asegurar que la capacidad de triunfo de una asociación política, cristiana o gentil, depende en gran parte de que pueda lograr su victoria antes de que la infiltración judía, masónica o comunista, pueda frustrársela.

La necesidad de eliminar a los cristianos descendientes de hebreos radica en el hecho demostrado, a través de los siglos, de que en su inmensa mayoría son sólo cristianos en apariencia, pero judíos en secreto, como lo hemos demostrado con documentos y fuentes de indiscutible veracidad en el curso de esta obra.

Se trata aquí de una triste realidad política demostrada hasta la saciedad, no de prejuicios raciales que como cristianos estamos muy lejos de abrigar, ya que como seguidores del Divino Jesús consideramos a todos los hombres iguales ante Dios y ante la ley; pero una cosa es carecer de prejuicios raciales y otra muy distinta es dejarse invadir, a sabiendas, por la quinta columna de un enemigo que quiere esclavizarnos o destruirnos. Al defendernos de tal invasión estamos simplemente ejerciendo un derecho natural de legítima defensa.

Capítulo Cuadragésimo:

"LAS CONJURAS DE LA HISTORIA Y DE LOS RITOS"

Los judíos han convertido la falsificación de la Historia en uno de los grandes secretos de sus triunfos, quizá en el más importante de todos. Sin ella, el imperialismo judaico en vez de tener dominado ya casi todo el mundo, hubiera sido derrotados seguramente por las instituciones y los pueblos amenazados, como ocurrió varias veces a través de la Edad Media, cuando tanto la Santa Iglesia como las naciones cristianas conocían al enemigo que las acechaba y podían defenderse de él. Ese conocimiento provenía principalmente de las crónicas y estudios históricos, eclesiásticos y civiles, que narraban en forma auténtica los intentos anteriores del judaísmo para dominar a los cristianos, explotarlos, adueñarse de sus gobiernos, destruir a la Santa Iglesia, provocar cismas, organizar herejías demoledoras o conspirar contra los pueblos cristianos.

Con el conocimiento de la verdad histórica, las generaciones de cristianos y gentiles podían identificar siempre a sus principales enemigos, cuidarse de ellos y hacer fracasar sus renovados planes subversivos y dominadores. De la misma manera, con el conocimiento de la verdad histórica, los sacerdotes y dignidades de la Santa Iglesia se daban cuenta plena de que el más enconado enemigo de Cristo y de la Cristiandad era el judaísmo satánico, quedando así en condiciones de defender a la Iglesia de todas sus asechanzas, pues para vencer a un enemigo lo primero que se necesita es conocer su existencia. No hay nada tan peligroso como un adversario.

El imperialismo judío lo comprendió muy a tiempo y por eso gastaba energías gigantescas en una serie de movimientos herético-revolucionarios con intentos de conquista política, aunque eran sangrientamente derrotados, con pérdidas enormes para la Sinagoga de Satanás. Estos infaustos resultados le enseñaron a dedicar con verdadera atención parte de sus energías a una labor organizada a largo plazo, para falsificar la historia civil y religiosa de los cristianos, amputándole todo aquello relacionado con las conspiraciones, agresiones o movimientos revolucionarios de los judíos, hasta lograr la eliminación en los textos de historia de toda alusión a la participación de los judíos en dichas actividades que desde hace siglos han realizado y preparado con perseverancia y energías dignas de mejor causa.

Si se quieren comprobar estos asertos, puede hacerse un estudio comparativo entre la versión que dan de los mismos hechos las crónicas e historias medievales y la que dan las historias elaboradas en nuestra época. Se puede encontrar sin dificultad, al llevar a cabo la confrontación, que de estas últimas han sido cuidadosamente eliminadas todas y cada una de las alusiones hechas en las crónicas medievales a la participación de los judíos en complots, revueltas, crímenes, traiciones al rey y a la nación respectiva, etc., cuando que los textos modernos de historia deberían reproducir la verdad tal como está consignada en las fuentes que les sirvieron de base.

Lo mismo ocurre con los textos históricos de la Santa Iglesia católica. Los clérigos que se interesan en esta clase de estudios, que hagan una minuciosa comparación entre las historias y crónicas de la Iglesia, los escritos de los Padres, las bulas y actas de los concilios elaboradas entre los siglos I y XV de la Era Cristiana sobre hechos ocurridos en esos tiempos y las narraciones históricas que sobre esos mismos hechos se han escrito en nuestra época, y podemos asegurarles el mayor asombro, ante las misteriosas omisiones de las Historias modernas de la Iglesia, que eliminan cuidadosamente toda alusión hecha en las crónicas y documentos antiguos que les sirvieron de antecedente, siempre que se trate de la intervención de los judíos en las herejías y movimientos de toda clase contra la Iglesia y los Papas, o en los crímenes y conjuras contra los pueblos cristianos.

Es evidente que en los textos de historia de distintos países hay diferentes errores sobre unos u otros hechos, pero lo que es sumamente extraño y revelador es que en todos, o en casi

todos lo textos modernos, han quedado eliminadas precisamente, como curiosa coincidencia, todas las referencias que figuran en las historias, crónicas y documentos medievales sobre la intervención subversiva y dañina de los judíos en los acontecimientos históricos de esa época. Sería ridículo pensar que tan general como permanente circunstancia se haya debido a la casualidad, a una especie de arte de magia que hizo desaparecer de los textos de historia solamente un renglón de las actividades sociales; exactamente aquéllas cuyo conocimiento por las nuevas generaciones serviría para mantenerlas alerta y con el ánimo dispuesto a defenderse del judaísmo. Se ve, pues, que ha existido una labor organizada a través de los siglos para ir eliminando de las nuevas fuentes históricas todo aquello que puede perjudicar a los judíos en sus planes de dominio mundial.

Cualquier investigador serio podrá percatarse de que esta mutilación de las crónicas y textos históricos fue siendo más frecuente y generalizada a medida que los judíos y, principalmente, los falsos conversos al cristianismo, fueron infiltrándose en la sociedad cristiana y adquiriendo en ella mayor influencia; y por lo que respecta a la historia de la Iglesia, las mutilaciones fueron siendo mayores cuanto mayor fue la afluencia de cristianos nuevos criptojudíos que se introdujeron en el clero de la Santa Iglesia con miras a adueñarse de ella por dentro o de desgarrarla con cismas y herejías. Así, por ejemplo, podemos observar que hasta el siglo XI de la Era Cristiana las crónicas y documentos hacen mención a la dañina y destructiva participación de los judíos en los acontecimientos sociales, como hace alusión a los demás acontecimientos históricos interesantes, pero que a partir del siglo XV empezaron a aparecer como escritos por cristianos y hasta por clérigos católicos, textos históricos cuyos autores eran por lo general judíos conversos o descendientes de conversos, textos en los cuales se empezaban a eliminar cuidadosamente las alusiones a las maldades de los hebreos, mencionados sin embargo en otras crónicas escritas por verdaderos cristianos. Se llegó en dichos textos a omitir cualquier dato referente a la participación de los judíos en algunos acontecimientos y hasta incluso se intentó falsificar ciertos hechos.

Lo más grave del caso es que a medida que los historiadores y cronistas criptojudíos descendientes de los falsos conversos al cristianismo iban multiplicando los textos de historia y las crónicas de su época, los historiadores auténticamente cristianos, yéndose por el camino más fácil, se documentaban en esas fuentes ya mutiladas, sin tener la acuciosidad de recurrir a los datos más antiguos y fidedignos que consignaban los acontecimientos sin supresiones malintencionadas. Así podrá comprobarse que ya en el siglo XIX casi ningún texto de historia, ya sea eclesiástica o civil, y ni siquiera en los elaborados por personas de buena fe, aparecen referencias a la nociva actuación de los judíos en los siglos anteriores. Hemos llegado a la triste situación de tener que recurrir a los textos de historia judía destinados al consumo interno de las sinagoga para reconstruir, en gran parte, la verdadera historia de la Santa Iglesia.

Ante el hecho incontrovertible de que en la actualidad, tanto la historia de la Iglesia que se estudia en los seminarios, como la civil que se estudia en escuelas y universidades, están incompletas y deformadas al faltarles todo aquello que pueda dar una idea de quiénes son los más constantes y peores enemigos de la iglesia y de la humanidad, es verdaderamente urgente que se ponga especial empeño por quienes tienen recursos financieros para hacerlo, en financiar la dedicación de investigadores libres de toda sospecha de complicidad con el judaísmo para que se dediquen a reconstruir la verdadera historia de la Santa Iglesia y también la auténtica historia de Europa. De esta forma se logrará que las nuevas generaciones de civiles y de eclesiásticos se libren de esta oscura venda que tienen ante los ojos y estén en constante alerta, listos para defenderse de los nuevos embates y conspiraciones fraguados por el enemigo.

Será decisivo que se ponga empeño capital en lograr que en los seminarios destinados a formar los futuros clérigos de la Iglesia, se les instruya a fondo sobre el peligro judío, como se hacía en siglos anteriores, ya que un clero que ni siquiera conoce la conspiración mortal

urdida contra la Iglesia por sus más poderosos enemigos, será incapaz de defender a la Iglesia y a sus fieles de las garras del lobo, perdiendo tal clero la función vital que le asignó Cristo Nuestro Señor, o sea, cuidar a las ovejas contra el lobo. En vista de ello autorizamos a los obispos y directores de seminarios que quieran imponer esta obra como libro de texto para los seminarios a que lo hagan, haciendo de él traducciones y ediciones, sin cobrarles nosotros derechos de autor.

La santa Iglesia, en su liturgia y en sus ritos, hace constante referencia a la peligrosidad de los judíos, a su perfidia y a su odio perverso contra Cristo y su Iglesia. Esta prevención molesta mucho a los judíos, porque supone una alerta constante sobre algo que los hebreos quisieran borrar de la mente de los cristianos: su perversidad y peligrosidad, de las que hay que cuidarse mucho. Por eso ahora quieren dar un paso increíble por su audacia, aprovechándose del actual Concilio Ecuménico Vaticano II, con el fin de gestionar por medio de su quinta columna en el seno de la Santa Iglesia, una verdadera reforma en ésta consistente en cambiar la liturgia y los ritos, eliminando todas las alusiones a la perversidad y peligrosidad de los hebreos.

Con esto los judíos y sus cómplices dentro del clero pretenden reforzar la venda que han puesto desde hace tiempo en los ojos de los cristianos y de sus jerarcas religiosos, que ignorando quién es el enemigo capital de la Iglesia y de la Cristiandad, ni siquiera tienen posibilidad de defenderse.

Es preciso tomar en cuenta que todos los celosos clérigos que fueron elaborando con cuidado la liturgia y los ritos, así como la Santa Iglesia que durante siglos los ha hecho suyos, tuvieron fundadísimas razones para hacer ciertas alusiones muy claras contra los judíos. La Santa Iglesia, al haberlos aceptado, lejos de equivocarse como lo pretenden los que están haciendo el juego al judaísmo, estuvo como institución divina que es, del todo acertada.

La otra parte de este mismo plan, consistente en eliminar la Tradición como fuente de revelación, ha sido estudiada en otros capítulos en los que se ha hecho hincapié en que el objeto principal de esta infame maniobra no es otro que eliminar como doctrina de la Iglesia la establecida en bulas, cánones conciliares y doctrina de los Padres, de tendencia profundamente antijudía, aunque las razones aparentes aducidas sean muy distintas.

Capítulo Cuadragésimo Primero:

"PAPAS, PADRES DE LA IGLESIA Y SANTOS LUCHAN CONTRA LOS JUDÍOS Y LOS CONDENAN. LA VERDADERA DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE LOS JUDÍOS"

El gran Papa Gregorio VII, el famoso Hildebrando, gran reformador y organizador de la Santa Iglesia, en carta dirigida al rey Alfonso VI de castilla, decía textualmente:

"Nosotros amonestamos a su Alteza, para que cese de tolerar que los judíos gobiernen sobre los cristianos y ejerzan autoridad sobre ellos. Ya que permitir que los cristianos estén subordinados a los judíos y estén sujetos a su arbitrio, es lo mismo que oprimir a la Iglesia de Dios y exaltar a la Sinagoga de Satanás. Desear agradar a los enemigos de Cristo, significa ultrajar a Cristo mismo" [351].

Sin embargo, este gran Papa se opuso terminantemente a que se presionara a los hebreos para que se bautizaran, ya que sabía lo peligrosas que eran las falsas conversiones; debido a ello, tomó medidas para evitar este tipo de errores, protegiendo a los judíos en contra del excesivo celo proselitista de algunos fanáticos.

El gran Papa Gregorio VII luchaba, pues, sin descanso por impedir que los judíos ejercieran dominio sobre los cristianos, ya que según él, eso equivalía a oprimir a la Santa Iglesia y a exaltar a la Sinagoga de Satanás. Pero es más: afirmaba que agradar a esos enemigos de Cristo era ultrajar a Este. ¿Qué podían decir sobre esto los quintacolumnistas que están haciendo en la actualidad todo lo contrario de lo que ordenó el Papa Gregorio VII? Lo mismo que sostenía firmemente este famoso Pontífice, uno de los más célebres que haya tenido la Iglesia en toda su historia, es lo que propugnan quienes luchan actualmente contra el imperialismo judaico y que por ello son llamados antisemitas, es decir, impedir que los israelitas ejerzan dominio sobre los cristianos, ultrajando con ello a Cristo y a su Iglesia y perjudicando gravemente a las naciones cristianas.

San Ambrosio, Obispo de Milán y gran Padre de la Iglesia, dijo a su grey que la sinagoga era:

"...una casa de impiedad, un receptáculo de maldades, que Dios mismo había condenado..." [352].

Y cuando las masas cristianas, debido a las pérfidas acciones de los hebreos, no pudieron reprimir su ira y quemaron una sinagoga, San Ambrosio no sólo les dio todo su respaldo, sino que señaló:

"Yo declaro que prendí fuego a la sinagoga o que cuando menos yo ordené a esas personas que lo hicieran...Y si se me objeta que yo no prendí personalmente fuego a la sinagoga, yo contesto, que empezó a ser quemada por juicio de Dios" [353].

Y no debemos olvidar que San Ambrosio de Milán está reconocido en la Santa Iglesia como modelo de obispo, digno de imitar y como uno de los ejemplos más preclaros de la caridad cristiana. Esto demuestra que la caridad no debe utilizarse para proteger a las fuerzas del mal.

Santo Tomás de Aquino, conociendo el peligro que significaban los judíos en la sociedad cristiana, aceptaba que los hebreos fueran sujetos a perpetua servidumbre.

Un escritor filosemita que se queja de esto, afirma textualmente:

"...Aquino aceptó el punto de vista imperante en esos tiempos, que ellos deberían ser obligados a vivir en perpetua servidumbre..." [354].

---

[351] Papa Gregorio VII, *Regesta* IX-2.
[352] San Ambrosio, Obispo de Milán. Gran Padre de la Iglesia. Carta IX al Emperador Teodosio.
[353] San Ambrosio, carta citada.
[354] Malcolm Hay, *Europe and the Jews*. Boston: Beacon Press, 1960. Cap. IV, p. 91.

La opinión a este respecto de Santo Tomás de Aquino está plenamente justificada. Si los judíos en todo el país que habitan, están constantemente conspirado por mandato de su religión para conquistar al pueblo que les brindó generosa hospitalidad, si además pugnan por despojarlo de sus bienes y por destruir sus creencias religiosas, no existe otra disyuntiva que: o expulsarlos del país o dejarlos vivir en él, pero sujetos a dura servidumbre, que los tenga atados de manos y les impida causar tanto mal.

Otra gran lumbrera de la Iglesia Universal, Juan Duns Escoto, el Doctor *Subtilis*, fue todavía más lejos que Santo Tomás de Aquino al proponer a la Cristiandad una solución del problema judío sobre la base de la destrucción completa de la diabólica secta. A este respecto, un famoso rabino se queja de que Juan Duns Escoto:

"...sugirió que los niños judíos fueran bautizados a la fuerza y que los padres que se rehusaran a convertirse fueran transportados a una isla donde se les permitiera seguir observando su religión hasta el cumplimiento de la profecía de Isaías (10, 21) acerca de que `los residuos se convertirán´ " [355].

Como se ve, la idea de confinar a los judíos de todo el mundo en una isla donde vivan segregados, sin poder hacer daño a los demás pueblos, no es original de Hitler, sino de uno de los más famosos y autorizados Doctores de la Santa Iglesia.

San Luis Rey de Francia, modelo de santidad y de caridad cristiana, que tuvo la generosidad de devolver a un rey vencido los territorios que le había capturado, cosa que nadie hacía espontáneamente en esos tiempos, en tratándose de los judíos opinaba que cuando ultrajaran a la religión cristiana, lo mejor que podía hacerse era hundirles una espada en el cuerpo lo más profundo que fuera posible [356]. Para entender el punto de vista de San Luis, hay que tener en cuenta que en esos tiempos toda acción subversiva y toda conspiración de los hebreos contra las naciones cristianas, tomaba principalmente el aspecto de herejía y ataque a la religión cristiana, lo que se explica en una época en que la cuestión religiosa era fundamental para cristianos y judíos, quedando todos los asuntos políticos subordinados a ella. El imperialismo judaico, aun en nuestros días, sigue conservando una base profundamente religiosa, como ya lo demostramos con anterioridad.

San Atanasio, gran Padre de la Iglesia, sostuvo que "...los judíos ya no eran el pueblo de Dios, sino los jefes de Sodoma y Gomorra" [357].

San Juan Crisóstomo, otro gran Padre de la Iglesia, refiriéndose a todas las calamidades ocurridas a los judíos en distintas épocas, afirmó:

"Pero son los hombres, dice el judío, quienes nos han acarreado estas desgracias y no Dios. Y ha sido todo lo contrario, pues de hecho Dios quien las acarreó. Si vosotros (judíos) las atribuís a los hombres, se deduce que aun suponiendo que los hombres se hayan atrevido a realizarlas, ellos no hubieran tenido fuerza para ejecutar tales acciones si Dios no lo hubiera deseado" [358].

San Juan Crisóstomo, hace más o menos mil quinientos años, definió claramente lo que eran los judíos, denunciándolos como "nación de asesinos, lujuriosos, rapaces, voraces, pérfidos ladrones".

Luego, refiriéndose el gran Padre de la Iglesia a la tradicional táctica judaica de quejarse de que los hombres les hacen la guerra y los destruyen, queriéndose presentar siempre como víctimas inocentes de los demás hombres, afirma:

---

[355] Rabino Jacob S. Raisin, obra citada. Cap. XIX, p. 525.

[356] Rabino Louis Israel Newman, obra citada, pp. 61-62; Rabino Jacob S. Raisin, obra citada. Cap. XVIII, pp. 482, 483.

[357] San Atanasio, Crta X (A. D. 338).

[358] San Juan Crisóstomo, Sexta homilía contra los judíos.

"Siempre que el judío dice a vosotros: fueron los hombres los que nos hicieron la guerra, fueron los hombres los que conspiraron contra nosotros; contestadles: los hombres no os hubieran hecho la guerra si Dios no lo hubiera permitido" [359].

Otro de los puntos de doctrina católica sostenida por San Juan Crisóstomo es que "Dios odia a los judíos", porque Dios odia el mal; y los judíos, después de haber crucificado a Cristo Nuestro Señor, se convirtieron en le mal sumo. Sostiene en general el ilustre santo la tesis doctrinal de que "un hombre crucificado por vuestras manos, ha sido más fuerte que vosotros y os ha destruido y dispersado...", afirmando que los judíos seguirán siendo castigados por sus crímenes hasta el fin del mundo. Las cosas terribles que hemos visto en este siglo, dondequiera que los judíos han impuesto su dictadura comunista, han comprobado ampliamente lo que hace más de mil quinientos años afirmó San Juan Crisóstomo al señalar que los judíos son una criminal banda de ladrones y asesinos, siendo comprensible que el justo castigo de Dios sancione con frecuencia sus sangrientas maldades. Confírmase también, en nuestros días, lo dicho por ese gran Padre de la Iglesia, en el sentido que siempre que Dios los castiga destruyéndolos o echándoles encima las calamidades profetizadas por la Sagrada Biblia, culpan a los demás hombres de los terribles sucesos que ellos con sus propios crímenes han provocado.

El célebre Bossuet, Obispo de Meaux, escritor y orador sagrado cuya posición en la historia de la Santa Iglesia es bien conocida, luchó también enérgicamente contra los judíos a quienes maldecía desde el púlpito:

"¡Oh raza maldita! Vuestra petición será contestada con mucha eficacia; la sangre os perseguirá hasta vuestros más remotos descendientes, hasta que el Señor, cansado ya de castigaros, tome cuidado de vuestros miserables restos en el fin de los tiempos" [360].

Como se ve, el ilustre teólogo del catolicismo considera que sólo serán salvos en los últimos tiempos unos restos miserables del judaísmo y coincide con San Juan Crisóstomo y otros Padres de la Iglesia en que los desastres que sufren los judíos son fruto del deicidio y de sus maldades. En sus "*Discursos sobre la Historia*" y en diversos sermones, llama repetidamente Bossuet a los hebreos "*raza maldita*" sobre la que ha caído y seguirá azotando la "venganza divina" y que será siempre objeto "de desprecio por parte de los demás pueblos" [361]. Bossuet también sostuvo que "los judíos eran objeto del odio de Dios" [362].

Bossuet en esto no hizo más que repetir la doctrina tradicional de la Iglesia sobre los judíos, que ahora quieren reformar los agentes de la sinagoga en el alto clero, sustituyéndola por una doctrina filojudía completamente herética.

Si Bossuet, piadoso y sabio obispo, lumbrera de la Iglesia Católica, hubiera vivido en nuestros días, también habría sido acusado por los clérigos criptojudíos de ser racista y antisemita.

Bossuet conocía a fondo la perfidia judaica, como la conocían bien todos los Padres de la Iglesia. Si los hebreos desde la crucifixión del Señor no hubieran observado a través de los siglos una conducta tan criminal, nadie se ocuparía de acusarlos y condenarlos por sus maldades. Ellos, con su manera de obrar, son los únicos responsables de las reacciones que en su contra surgen por doquier. Si un hombre no quiere que lo tilden de asesino y ladrón, basta con que se abstenga de cometer esa clase de delitos; pero si por el contrario roba, mata o conspira, nada de extraño tiene que los pueblos afectados por sus crímenes se los echen en cara. Sin embargo, los judíos tienen el cinismo de protestar y poner el grito en el cielo

---

[359] San Juan Crisóstomo, Homilías contra los judíos.

[360] Jaques Benigne Bossuet, "*Sermón para el Viernes Santo*", Obras, 1841, II, p. 628.

[361] Jaques Benigne Bossuet, Discours sur l´Histoire Universelle, 1724, parte II, Cap. XXI; Jules Isaac, *Jésus et Israel*, p. 372.

[362] Jaques Benigne Bossuet, citado por Malcolm Hay, obra citada, p. 174.

simplemente porque se les imputan sus propias conspiraciones y sus múltiples delitos contra los demás hombres y naciones.

Se necesita tener bien arraigada la hipocresía farisaica que les viene de herencia, para rasgarse las vestiduras cuando se les señalan las verdades.

Otro gran santo de la Iglesia, famoso por su piedad y caridad cristiana, que a la vez fue uno de sus más ilustres Papas, San Pío V, en el primer año de su pontificado, alarmado por la acción subversiva de los hebreos, manifestó de forma enérgica su convicción de que era preciso obligar a los judíos a llevar una señal visible que les distinguiera de los cristianos, para que éstos pudieran cuidarse de sus ponzoñosas prédicas. Al efecto, en Bula de fecha 19 de abril de 1566, confirmaba lo ordenado por bulas de Papas anteriores y por los santos concilios, mandando que todos los judíos debían llevar identificación, los varones un birrete y las mujeres una simple señal, aclarando:

"3. Y para acabar con toda duda acerca del color del birrete que han de llevar los varones y de la señal de las mujeres, declaramos que ese color ha de ser el que comúnmente se llama gialdo (amarillo)". Y después de ordenar a los prelados que hicieran publicar y observar la Bula, dice:

"5. A todos los príncipes seculares y a los demás señores y magistrados temporales les rogamos, instamos y conjuramos por las entrañas de misericordia de Jesucristo, imponiéndoselos como en orden a la remisión de sus pecados, que en todo lo antes dicho, apoyen y favorezcan a los patriarcas, primados, arzobispos y obispos, y castiguen a los violadores con penas aún temporales". [363].

Además, como los judíos de los Estados Pontificios, por medio de fraudes y usuras, se estuvieran adueñando de la propiedad raíz, este Papa canonizado y santo, se vio obligado a promulgar la bula "*Cum nos nuper*" el 19 de enero del año 1567, segundo de su pontificado, confirmando las de Papas anteriores, al prohibir a los israelitas adquirir bienes raíces, obligándolos a venderlos en un plazo perentorio, so pena de que al desobedecer a este respecto una vez más las bulas papales, se les confiscaran dichos bienes raíces. De tan interesante documento tomamos partes muy elocuentes:

"Como hace poco Nos, renovando la Constitución de nuestro predecesor el Papa Paulo IV de feliz memoria, publicada contra los hebreos, entre otras cosas habíamos establecido y mandado que los hebreos, tanto en nuestra ciudad de Roma como en algunas otras ciudades, territorios y lugares sujetos al dominio temporal de la Santa Iglesia Romana, estaban obligados a vender a los cristianos los bienes raíces por ellos poseídos, dentro del plazo que les fijare el magistrado...Y que si dichos hebreos faltaran en algo acerca de esto y de lo anterior, decretamos...que podían ser castigados según la calidad del delito, en dicha ciudad, por Nos o nuestro Vicario u otros que delegaremos; y en las ciudades, territorios y lugares susodichos por los magistrados, como rebeldes y reos del crimen de lesa majestad, y que desconfíe de ellos el pueblo cristiano, conforme al arbitrio nuestro y del Vicario, delegados y magistrados".

En otra parte de la bula, refiriéndose Su Santidad a diversos fraudes cometidos por los judíos, ordena:

"Así pues Nos, queriendo como conviene, remediar estos fraudes y proveer a aquello que hemos ordenado produzca su efecto en lo dicho, espontáneamente, con perfecto conocimiento y en pleno ejercicio de la potestad apostólica, quitamos completamente a los hebreos y de su dominio (y negamos cualquier derecho y acción) todos los bienes raíces, cualesquiera que aparezcan como pertenecientes a los hebreos que vivan tanto en esta Ciudad de Roma como en todos los lugares sujetos a nuestros dominios y al de la Sede Apostólica". [364].

---

[363] Papa San Pío V, *Romanus Pontifex*, 19 de abril de 1566, compilada en el *Bularium diplomarum et privilegiorum Sanctorum Romanorum Pontificum*. Turín, 1862. Tomo VII, p. 439.

[364] Papa San Pío V, *Cum Nos Super*, 19 de enero de 1567, compilada en el Bullarium antes mencionado, tomo VII, pp. 514 y ss.

Ya se podrá comprender hasta qué grado habían llegado las usuras y fraudes de los judíos y el acaparamiento de los bienes raíces, para que este piadoso y virtuoso Papa se haya visto obligado, en defensa de los cristianos, a tomar medidas tan enérgicas. No debe olvidarse que el Papa Pío V es uno de los pontífices que más destacaron por su reconocida cantidad, y que por ello fue justamente canonizado por la Santa Iglesia. Si hubiera vivido en nuestros aciagos días, los jerarcas eclesiásticos que están al servicio de la Sinagoga de Satanás lo hubieran condenado por racista y antisemita, y de haber podido, hasta lo habrían incluido entre los criminales de guerra de Nuremberg, ya que en nuestros tiempos los obispos, arzobispos y cardenales quintacolumnistas fulminan condenaciones contra todos los que pretenden defender a sus pueblos o a la Santa Iglesia del imperialismo político o económico de los israelitas.

Las santas bulas mencionadas y su ejecución no bastaron para contener las maldades de los judíos, que como en todas las tierras que les brindan hospitalidad llegan a constituir un peligro mortal para los pueblos cristianos y gentiles; entonces este Papa, modelo de santidad y de piedad, tuvo la energía suficiente para intentar una solución radical del problema: cortar por lo sano, y el 26 de febrero de 1569 promulgó la fulminante Bula "*Hebraorum Gens*", expulsando a los judíos de los Estados Pontificios. De este valioso documento, sólo publicaremos las partes que nos parecen más importantes.

Al efecto, el santísimo Papa dice:

"El pueblo judío en otro tiempo, depositario de las divinas palabras, participante de los misterios celestiales y cuanto aventajó a los demás en gracia y dignidad, en esa proporción por su posterior incredulidad se hizo acreedor a ser precipitado de lo alto, de modo, que llegado el tiempo de la plenitud, ingrato y pérfido, condenó indignamente a su Redentor a ser muerto con muerte ignominiosa... Pero la piedad cristiana compadeciéndose desde un principio de esta inevitable realidad, sufrió que se aloja en su seno con bastante más comodidad... Esto no obstante, su impiedad imbuida con todo género de artes execrables, ha llegado a tal grado, que se hace necesario, en vista de la salud de los Nuestros, restringir por la fuerza una enfermedad de tal naturaleza con remedio rápido. Porque omitiendo las numerosas modalidades de usura con las que por todas partes, los hebreos consumieron los haberes de los cristianos necesitados, juzgamos como muy evidente ser ellos encubridores y aun cómplices de ladrones y asaltantes que tratan de traspasar a otro las cosas robadas y malversadas u ocultarlas hasta el presente, no sólo las de uso profano, mas también las del culto divino. Y muchos con el pretexto de tratar asuntos propios de su oficio, ambicionando las casas de mujeres honestas, las pierden con muy vergonzosos halagos; y lo que es más pernicioso de todo, dados a sortilegios y encantamientos mágicos, supersticiones y maleficios, inducen a muchos incautos y enfermos a los engaños de Satanás, jactándose de predecir el futuro, tesoros y cosas escondidas... Por último tenemos bien conocida e indagada la forma tan indigna en que esta execrable raza, usa el nombre de Cristo, y a qué grado sea dañosa a quienes, habrán de ser juzgados con dicho nombre y cuya vida pues está amenazada con los engaños de ellos. Movidos en efecto por estas y otras gravísimas cosas, y conmovidos además por la magnitud de los crímenes que aumentan diariamente para desgracia de nuestras ciudades, pensando además que la mencionada raza, a excepción, de insignificantes grupos de oriente, no es de utilidad alguna para nuestra República... 1.- Con autoridad por medio de las presentes letras ordenamos, que dentro del término de tres meses a partir de la publicación de ellas que todos los hebreos de ambos sexos establecidos en toda nuestra jurisdicción temporal y en la de las ciudades que la forman y de los territorios y lugares, lo mismo que en la de los domicelli, de los barones y la de otros señores temporales, incluidas las de los señores que tienen sólo poder, poder mixto, poder de vida y muerte, o cualquier otra jurisdicción y exención, que salgan de los mismos límites, sin apelación".

Pero el Santo Padre Pío V, conocedor de que ha sido costumbre de los hebreos en todo el mundo burlar en diversas formas los edictos de expulsión como el presente, y con el objeto de evitar que en esta ocasión volvieran a eludir los mandatos de esta santa Bula, decreta en la misma, penas severísimas para los que no salgan del país en el plazo fijado, estableciendo en ella que:

"2. – Transcurridos los cuales, dondequiera que se encuentren radicados o peregrinos, los presentes y los futuros, en cualquier ciudad de la citada jurisdicción en cualquier territorio y lugar, aun de domicelos, Barones, señores o de otros ya dichos, sean despojados de todas sus cosas y aplicadas al fisco y sean hechos siervos de la Iglesia Romana adjudicarse sobre ellos aquel mismo derecho que los demás señores se adjudican para sus siervos y posesiones. Exceptuándose sin embargo las ciudades de Roma y Ancona, donde permitimos sean tolerados los judíos que ahora las habitan, a fin de excitar más el recuerdo antes mencionado y proseguir las negociaciones con los orientales y los mutuos intercambios con los mismos, a condición de que se obliguen a observar nuestras constituciones canónicas y las otras de nuestros predecesores; de lo contrario, por el mismo hecho caerán en todas las penas que contienen dichas constituciones y que renovamos en este documento". [365].

Esta santa bula trae una importante innovación respecto a las expulsiones de judíos realizadas en los estados cristianos durante los siglos anteriores. Como recordaremos, se ponía a los israelitas ante el dilema de ser expulsados o de convertirse, con el resultado de que la mayoría, para burlar la expulsión, se convertía fingidamente al cristianismo, constituyendo un peligro mayor para la Iglesia y los estados cristianos. San Pío V, sin duda conocedor de esto, decreta ya la expulsión lisa y llana de los Estados Pontificios, sin dejarles el recurso de la conversión con que siempre la burlaron. Se percibe que este santísimo Papa conocía mejor el problema judío que muchos de los jerarcas civiles y religioso que le precedieron. Pero se ve que hubo también presiones que convencieron a Su Santidad de que había que exceptuar de la expulsión a los hebreos de Roma y Ancona, para que nos e lesionara el comercio con Oriente. Se valieron pues, una vez más, de este recurso para burlar en parte la expulsión.

Otro ilustre santo y figura principalísima de la Iglesia de los primeros siglos, San Gregorio de Nisa, que tan importante papel desempeñó en la defensa filosófica de la fe cristiana, en su célebre "*Oración de la Resurrección de Cristo*", acusa a los judíos de ser:

"Asesinos del Señor, asesinos de los profetas, enemigos de Dios, hombres que odian a Dios, hombres que desprecian las leyes, adversarios de la Gracia, enemigos de la fe de sus padres, abogados del Diablo, raza de víboras, calumniadores, burladores, hombres cuyas mentes están en las tinieblas, levadura de los fariseos, asamblea de demonios, pecadores, hombres perversos, lapidadores, enemigos de la honradez". [366].

Es indudable que ni Hitler lanzó jamás en tan pocas palabras tantas acusaciones contra los israelitas, como lo hizo hace casi mil seiscientos años este santo obispo de Nisa, hermano del gran Padre de la Iglesia San basilio, canonizado también como éste, por sus virtudes. Y si las incluyó en la oración citada es porque, como otros muchos santos, quiso dar la voz de alerta a los cristianos para que se cuidaran de esta cuadrilla de ladrones y asesinos, cuyo éxito depende sólo de la ignorancia que tengamos los cristianos acerca de su terrible peligrosidad; ignorancia que quieren fomentar los quintacolumnistas, clérigos y seglares, que en vez de estar al servicio de Cristo, están bajo las órdenes de la Sinagoga de Satanás para hacer posibles los triunfos del judaísmo al amparo de la ignorancia. Por ello, es tan fácil localizar y reconocer a los judíos secretos infiltrados en la Acción Católica o en el clero, ya que cuando se trata del peligro judío, con sospechosa insistencia afirman que no existe, que es un mito, un invento de los nazis o cualquier otra fábula que le reste importancia, sin más finalidad que

---

[365] Papa San Pío V, *Hebraorum Gens*, 26 de febrero de 1569, compilada en el Bullarium mencionado, tomo VII, pp. 740, 741, 742.

[366] San Gregorio de Nisa, *Oratio in Christi resurrectionem*, p. 685.

la de encubrir y defender a la cuadrilla a la que secretamente pertenecen esos falsos católicos, los cuales a menudo, como descendientes de los fariseos, hacen alarde de mucha piedad y apego a nuestra santa religión, mientras por otra parte tratan de impedir que ésta se defienda de su enemigo mortal.

Su Santidad el papa Gregorio IX en el siglo XIII, en la lucha que entabló el judaísmo en defensa de la Cristiandad, promulgó el 5 de marzo de 1233 su famosa Bula "*Sufficere debuerat*" de la que copiamos lo siguiente:

"Habría debido bastar a la perfidia de los judíos, el que la piedad cristiana volviera a aceptarlos en atención únicamente a su benevolencia. Ellos que persiguen la fe católica y que han ignorado el nombre del Señor... Ellos, ingratos a las dádivas y olvidando los beneficios, muestran desprecio de tal benignidad con impía retribución y a cambio de dádivas nos hacen ultraje... Así pues habiendo establecido en el Concilio Toledano y confirmado en Concilio General, que no debe darse preferencia al blasfemo de Cristo, pues es absurdo en exceso que un tal sea encargado de tener poder sobre los cristianos. No obstante, se les confían cargos públicos, por medio de los cuales se ensañan contra los cristianos... Tienen además nodrizas y sirvientas en sus propias casas donde se entregan a cosas inauditas que son motivo de abominación y horror para quienes lo saben. Y aunque en el Concilio General citado se cuida de que los judíos de ambos sexos se distingan de los demás en todo tiempo y en todas partes, por su vestido; sin embargo, crece en Alemania una gran confusión porque no se les distingue por prenda alguna. Siendo abominable que lo que renació con el agua del sagrado bautismo, sea manchado con las prácticas de los infieles o con su trato y que la religión cristiana sea hostilizada por el poder de los pérfidos (lo que sucedería) si el blasfemo de la sangre de Cristo, mantiene sujeto en servidumbre al redimido; por lo tanto, con precepto mandamos a todos nuestros hermanos en el Episcopado, que hagáis reprimir absolutamente los excesos citados y otros parecidos, de los judíos de vuestras diócesis, iglesias y parroquias, para que no se atrevan a levantar la cerviz sometida al yugo de la esclavitud perpetua, para ultrajar al Redentor; evitando con más rigor que nos e atrevan a disputar sobre sus prácticas en ninguna forma con los cristianos, para que discusiones de tal naturaleza, no sean ocasión de que los ignorantes resbalen en el lazo del error, que ojalá no suceda; invocando para esto a ser necesario, el auxilio del Brazo Seglar" [367].

Como se ve, el Papa Gregorio IX se lamenta amargamente de la ingratitud de los judíos, que a la bondad contestan con ultraje y envenenan las conciencias de los cristianos, persiguen la fe católica, se ensañan en contra de los cristianos al ejercer cargos públicos y se entregan a actos que son motivo de abominación y horror; en una palabra, han estado haciendo lo mismo de siempre durante los últimos diecinueve siglos. Por lo mismo, encarece que se cumpla con lo dispuesto en el Concilio Toledano y confirmado por el Ecuménico (de Letrán), excluyendo a los hebreos de los puestos públicos, obligándolos a que lleven la señal en el vestido y sometiéndolos a esclavitud perpetua, es decir, encadenar a la feroz bestia para que no pueda causar perjuicios. Se ve pues, que esta vez fue en Alemania donde, por no cumplir los cánones de los citados concilios se había desatado la bestia y estaba causando estragos al amparo de la tolerancia dispensada.

Como puede verse, los Papas eran quienes acaudillaban la defensa de la sociedad cristiana en contra de los judíos, y ese debe ser en realidad su verdadero papel, consistente en defender a sus ovejas de las asechanzas del lobo y no entregarlas en las garras de éste. Que no digan los judíos que la Iglesia tiene la culpa de todo lo que en el pasado les sucedió, ya que ellos con su ingratitud y su acción imperialista provocaron tales hechos, siendo evidente que tanto la Santa Iglesia como los pueblos agredidos, han tenido y tienen siempre el derecho de hacer

---

[367] Papa Gregorio IX, *Sufficere debuerat*, 5 de marzo de 1233, compilada en el Bullarium antes citado, tomo III, año 1233, p. 479.

uso de la legítima defensa. Si los hebreos no quieren sufrir las consecuencias de sus actos de agresión, lo primero que deben hacer es no cometerlos.

El Papa Martín V, que ascendió al trono pontifical influenciado por las intrigas de los judíos, al hacerse éstos aparecer como víctimas de los cristianos, empezó observando una política de tolerancia desastrosa para la Cristiandad, por lo que pronto dicho Sumo Pontífice se vio obligado a rectificar, si bien al parecer presionado también por el claro descontento de su política.

Cualquiera que haya sido la causa del cambio de actitud de dicho Sumo Pontífice, su famosa Bula "*Sedes Apostólica*" nos da una idea de la forma en que los judíos correspondieron a la protección que durante algún tiempo les dispensó dicho Papa. La referida bula, después de mencionar su política benévola hacia los israelitas, dice:

"Sin embargo, vino hace poco a nuestro conocimiento por relatos dignos de fe, no sin grave turbación de nuestro ánimo, que algunos judíos de ambos sexos que moran en Cafasse y Cannas y en otras ciudades de regiones de ultramar y en tierras y lugares sujetos a la jurisdicción de los cristianos, no satisfechos con su obstinación y para encubrimiento del fraude y la malicia, no llevan ninguna señal especial en su vestido, por lo cual se les pueda conocer como judíos. Y no temiendo aparentar ser cristianos, ante muchísimos cristianos de ambos sexos de las ciudades, territorios y lugares mencionados, que por lo mismo no los pueden identificar, cometen en consecuencia diversas cosas nefandas y crímenes: entre otros, cuya sola enumeración es horrenda, los crímenes de los Zachi, los Rossi, los Alani, Mingrelli y Anogusi, que bautizados según el rito griego y bajo profesión del nombre cristiano compran las personas de ambos sexos, que pueden, y después de compradas a su vez las venden despiadadamente a los sarracenos y otros infieles, enemigos ferocísimos y eternos del nombre cristiano, por un precio aún diez veces mayor que el precio de compra; convirtiéndolas con toda exactitud en mercancías, llevan a dichas personas a los territorios sarracenos o infieles" [368].

Pero la ingratitud de los hebreos para quienes los protegen, saltará más a la vista si leemos lo que sobre el Papa Martín V dice oficialmente el judaísmo en su enciclopedia castellana ya citada:

"La amistosa actitud de Martín se debió probablemente, en su mayor parte, a los ricos obsequios que los delegados le hicieron. Sin pago al contado, nada se podía obtener de él; cubriendo el importe, era fácil lograrlo todo. En la corte papal la amistad cesa cuando se agotan las monedas, escribió el enviado de Alemania ante el Vaticano (Graetz). Sea cual fuere el motivo de la benevolencia papal, ésta continuó bajo Eugenio IV (1431-1447), a pesar de algunas bulas hostiles, que confirmaron hasta cierto punto la legislación antijudía antigua. Particularmente su "*Dudum ad nostram*" era hostil y contribuyó a crear una atmósfera de guetto para la comunidad judía. Se vio obligado a ceder ante la presión del clero español y del Concilio de Basilea" [369].

Es evidente que aun suponiendo que fuera cierto que los hebreos compraron a precio de oro la protección del Papa Martín V, por un elemental sentimiento de gratitud debían callarlo y abstenerse de enlodar su honra en la forma en que lo hacen, incluyendo en una enciclopedia semejantes insinuaciones.

En cualquier forma, en éste como en otros casos, la política projudía de un Papa que contraría los cánones de los concilios ecuménicos, las bulas y doctrina de Papas anteriores y de los Padres de la Iglesia, condujo una vez más a resultados catastróficos, que estuvieron a punto de hundir a la Iglesia y a Europa entera, en la primera mitad del siglo XV.

En efecto, encadenada la bestia por la enérgica política de papas y concilios anteriores, martín V medio la desató con sus condescendencias; y al mismo tiempo que el judaísmo readquiría rápidamente en Europa un poder gigantesco, la gran revolución criptojudaica de

---

[368] Papa Martín V, *Sedes Apostolica*, año 1425, compilada en el bulario citado, tomo IV, año 1425.
[369] *Enciclopedia Judaica Castellana*, tomo VIII, vocablo Papas, p. 347, col. 2.

los husitas, que se creía aniquilada en Constanza, adquiría proporciones gigantescas, amenazando con hundir a la Iglesia y tragarse toda Europa.

La indignación del episcopado mundial contra el Papa aumentaba en forma alarmante, tomando creciente poderío la tesis de la superioridad del Concilio Ecuménico sobre el Pontífice, pues se decía que era más fácil que fallara un hombre y no todo el conjunto del episcopado; que además la asistencia de Dios a la Santa Iglesia se producía a través del Concilio y no del Papa. En tales condiciones, Su Santidad fue presionado para que, cumpliendo lo acordado en el Concilio de Siena, se convocara en Basilea a un nuevo Concilio Ecuménico.

Es explicable que en tales condiciones, como dice Juan de Ragusa, el solo vocablo de Concilio horrorizara inmensamente al Papa ("*In immensum nomem concilii abhorrebat*") [370].

Convocado por el Pontífice el Concilio, y ya para reunirse, una muerte súbita arrebató la vida a Martín V, quedando la nave de la Santa Iglesia abatida por un mar tempestuoso en manos de Eugenio IV, que sufrió las consecuencias de la política de su antecesor.

Reunido el sínodo de Basilea, pronuncióse éste por las tesis aprobadas en el Concilio de Constanza, referentes a que el Concilio Ecuménico recibía su autoridad directamente de Dios, representado en la Iglesia católica militante, por lo que cualquier fiel, incluso el Pontífice, estaba obligado a obedecer al Concilio Ecuménico en todo lo relativo a la fe, a la extirpación de cismas y a la reforma de la Iglesia, aprobando también que cualquier católico, incluyendo al Papa mismo, que desobedeciera los acuerdos del sínodo universal, debía ser adecuadamente castigado, y que el Concilio no podía ser disuelto por el Papa [371].

Además de confirmar la doctrina aprobada en Constanza, el Concilio de Basilea prohibía al Papa nombrar nuevos cardenales mientras durara el sínodo. Las cosas se agravaron cuando el Sumo Pontífice, después de disolver el Concilio, revocó posteriormente el decreto de disolución para volverlo a disolver más tarde; y a su vez, el Concilio condenó al Papa y lo destituyó.

En medio de esta tempestad, al revolución husita, organizada y financiada por los criptojudíos, hacía progresos aterradores en Europa. Todo parecía perdido para la Santa Iglesia cuando la Divina Providencia, como siempre, le dio su asistencia por conducto de la acción de hombres extraordinarios que la salvaron del desastre y lograron no sólo consolidar su unidad, sino derrotar por completo a la Sinagoga de Satanás y a su gran movimiento revolucionario del siglo XV. Entre estos clérigos que sirvieron de instrumento a la Divina Providencia para salvar a su Iglesia, destacó sobre todos un humilde franciscano, Fray Juan Capistrano, quien acaudilló la gigantesca lucha que tuvo por resultado la victoria completa de la Iglesia sobre el judaísmo.

Este piadoso franciscano combatió a la bestia con sus prédicas y también con su espada, que hundió en las fauces del dragón hasta abatirlo. Por ellos, los hebreos le llaman "*el azote de los judíos*". En realidad podemos afirmar –y esto es mucho decir- que San Juan de Capistrano fue el caudillo cristiano antijudío más enérgico y eficaz que haya surgido después de Cristo Nuestro Señor y los apóstoles. La destrucción que causó en la Sinagoga de Satanás es considerada por algunos hebreos de lo más catastrófico. Sin embargo, la Santa Iglesia ya dio su juicio final sobre dicho luchador, canonizándolo como santo.

San Juan Capistrano, salvador de la Iglesia y de Europa en el siglo XV, merece ser considerado por las organizaciones patriotas que combaten actualmente contra el judaísmo como su santo Patrono. En el cielo él, que ganó una lucha similar, será el más valioso intercesor cerca de Dios a favor de quienes siguiendo sus santas huellas luchan en la

---

[370] Juan de Ragusa, Monumenta Conciliorum Generalium saeculi XV, tomo I, p. 66.
[371] Juan de Segovia, Historia gestorum generalis synodi Basiliensis.

actualidad por defender a la Iglesia y a sus naciones del imperialismo revolucionario de la Sinagoga de Satanás.

San Agustín, gran Padre de la Iglesia, en su "*Tratado sobre los Salmos*", sostiene y demuestra claramente que fueron los judíos quienes dieron muerte a Cristo y no los romanos [372].

Melitón, Obispo de sardes, en Libia y una de las figuras de la Iglesia más veneradas en el siglo II, afirmó:

"Pero los judíos como lo anunciaban las profecías, rechazaron al Señor y lo mataron, y, aunque su muerte estaba predicha, su responsabilidad fue voluntariamente aceptada. Ellos están perdidos, pero los fieles a los que Cristo predicó (y que ahora están) en los infiernos, al igual que los que están sobre la tierra, participan del triunfo de la resurrección" [373].

San Hipólito de Roma, contemporáneo de Orígenes, hace responsables a los judíos de sus propias miserias y desgracias. Fue mártir de la Santa Iglesia y canonizado por la misma [374].

Santo Tomás de Aquino, comprendiendo la necesidad de encadenar a la bestia hebrea para que no siguiera haciendo daño, sostuvo doctrinalmente que:

"Los judíos deben portar el signo distintivo según el estatuto del Concilio General... Los judíos no pueden lícitamente retener lo adquirido por usura, estando obligados a restituir a quienes hayan extorsionado... Los judíos por razón de sus culpas están en perpetua servidumbre, los señores pueden por lo tanto, tomarles sus cosas, dejándoles lo indispensable para la vida, a no ser que lo prohíban las leyes santas de la Iglesia" [375].

Es indudable que los quintacolumnistas que pretenden que se condene a los antisemitas, sentarían también a Santo Tomás de Aquino en el banquillo de los acusados.

Tertuliano, en su Tratado "*Adversus Judaeos*", lanza contra los israelitas muy duras acusaciones; en "*Scorpiase*", afirma que:

"Las Sinagogas son los puntos de donde salen las persecuciones contra los cristianos". Y en "*Ad Nationem*", refiriéndose siempre a los sucesos ocurridos hace mil ochocientos años, pero que asombrosamente coinciden con los de hoy en día, afirma: "De los judíos es de donde salen las calumnias contra los cristianos" [376].

Todas esas campañas de difamación y calumnia, que tienen por objeto anular a los caudillos anticomunistas y antijudíos, siguen utilizándose actualmente, como hace mil ochocientos años, por los israelitas, sobre todo por aquellos que viven cubiertos con la máscara de un falso cristianismo o que usurpan posiciones de importancia en las jerarquías del clero, en las asociaciones católicas de seglares o en los partidos derechistas. De los oscuros conventículos de las sinagogas salen también ahora, como hace dieciocho siglos, las persecuciones contra los cristianos, sobre todo contra aquellos que luchan con eficacia frente al comunismo o al imperialismo judaico.

El destacado filósofo católico del siglo pasado, Jaime Balmes, acusó a los mercaderes hebreos de introducir de Francia a España, a pesar del celo de la Inquisición, las biblias calvinistas, ocultas en las botas de vino francés [377].

El propio San Agustín, gran padre de la Iglesia, consideró ciertas matanzas de los judíos como castigo de Dios, afirmando que por haber crucificado a Cristo, muchos hebreos han sido después crucificados. Así, Tito, en el sitio de Jerusalén, mandaba crucificar a quinientos judíos diariamente [378].

---

[372] San Agustín, *Tratado sobre los Salmos*. Salmo 63, v.2.
[373] Johannes Quasten, *Patrología*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1961. Tomo I, p. 232.
[374] Johannes Quasten, *Patrología*, edición citada, tomo I, p. 470.
[375] Tomás de Aquino, *Opera Omnia*. Edición Pasisills, 1880. Tábula 1 a-o, tomo XXXIII, p. 534.
[376] Tertuliano, Adversus Judaeos; Scorpiase; Ad Nationes.
[377] Jaime Balmes, S.J. El protestantismo comparado con el catolicismo, tomo I, p. 466.
[378] San Agustín, Gran Padre de la Iglesia, citado por Fray Francisco de Torrejoncillo en Centinela contra los judíos en la torre de la Iglesia de Dios, edición citada, pp. 175 y 176.

Orígenes también acusó a los judíos de haber clavado a Cristo en la Cruz [379].

Su Santidad el Papa Paulo III se refiere claramente a la perfidia hebraica en su Bula "*Illis Vices*" del 12 de octubre de 1535, en la que condena a los cristianos que en secreto practican el judaísmo. Tomamos de tan importante bula el siguiente párrafo:

"Se ha recibido información que en la mayor parte del reino de Portugal, algunos conversos de la perfidia hebraica, denominados cristianos nuevos, vuelven al rito de los judíos..." [380].

Su Santidad el Papa Paulo IV, en su célebre Bula "*Cum Nimis Absurdum*" del 12 de julio de 1555, dice:

"Siendo demasiado absurdo e inconveniente que los judíos, a quienes su propia culpa sujeta a perpetua esclavitud, so pretexto de que la piedad de los cristianos, aguanta y tolera su convivencia, pagan a los cristianos con enorme ingratitud, ya que a las gracias recibidas, devuelven afrentas y procuran trocar en dominación, la servidumbre que les deben".

Pasa luego a ordenar la santa bula que los judíos deben llevar el distintivo ordenado y deben habitar en aljamas (guettos) [381].

Este ilustre Papa, además de hablar una vez más de la ingratitud judaica y de la necesidad de tenerlos sujetos a servidumbre, menciona cómo hacía más de cuatrocientos años que los judíos intentaban dominar a los cristianos, aprovechándose de la generosa hospitalidad que éstos les brindaban al admitirlos en sus territorios; en consecuencia, dictó al orden relativa a su reclusión en aljamas y dispuso que llevaran el famoso distintivo para su identificación. Indudablemente que si este ilustre Papa hubiera vivido en nuestros tiempos, los quintacolumnistas lo habrían acusado y condenado de racismo y antisemitismo.

Hace más de setecientos años Su Santidad el Papa Inocencio IV, en su importantísima Bula "*Impia Judaeorum Perfidia*", decía textualmente lo siguiente:

"La impía perfidia de los judíos, de cuyos corazones por la inmensidad de sus crímenes, nuestro Redentor no arrancó el velo, sino que los dejó permanecer todavía en ceguedad cual conviene, no parando mientes en que por sola misericordia, la compasión cristiana los recibe y tolera pacientemente su convivencia; cometen tales enormidades que causan estupor a quienes las oyen, y horror a quienes son relatadas" [382].

Uno de los Papas que con mayor energía luchó contra el criptojudaísmo fue Nicolás IV, quien fulminó contra ellos su famosísima Bula "*Turbato Corde*", en que encarecía a los inquisidores, clérigos y autoridades seglares, que procedieran contra ellos con ahínco y también contra los que los defendieran, los favorecieran o encubrieran. Esta bula fue una de las bases más firmes de la Santa Iglesia medieval en su lucha contra la quinta columna judías introducida en la Cristiandad, ya fuesen los quintacolumnistas clérigos o seglares, ya se les identificase como criptojudíos o como fautores de encubridores de ellos. Es decir, bastaba con que alguien defendiera a un criptojudío o a un hereje, aunque se mantuviera el defensor ortodoxo, o que alguien los favoreciera o encubriera, para que cayeran bajo la acción de la Inquisición Pontificia. Ya se comprenderá que mientras los Papas apoyaron firmemente lo dispuesto en esta santa bula, como en otras por el estilo y en los cánones ya estudiados de los Concilios de Letrán, fue muy difícil que la Bestia judaica pudiera perforar la ciudadela cristiana. Sólo cuando Martín V y León X desacataron lo ordenado por estas bulas y

---

[379] Orígenes, *De Principiis*, IV, 8.

[380] Papa Paulo III, *Illius vices*, 12 de octubre de 1535, Caroli Coquelines, *Bullarum privilegiorum ac diplomatum Romanorum Pontificum. Amplissima Collectio*. Roma, 1739-1753. Tomo IV, parte I, p. 132.

[381] Papa Paulo IV, *Cum nimis absurdum*, 12 de julio de 1555, Caroli Coquelines, bulario citado, edición citada, tomo IV, parte I, p. 321.

[382] Papa Inocencio IV, *Impia Judaeorum perfidia*, 9 de mayo de 1244, Caroli Coquelines, bulario citado, edición citada, tomo III, parte I, p. 298.

concilios, fue cuando la Sinagoga de Satanás pudo desgarrar, primero temporalmente y después en forma hasta ahora definitiva, a la Cristiandad.

Del texto de la interesante Bula del Papa Nicolás IV tomamos lo siguiente:

"Turbado el corazón oímos y narramos que no sólo algunos conversos del error de la ceguedad judaica, a la luz de la fe cristiana, han tornado a la perfidia de antes; sino que también muchísimos cristianos, renegando de la fe católica, la trocaron por el rito judaico, cosa digna de condenación...Contra todos los que tal hayan cometido, como contra los herejes, y también contra sus favorecedores, encubridores y defensores, proceded con ahínco. En cuanto a los judíos que hayan inducido a cristianos de ambos sexos a su execrable rito, o los sonsacaren, castigadlos con merecida pena" [383].

Los autores judíos aclaran que estos cristianos convertidos al judaísmo eran por lo general los descendientes de los conversos, que bautizados en la infancia eran introducidos después secretamente al judaísmo.

Por tener que cerrar ya el primer tomo de esta obra [*], nos vemos en la necesidad de suspender la inserción de otras innumerables bulas que existen de los Papas más ilustres y que en una forma u otra condenan al judaísmo o constituyen importante episodio de la lucha gigantesca que la Santa Iglesia ha tenido que librar durante siglos contra los hebreos. En la siguiente parte de este libro seguiremos estudiando tan importantes documentos. Por ahora, y saltando provisionalmente a los tiempos casi contemporáneos, transcribiremos lo que el judaísmo, por medio de su citada enciclopedia, dice oficialmente del Papa León XIII, lumbrera de los tiempos modernos:

"León XIII (1878-1903) fue uno de los pontífices más ilustres, pero nunca perdonó a los judíos su apoyo al liberalismo italiano y europeo en general. Los identificaba con la masonería y las corrientes revolucionarias, y apoyó a los reaccionarios antijudíos de Austria y de Francia" [384].

Aquí tenemos una vez más la posición firme de defensa de la Santa Iglesia y del mundo cristiano, sostenida por uno de los Papas más grandes de todos los tiempos, que por lo visto conocía el problema judío a fondo y hacía responsables a los hebreos de la acción masónica, la cual jugó un papel destacado en las revoluciones liberales.

Con lo expuesto en el presente y en los demás capítulos de este primer tomo, basta para demostrar que lo que pretenden los quintacolumnistas del clero, al pugnar por la condenación del antisemitismo y del racismo, es sentar en el banquillo de los acusados no sólo a Cristo Nuestro Señor y a los apóstoles, sino a los Padres de la Iglesia, a sus más famosos concilios ecuménicos y provinciales y a sus más ilustres Papas; en un palabra, a la propia Iglesia. Sus perversas intenciones se ven alentadas por la ignorancia imperante, por desgracia, en el respetable clero que desconoce la verdadera historia eclesiástica. Creen los Judas Iscariotes del siglo XX que al amparo de tal ignorancia pueden meter en la ratonera, con hábiles engaños, a los más piadosos y bien intencionados jerarcas de la Iglesia; pero sabemos que la Divina Providencia impedirá un crimen tan atroz y que nunca permitirá que su Santa Iglesia se vea condenada tácitamente por sus propios jerarcas. Por nuestra parte, siguiendo el ejemplo de San Bernardo, hemos creído conveniente contribuir con nuestro grano de arena a

---

[383] Papa Nicolás IV, *Turbato corde*, 5 de septiembre de 1288, Caroli Coquelines, bulario citado, edición citada, tomo III, parte II, p. 52.

[*] NOTA DEL EDITOR : Recordamos al lector que la presente obra apareció en Roma, Italia, al inicio del Concilio Vaticano II, en el otoño de 1962, para ser repartida entre los padres conciliares con el fin de denunciar oportunamente las maquinaciones judaicas, masónicas y comunistas, en el mencionado concilio.

Por la premura con que fue elaborada esta obra, los autores remiten a los lectores a un segundo tomo, que desarrollaría más ampliamente algunos tópicos ya esbozados en el contexto del libro, y que debía aparecer con posterioridad, pero desgraciadamente la enfermedad y muerte del Emmo. Cardenal Alfredo Ottaviani dejó sin el completo desarrollo la obra "*Complot contra la Iglesia*", obra única en su género.

[384] *Enciclopedia Judaica Castellana*, tomo VIII, vocablo Papas, p. 351, col. 2.

impedir el triunfo de la conspiración, de acuerdo con su histórico apotegma: "*A Dios rogando y con el mazo dando*".

El sólo hecho de que la Santa Sede, contradiciendo la doctrina establecida por la Santa Iglesia en la forma que hemos demostrado, declarara que los judíos réprobos son amadísimos a los ojos de Dios, como lo tiene planeado en la sombra la Sinagoga de Satanás, y que aceptara transigir y pactar con quienes ni Cristo Nuestro Señor, ni los apóstoles, ni la Iglesia en casi 20 siglos aceptaron pactar jamás, además de constituir una desautorización manifiesta y una condenación implícita de la doctrina y de la política observada al respecto por Nuestro Divino Salvador, los apóstoles, los Papas, los santos y los concilios, que tanto lucharon contra la Sinagoga de Satanás, conduciría a la Iglesia a una falsa situación, en la cual sus enemigos podrían demostrar que se contradecía a sí misma, que lo que en un tiempo dijo que era negro, ahora dice que es blanco, con las consecuencias catastróficas que es fácil imaginar. Pero esto es imposible que suceda; los pérfidos judíos que creen que ya tienen dominada a la Santa Sede y que cuentan con un bloque de cardenales y prelados suficientemente poderoso para destruir las tradiciones esenciales de la Iglesia, para abrir las puertas al comunismo y realizar reformas que preparen la ruina de Catolicidad, acelerando así la caída del mundo libre, no cuentan con la asistencia de Dios a su Santa Iglesia, la cual hará surgir entre sus jerarcas los Ireneos, Atanasios, Crisóstomos, Bernardos o Capistranos, que con la ayuda de la Divina Providencia la salven una vez más de la borrasca.

Capítulo Cuadragésimo Segundo:

"FRATERNIDADES JUDEO- CRISTIANAS, ¿LOGIAS MASÓNICAS DE NUEVO CUÑO?"

Los judíos en los estados comunistas han asesinado y siguen asesinando a millones de cristianos, tienen encarcelados a millones y esclavizados a todos. Están organizando en todas partes movimientos subversivos y guerras civiles que provocan constantes y crueles derramamientos de sangre; y como todos los criminales, tienen pánico de recibir su merecido castigo; por ello, derramando millones de dólares en el mundo libre, tratan de evitar que tome fuerza la natural reacción antijudía, tendiente a impedir el triunfo comunista con un ataque efectivo a la cabeza y, tratan de impedir que, si los patriotas triunfan, puedan castigar a los judíos culpables y les impidan seguir causando tantos males a la humanidad.

Entre los medios utilizados para impedir que la humanidad pueda defenderse eficazmente de su mortales enemigos, están fundando en todas las naciones, aun a costa de enormes gastos, confraternidades o asociaciones de acercamiento judeo-cristiano. En el mundo comunista no es necesario tirar el dinero en esas bagatelas, pues todo intento cristiano de defenderse de los judíos, es declarado antisemitismo y considerado delito contrarrevolucionario, tanto por las leyes soviéticas como por las de los estados satélites, y por lo tanto, castigado con la pena de muerte en casos graves o con la larga prisión en casos leves.

En los Estados Unidos se llegaron a fundar hasta iglesias mixtas con reuniones conjuntas de judíos y protestantes, mismas que ahora están transplantando con algunas modalidades al mundo católico, aprovechándose de su infiltración secreta en el clero que le permite tener dentro del mismo muchos agentes incondicionales.

Generalmente, esas confraternidades o asociaciones judeo-cristianas se fundan bajo el doble patrocinio de un rabino judío y un clérigo católico. Es cierto, sin embargo, que a muchos sacerdotes y jerarcas del clero los adulan, los engañan o se los ganan con atenciones y regalos o los hacen ceder a base de las más variadas presiones, sin que muchos se imaginen los verdaderos propósitos que se persiguen con estas confraternidades judeo-cristianas; pero también es indudable que, como lo presumían la Santa Inquisición y todos los jerarcas de la Iglesia católica que a través de los siglos han conocido el problema, deben considerarse sospechosos de criptojudaísmo los sacerdotes y jerarcas que hacen el juego en forma insistente a la Sinagoga de Satanás, porque quien ayuda a los peores enemigos de Cristo, incluso oscureciendo la verdad y engañando a los cristianos, debe ser uno de esos judíos enemigos de Cristo, aunque haya cubierto su maldad con la sotana o hasta con el capelo cardenalicio, pues así como un individuo que ayude en forma insistente a una gavilla de ladrones y asesinos, es de suponer que sea de la banda o cuando menos su cómplice, así también los que en el clero se juegan hasta su carrera eclesiástica por apoyar a la peor banda de criminales y ladrones que ha existido en el mundo y que además son los peores enemigos de la Iglesia, es lógico suponer que sean miembros de la siniestra banda.

Con la ayuda de sus cómplices en el clero que sorprenden la buena fe de muchos, los hebreos han logrado que se formen esas confraternidades judeo-cristianas cuyos fines, aparentemente inofensivos, son entre otros, según indican:

"I. Enseñar a los judíos y a los cristianos a establecer entre ellos relaciones fraternales, penetradas de mutuo respeto y sincera amistad. II. Fomentar una mejor comprensión y mutua estima entre judíos y cristianos. III. Intensificar el acercamiento espiritual entre judíos y cristianos. IV. Fomentar el conocimiento de sus mutuas creencias, tradiciones, culturas y modos de vida. V. Poner todo empeño porque en ambos grupos reine el afecto fraternal que surge del mutuo respeto y del trato permanente". Y luego con un descaro asombroso: "VI.

Paralelamente a los propósitos ya indicados, el judaísmo y el cristianismo en lo que tienen de ideales espirituales, procurar unir sus fuerzas, formando un frente común, para contrarrestar la ofensiva permanente del materialismo actual, con su negación de valores espirituales o ideales que tanto judíos como cristianos venimos sosteniendo en el curso de los siglos", etc.

Como se ve, los fines aparentemente son magníficos y muy aptos para atrapar a gentes de buena fe, ignorantes del problema judaico, pero llevan sin embargo escondido el engaño y la mentira, armas favoritas de los hijos de Israel. Se necesita una buena dosis de cinismo para afirmar que los judíos se unen a los cristianos con el fin de luchar contra el materialismo actual, ya que como se ha demostrado en esta obra, los judíos son los principales propagadores de dicho materialismo. No menos cinismo se necesita para declarar que los judíos desean establecer relaciones fraternales con los cristianos, cosa que debían primero demostrar, quitando las cadenas a los infelices tanto en la dictadura soviética como en los demás estados comunistas, y dejar de asesinarlos. Lo que en realidad pretenden los hebreos y sus cómplices dentro del clero católico con estas confraternidades es atrapar incautos y convertirlos en satélites del judaísmo, para luego utilizarlos como instrumentos de ataque y destruir a las organizaciones anticomunistas o nacionalistas de católicos que tratan de defender a su patria y a su religión de los zarpazos del comunismo, de la masonería, y en general, del poder oculto judaico que dirige a los dos primeros.

Contra los hechos no hay argumentos: del mismo boletín número 5, del año 1960 de nuestra Era y año 5720 de la Era judía, publicado por la Confraternidad judeo-cristiana de Costa Rica, de donde tomamos algunos de sus propósitos tan fraternales e inofensivos, transcribimos ahora las siguientes noticias de actividades realizadas por ésta y por otras confraternidades afines:

Costa Rica: "Padre Idoate nos informa sobre brotes antisemitas y actos vindicadores en Costa Rica. Febrero-Marzo 1960. I. – Los brotes antisemitas que con una regularidad calculada y sincronizada aparecieron durante los meses pasados en varias partes del mundo, hicieron también acto de presencia tartamudeante y artificial en nuestra querida Costa Rica... 2. – El Comité Judío Cristiano tomó la resolución de manifestarse públicamente ante la opinión pública, hacia el repudio más completo de los mismos. Nuestro Presidente (el presbítero Francisco Herrera), envió a la prensa una declaración de principios por los cuales aparece una actitud antisemita, no sólo injusta, sino también contraria a los postulados cristianos y a los designios de Dios sobre la salvación del mundo. 3. – Esta protesta de nuestra Confraternidad hecha en nombre de su Presidente, causó un impacto muy grande en la sociedad costarricense...y provocó una serie de manifestaciones magníficas en pro de la causa judías injustamente atacada...

Uruguay: "La Confraternidad Judeo-Cristiana de Uruguay, ha mandado diversos recortes interesantes procedentes de diarios de Montevideo, recortes que ilustran ampliamente las brillantes jornadas de solidaridad que allí se efectuaron en grandes teatros, con el fin de repudiar las manifestaciones antisemitas..."

Se ve pues, bien claro, cuál es el verdadero objeto de estas asociaciones de acercamiento judeo-cristiano: atrapar al mayor número de católicos posible, que servirán de instrumento ciego a los judíos en el esfuerzo que hacen para combatir y destruir los movimientos políticos que otros católicos organizan en defensa de su patria, de la Iglesia y de la humanidad, contra la Sinagoga de Satanás.

Se parecen estas asociaciones a las primitivas logias masónicas, ya que en ellas también se empezó hablando de fraternidad de los pueblos, de convivencia pacífica de las distintas creencias religiosas, de un acercamiento amistoso judeo-cristiano, pero que en realidad lo que lograron fue el dominio de los judíos sobre los cristianos.

También en las logias masónicas los judíos se sirvieron de católicos, sacerdotes, canónigos, arzobispos y hasta cardenales, que siendo miembros de la masonería, servían de

cebo para que los católicos sinceros cayeran en la trampa. Los años pasan, pero las clásicas patrañas del judaísmo son las mismas.

De igual manera atrapaban incautos con el señuelo de los banquetes masónicos, en las convivialidades plenas de discursos radiantes de amistad y fraternidad, mientras los judíos agazapados que dirigían la masonería, utilizaban con fines perversos a esa masa, contando con la complicidad de los clérigos católicos masones al servicio del judaísmo, iguales a los clérigos que dirigen actualmente estos supuestos movimientos de acercamiento judeo-cristiano.

Finalmente, en estas sociedades de acercamiento y amistad judeo-cristiana, se asevera que los judíos enseñan a los cristianos cuál es su religión, cuál es su pensamiento, mostrándoles librillos y folletos, incluso falsificaciones del Talmud, para que los católicos ingenuos vean que la religión judía lejos de ser mala es algo tan bueno o más que la cristiana, embaucándolos como los judíos masones lo hacen con los neófitos de los primeros grados masónicos, a quienes enseñan una doctrina inofensiva que nada tiene que ver con lo que les inculcan en los más altos grados y menos aún con el verdadero propósito que persiguen los judíos dirigentes de la secta masónica, propósito que jamás es revelado a los cristianos que les sirven de satélites e instrumentos. El judío ha sido siempre el padre de la mentira; lo increíble es que haya tantos ingenuos que sigan cayendo en sus redes.

Capítulo Cuadragésimo Tercero:

"EL ACERCAMIENTO AMISTOSO CRISTIANO-JUDÍO"

Si la Santa Iglesia llegara a celebrar un convenio con el judaísmo, se contradiría a sí misma y perdería su autoridad ante los fieles al ir en contra de lo acordado por otros concilios de la Iglesia, y por bulas de los Papas, según se vio anteriormente. Sin embargo, estudiaremos a continuación la posibilidad de llegar, por lo menos, a un acercamiento con el judaísmo, para pactar con él siquiera una tregua en esa lucha milenaria.

Al hablar de lo relativo a la conversión de los judíos ya vimos cómo éstos utilizan tan sublime aspiración de la Iglesia sólo como un mero ardid de propaganda en los medios católicos para crearse un ambiente de simpatía, al amparo del cual tratan luego de obtener con engaños concesiones que aunque de momento aparezcan inofensivas, traen consecuencias desastrosas para la Santa Iglesia y para el mundo cristiano.

Se ha sabido que tratan de que se apruebe una especie de estatuto fijando las relaciones entre judíos y católicos, sobre la base de que los judíos no ataquen a la Santa Iglesia, ni los cristianos al judaísmo; pero aunque semejante proposición podría parecer prudente para los que no conocen el problema judío, y sobre todo para los que además de ignorarlo en toda su amplitud, son de temperamento timorato inclinado a presentarse un panorama de acuerdo con sus deseos, sobre la base de una hermosa paz en la que el tan poderoso judaísmo dejara vivir pacíficamente y se abstuviera de combatir a la Santa Iglesia, hay, sin embargo, que sacar siquiera ahora lecciones de la Historia y recordar que el judaísmo nunca cumple con sus pactos, que vive engañando a todos, prometiendo lo que nunca piensa cumplir y celebrando convenios que viola en cuanto saca provecho de ellos, con el único fin de debilitar a su adversario.

En realidad, la clásica política del comunismo, consistente en nunca cumplir con los contratos o pactos, no es más que una manifestación de la política judaica de mentiras y engaños, cosa que no es de extrañar, ya que el comunismo marxista fue ideado por judíos, organizado por judíos y dirigido por judíos, siendo la obra máxima del judaísmo moderno. Si a nadie que se precie de sensato se le ocurre dar crédito a la palabra de un comunista o tener confianza en convenios y treguas pactadas por los comunistas, porque ya se conocen sus desastrosos resultados, con igual razón y aún mayor, debe considerar inútil cualquier tregua, paz o convenio que se pacte con el judaísmo, que es el padre del comunismo y el inspirador de su política falsa, caracterizada por la falta de cumplimiento de los convenios internacionales.

Se sabe de buena fuente judaica que lo que se pretende con ese estatuto que norme las relaciones entre los cristianos y judíos, planeado en las siniestras sinagogas y en los altos círculos masónicos para ser planteado en el actual Concilio Ecuménico por los agentes del judaísmo en el seno del alto clero, no es otra cosa que lograr que al obligarse los judíos y cristianos a no atacarse mutuamente, queden atados de pies y manos los católicos para defender a la Iglesia, al mundo libre, a sus naciones o a sus cristianas familias, de la acción destructora del judaísmo, quien en cambio, aunque aparente no atacar directamente a la Iglesia y a los católicos, lo hará con su clásico sistema de tirar la piedra y esconder la mano, utilizando para ello a la masonería, al comunismo y a otras sectas subversivas que usa con tal objeto. En una palabra, mientras la Sinagoga de Satanás siga atacando a la Cristiandad y al mundo libre por medio de sus sectas masónicas, comunistas, etc., manifestando hipócritamente que nada tiene que ver con ellas y que es inocente de lo que hacen, logrará atar de pies y manos a los católicos para que no puedan ejercer siquiera la posibilidad de defender sus derechos naturales como individuos contra la conspiración judaica, que una vez paralizada la defensa cristiana, acabará por arrasarlo todo; por ello, mientras la tregua pactada, el acercamiento amistoso o la paz convenida fueran cumplidas fielmente por los

cristianos, se verían violados por los judíos, que se aprovecharían del auto-encadenamiento de los católicos, sólo para dominarlos más fácilmente y conseguir el fin que persiguen: la destrucción de la Santa Iglesia, el aniquilamiento de su clero y la esclavitud de la humanidad.

Todas estas tretas judías se deben a la alarma que sienten los israelitas porque en Estados Unidos, en Latinoamérica, en todos los países de Europa, en le Mundo Islámico y en el resto del orbe, han estado surgiendo movimientos anticomunistas, sobre todo en Norteamérica, movimientos que si se unen pueden salvar a la humanidad del peligro comunista y del dominio israelita, ya que muchos de ellos tienen conciencia de que detrás del comunismo, detrás de la masonería, detrás de toda la acción tendiente a destruir la civilización cristiana, está el judaísmo como cabeza del pulpo que es necesario aplastar, si se quiere que los tentáculos, que son el comunismo, masonería, socialismo y demás sectas, puedan ser eficazmente vencidos, pues mientras no se ataque la cabeza del pulpo, podrá regenerar de nuevo sus tentáculos.

El conocimiento de la existencia de estos movimientos políticos de defensa que toman en muchas partes proporciones importantes, sobre todo en los Estados Unidos, a pesar de las constantes calumnias que les lanza la prensa y la propaganda judaicas, calificándolos de fascistas, clericales o nazis, según el caso, es lo que tiene más alarmado al judaísmo, que se ha empeñado en una vasta campaña mundial, no sólo en el seno de la Iglesia Católica sino también en las confesiones protestantes o disidentes y en otros sectores sociales. Este movimiento tiende a celebrar supuestos pactos entre judíos y cristianos, supuestos acercamientos entre unos y otros, que nada más tienen por objeto engañar a los creyentes en Cristo y a los hombres en general, sobre la naturaleza de la verdadera cabeza de la conspiración, para que absteniéndose de atacarla, pueda ésta seguir vigorosamente llevándola hasta la victoria final, que es el triunfo definitivo de la esclavitud judaico-comunista.

La Historia nos ha demostrado que cuando se ha lanzado un ataque eficaz y destructivo contra la cabeza del dragón, o sea el judaísmo, éste, puesto a la defensiva, no ha tenido tiempo ni posibilidad de organizar revoluciones ni de realizar eficazmente sus actividades destructivas. Así, en los momentos críticos de la represión visigoda, los judíos, empeñados en subsistir, no tuvieron calma ni tiempo de organizar herejías. Lo mismo ocurrió en las épocas en que la represión inquisitorial fue más eficaz y puso al judaísmo en posibilidad de desaparecer. Los judíos, para poder seguir cómodamente realizando su actividad subversiva, necesitan que nadie los ataque, evitando así perder en su propia defensa las energías y recursos económicos que requieren para la acción revolucionaria tendiente a esclavizar al mundo. Por ello se han ingeniado en buscar medios que les permitan impedir que los cristianos en defensa propia puedan contraatacarlos, habiendo urdido toda esa tramoya del acercamiento y amistad judeo-cristiana, de sociedades mixtas, pactos de no agresión, etcétera.

Si se viera una ligera posibilidad de sinceridad del judaísmo en sus supuestos intentos de ir logrando una reconciliación entre judíos y cristianos, a base de conocerse mejor y sentarse a la mesa de negociaciones para ir logrando limar asperezas y conseguir primero un acercamiento y luego una paz duradera, seríamos los primeros en aceptar tal oferta de entendimiento y de paz, siempre que no significara contradecir en alguna forma lo aprobado por los Papas, los Padres de la Iglesia o los santos concilios; pero desgraciadamente se sabe bien y se ha demostrado en este libro, que el judaísmo ha utilizado siempre estas apariencias de buena voluntad y estos ofrecimientos de amistad o de acercamiento sólo para debilitar y paralizar las defensas de quienes, engañados, se fían de sus promesas y caen en la tradicional y secular trampa. Si alguien lo duda y cree que este criterio es exagerado, le vamos a brindar la posibilidad de comprobarlo personalmente: si los jerarcas eclesiásticos que sirven de instrumento a la quinta columna judaica introducida en la Iglesia insisten en que se llegue a un acercamiento, a ese pacto de no agresión que estipule las relaciones pacíficas entre los judíos y católicos, sería indispensable previamente –para probar la sinceridad del judaísmo con respecto a esas posibles negociaciones- exigir pruebas evidentes de que la sinagoga está

realmente resuelta a no atacar más a la Santa Iglesia ni a las naciones cristianas, ni a conculcar los derechos naturales de los pueblos, ni a tratar de destruir la civilización cristiana. Si el judaísmo diera pruebas claras de su sinceridad al respecto ya podría seguirse negociando con algunas probabilidades de éxito. Pero sólo hay una forma en que el judaísmo podría demostrar con pruebas evidentes que realmente está inspirado en un deseo de conciliación, de acercamiento y de paz; ésta consistiría en que aceptara tomar inmediatamente las siguientes medidas:

1º Disolución real y eficaz de la masonería en todo el mundo y supresión de su acción anticristiana.

2º Disolución real y eficaz de los partidos comunistas, socialistas marxistas y de control masónico que han venido luchando por minar las instituciones cristianas y llevar abierta o hipócritamente a los Estados cristianos a la dictadura socialista del comunismo judaico.

3º Celebración inmediata de elecciones libres en Rusia, en Polonia, en Cuba, en Checoslovaquia y demás estados cristianos tiranizados cruelmente por el comunismo judaico, así como en China, donde habitan millones de cristianos oprimidos. Reforma inmediata a las constituciones de tales estados, restableciendo las libertades, entre ellas, la religiosa, suprimiendo la propaganda atea y materialista con que los judíos envenenan las conciencias de los jóvenes de familias cristianas.

4º Retiro inmediato de las tropas judaico soviéticas de los países de Europa Oriental que tienen ocupados.

Si los judíos con la ejecución sincera y real de estas medidas previas demostraran que realmente desean un acercamiento amistoso con la Santa Iglesia y con la Cristiandad en general, nosotros seríamos los primeros en desear que se negociara un acercamiento y en felicitarnos por tan importante paso dado en beneficio de la paz mundial, que demostraría que al fin el corazón de los hebreos ha empezado a ablandarse como un presagio de su futura conversión a la religión de Nuestro Divino Salvador. Pero si por el contrario empiezan con sus engaños a asegurar que el comunismo no es cosa judía, que hay judíos comunistas y otros anticomunistas, que no dirigen ni controlan la masonería y que no pueden hacer nada para impedir que esas sectas sigan atacando a la Santa Iglesia; si dicen que nada pueden hacer por quitar el yugo judaico comunista a los pueblos cristianos y a las Iglesias cristianas trituradas y perseguidas por él, entonces se verá claramente qué es lo que persigue en realidad la sinagoga con el supuesto acercamiento, con la pretendida tregua y con el respectivo pacto que normaría relaciones de cristianos y judíos; y quedaría en claro que lo único que persiguen con esa mendaz propuesta es maniatar a los cristianos para que se abstengan de atacar al dragón en la cabeza (el judaísmo), mientras sus garras (comunismo, masonería, partidos socialistas, sectas, etc.) siguen su labor destructora contra la Santa Iglesia, la Cristiandad y el mundo libre.